

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ESTE
CENTENARIO DE SAN PEDRO DE MACORIS

Vol. I

GASTON F. DELIGNE

PAGINAS OLVIDADAS

Colección de E. Rodríguez Demorizi



San Pedro de Macorís, R.D.
1982







Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

PAGINAS OLVIDADAS

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ESTE
Centenario de San Pedro de Macorís

José Hazim A.
Presidente del Consejo

José Hazim, hijo
Rector

Gumersindo Granada
Asesor

Director Editorial:
Marcio Veloz Maggiolo



PAGINAS OLVIDADAS de Gastón F. Deline
Colección de Emilio Rodríguez Demorizi

Primera edición: 1944, Editora Montalvo. Ciudad
Trujillo, con motivo del Centenario
de la República Dominicana.



1982. Ediciones de la UCE,
San Pedro de Macorís, R.D.
Impreso en la República Dominicana
Printed in the Dominican Republic

Faller, Isabel la Católica 309, Santo Domingo, República Dominicana



**UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ESTE
CENTENARIO DE SAN PEDRO DE MACORIS**

GASTON F. DELIGNE

PAGINAS OLVIDADAS

Colección de E. Rodríguez Demorizi



**San Pedro de Macorís, R.D.
1982**





OFRENDA

La Universidad Central del Este reedita esta obra con motivo del *CENTENARIO DE LA ELEVACION A PROVINCIA DE SAN PEDRO DE MACORIS (1882-1982)*, villa a la que estuvo tan ligado el poeta **GASTON F. DELIGNE, en cuyo amado suelo descansa en paz.**







Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



ADVERTENCIA

Basta que una vida alcance las altas cimas de la inmortalidad, para que todo cuanto venga de ella, lo excelso y lo pequeño, tenga, por encima de su valor intrínseco, esa invencible sugestión que emana de las cosas tocadas por la gloria.

Así los escritos del poeta nacional Gastón Fernando Deligne. En este libro se recogen sus páginas olvidadas, prosa y poesía, sin discernimiento de lo bueno ni de lo mediano, porque sólo en el conjunto de su obra podremos contemplar aquel espíritu extraordinario, cuyos dones poéticos se acendrarón en el trabajo y en el estudio y en la permanente lección de civismo de su propia existencia. Y porque todo lo que tuvo gestación en el cerebro y en el alma del autor de *Galarippos*, ha de tener para nosotros, algún día, el interés que nos inspira hoy el más leve trazo de la pluma de Juan Pablo Duarte.

En vida, y aún después de ella, parecería que los hermanos Deligne se repartieran su heredad en las letras. Gastón, la poesía; Rafael, la prosa. Y puede afirmarse que sus contemporáneos reconocían y consagraban como valedera esa fraternal limitación. Sin embargo, ambos fueron, a la vez, poetas y prosistas.

Inteligencia poderosa, asiduamente cultivada, fué la de Gastón Deligne. De ahí que su prosa, tan olvidada y tan dispersa, tuviera toda la hondura y la subjetividad de sus poemas, y también todas sus imperfecciones. Hasta los ásperos vocablos que a trechos afean sus versos, aparecen



en su prosa. El mismo espíritu la anima; el mismo torturado pensamiento le comunica la intensa y grave sugestión de su poesía, a la que, como observa Pedro Henríquez Ureña, “le falta siempre un punto para llegar a ser poesía perfecta”.

De Gastón Deligne como prosista apenas se han escrito unas cuantas palabras. En unas notas manuscritas inéditas, anteriores a 1900, decía César Nicolás Penson: “. . . es el más original de los escritores que tenemos; así como el que más sal ática y humorismo derrama en todas ellas. . . Como Quevedo, precisamente, es conceptuoso, aunque con gravedad germánica en su elevado pensar y con igual intención y chiste cómico que el autor del Buscón Don Pablos, en esos bosquejos criollescos que se llaman Aguilar el Mozo y Tinglado Mártir. Cualquier asunto lo desflora con el discreto tacto, la profunda idea y el personalísimo estilo que Dios le ha dado; y ora en el fugitivo artículo del periódico, ora en la pintura de costumbre, cuando en la tradición, cuando en la polémica literaria, o en sus epístolas, siempre es él, la personalidad que se desgaja con la fuerza de un nativo bloque de granito. . . Envidiémosle, porque no hay más remedio; pero también lamentemos en él una fuerza viva del ingenio más peregrino perdida en la medianía y la oscuridad de estas selvas intelectuales!” Y en *Alma Dominicana*, la excelente revista de Emilio A. Morel y Juan José Llovet, edición de agosto de 1934, hay esta alusión al estilo literario de Deligne y a la dispersión de la parte de su obra con que hemos formado este volumen: “. . . escribía, así en verso como en prosa, el castellano más poderoso que se haya escrito nunca en Santo Domingo. . . El resto de su obra, en prosa y verso, duerme el sueño del olvido menos merecido en las hojas dispersas de las publicaciones periódicas contemporáneas del poeta”.

Los escritos en prosa que figuran en este volumen han sido distribuidos, de acuerdo con su carácter, en cinco secciones: Crítica literaria; Semblanzas; Polémica literaria; De buen humor y Varia. Aquí están todas las manifestaciones de su pensamiento, libre del rigor de las normas poéticas, desde la lección de estética hasta la frase combativa contra sus impugnadores; desde el más hondo concepto filosó-



fico hasta la página humorística. Así preceptuaba “la esperanza en el seno de los hombres” y vislumbraba en el devenir “la inmensidad a expensas del poeta”. Apenas, casi nunca, habla de política. Una sola frase expresa su actitud: “Nunca jamás he elevado mi firma a las alturas del Palacio Nacional para emergencia alguna”. Como vivió sus mejores años bajo el régimen de Heureaux, desde entonces aprendió a odiar la política, sin que su apartamiento de ella le salvara de ser su víctima.

En cuanto a las poesías recogidas en este libro, se advierte que se trata de composiciones dispersas que Deligne no incluyó en *Galaripsos*, o escritas con posterioridad a 1908, año de la publicación de dicha obra, cuya segunda edición se aguarda desde hace tiempo. Tampoco figuran en esta colección los romances *Visita a La Isabela*, *Bayajá* y *La Intervención*, que aparecen en nuestro libro *Del romancero dominicano*. Cabe aquí recordar lo que, al respecto, decía el Dr. Pedro Henríquez Ureña en carta al Lic. J. Humbertó Ducoudray, escrita en México el 25 de noviembre de 1909 y publicada en la revista dominicana *Ateneo*, en marzo de 1910: “Deligne no incluyó en *Galaripsos* todas sus poesías; no sólo no incluyó el poema *Soledad* (que a mi modo de ver hacía falta allí), ni los *Romances de la Hispaniola*, sino que suprimió varias poesías tal vez mejores que las censuradas por mí: por ejemplo, el soneto *Latinos*, los versos en la muerte de Josefa Antonia Perdomo, otros a una amiga que le envió una corona... Hizo, pues, selección; a mi juicio, selección mala; pues no todo lo que ha de admitirse en una colección completa puede tolerarse en una selección.” Las poesías mencionadas por el Dr. Henríquez Ureña aparecen en esta obra, en la que se ha aspirado a salvar de irremisible pérdida y olvido toda la labor literaria, desconocida, del gran poeta y del prosista.

El autor de *Galaripsos*, “el más notable de los ingenios —dominicanos— de la actual generación”, como escribía Marcelino Menéndez y Pelayo hacia 1910, nació el 23 de octubre de 1861. Vivió junto al Ozama y luego en San Pedro de Macorís. Fué discípulo del Padre Billini en el célebre Colegio de San Luis Gonzaga. Su carácter y la humildad de su cuna, pobre y huérfana del calor paternal,



le llevaron al aislamiento, sin que en él perdiese eficacia su admirable acción social. No se aisló para convertirse en asceta desdeñoso, en amargado poeta ni en crítico desaprensivo, despreciador del pensamiento ajeno. Ni hosco ni intolerante, sino acogedor y comprensivo. Espíritu libre de prejuicios, demasiado ancho para albergarlos.

Como dejaba obra y ejemplo, bien pudo irse de la vida por su propia voluntad. En San Pedro de Macorís, que es en la República donde más se venera la memoria del poeta, fué su trágico adiós, en el aciago 18 de enero de 1913.

E. R. D.



Bibliografía mínima. Obras: *Soledad*. Santo Domingo, 1887; *Galarippos*, Santo Domingo, 1908; *Romances de la Hispaniola*, San Pedro de Macorís, 1931. Consultar: Dr. Pedro Henríquez Ureña, *Reflorescencia*, artículo, en la revista *La Cuna de América*, S. D., No. 77, diciembre, 1904; y *Horas de Estudio*, París, 1909; Manuel F. Cestero, *Ensayos críticos*, Gastón F. Deligne, Santo Domingo, 1911; *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*, San Pedro de Macorís, 1914; Pedro R. Contín Aybar, *Antología poética dominicana*, Santiago, 1943; y E. Rodríguez Demorizi, *Del romancero dominicano*, Santiago, 1943.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CRITICA LITERARIA



PROLOGO(*)

El material literario de este volumen ha volado, por los ámbitos de la República y fuera de ella, en las hojas de la prensa periódica. Pasó probablemente a través de auras benignas y corrientes adversas, se atrajo quizás una atención momentánea y compartida, como joven hermosa acompañada de interesantes doncellas; hizo presión de remos sobre la resistencia habitual de las aguas que se surcan y de los aires que se desplazan, pero consagró a su autor como uno de los esforzados y distinguidos de su medio. Desligados hoy esos trabajos de la producción colectiva en que se incrustaron, a la vez que permiten abarcar la variedad sumamente plausible que los anima, sirven de notificación al buen derecho de quien con ellos se ha querido hacer lugar entre la gente de letras. Equidistantes de la afirmación y la negación sistemática; sin punto de apoyo en el puente de la duda; y con todo, en pleno país de la verdad; esos cuadritos esperan un puro ambiente de arte. Aunque diversos en los asuntos, son de sustancia uniforme: esbocen escenas de la guerra intestina; trasladen sensaciones de lecturas; puntualicen rasgos del autor admirado o de la obra dilecta; sean vehículos de especulaciones mentales; o cristalicen en episodios psíquicos; su eje, su motor y su alma es un amable impresionismo.

Al lado de las desventajas de ese método, en que los puntos salientes absorben la plena contemplación del con-

(*) Para un libro del Licdo. Andrés Julio Montolío, que no llegó a publicarse.



junto; y el fulgor del astro fija el ojo y no le deja que se espacie por la extensión de lo infinito; en que el rudo latigazo de la sensación no da por lo general plaza holgada al depurador examen; junto a tales contingencias, fácilmente vitandas, se asientan compensaciones positivas de trascendencia mayor.

Siendo el arte, pues, genuino producto de la observación, por cuanto reside menos en las cosas que en la mente donde se vivifican; y se extrae del barro tanto como del mármol y el granito, y se saca de la desolación boreal como de las tierras tropicales, y se amasa del cieno como se quintaesencia de las estrellas; la impresión directa individual, que impulsa a decir lo que se ve, como se ve, lo que se siente, como se siente, y lo que se piensa, como se piensa, es la base y el punto inicial de toda labor de belleza literaria, buena, sana y viable. Merced a ello, Pallas sale armada completamente de la augusta cabeza de Jove; y el asunto que interesa, atrae, seduce o conmueve el ánimo, adquiere instantáneamente el tono que le es adecuado, el color que le es propio, el grado de animación y la fuerza de vida que le son necesarios. Con la potencia de su impulso, se remonta el arte a sus brillantes orígenes; a la gloriosa época en que todavía Aristóteles, encerrándole en preceptos, no había incubado la larva de las escuelas; cuyo desarrollo bifurcó más tarde la Estética (una sola como sentimiento, una sola como plástica, solamente influida por rectificaciones evolutivas) en ramas antagónicas de clásicos y románticos. Amalgamadas armoniosamente, ¿no esplenden ambas tendencias en los poemas de la India?... Con la armonía de su mutuo auxilio, ¿no se encuentra todo el Arte literario en el Libro de Israel?... Prometeo, hirviendo de encono amarrado en el Cáucaso; Orestes, asediado por las Euménides; Antígona, filialmente piadosa; Tersites risible; Aquiles colérico; Héctor paternal; los dioses partidos en bando de opinión... ¿cuánto elemento pasional redondeando prodigios de imaginación y sólo de cerebro! ¿Por cuál aberración se hicieron rivales dos miembros complementarios de un solo cuerpo? ¿Cuál funesta línea des-



lindó dos tonalidades acordes de un mismo motivo?... Desde el punto en que se aislaban arbitrariamente, la mutilación invadió la tierra; y a no ser por facultades extraordinarias de uno y otro bando, que levantaron pirámides, asimilándose independientemente la plenitud de los tiempos y de las cosas, la más profunda noche habría caído sobre los campamentos adversos. Como sistemas militantes, la caducidad se hizo en torno de ellos; porque se amañaron a salir de los prejuicios antes que de la naturaleza y la evolución; porque se hicieron a los halagos de artificios elaborados, desdeñosos y hostiles a la fecunda ingenuidad. Todavía en las postrimerías, tomaron asidero de muy débiles raíces; y abrieron talleres de pulir piedras que no se habían de engastar en joyas ningunas y se dieron a bruñir ruedecillas dentadas que no habían de ser volantas ni motores de ningún mecanismo. Productos de una mala fe ganosa de originalidades tanto menos asequibles cuanto mayormente premeditadas, quisieron sorprender a los espíritus candorosos, campando de cosa nueva; pero una análisis reposada no puede reconocerles sino como destellos respectivos de un romanticismo expirante y de un clasicismo agónico; ya emaciados y empobrecidos, como tocando a su fin. Caprichos raros de enfermos, si entrañan una disolución irreparable, auguran la inmanente, la infinita, la eterna renovación. Al movimiento naturalista débese, como se rastree con atención la literatura contemporánea, la eficacia del toque de clarín que dió casi a principios del siglo pasado el artista Andrés Chenier, perdida entonces entre las rojas dianas de la Revolución Francesa, y ahogada luego por la aparatosa brillantez del primer Imperio napoleónico.

El regreso a los procedimientos de la Grecia literaria, que se habían extraviado; la vuelta a la impresión directa individual como punto de partida de la producción, ésa la misión gloriosamente cumplida por el naturalismo, con la fecunda inconsciencia del Arte. Porque no fué tal el propósito con que los tremendos cerebros de esos gigantes de nuestros tiempos, extrajeron las agonías, la intranquili-



dad, los vicios, la injusticia, los borrones de lo verdaderamente moderno: ellos quisieron formar núcleo; aspiraron a hacerse prosélitos; sin tener en cuenta que así como del imperio tiránico suele seguirse la anarquía, de la ineficacia de los sistemas se pasa a la independencia espiritual. Fueron ellos a modo de casuales libertadores de almas, que las devolvieron sin propósito deliberado, a los sanos derrotados perdidos. Así se ve cómo alza la cabeza en todas partes el individualismo, genitor de la sinceridad, que es en arte casi sinónimo de Restauración.

Así también se ve en este libro, cuyo lugar colma un vacío, porque llena el hiato existente entre las escuelas y el individualismo, con la sustancia ingenuamente vaporosa de una interna y acalorada impresión. Ella la que suministra colores tiernos, rosa pálido, verde Nilo, amarillo de crema, así a las acuarelas "criollas", como a las pinturas "de la guerra" y a las escenas sueltas de "varia", donde si es verdad que se dan tonos más fuertes, se logran por la superposición de color sobre color...

Por ceder al golpe de luz da la primera impresión, el desvío general hacia lo épico a que ha hecho pender el autor los episodios de nuestras luchas intestinas. Desde la independencia hasta hoy, su multiplicidad ha sido un horror: ni anciano que no las haya visto, ni hombre a quien no hayan rozado, ni adolescente a que no hayan entristecido, ni párvulo a que no hayan amedrentado. Como de muchas sociedades de Sudamérica, han sido lo característico de la nuestra; y han inficionado con estériles emociones de banderías hasta a no pocas pacíficas y sensibles mujeres. Pero a ninguna con la fuerza desnaturalizadora de *Pancha Avelino*; fuera de la realidad, por mucho que aspire a ser una condensación heroica de las más terribles de ellas. Y desde el punto en que la pluralidad de nuestras revoluciones no han sido sino manifestaciones agresivas de un parasitismo apandillado, el arte de las letras puede disponer un limbo tenebroso para las irresponsabilidades malhechoras, como a pesar del autor le tiene el denodado *Tiburcio*; o una sibilante sátira, o una sangrienta ironía, o una



blanda piedad, para los malhechores responsables, como las hay en algunos de los episodios; pero nunca una exultación triunfal ni una pena elegíaca. Las repugna el sentimiento salubre: el menoscabo de la hermosura moral no las lleva a más exigentes fines artísticos; y es menos santo y justo, que la sanción, desamparada por la sociedad, se cobije bajo las alas del arte. Si se hace reparo de ello, es porque tal vez para este libro ésas han sido las únicas desventajas salientes de la impresión que le encarna; y por tratarse de lo propio que ha dado sus mejores páginas a la literatura universal, como se las ha dado también a la nuestra. Ahí están si no, las más ricas joyas de nuestra Antología: las *Fantasías Indígenas*, de José Joaquín Pérez; las estrofas patrióticas de Salomé Ureña de Henríquez; *Baní*, de Francisco Gregorio Billini; las *Cosas Añejas*, de César Nicolás Penson; por sólo citar las obras impresas de autores ya muertos; aunque la pluma se resista a no mencionar el poema histórico del glorioso vivo don Manuel de Jesús Galván.

También evidencian el impresionismo de ese volumen, las sensaciones de libros comprendidas con el nombre de "lecturas"; tomadas desde un punto de situación en que, pudiendo ascender fácilmente a la crítica, déjasela sin embargo meramente planeada; y sólo acometida y resuelta, cuando las opiniones están en divergencia con la propia opinión. Menos que la varia y abundante lectura con que el autor ha fortalecido sus fibras intelectuales, esos trataditos dicen noblemente de su generosa índole literaria. Amar la belleza de los hijos ajenos, es propio de padres fecundos, como cogerles tirria pertenece a los eunucos. Apreciar los trabajos que sirven o han querido servir al progreso, es tendencia de los espíritus progresivos; y en ese como tanteo de las fuerzas de los demás suele desarrollarse la propia fuerza. Quizás si por ese camino llegaría más pronto el autor a la franca individualidad a que propende, y a que forzosamente ha de llegar.

Con la riquísima variedad de tonos de que dispone, desde el solemne y de altitud en los productos cerebrales



que él llama “páginas breves”, al de reposo y grave en “instantáneas” hasta el muy animado y lujoso de los cuadros sociales, campestres y guerreros; con las musculaturas de un estilo en que las cláusulas toman la elasticidad y la fuerza de nervios de gimnasta; con el gigante soplo de transmisión que hace pasar sus emociones y sensaciones como al través de un viento cálido; vitalizando todo ello formas y fluencias múltiples de la descripción, haciendo desprender imágenes radiantes como meteoros, como puntos, palpitantes, poéticas como campiñas, dando acopio una adecuada y bien distribuida erudición; ya el autor es miembro conspicuo de una optimacia literaria.

Una aplicación más lata, mayormente en nuestras cosas, del espíritu de etopeya bizarramente iniciado en “Variar”; un intenso examen de la primera impresión; y habrá entrado en pleno dominio de la propia individualidad. Con la cual se asciende triunfalmente y sin vértigo a las más erguidas atalayas, ¡ahora y siempre!

(*Bahoruco*, S. D., No. 20, 27 dic. 1930.)



CARTA A F. G. BILLINI

Macorís del Este, novbre. 25, 1892.

Sr. don Francisco Gregorio Billini,
Santo Domingo. (*)

Respetable amigo don Gregorio:

Había sabido por el mutuo amigo don Arturo Bermúdez que Ud., con más que benévola cortesía, me hacía presente de un ejemplar de *Engracia y Antoñita*. Pero los libros siguieron viaje a más lejano puerto: yo estaba ansioso de leerlo, como me pasa siempre que se trata de obras nacionales; me procuré uno; lo devoré; y siendo tan grata la impresión que me ha producido, no tengo para qué callarla. Vengo, pues, a contárselo a Ud., por ser Ud. a quien principalmente puede ello interesarle.

Otra vez, y quizás más de una, me ha pasado que —bajo amplia y favorable disposición de ánimo— he buscado hasta conseguir una determinada obra cualquiera; y habiendo ella resultado no del todo mala, hámelo parecido de remate; precisamente por la desilusión que se ha seguido a las esperanzas en contrario con que la acaloraba mi espíritu. ¡Qué diferencia respecto de *Engracia y Antoñita*! La busqué, con la más agradable presunción de que sería

(*) En su artículo *La novela de Billini* (*Letras y Ciencias*, 1893, p. 200-201), Francisco Henríquez y Carvajal menciona repetidas veces los conceptos de Deligne vertidos en esta carta.



obra buena; ¿por qué?... porque de antiguo, y lo mismo que estoy pagado de la prosa de ciertos buenos prosistas nacionales contemporáneos, lo estaba yo de la franca, limpia y reposada de Ud. Pero, no era bastante razón para presumir acerca de la bondad de un libro, el conocimiento de la riqueza del ropaje que había de envolverlo. Así lo he juzgado; sacando en claro que las simpatías preconcebidas no tienen *porqués*.. Lo cierto del caso es que desde las primeras páginas de *Engracia y Antoñita*, la presunción anterior se me fué acentuando, con el orgulloso agrado de no haber visto fallidas mis esperanzas; fué creciendo, a medida que insensiblemente me iba leyendo el libro hasta ser detenido por el *índice*, ya completamente enamorado de *Baní*, o sea, de *Engracia y Antoñita*.

Yo había leído con atención y detenimiento; lo que no fué obstáculo a que relejera ciertos capítulos de mi especial predilección por el fondo, y otros de idílica admiración por las formas; aun cuando todos brillantes con el colorido local del hermoso valle del Güera y por la hermosura de verdad con que resplandecen.

Desde luego, que me había encontrado frente a un romance de los buenos: no tenía otras pretensiones que las de disfuminar cielo, dibujar el campo y relatar las blandas costumbres de Baní: ¡cuánto más, sin embargo, no nos ha dado sin haberlo prometido el dulce libro! ¡Y con qué manera! Sin turulatas precipitaciones, sin arrastradas pesadeces, sin enclenques descripciones, sin extorsiones fraseológicas; con galana sencillez y sencilla galanura que lo hacen extremadamente interesante! No es libro que se pirre por la originalidad de estilo, persiguiéndola a través de los medios ahora usados para conseguirlo, pues no se descasta de las buenas tradiciones del idioma; y sin embargo, le encuentra mi paladar un sabor tan suyo propio que no sé cómo explicarlo. Ya sé lo que es: el autor conoce tan a fondo el propósito artístico de su obra; es tan arrogante amo del sencillo plan progresivo que sigue, y está tan empapado en las hermosuras naturales y sociales del espléndido valle quisqueyano que describe, que el instru-



mento del idioma se dobla como un junco entre sus manos, y sueña con fresquísimas y muy nuevas melodías.

¿Y qué he de decirle de las... (iba a poner zagalas) ... de las heroínas del romance? ¿Qué he de decirle respecto a las tiernas impresiones que de ellas conservo?... ¡Engracia y Antoñita! ¡Engracia, vaporosa virgen quizás si oculta adrede tras tenuísima gasa, a cuyo favor parece más ideal y bella; porque la gran mujer y muy nerviosa de Antoñita es de carne y hueso. ¡De carne y hueso!, lo mismo que el pelmazo pedagogo suyo y sermoneador, pero muy simpático don Postumio; lo mismo que Candelaria Ozán, *la traidora* de la hermosa historieta-romanceada, consecuentemente consigo misma hasta en el asunto de los talegos. Entre los personajes secundarios, cuán melancólica figura la de Eugenia María; increíble; pero tengo recuerdo de un sucedido igual!, increíble por resignadísima víctima de un amor concluido, sin culpa de ella! Y aquella promesa de regeneración, fuertemente insinuada, del perdido de Felipe Ozán!...

Me he fijado con placer de espíritu, en la acertada y generosa discreción que le ha decidido a dibujar de perfil, o más exacto, a dejar en la penumbra a Enrique Gómez, origen y causa de la triple catástrofe erótica con que concluye Ud. el libro.

Del cual libro es capítulo *Baní del natural*, soberbio trozo de acabada descripción, exuberante y poético, pero fiel a lo descrito; como me lo asegura mi hermano Rafael (otro enamorado del libro), que ha estado en Baní; trozo que he leído repetidas veces; y que si he de calificarlo, debo decir que es un verdadero *cuerno de la abundancia* descriptiva. Del cual libro es capítulo: "Vienen las fiestas"; capítulo que, por muy mentalmente que sea leído, asorda; porque las letras gritan en la disputa del cosechero con el comerciante, y zumba el abejoneo precursor de las fiestas. "En casa de Candelaria Ozán", de pasmosa fidelidad fotográfica; que tiene tanto menos de fotografía cuanto más tiene de redondo si formidable y tenebroso cuadro realista. Y el lleno de vis cómica, malicioso con delicadeza, lla-



mado a popular como es famoso en el libro, que arranca una brusca explosión de franca risa: "El tropezón de Don Postumio".

De aquí a cuarenta o cincuenta años, época en que tengo la reflexiva ilusión de que la República habrá llegado donde quiere ir y lo merece, la Historia narrará los infortunios políticos que pesaron sobre la Patria en la época en que se presupone *Engracia y Antoñita*. Y el libro de usted estará ahí para decir al lector de entonces: "Mira en este pedazo de cielo —que se llama Baní— un trasunto de lo generalmente moderadas, generosas, sanas y simples que eran nuestras costumbres, aun en medio de tan terribles infortunios". Y el lector de entonces dirá: "Ciertamente que así eran, puesto que hemos podido llegar a esta cima de nivelado progreso que alcanzamos".

Se me antoja que el fondo del libro de usted tiende a darle ese gustazo al lector de entonces. Porque, contando con toda la magia con que usted lo ha hecho; poniendo de relieve, con los menudísimos y gráficos detalles de que usted se ha valido (entre cien, v. g.: atrancar la puerta exteriormente con una piedra, demostración del *poco miedo* a los *ningunos ladrones*); poniendo de relieve las amabilísimas costumbres nacionales, realiza usted el alto y noble fin, artísticamente humano, de propender a que no se corrompan. ¡Que es, don Goyo, entre las numerosas bellezas del libro, su más resplandeciente hermosura!...

Porque sé que para su conciencia de autor, la opinión justiciera de cualquier lector, por humilde que sea, ha de serle satisfactoria, por eso le escribo la presente. Más nada puedo; pero nada menos debo hacer en reciprocidad de la gustosa lectura que para mí ha sido *Engracia y Antoñita*.

Con motivo nuevo, fuera del amor de espíritu que tuve por el eximio ciudadano, pláceme suscribirme del dulce y nacional y ameno literato, respetuoso amigo y servidor:

GASTON F. DELIGNE



PROEMIO (*)

De todo cultivador concienzudo de las artes bellas, desaparecido en sazón o a destiempo, las necrologías suelen lamentar lo que se pierde cotejado con lo que se adquiere: las obras maestras no producidas, pero sospechadas y seguras. Este lugar común, ya consagrado por las prácticas de la rutina, ha sido un socorro por donde, mientras quedan sin estudio obras dignas de meditada atención, se puebla el mundo artístico con fantasmas de talentos superiores, por desdicha inmaturos y malogrados. Conforme a la ley de su propia naturaleza, tales imaginarios y fantásticos embriones han adquirido, no obstante, desenvolvimiento máximo. De arroyo llegaron a río, si no límpido y caudaloso: florecieron como verbenas, contra las esperanzas e ilusiones de que embalsamaran como claveles, o sangrasen como rosas. Cortos los entusiasmos sostenidos; la perseverancia poca; nada extraño si en la labor se inicia el descenso o muerte de la decadencia. Entonces corresponde a la lógica el deber piadoso de señalar puesto, hacer lugar y determinar sitio a lo irremediamente definitivo.

El amable efebo, troquelador de estas áureas medallas; forjador de estas diminutas estatuas, dolientes cuando no triunfales; aguzador de argentinas saetas; arrancado con violencia de la vida en flor, es con toda verdad

(*) En la obra póstuma de Mariano A. Soler y Meriño, **Flores Tropicales**, Madrid, 1909. Se publicó antes en *La Cuna de América*, núm. 27, S. D., 4 octubre 1903.



una noble promesa y una altísima esperanza perdidas. Sus rumbos y orientaciones llevaban rectamente a la cumbre: durante su cortísima existencia intelectual, trepó con impulso espontáneo algunas insoladas alturas. La adolescencia le precipitó en el amor, como el amor le sumergió en el verso, una de las dos formas en que se es poeta. Rimó, por ser la rima lenguaje propicio a Eros; válvula de la canción primaveral del sentimiento, escape de los perfumados vapores en que se dilata el corazón. Si otras solicitudes, de la mente o de la misma sensibilidad, lo hubieran ladeado del verso, caería siempre en el ritmo, para ser poeta en prosa. Deslumbramiento y alucinaciones de los ojos; sonoridades del oído; nerviosos movimientos del espíritu; mariposeos volubles de la mente, denunciados por estas rimas, por la más frágil de ellas, pregónanle como uno de esos nativos y gloriosos galeotos, atados sin remisión a la poesía.

Hizo endechas y fulminó contra los desdenes de la suspirada: púsola cerco con legión de batalladores reclamos; en coplas entusiastas dijo la apoteosis de su victoria; y se esparció en ramilletes, murmuríos y explosiones idílicas. Cayó la endiosada de su mármoleo pedestal; desvaneciósse la nébula con que la arropara una soñadora imaginación; esfumósse la prístina bien amada; pero quedó en el corazón del poeta —como queda siempre— el Amor. La lapidó con unos cuantos guijarros de sátira y grabó su epitafio en una parda elegía. Desplegó después las alas, con el derecho y la gallardía de las aves mayores; se alzó del soto hasta allá donde sólo impera la luz; y al vislumbrar horizontes más vastos, intereses más nobles, pasiones menos efímeras y luchas de mayor plenitud, las vibraciones de sus estrofas indican la grandiosa anchura y relampagueante radio que había adquirido su visión. Pero, ¡ay!, por entonces cayó para no levantarse ya más; cuando la obra, su obra, propincua a cuajar en bronce o mármol imperecederos, iba a levantar el tumulto de los aplausos cordiales y la algarada de la envidia.

Algo sobrepuja a la rica estrata poética, determinan-



te precisa de sus facultades; el esmero en purificarlas, encauzándolas para hacerlas fecundas, por canales de la más acendrada disciplina. De tal cuidado y estudio, es abonado testigo este manojito de versos. Ellos propalan cómo, a fuerza de comparaciones internas, llegó a una conclusión; como, a consecuencia de raciocinio y controversias íntimas, se labró un criterio. Para su oportunidad productiva, estaba ya determinada la tremulante neurosis cuya prolongación palpita aún con tremenda intensidad. En la América española, el vendaval de la Desorientación desparramaba las corrientes literarias por todos los cuadrantes de la Rosa Náutica del Arte. No confesada necesidad de cohesión; precisión intelectual de convergencia, ensayaron este punto de encuentro: ¡exotismo! En la expresión; en el país; en el medio; en la tendencia; en el sentir; en el ciclo. Intereses extraños e ignaros adoptados como propios: estados personales anímicos de algunas intelectualidades europeas, pasando sin cosa de examen como hora psicológica y condensación homogénea de la sentimentalidad y de la civilización contemporáneas. La belleza esencial de las artes de la palabra, Claridad y Verdad, ahogada la una miserablemente en el gongorismo de Mallarmé, y reducida la otra a meras excursiones de bibliotecas, a emociones de segunda mano, no extraídas de la impresión directa de las cosas. Ideas y conceptos cayendo por bandadas en el Maelstrom de la oscuridad; los vocablos tirando a producir sensaciones estéticas sin pasar previamente por el entendimiento; lo ininteligible alzado a símbolo, con presunción de ser para el cerebro algo más que ruido enfadoso y estéril. Inútil el fracaso de Góngora, siglos antes; inminente la nueva y rotunda bancarrota. Tan magnífica ocasión para los improvisados, cuanto serio peligro para los bisoños. Mas, en la sustancia de estas rimas, escritas para ser entendidas, a la exactitud y diafanidad de las voces se incrustan primores de cadenciosos movimientos, y radian a trechos las gemas de una retórica transparente y sana.

La mala moda traída de Lutecia no dejó rastro nin-



guno en su estilo; como tampoco lo dejó en su intelecto la turbadora y deslumbrante pero falseada exquisitez de allí también importada. El arte clásico había sido árbol trasplantado de España; la evolución romántica llegó al Nuevo Mundo en cepas castellanas; ambas, sin embargo, eran en la Península meros injertos franceses. Fué valentía de emancipación tomar la simiente en el propio terreno que la producía; pero no resultó progreso. La iniciación desdichadamente quedó efectuada entre vapores de plena fascinación. Semejante al hipnotizado, bajo las sugestiones del magnetizador, salió a la inversa; y la adaptación americana no absorbió los jugos fluentes de París, sino París se sorbió la savia de la producción americana. Se *bohemiaba* como en el Quartier-Latin; se padecía tortura de matices, conforme a la receta empírica, y no práctica constante, de Paul Verlaine; se desterraba a las ideas mediante sentencia de algunos esclarecidos areopagitas de una Grecia mutilada. Con haber existido una divinidad de la Alegría y un Vulcano cojo en el Olimpo; con haber peleado los dioses apasionadamente en el sitio de Troya, se aceptó la impasibilidad como condición potencial de los inmortales. El exagerado disgusto del medio, disgusto común hasta en las muchedumbres vulgares, por arte de magia llegó a convertirse en estigma de superioridad. Ansiedades indecisas e innominadas; desdeños, altiveces y penas de elaboración como las lágrimas de los románticos, daban de golpes hasta dejar exangüe y moribunda a la inofensiva Sinceridad. De aquí, impresiones sospechosas y sensaciones rematadamente falsas; de aquí, procedimientos para provocarlas por asalto y sorpresa, ya que no había base ni medio de trasmitirlas por modo natural. Reflejos borrosos de obras reflejadas; como un brazo de mar que se retratara en un espejo, y de éste en una laguna.

Estos versos se trabajaron en la barca de excepción; en la que conduce a una facción de Ulises hacia el puerto de la Eterna Verdad; sin que les arredren sirtes ni les encanten sirenas. Las impresiones han pasado por los sentidos y nervios de quien trata de fijarlas; las sensaciones



se produjeron verdaderamente en su masa cerebral; y las emociones entibieron o acalararon con toda certidumbre sus vasos sanguíneos. Habla de cosas vistas, de cosas sentidas y de cosas vividas. Fué devoto de la Claridad y fué servidor de la Verdad. Podría tenérsele por romántico, equilibrado por el clasicismo; si no fuera sincero, que es mejor y más justa calificación. Lo provisional, lo inconcluso de muchas composiciones; la ausencia de plenitud y madura redondez en algunas de ellas, es achaque común a la adolescencia impúbera, y condición de los capullos a medio abrir, donde el color es aún vago, incompleta la forma y tenue el perfume. Pero la promesa segura, a no interponerse lo infausto.

El presente tomito es obra de un adolescente que pasó por nuestro cielo literario como a veces el sol en las tierras hiperbóreas; surgido en el horizonte con tanta prontitud como puesto. Pero la pompa rápida de la luz; su fulgor persistente en la retina; las diluídas *gasas* crepusculares, impulsan a que, mirando hacia la estela de la blanca aparición, se exclame con asombro y pena: ¡por ahí ha pasado la Gloria!



PARRAFOS DE UNA CARTA (*)

San Pedro de Macoris, 1908.

La desorientación artística de casi todos nuestros escritores, es achaque ya muy viejo y muy conocido. Lo demuestra la vacilación de sus escritos, puramente literarios, y las numerosas contradicciones en que caen cuando pican en críticos. La razón es que no se han formado con verdaderos estudios de literatura, sino con lectura de obras literarias simplemente. Les ha faltado, pues, el eje, la médula; y es lástima que les haya faltado, pues ya el país va teniendo hombres de suficientes conocimientos artístico-literarios, a cuyos ojos hacen un papel poco airoso todos esos desorientados. Verdaderamente revienta ver que, mientras entendidos menos, son más presuntuosos, pero lógicamente no puede ser de otra manera. El que tiene verdaderas convicciones y las apoya sobre buenas bases, suele tener vacilaciones, porque desde su punto de mira, lo que más claramente ve son los horizontes sin límites a que no considera fácil llegar.

Pero los ignorantes o medianamente barnizados (que son peores) no ven más allá de sus narices, y de todo hacen mangas y capirotos. A la larga el daño es de ellos, porque se quedan espantosamente detrás de sus aspiraciones.

(*) Sin indicación de fecha ni destinatario, en artículo de Juan Elías Moscoso hijo, *Concordancia*, en *La Cuna de América*, S. D., núm. 53, enero 1908.



Noto, con honrosas excepciones, que ahora esta presuntuosa vanidad sin fundamento, se ha hecho más fuerte y general entre muchos de los jóvenes, y hay que lamentarlo por ellos, porque van en camino de no cosechar sino fracaso sobre fracaso.



CARTA A FEDERICO GARCIA GODOY

San Pedro de Macorís,
31 de octubre, 1911.

Señor don Federico García Godoy,
La Vega.

Distinguido crítico y artista y apreciado amigo:

Vengo de *Alma Dominicana*; y en ella tomo ocasión para agradecer el envío de sus buenas obras; unas consagradas a ecuánimes e interesantes estudios críticos, y otras inflamadas en noble espíritu nacional, y llamadas y elegidas para levantar el amor de la Patria como una antorcha fulgurante.

Esa doble labor, no solamente contribuye a aniquilar el antiguo decir de que en Literatura no se pueden conquistar dos diversas coronas, sino que ha servido por modo glorioso a que sus dos tendencias se justifiquen mutuamente.

Quien es capaz de llevar el sentimiento a la sublime altura a que ha remontado en el capítulo *Los de los tristes destinos*, de su anterior relato histórico, y le ha conducido épicamente a través de las páginas cálidas, vividas, rápidas, tropicales de *Alma Dominicana*, tiene ganado derecho pleno para que sus juicios sobre asuntos literarios sean muy de tener en cuenta. Ninguno tan indicado como un agitador de sentimientos —y sentimientos altos, puros



y purificadores— para opinar en cosas que atañen al sentimiento, como lo son las de Arte Literaria; ya emerjan de los eternos afectos humanos, ya pasen y se filtren por el crisol del pensamiento.

Su condición de artista, de hombre capaz de expresar bella, correcta y comunicativamente sus sentires, es, sin duda ninguna, el apoyo más robusto de su profesión de crítico. Por ambas, ¡mis efusivos parabienes!

No he seguido, se lo digo con franqueza, a Perico Antúñez en la bien graduada rapidez de *Alma Dominicana*: he sido arrebatado en pos de la bandera, y, desalojada de *San Luis*, la he acompañado tenazmente alzada en Moca; alta y señera en Capotillo; homérica en el incendio de Santiago, y orgullosa y arrogante detrás de las tropas españolas, camino a Puerto Plata, que es a su turno excelente salida para ultramar. No, ciertamente: ¡no se desaloja con impunidad una bandera! ¡Y bandera como la nuestra, que ha conocido el territorio entero a fuerza de victorias!

Por la colección de sus obras, culminadas hoy en esa epopeya del pabellón nacional, me congratulo al congratularle; pues creo firmemente que todo acierto de un conciudadano es la gloria y el honor de todos.

Soy, como siempre lo he sido, su sincero admirador y agradecido servidor y amigo,

GASTON I. DELIGNE



CARTA A J. B. PEYNADO (*)

San Pedro de Macorís,
3 de noviembre de 1911.

He leído con agrado y agradecimiento su favorecedora del 28 de octubre último. Un favor excesivo, como el de sus últimos párrafos, me ha llenado de confusión; me obliga la generosidad de estímulo que encierran, pero me pesaría de que se diafanizaran, pues las duras circunstancias económicas que tuve por compañeras de mi juventud, no me permitieron pasar de aficionado en materia de letras. Yo bien sé que una *Antología* recoge muy poca cosa de la más nutrida labor; pero no ignoro que para significar algo en vida de un autor, debe éste multiplicar sus desahogos y descargas intelectuales, y no restringirlas

(*) Esta carta se publicó en la revista *La Cuna de América* (S. D., núm. 1, 4 de mayo de 1919), con la siguiente nota: "Entre nuestros viejos originales, rezagado no sabemos por qué extraña causa, hemos desentrañado como de una mina de escaso mineral, un verdadero filón de oro. Se trata de una carta inédita del gran poeta nacional Gastón F. Deligne, dirigida al exquisito intelectual Lic. Jacinto B. Peynado, quien, al mostrarle los originales de tan valioso manuscrito, nos ha manifestado no tener el menor conocimiento de tal documento, lo que nos obliga a pensar que las cuartillas en que está escrito fueron enviadas directamente por el autor a la Redacción de LA CUNA, tal vez en días en que la revista, a merced de las anormalidades políticas, suspendía su publicación. El Lic. Peynado, al leer la carta en cuestión, que expresamente le hicimos mostrar, tal vez por la dureza con que trata al ilustre com-



como las circunstancias me obligaron a hacerlo. El hermoso tiempo primaveral, pleno de generosos fermentos, ha pasado del meridiano mío; y sólo puedo pedir a mi otoño algunas modestas y doradas belloritas.

Me ha llenado de júbilo su opinión sobre la poesía a la muerte de mi hermano: sumo ese voto valioso a otros, bastantes en número, de poetas, artistas y competentes, favorables a la misma composición. Y tengo un apoyo más para corroborar mi opinión de que Pedro Henríquez Ureña es voto nulo en punto a ternura, y hasta parece incapaz de sentirla. ¡Defecto superior en uno que profesá la crítica; rémora de sus aspiraciones y restando de su valor! ¡Es algo análogo a un ave anquilosada en un ala! Dijo de *Angustias* que vale por el amor maternal. Doña Salomé, José Joaquín, que escribió en un periódico sobre esa composición, poetas, críticos y mujeres de gusto, sintieron todos la ternura con que yo la compuse; y ninguno tan autorizado como *yo mismo* para juzgar si estuve o no inundado de sentimientos tiernos al concebirla. En ese tiempo, el mismo aire que me circundaba, estaba henchido de ternura; ¡era en la bella mañana de una existencia que no había recibido agravio ninguno de los hombres ni de la vida!

Cuando leí el juicio de Pedro acerca del libro, no pude por lo pronto explicarme muchas afirmaciones te-

patriota don Pedro Henríquez Ureña, ha vacilado en autorizarnos la publicación; pero por nuestra parte hemos objetado razones de distintos órdenes, que aunque a él no podían escapársele, creímos necesario para la justificación de nuestro propósito de darlo a la publicidad. No vayan estas líneas, por tanto, a mortificar a nadie. Estimemos en su lectura el valor literario de los conceptos sesudos del malogrado pensador, quien no dejaría hoy de reconocer cuanto vale y cuanto pesa aquel joven que más tarde, sin el menor viso de charlatán, debía ser tan elevada figura en el difícil arte de la crítica." A esta nota no necesitamos agregar nada más. Las afirmaciones de Deligne en lo que concierne a Pedro Henríquez Ureña, singularmente exageradas, pero explicables por las circunstancias en que se produjeron, no afectan en nada la obra del insigne crítico dominicano. Sus ideas acerca de *Galaripso*s están aún en pie.



merarias y que no decían cosas con respecto al libro mismo, siendo al mismo tiempo deprimentes a mi labor (*). La naturaleza humana es tan flaca; un grano de arena puede pesar tanto sobre una conciencia, que —sin que pudiera yo dar con la causa— pensé, sin embargo, que Pedro tendría alguna prevención contra mí, y la hizo pagar por la obra. A raíz de decir que mis composiciones no alcanzaban la perfección —palabra ésta sin sentido y sólo asidera como comparación— habló de los mil himnos perfectos de la lírica moderna. Aparte de que nadie sabe qué cosa sea la perfección ni con qué se come eso, como nadie sabe de *lo absoluto* sino que es una palabra cerebral llena de pretensiones y de vacío, Pedro acaba de echarlo a perder; pues para definir la perfección arrima la palabra *Dios*, todavía con mayor vacuidad ella que la misma palabra perfección. Y, ¡cómo! ¿la lírica moderna tiene mil himnos perfectos y yo no he acertado a hacer uno solo? Eso es deprimente; y con mucho derecho podía yo creer que Pedro estaba prevenido en mi contra, por su afirmación, *temeraria*: 1.º puesto que no hay una sola obra humana a que no puedan hacérsele reproches de varia naturaleza; 2.º porque la idea de perfección es móvil, evolutiva y hasta contradictoria. (La perfección de ayer “vida ascética o monástica”, por ejemplo, es tenida hoy como “imperfección suprema”); 3.º porque si las especulaciones que han hecho los hombres sobre el significado de la perfección, las aplicáramos a la naturaleza (fuentes, origen y causa de todo), la naturaleza resultaría imperfecta, y sólo hallaríamos en ella un conato bastante pronunciado de simetría. Un *Le Notre*, tallador de árboles en figuras geométricas; ordenador de avenidas, a distancias medidas por la ona, debe hallar muy imperfecto un bosque tropical, con su follaje antigeométrico y su furor de encaramarse unas plantas sobre otras, y tejerse y ahogarse sin ningún respeto del orden; 4.º porque la movilidad del sig-

(*) Refiérese al estudio del Dr. Pedro Henríquez Ureña acerca de *Galarippos*, inserto en su obra *Horas de Estudio*, París, 1909.



nificado de la perfección nos fuerza a ver en todo conato de perfección, incluso y adscrito el microbio de la imperfección, como ante toda guayaba presentimos el gusano interno. El buque de vela llegó en su tiempo a hacer la perfección de la canoa; y por eso mismo, por haber sido demostrado que la canoa podía ser perfeccionada, el buque de vela en su tiempo suscitó por sí mismo la idea de su imperfección, supuesto que podía ser sustituido a su vez por algo mejor, como lo fué la canoa también; 5.º y principal: La única verdad concluyente que se ha dicho sobre la perfección, la definición más completa, axiomática, la trae el profundo libro de la *Imitación de Cristo*: "No hay perfección humana a que no esté aneja alguna imperfección". No es posible negar la perfección con mayor seso, profundidad y alcance que ése. Tan convencido estoy de que esa es una verdad absoluta, que me comprometo, con mis escasas luces, a señalar imperfecciones en los fantásticos mil himnos perfectos que ha soñado Pedro.

Otras partes del juicio de Pedro me afirmaron en el primer impulso de sospecharle prevención, y las omito para no alargar esta lata; pero otras partes del mismo escrito me hicieron desechar esa opinión. ¿Qué pasaba, pues?... Quise penetrarlo, y para dar con ello, el mejor método era el de aquilatar al crítico, analizándole. Estudié su estudio y comprendí que el caso obedecía a la idiosincrasia del autor, pues hallé esos residuos sintéticos acerca de la personalidad crítica de Pedro.

Sagacidad: ¡Embotada!

Perspicacia: En período de desarrollo.

Erudición: Bastante, pero aplicada al buen *tun, tun*.

Conocimientos técnicos: Presentes, pero parcialmente; los que más relación podrían tener con el estilo del libro, *brillan por su ausencia*.

Teorías estéticas: "El arte por el arte", *únicamente*. De tan estrecha fórmula, afirmaciones extravagantes, como la de que yo hago *poesía* ayudado por mis conocimientos de la materia. (Es ayuda la adopción de esa única fórmula, como teoría, en Pedro; a pesar de que hoy está



relegada a su condición de fórmula, como lo estuvo desde que la Literatura es Literatura. El Ramayana y la Biblia, los libros más antiguos del mundo, han salido en la mayoría de sus páginas de la fórmula: "El arte por la moral".)

Modus faciendi: Muy entreverado con la aserción de Nietzsche de que se critica muchas veces trayendo divagaciones ajenas a la obra criticada, para lucirse con ellas; y esta observación de Montesquieu: "Hay cosas que la gente repite porque se han dicho alguna vez".

Como algunos amigos han demostrado curiosidad por conocer las ideas mías sobre la crítica de Pedro, supongo que a usted también le placirá conocerlas; y he aprovechado la oportunidad que me ha dado su misma carta para exponérselas. Esas conclusiones, sacadas del juicio de Pedro sobre mi libro, me han explicado otras muchas extrañezas de sus juicios sobre D'Annunzio y Rubén Darío, en quienes sólo ve motivos de alabanzas, a pesar de las desastrosas caídas que han tenido uno y otro. Lo peor de todo es la estrecha profesión de esa exigua fórmula del "arte por el arte", fórmula que le reduce a un partidario, a un apandillado, en tanto grado cuanto le resta amplitud de miras críticas.

Aquí me veo constreñido a concluir, pues esto va largo.

GASTON F. DELIGNE



PROEMIO(*)

Uno de los hábitos inveterados de la crítica, manifestación acaso de lo que tiene de ciencia, es el prurito de la clasificación. Lo primero en que parece preocuparse delante de alguna producción artística, es del encasillado a corresponderle, de la etiqueta con que ha de ser rotulada, del nombre genérico o específico en que deba catalogarse. Nada malo en tan persistente prejuicio, como no originara apreciaciones erróneas y colocara fuera de sus legítimos cauces, para la sanción general, corrientes cuyos orígenes son perfectamente apreciables y definidos. Así, hasta la fecha, Paul Verlaine, por ejemplo, para la generalidad y merced a las afirmaciones de un gran número de críticos, es un decadente; aún más, es el jefe de la escuela simbolista; y sin embargo, ninguno más ingenuo, menos torturado por el ansia de selección o corrección; menos trasladador de ideas; menos preocupado de la erudición en grande, ni de la alusión, ni de la síntesis, que él.

Ninguno tan él mismo como él mismo. El glorioso e impenitente trasnochador, es un tersísimo espejo en que se reflejan la variedad de paisajes, fantasías, matices y crepúsculos que milagrea la noche. La estrella de Saturno es su obsesión; y la luna, tan novia suya como de Pierrot. Es por eso que sus medias tintas no violentan sus cuadros; o por eso que ocupaban su espíritu tantos cuadros a medias tintas.

(*) En la obra en prosa y verso de José María Jiménez, *De la vieja lira*, Santiago de los Caballeros, 1911.



Una vez catalogado él entre los simbolistas o decadentes; y creyéndose la crítica en el caso de hacer una nueva clasificación a cierto movimiento literario de última hora (bastante febril en América y España); a cierto cambio (que de ninguna manera quiere decir progreso), le moteja con el nombre de *modernista*. A buen seguro que, de no tener previamente encasillado al maestro, la crítica habría podido percatarse de que la mencionada denominación era demasiado arbitraria para unos procedimientos que carecen de fisonomía propia; que están íntegramente indicados y contenidos en la composición "Arte Poética" del mismo Verlaine, y que, por tanto, debían llevar el nombre de "verlainismo". Ciertamente que se han desviado hacia la caricatura, pues se "junta lo impreciso a lo preciso", en multitud de casos, como se junta el aceite con el agua; y se *crepusculiza* con frecuencia en instantes en que rabiosamente calcina el sol desde el inflamado meridiano. Y se orquestan tales sin-sentidos musicales, que resultan unas verdaderas y desesperadoras *romanzas sin palabras*. Y se matiza lo más agudo de un parasismo erótico con la horchata de un desmayado poniente. Si tan ridículos matrimonios no los soñó nunca el reencarnado sátiro-devoto que tuvo tan alta noción de las gradaciones ideológicas, es indudable que a él debe referirse la expresa indicación de ello, más que a su mera influencia. Con ser ésta evidente.

Otro daño del prurito crítico de clasificación, lo reciben espíritus apocados, voluntades castradas que se funden en una moda de arte, y se confunden con ella, nada más que por disfrutar la indefinible ventaja de obtener un rótulo. No comprenden, como no quiere comprenderlo una parte de la crítica, que a medida que el tiempo avanza, y se cruzan las razas, y se mezclan las especies, y se ligan las electricidades, lo genérico se diluye fatalmente en la armonía y compenetración universales.

El autor de este modesto libro, modesto por los cuatro costados, revela con grande amplitud, y a pesar de las batalladoras solicitudes de la actualidad literaria, que su



intuición está por encima de todos aquellos prejuicios; que su conciencia artística es suficientemente robusta para no caer en la tentación; que profesa el arte como ascensión de espíritus, y no como vericuetos de rebaños. Pertenece al número, cada vez mayor por fortuna, de aquellos que no huyen de parecerse a nadie, para que no se les aprecie como extravagantes; de aquellos que no tratan de parecerse a nadie, para que no se les sindique de simios: de aquellos que saben como tienen dentro de su cerebro una distinción cerebral tan propia, como la tienen personal en el propio rostro. Pertenece, en suma, a los que ven con sus propios ojos, y oyen por las propias orejas, y hablan de sus propias ideas. No serán nuevas; no serán tuyas enteramente; no serán grandes; pero serán dichas por una sinceridad y no por un fonógrafo. Con cuatro sabias pinceladas dibujará un paisaje. De mundo o de interior. Incompleta o fragmentaria, nos dará su sensación personal.

Nos contará cómo siente; y veremos que siente con aquel romanticismo bueno ayer, bueno hoy y bueno *in eternum*. Con aquel romanticismo que tiende al refinamiento y depuración de sensaciones y sentimientos para adquirir la levedad cuantitativa de niebla necesaria al espíritu, en su afán de remontar hacia lo ideal; para adquirir la suavidad sedeña necesaria al espíritu en el cultivo de sus relaciones de sociedad. A modo de un río, se partirá en varios brazos, y abarcará otros senderos a más del hondo cauce que le lleva a la mar, y que en el caso de los poetas, es el amor. No el amor sensual meramente, sino el amor *amor*. Puede ser que ante dolorosas injusticias, ante injustificadas crueldades, ante malsanas aberraciones, ese amor empuñe el látigo de la sátira. Así lo haga débilmente, no por eso deja de ser una de sus manifestaciones agudas. Y el autor nos enterará de esas cosas con expresiones reveladoras de que por lo menos cree que la palabra nos ha sido dada para que nos entendamos.

De tales results, si no demasiado avante, va por buen camino. En su trayecto no encontrará la Capilla donde se falsifiquen sensaciones, ni el cenáculo en que se torturen



sentimientos, ni el taller en que se fabriquen dedos de estatuas, ojos de estatuas, torsos de estatuas, aunque no estatuas... Como no desmaye y siga su virtuosa peregrinación, llegará al gran valle florido, frente a la montaña de luz, bajo el cielo radiante.



CARTA A PRIMITIVO HERRERA

San Pedro de Macorís, enero 3, 1913.

Sr. don Primitivo Herrera,
Santo Domingo.

Muy apreciado poeta y amigo:

He leído con gusto su muy grata del 2 del actual, y antes había leído, con gusto también, todas las composiciones tuyas a que se refiere. Tanto Ud. como Federico Bermúdez, están ya en pleno desarrollo; han llegado a la virilidad poética y al punto en que toda discusión y reparo ya no tienen nada que decir contra la decidida aptitud. Ud. ha vencido la última trinchera que le oponía la técnica; ya por dificultosos que sean los consonantes que se le vengan a la pluma, sabe Ud. cadenciarlos con otros espontáneos y como nacidos del mismo asunto; con lo cual no altera, desvía o debilita el hilo de la emoción estética, sino que lo devana como una seda. Ud. recordará que fué la última observación que me atreví a hacerle, y me felicito de haberlo hecho, pues no cayó en saco roto. Yo sabía que Ud. podía dejar atrás esa trinchera; y la ha batido Ud. gloriosamente. Las últimas composiciones lo prueban por completo, y entre ellas la que ha sido más de mi gusto es *Canon de Vida*, y la que me ha gustado menos es *El prior de la abadía*, no por los versos; no por el asunto en sí, sino porque me parece que Ud. ha abordado un tema que no ha salido de su sentimiento, ni pertenece a su afición interior.



Como en varias ocasiones se lo he escrito, no opino que la poesía, el arte en general, sean esto, lo otro o lo de más allá. El arte es la sinceridad de cada artista, y todo lo demás son vanas disputas. Si se tiene disposición para un arte cualquiera, y se cultivan esas disposiciones, según los rumbos a que se incline la propia conciencia, se triunfará en toda la línea y se impondrá la labor, aun cuando pugne con los tiempos. Ejemplo de esto le será el espectáculo de la literatura francesa del año 1820 al 1870; más o menos. En ese período triunfaron y se impusieron: Victor Hugo, con los más delirantes excesos de la fantasía; Lamartine, razonando casi los sentimientos comunes; Baudelaire (que en mi opinión no debió triunfar), *falsificando* perversidades; Balzac, alternando entre la realidad y el ensueño, lo mismo que Flaubert; Zola, trabajando con los materiales más groseros de la realidad más ordinaria, y así sucesivamente.

Ya Ud. ve con qué desemejantes, opuestos y contrarios materiales llenaron medio siglo y cupieron todos sin estorbarse en el deleite y entretenimiento de la humanidad. Lo que quiere decir que toda fórmula absoluta de cómo debe ser el arte en una época dada, es una simple temeridad. Y el ejemplo de esos 50 años ha sido el mismo en todas las épocas y en todos los países: tendencias diametralmente opuestas han convivido; prosperado y pasado a los posterros, sin que a ninguna de ellas se le haya asignado definitiva preferencia. Si la humanidad artística conviniera en adoptar un rumbo determinado para el arte, en un momento determinado, es indudable que tal rumbo no sería seguido más allá de 20 ó 25 años; porque el fondo humano está ansioso de novelaría, de novedades, de cambio; y no hay acción que no prepare su reacción. De eso se compone la historia de las artes, de reacciones, y algunas sorprendentemente inesperadas.

La juventud, pues, el artista, solamente debe no abordar tema de arte que no le salga de su interior; lo que vale decir, que le basta y le sobra con ser sincero. Todo lo demás, según expresión del Nuevo Testamento, le será



dado por añadidura. Expresa el artista lo que ama con vehemencia; sea mujer lo amado, sea justicia, sea bondad, sea sentimiento, sea idea, y el artista triunfará por encima de todas las fórmulas. Sea eco de sí mismo siempre, y siempre se renovará, porque nuestro interior está siempre renovándose; y aún las mismas contradicciones que puedan pulular en la renovación se convertirán en oriflomas de triunfo.

Mi conclusión es, pues, que en este tiempo la poesía debe ser lo que cada poeta quiere que sea; y así será, si cada poeta no expresa sino lo que es amor, calor, impulso y resorte dentro de su propia conciencia.

Siempre su affmo. amigo.

GASTON F. DELIGNE

Publicado con el título de *La última carta de Gastón Deligne*, en *La Opinión*, C. T., 18 enero, 1939, y *La Nación*, C. T., 19 febrero, 1941.







SEMBLANZAS (*)

(*) Aunque no pueda dárseles, con toda propiedad, el título de **Semblanzas**, se incluyen en esta sección algunos artículos, como los dos primeros, ya que contienen apreciaciones biográficas.



POR EL PADRE BILLINI

Por el artículo de *un diputado*, inserto en el No. 4 de *El Repúblico*, venimos en conocimiento de que el Soberano Congreso Nacional *únicamente* para cumplir lo ordenado en la Constitución, ha añadido los nombres de Billini y García a la terna que se ha de remitir a Roma.

Es verdaderamente edificante esta explicación, sobre todo, para los que como nosotros principiamos a vivir, creyendo (para no creer que todas son miserias) que los representantes de un pueblo son en todo caso sus representantes, y que no disponen las repúblicas de más de una corona para cada ciudadano meritorio.

Lo primero lo decimos, porque si el pueblo mismo se hubiese de dar su prelado, escogería seguramente a aquel sacerdote de quien tiene recibidos *bienes positivos*, y esto o por santo y legítimo agradecimiento, o por muy bien fundada creencia de que ensanchando su esfera de acción habrían de multiplicarse y extenderse los beneficios. Como se ve, para esta solución, no era necesario que nuestra sociedad fuese justa (y en la presente ocasión lo es), le bastaba con ser egoísta. Y justa o egoísta, no mantendría en primer término a quien su representante el Soberano Congreso mantiene.

Lo segundo lo decimos, porque el Presbítero Meriño, que como lo sabemos por *un diputado*, "sacrificó su juventud, etc."; el Doctor Meriño, cuya vasta inteligencia es indiscutible, y cuyos sólidos conocimientos son timbres de honra para el país, ha sido suficientemente premiado por



sus conciudadanos, ascendiendo por sus méritos a la Primera Magistratura de la Nación.

Quedan, pues, por premiar, si la justicia ha de ser distributiva, aquellos con quienes el país tiene contraídas tantas deudas de agradecimiento: los que no contentos con haber sacrificado su juventud y la paz de su alma con tantísimos malagradecidos, han hecho asilos de caridad y ornato de calles, de edificios ruinosos; han secado las lágrimas de millares de infelices; han sabido administrar juntamente con un buen consejo una valiente obra de caridad de su propio peculio; han sabido y saben dar ensanche a la instrucción, así para los hijos de la capital como para los de San Carlos y como para los de todas las poblaciones de la República.

Desgraciadamente, sabemos por *un diputado* que para ellos no tiene premios nuestra Nación, y que habremos los dominicanos de legar a las generaciones del porvenir la vergüenza de acriminar nuestra conducta, y la coyuntura de hacerles esa indigesta justicia que han sabido hacer todas las posteridades!



GLOSA DE GLOSAS

(EL PADRE BILLINI)

Acaba de verificarse un suceso que, justificando el aliento progresista de la juventud vegana, es bizarro testimonio de que sin recurrir a copias mezquinas de otros pueblos, hay entre nosotros mismos fuerzas capaces de establecer una sociedad lozana, elementos para levantar la República hasta donde sea orgullo de sus hijos y delectación del mundo. En apoyo de este parecer, habla muy alto el hecho de que la sociedad *La Progresista* dedique al Presbítero Billini una medalla, para que de nuestros sentimientos se recuerden los más hermosos, y de nuestros juicios los menos errados. Porque se convencerá el que lo piense, de que este acontecimiento, sencillo al parecer, es en alta manera trascendental; así por estar reñido con el convencionalismo, que tan sólo a la posteridad permita ser justiciera, cuanto que para honra y gloria de los dominicanos, revela, y lo revela espléndidamente, que en nuestra República es muy capaz de aclimatarse la justicia donde es bueno que se aclimate, en el corazón del soberano Pueblo.

Reconocer, admirar y premiar el desprendimiento, la abnegación y nunca desmayada filantropía del Presbítero Billini, es adelantarnos a la Historia; y adelantarnos a la Historia es dar un ejemplo sublime y raro; lo último, porque si en la especie humana son escasas las águilas, abundan miserablemente los cárabos y los mochuelos.

No falta por ahí (y es natural que no faltara) una que otra maligna insinuación contra el suceso que celebra-



mos; no escasea (y sería extraño que así no fuese) uno que otro desmemoriado, que se olvide de que ayer no más, cuando nos tenían desunidos el medro, y lucro, y la ambición de mando, el Presbítero Billini volvió los ojos a la instrucción para unirnos; y hasta hay, para colmo de iniquidad, quien se atreva a poner en tela de juicio la validez de las prendas que distinguen al ilustre filántropo. A estos tales, bueno es recordarles que los méritos del Presbítero Billini no son resultado de vana palabrería, y humo de incensadores; sino que se apoyan en sólidas fábricas (levantadas con ayuda de la caridad pública que supo promover), cuyos *tangibles trozos de mampostería* son únicamente invisibles para los ciegos de nacimiento, de entendimiento, o de corazón. A estos tales, es bueno hacerles presente que la caridad del Padre no sólo se ha ejercitado en difuntos: por centenares se cuentan los semovientes que de ella son testimonios vivos. Y ya que a estos tales les ha entrado la desazón de la Historia, en cuya redacción sólo para el historiador mentecato es cosa desechable el informe de los testigos oculares, es caritativo advertirles que no se inquieten, que en la Historia cabe todo el mundo: Nerón y Jesucristo, Homero y Wáshington; o paisanos y de una misma época, el Obispo Fonseca y el Padre Las Casas.

¡Todo el mundo cabe! En páginas negras los ambiciosos, los tiranos, los conquistadores: cuantos han sido hábilmente oscuros; en páginas blancas, cuantos han sido útiles a la humanidad y al progreso: libertadores de pueblos y libertadores del pensamiento; inventores de industrias útiles, y filántropos. He aquí la diferencia.

Entre nosotros, y en la historia puramente nuestra, ¿qué lugar pertenece al Presbítero Billini? Uno único y preferente. Políticos más o menos embrollados los hemos tenido a montones; filósofos más o menos acertados, desde el vago y casi soñado *recuerdo histórico de la Atenas del Nuevo Mundo* hasta hoy, han sido y son el pan de cada día; literatos más o menos literatos, es raza que entre nosotros hormiguea; pero filántropos, verdaderos y casi perfectos filántropos, en nuestra patria no más sabemos de dos: el



vehemente Padre Las Casas, español; y el vehemente Padre Billini, dominicano.

Parece que ésta es simiente que difícilmente se reproduce; como quiera que exige mayor abundamiento de humanidad en el predestinado que cualquiera otra vocación, y más entereza de carácter para resistir los tiros que como a cosa rara le disparan los mismos a quienes dispensa el bien. Por fortuna, en la causa de la justicia, para un Bartolomé de las Casas siempre produce la posteridad un Manuel José Quintana.

Esto, por lo que toca al ilustre *protector de los indios*; que para nuestro *padre de los pobres*, en estimación y amor le son posteridad sus agradecidos coetáneos; y hay una sociedad que junto con una medalla le dedica estas hermosas y alentadoras palabras: *para que este pobre homenaje de la sociedad vegana y de la patria sirva algún tanto de lenitivo a los dolores que continuamente amargan el alma del Vicente de Paúl dominicano.*

Así se ha producido *La Progresista*, de La Vega; pero no pudo prever, noble y luminoso como es, que el mismo suceso de la medalla había de alborotar en sus madrigueras a las lechuzas!



EL PADRE BILLINI

... Ya duerme ante el altar mayor de su **iglesia el grande humano**. Ya descansa el infatigable y está **inerte** la actividad más portentosa que ha visto la Patria.

Ahora pueden exclamar los desamparados: ¡**estamos solos!** Ahora pueden murmurar los ávidos de emulación y progreso: ¡**estamos desorientados!** Ahora pueden decir los corazones agradecidos y las almas nobles: ¡**estamos tristes!**...

Ahora la reflexión, la reflexión obligada, ha de responder a esta pregunta que maquinalmente formula un millar de labios: ¿pero es cierto?... No lo parece todavía, y se palpa sin embargo el insondable vacío que estaba lleno por aquella alma inmensa: todavía no lo parece, y hasta se necesita del porvenir para apreciar con toda su dolorosa densidad la gran desgracia que ha caído sobre la Patria, y la imponderable pérdida que acaban de experimentar, tanto ella como la causa humana universal.

Hoy, a pesar del llanto que ha rociado su tumba recién abierta, no se le ha llorado como se le llorará mañana; porque al presente dura aún el calor por él impreso a sus postreros arrojados progresistas, y están estampadas sus últimas huellas en los senderos por donde solía ir a consolar el infortunio.

Y ¿quién para sustituirle?... ¿a dónde más aquel concebir y hacer milagros?... ¿en qué hombre solo aquella multiplicidad de empresas, al mayor servicio del bien, llevadas a término contra el viento de las dificultades?...



¿en cuál carácter tal amalgama de varonil vehemencia, y de regocijos infantiles como vuelos de pájaros?... En él solamente, porque ésa era privilegiada naturaleza de él sólo. ¡Hay motivos ante tamaña ruina para que estemos traspasados de congoja!

Quisiéramos recordar las hazañas realizadas en provecho de lo grande y bueno, por aquel verdadero héroe: quisiéramos espaciarnos detallando cuanto ha hecho y cómo lo ha hecho en servicio desinteresado de cada uno y de todos: quisiéramos desarrollar como en un lienzo los pasajes de su abnegación sublime y su desprendimiento sin límites; pero la ocasión se nos niega, el espacio se nos cierra, y subsiste sola y única en nosotros una profunda pesadumbre.

Pensamos para consolarnos: así como a la disolución de las carnes resiste la duración de los huesos, al silencio eterno del Padre, resiste la eternidad de su magnífico ejemplo; a la inercia de la mente del Padre, resiste la eternidad de sus grandiosas ideas. Y esto que decimos para consolarnos, nos apena más, porque nos pone frente a frente la funesta realidad de su tumba!

Sin otro anhelo que el de encerrarnos en nuestro sentimiento, sin poder para otra cosa, hagamos lo que, dignos de sí mismos y de la conciencia humana, han hecho nuestros conciudadanos: ¡arrojemos a la fosa del Padre una corona de flores y una bendición empapada en lágrimas!..



JUAN DE DIOS MUESES

(NECROLOGIA)

Fué un viejo amigo nuestro; con una amistad hecha sólida desde la edad frívola, y nunca alterada; como no fuese en el sentido de hacerse cada vez más estrecha. Le vimos unas dos veces durante sus últimas congojas, y no quisimos verle más: sospechábamos que iba pronto a abandonar su puesto.

Y lo abandonó en efecto, rindiéndose a la finalidad de lo que nace, pero sucumbió prematuramente.

Había sido un batallador incansable en la lucha por la vida. A dondequiera que le reclamaba el trabajo, allá se iba; con las molestias de una constitución enfermiza, pero con la fuerza de una voluntad de hierro. Y es que era nativamente bueno; de los que vienen a ser en el hogar, calor; en el compañerismo, ayuda; en la amistad, nudo; y en la sociedad, potencia.

Y aún continúa siéndolo el ausente amigo, por más que la tierra cubra sus despojos. Eso magnífico nos queda de los buenos. Se van, se van; y detrás de ellos abre la virtud un surco luminoso, para estimular nuestras sanas decisiones; y desarrolla la melancolía un afecto apacible, para vivificar nuestras nobles energías.

¡Feliz él por cuanto de él puede afirmarse con verdad lo que afirmamos! ¡Y desdichado él por cuanto, siendo de los elegidos para la santa jornada del deber, cayendo en flor, no acabó de rendirla!

Los que sentimos cuan hondamente nos ha afligido



su muerte anticipada; los que hemos palpado el frío que por su partida está haciendo en el hogar que abandonó para siempre, no nos atrevemos a hacer llegar hasta su apenada familia las frases de ese consuelo común que con frecuencia desconsuela.

Las aflicciones íntimas exigen espacio antes que nada; y haciendo llorosos los ojos, o fulgurantes como señal de llanto interior, hacen de la imprescindible necesidad, deber; y se consuelan a sí mismas, exclamando: ¡hay que resignarse! ¡hay que resignarse!



RAMON MARIA PICHARDO

Le asaltó la tribulación, como en la leyenda a Job. Este, señor de numerosos ganados, tronco de una venturosa familia, oráculo de su pueblo, dueño de una salud de diamante; perdidos los primeros, bendijo a Dios; deshechas prole y ascendiente, también le bendijo; invadido por una enfermedad maldita, y hostigado por aquellos tres enemistosos amigos que, en igualdad de caso, representan la sociedad de todos los tiempos, hubo un minuto en que el patriarca blasfemó!

El que acaba de abandonar la vida, conocido nuestro de no hace mucho, y amigo nuestro desde que le conocimos, fué también azotado por la desgracia: por una desgracia semejante a la que hizo blasfemar al patriarca de la Idumea.

¡Y en qué sazón!...

Cuando rayando para él el orto de la adolescencia, y con las varoniles energías que posteriormente demostró, llegó a considerarse a sí mismo como piedra angular de aquel hogar reducido de que era único hijo; ¡hogar hoy hueco y todo lleno de sollozos!

No es de todos, no es de todos, ni en aquella edad ni con aquellos propósitos, doblar la cabeza y dejar camino a la resignación. Pues nuestro amigo en vida y muerte, RAMON MARIA PICHARDO, hizo más: irguió la cabeza y



no se acordó de que había estado sano en tiempo alguno.

¡Hasta debió sonreírse!...

¿Cuál es en este planeta aquel hombre exento de tribulación?...

Quién es aquel que pueda exclamar: ¡el huracán me respeta!... ¡Lo único que puede afirmarse es que nadie compra la calamidad!...

Estas ideas, rayanas en bíblicas, debieron condensarse en el alma eminentemente social de nuestro amigo; y con estas ideas, y con un afecto sin límites hacia todos, su alma se esparció. Sabiendo lo que le esperaba de la sociedad, no se desesperó nunca; buscaba las excepciones. Y sea dicho para consuelo de los que le tratamos íntimamente: las encontró pronto.

¡Por eso estuvo siempre tan risueño!... ¡Por eso, hasta era candoroso!... ¡Por eso nos hablaba rotamente de todo, mientras de todo le hablábamos rotamente la media docena que con él nos espaciábamos, mientras él se espaciaba con nosotros!...

El que le haya oído blasfemar, que lo diga; y será probadamente desmentido. ¡Si con la confianza de sanar tarde o temprano, hasta pensaba en estudios frívolos y divertidos!...

Esa esperanza es demostración de fuerza de voluntad. Y es demostración de fuerza humana la velada que con él pasamos tres días antes de su muerte. Departíamos solos: su hoy afligidísima madre, creyendo, y creyendo bien, que estaba amigable y amistosamente acompañado, nos abandonó discretamente. Apoyando afirmaciones propias y respondiendo a confidencias íntimas, Ramón me dijo: "y es mi deseo, y mi gozo, en verlos a todos bien encaminados!" Esto hace su mayor elogio. Y de esta espontaneidad de su buen deseo, hacemos afirmación cumplida cuantos le conocimos a fondo.

Menos afortunado que el patriarca cō la Idumea, afligido por la tribulación, murió en el seno de ella.

Pero, contrastando con un antiguo proverbio (mens



sana in corpore sano), como en el varón de la Idumea, su carne enferma nada pudo jamás contra su mente sanísima; y, como el varón de la Idumea, al dormirse para siempre, se durmió con el sueño de los justos: ¡Perdure en paz el recuerdo de sus generosas calidades!...



EL CORONEL ALFONSECA (*)

(APUNTES SEUDO-BIOGRAFICOS)

Porque era un gran instrumentista y un notable instrumentador, deleite y regocijo, pasmo e insaciabilidad de quienes no nos cansábamos de oírle deslizarse y tronar, con arrullos dulcísimos a veces, con retozonas fermatas en ocasiones, con estridor guerrero cuando hacía al caso, haciendo hablar al clarinete en todas ocasiones; y sobre todo cuando lo que ejecutaba era suyo, por eso será siempre recordado el que se llamó el Coronel Alfonseca. Pero yo le recuerdo además porque para mí está unida su memoria a la de los primeros pantalones que me puse. Orondo con ellos, habiéndolos paseado todo el día, quise aún exhibirlos por la noche, y di con toda mi infantil vanidad en la única retreta que hasta entonces había visto, por cierto una de las mejores que me haya sido dado oír.

Allí, debajo de la casa consistorial, haciendo punto céntrico de unos desteñidos atriles, sustentadores de escasas y mezquinísimas candilejas, cuya miserable luz enlobreguecía más la entonces enyerbada y fúnebre plaza de la catedral; rodeado de sus subalternos los lectores de música instrumental; ceñidos éstos a su vez por no más de una docena de curiosos masculinos; encerrado en esa doble faja, que entonces se me antojó jaula, y después ceñidor de planeta, estaba el coronel. Ni el Presidente Ventura en su caballo ni cura ninguno en su púlpito me

(*) Publicado con el seudónimo de Q. Nubarrón.



habían impresionado con la vehemente impresión que en mí produjo aquel ya anciano, peludo y severo jefe de la banda. A las ideas que entonces me tenía formadas de las dignidades del mundo, aquel hombre era un príncipe, un emperador, un rey. Presentimiento sin duda, pues con el empezó y hasta hoy se ha extinguido en él la dinastía de los grandes músicos nacionales.

¿Por qué no goza a la fecha de fama universal y no brilla a la par de un Rossini; sí, de un Rossini?... Porque nació, creció y la pasión política de sus conterráneos le dejó vegetar y morir en Santo Domingo. Esa entre nosotros música celestial de la política no podía ocuparse de otras músicas.

Allí donde columbré al coronel por la vez primera, de cierto que no se podía ser más absolutamente autoritario.

No recuerdo si garrote o coco-macaco, creo que esto, pero el coronel lo enarbolaba como un cetro: al primer pifiazo, de dondequiera que partiese (aquel oído no se equivocaba fácilmente), un batacazo sobre el atril del pifia-dor; a las no sé cuantas pifias de cada quien, concluida la retreta, se hacía ejemplar venganza de la música ultrajada, llevando al reo al calabozo. ¡Nada! ¡Que muy bien hecho! ¡Lo había dispuesto el coronel! Porque su banda, sobre respetarle, le quería; condición ¡ay! no común respecto a reyes y emperadores.

Después le vi en todas partes; como que su clarinete y las piezas que él componía me sacaban de quicio! En las puertas de los templos, donde, alternando con los repiques y las detonaciones, melancolizaba o reía o se cernía sobre las estrellas o resbalaba como la onda el sonido de su instrumento favorito. Vi a muchos, y antes a él, temblar de emoción en ciertas veces, cuando el coronel, enteramente inspirado, traspasaba su naturaleza armónica al instrumento, y lo magnamente sentido y soberbiamente expresado, magnetizaba al concurso. Con qué envidia de los que se quedaban no me recogía yo obedeciendo a las imposiciones de la poca edad, quejoso de los destellos me-



lódicos y de las armonías deslumbradoras en que iba a rebosar baile que él tocase. Una vez iba delante de él un niño con su violoncello para una misa, y la imaginación me lo identificó con el tal instrumento (¡verdad que era corpulento y rechoncho el coronel!); pero no fué por eso, sino porque me pareció que aquel hombre era “órgano dormido de todas las armonías” lo mismo que el violoncello que le llevaba el niño.

Después que un somero estudio del arte musical, y un hábito de sentir con toda intensidad y con decidido *dilettantismo* las más famosas concepciones de los grandes maestros, me permitieron afirmarme de que mis nervios se encontraban templados a punto de recibir la verdadera música, no he extrañado nada que el coronel ejecutase tan bien. ¡El coronel era una plena naturaleza artística y el país malogró en él a un gran maestro! Creo más: si sus estudios le hubieran llevado, o mejor dicho, si su vocación se hubiese podido torcer con toda su nativa pujanza del lado de las letras, habría sido un altísimo poeta, tanto más alto cuanto genuinamente nacional. Creo más: que no pudiendo producirse en buenos versos, dijo en música, con la exacta fisonomía artística del país, lo que jamás ha dicho rimador ni prosista nacional ninguno. Y aún hay más: las composiciones musicales del coronel siempre se basaron en coplas hechas por él mismo, que no llegarían a versos, pero que se pasaban de verdades.

De Beranger y Víctor Hugo, ¿cuál te es más simpático, lector?...

Víctor Hugo entra con su poderosa imaginación en los tiempos fabulosos, y es tan silfo como el que más: tan gigante como Anteo; tan diablo como Satanás: discurre por las tortuosas encrucijadas de la Edad Media, y no hay paladín ni cruzado que se le gane: vive en los tiempos modernos, y disuelve su espíritu de manera tal en la humanidad contemporánea que llega a ser intangible, impalpable y etéreo. Beranger agarra una época, mejor dicho, la época revolucionaria le agarra a él; se encarna en su espíritu y le hace representación viva de su pue-



blo. Tan imperialista como es en la *Journée de Waterloo* y tan independiente que se ve obligado a ser respecto a la principal sustentación y base de la monarquía en la canción de *Turlupin* y en la del nacimiento de *Rabelais* y en la enérgica de *Atila*. Víctor Hugo quiere hacerse de un estilo especial y retumba en metáforas y se excede en montañosas antítesis y oceánicas paradojas. Beranger solamente toma el trabajo de ponerse los guantes para lanzar el dardo de la más fina ironía francesa en el más corriente estilo parisién posible. Todo ha sabido serlo literariamente Víctor Hugo, menos francés. Beranger, en cambio, ha sabido hacernos simpática esa Francia de la veleidad, de la corrupción femenina y de los escándalos de Panamá.

Pues a Beranger se parece el coronel. En la comparación posible como compositor de música, bien entendido!

II

No es necesario ser zahorí ni haberlo nacido, para —a poca dedicación de vista, oído y entendimiento— enterarse uno de que el genuino carácter nacional tira a la sátira: inofensiva o socarrona; intencional o hiriente, pero sátira al cabo. A ello predisponen la cortedad de los ñugares, en que la murmuración —gran cuchilla— hace el gasto cotidiano; la bravura semi-africana de los nacionales, tendente a desafíos de palabras y obras; y los refranes hijos de ambas circunstancias, profundamente ocurridos y expresados en prosa pedestre. Se dan ejemplos de asonantes; v. g.: detúvose un extranjero a promedios de un camino real, para saber en qué paraba la canción de un campesino que estaba talando monte adentro, y que invariablemente cantaba:

La primera amapola
que vino al mundo...

Pepe Cándido sabe en lo que paró esa primera amapola, y tiene que sonreírse cuando lea esto, completando



la otra mitad de la copla asonante; que no puede transcribirse con toda su desenfadada integridad, en honor de aquellos lectores a quienes escandalizan ciertas palabras, que ello no obstante acoge el diccionario, y son de uso corriente y moliente.

Pues... "la primera amapola"... es decir, la fisonomía artística del país, tiene la grandísima ventaja de no ser compleja. Estúdiense en el campo, en el puesto cantonal o la común o la cabecera de provincia; es dondequiera *eminente* satírica; y está puesto ese adverbio, porque es cierto que nada hay más cargado de imagen e intención que la manera en que se determina a sí misma aquella fisonomía. Se dan también ejemplos de consonantes; v. g.: hablando de uno que aparenta teneres, suele decir el campesino maliciosamente: "sapo y ratón animales son". Con lo que está partido por el eje el aludido, de quien quieren decir que no tiene nada. No hay que dejar el hilo de estos renglones para demostrar —con los de la prosa rala— del humor satírico del país; aunque pudieran citarse edificaciones como estas: *¿Presumes que porque el perro tiene cuatro patas, anda cuatro caminos a la vez? ¿No tiene el maco para camisa, y compra corbata! ¿A ninguna gallina le pesan sus plumas! ¿Te crees que porque las chivas defecan bolitas son confiteras?... Y así de otros.*

Sin especial observación de tal materia, dominicano porque lo era y porque en él se encarnó el país, no ha habido representante más conspicuo del mismo que el coronel Alfonseca. José Joaquín, con laudable dedicación intelectual, amén de su temperamento artístico, nos ha dado un reflejo bastante pálido de los indios. Salomé, con pujanza varonil y estro amenísimo, ha apostrofado al ser abstracto de nombre *Patria*; don Manuel (Galván) ha bordado en plata y oro el recinto de Jaragua; Penson, sin propósito determinado, ha escrito muy bien un no muy corto número de "causas célebres", es decir, de tradiciones criminales; don Goyo (el que más ha podido acercarse al coronel) ha venido a hacerlo recientemente con



“Antoñita”. El coronel Alfonseca ha retratado en música —¡tamaño retrato!— a los dominicanos, desde la emancipación hasta sus tiempos: mejor, ¡hasta los presentes!

No hay que recordar, puesto que aún gozan de salud y vida los causa-habientes, aquellas sátiras musicales que el coronel descerrajaba sin compasión contra el comerciante quebrado, el amante necio y el esposo Juan Lanás. Son bastante cursis para que se traigan *ad narrandum*, las improvisaciones musicales acerca de unos hurtados pastelillos y de una duda pagana, tocante a las cabezas de baile determinado; aun cuando la música del maestro para semejantes circunstancias sea lozanísima, epigramática, retozona y risueña.

Se llegó a poner el *faro refractario de Corton*, y el maestro permaneció mudo. Púsose un restaurante, o *restaurador* frente al faro. Y él no decía: ¡que les vaya bien, chinitos!; se pusieron guardias al faro, y las doncellas casaderas y la población en general hicieron de aquel recinto su paseo. ¡Pues el clarinete del maestro, en su caja!

Se retiraron los guardias; cerróse el casino; emigró la concurrencia. ¡Aquí del coronel! *sacó* una danza agrídulce, cuyos compases decían:

“¡oh inestabilidad de las cosas humanas!”...

Pero él le había puesto unas coplas que principiaban: “ya el faro se acabó”... ¡El eminente músico-poeta nacional aprovechaba el momento de la sátira!...

Púsose a circulación el ruinoso papel moneda. Como que al principio llegó a gozar de algún crédito, el gran músico puso en solfa con *La Mangulina* los errores de aceptar un tan mentecato cuanto irresponsable papel mojado. Llegó el papel a ínfimo precio —cómo no había de llegar—, y el maestro hizo la gran burla en el vals, cuya letra dice: “el que no tiene mil pesos no baila”...

¡Ya se sabe! ¡Mil equivalente a uno!

Deben ser de él, porque están en carácter, y a él se



le achacan aquellos movimientos musicales contra la España, muy alegres y esperanzados, que empiezan:

Mamita, aquí está el mondongo...

Y es positivamente de él aquella danza (o danzón que dicen en Cuba) *Boca Canasta*, lugar que conozco por la música del maestro y que debe ser muy poético, pues en las notas del coronel se desborda un océano de poesía...

No quiero, aunque puedo, llevar más lejos estos apuntes.
¿Por qué los he escrito?

1.º Porque no recuerdo que nadie los haya trazado antes.

2.º Porque son a raíz de un tarareo de las piezas del maestro; y

3.º Porque su memoria está unida a la de los primeros pantalones que me puse.

Mi único sentimiento es el de que estos renglones no sean ni tan alegres y triscones como la música del coronel, ni tan severos como su carácter.



JOSE GABRIEL GARCIA

Con el intenso placer de quien asiste a una solemnidad de su agrado, acudo al llamamiento de *El Cable*, y formo humilde número en esta manifestación donde se mueven el afecto, la veneración y la justicia en honor de una gloria particularmente nuestra; de un vigoroso obrero intelectual, cuyos materiales lo mismo que sus propósitos, lo mismo que su afanosa labor, han sido de la más pura y concentrada nacionalidad.

Creo que este periódico lo que hace en sustancia es separar el oro de la escoria; dando de lado a las ciegas pequeñeces, vagas pretericiones y mal encaminados prejuicios con que suelen los contemporáneos apreciar a los contemporáneos, y eligiendo de los sentimientos que están en la conciencia de todos, aquellos efusivos y generosos, desviados amablemente hacia la bendición y el aplauso. Anticipo recabado por los presentes a la firme sanción de los venideros, y hecho de gallarda ecuanimidad, que si no se cumple entre nosotros por vez primera, se cumple una vez más; galardonado siquiera con la buena intención, la mejor obra de nuestro historiador don José Gabriel García.

De ninguno como de él ha podido invocarse con mayor latitud el cariñoso posesivo *nuestro*. Dominicano de nacimiento, dominicano por educación, parte activa en las primeras cosas dominicanas, con mano y autoridad en los negocios de la República, representante oficial de la misma; nos pertenece en cuerpo y alma; es factor integrante de la región donde al cabo reposó la independencia hacia el año cuarenticuatro de la presente centuria. Y como si hubiera de arraigarse con todas las fibras del espíritu en



la amplitud de la conciencia regional, el sano regionalismo puso en su más sano cerebro el instinto de investigación, la acuciosa actividad, la metódica paciencia, la inspirada evocación; y con ellas miró, sondeó, anduvo, insufló en el pasado, surgiendo con la presea de su victoria, que es la estrecha narración de lo acontecido en tierra dominicana.

Aseverar que ha escrito esa historia, sería inexacto; ha hecho más que escribirla, casi la ha creado. Después de la luctuosa conquista, de cuyas trágicas peripecias hicieron confidencias a la posteridad los cronistas de Indias, Oviedo y Herrera; y cuyo derecho fué vivamente discutido en obra imperecedera por el inmortal Las Casas, ¿qué libro acogió, ordenó y eslabonó los atropellados acontecimientos que se desplomaron, de ordinario como una calamidad, sobre esta Isla Española? Cedido el corto perímetro de Boyá al luchador Guarocuya con sus mermadísimas huestes, e implícita en la capacidad de ceder la absoluta soberanía de España, ¿qué fraile, cuál escritor siguió paso a paso las palpitaciones evolutivas de la tierna colonia? Vuelta como un predio urbano de la metrópoli, nada contaba al mundo de sí misma; y el mundo no se ocupaba de su existencia sino para invadirla, o entrarla, o bombardearla; vengando en cabezas de impersonales colonos sus piques y diferencias con ambas Castillas. Si en el interior colonial, ninguna tendencia y aspiración no común al soñoliento patriarcado, ¿cuántas y qué variadas enseñanzas en cambio con los azotes que venían de fuera a galvanizar todas sus energías, a conmovier todos sus sentimientos, a herir todas sus hebras sociales, como venían los ciclones del golfo mejicano a sacudir sus selvas, abatir sus construcciones y trastornar sus plantíos! Escenario de tragedias iniciadas en Europa, ¿cuán enorme teatro de vicisitudes no fué la isla, y cuántos ejemplos de abnegación, valor, fidelidad, sufrimiento, heroicidad no dió al continente! Pero ni crónica para relatarlos, ni romance para acogerlos, ni estudio para glosarlos. Menciones saltadas de escritores extranjeros, borrosos vestigios en litis peninsulares, avaricia de datos en representaciones colo-



niales; y a esto la relación interesante de lo consumado, la nómina circunstancial de la porción de humanidad actora, testigo o padecedora de tales disturbios, sacudidas y movimientos, todo disgregado o disperso en añalejos episcopales, efemérides de escribanos y juzgados civiles, diarios eclesiásticos, anales gubernativos... ¡Qué crepúsculo intelectual, pero qué crepúsculo vespertino!...

Ni de la era famosa por el recuerdo y arropada en luz por la tradición, nos queda la menor reliquia literaria. No parece sino que la escolástica, absorbiendo toda la ciencia, reventó con sus magníficas corrientes metafísicas y oleadas retóricas en los púlpitos de nuestras iglesias numerosas; desvaneciéndose por las holgadas naves la espuma de las hermosas palabras, a par de las nubes del incienso. Y así como del incienso evaporado queda un persistente perfume, aquella época dejó de sí su epitafio; aunque nada más que su epitafio. Mucha gloria, mucha ufanía con el informe de que se llegó a considerar nuestra tierra como un foco del saber en el Nuevo Mundo; pero estéril prestigio el que se asienta únicamente en la tradición y no está acreditado aun cuando sólo sea por modestas elucubraciones del espíritu! Sin duda que a tiempos de tanta sabiduría correspondió ejercitar las letras y las ciencias, vulgarizarlas y difundirlas por todo el país, y honrarle con ellas honrándose a sí propios. Para menor crédito de ese coloniaje, las letras no salieron de las aulas, las ciencias se confinaron en los seminarios, y la historia —entreverada de ambas— quedóse a dormir fragmentada en los archivos!

¡Y qué archivos!... Regalado cebo de polilla, juguete de la mudable atmósfera, vejamen del tiempo; y en esta Antilla, pudridero de la incuria y deleite de la profanación. No tanto porque así lo quisiera la proverbial apatía de los trópicos, cuanto porque así lo impusiera la febril movilidad de las circunstancias. Españoles primero; franceses más tarde; reganados para la metrópoli presto; factores luego de una alborada autonómica, tan breve que anocheció haitiana; advenidos al fin a la independencia, si no a la libertad, y que lo diga la anexión a España; res-



taurados, para instaurar el conocido juego de sube y baja caudillos; con el mosquete, el fusil, el remington al hombro; la espada, el machete, el cuchillo a la cintura; ¡buenas ocasiones para organizar nada, mayormente archivos!...

Allá se estarían ellos consumiéndose y consumándose, si la vocación de don José Gabriel García no bajara a esa tiniebla, no afrontara esa confusión, para rescatar el pasado, allí cautivo y moribundo. Antecediéndole, otro animoso se había fatigado en parte con la ingratisima faena; y en la hipótesis de que el material que copiara no se fuera para La Habana, que sí se fué; la revisión de ese material no implicaría sino acrecentamiento de labor para el obrero decidido a quien cabe la satisfacción de haber hecho públicas las transformaciones enérgicas de la vida nacional primero que ninguno. No se hace con esto paralelo, pero se trata de no ser inconsecuentes con la justicia.

Ambos, acometedores valientes de una empresa desalentadora; ambos, investigadores aislados de una materia inescrita; ambos beneméritos. Don Antonio Delmonte y Tejada y don José Gabriel García, siendo ambos a dos en la decoración de nuestros desprovistos anaqueles literarios, son ambos a dos en el alto hablar de nosotros faz a faz de los vecinos y lejanos que nos desconceptuaban; ambos a dos por lo mismo en la amorosa gratitud nuestra. Pero el último está más avanzado; ha redondeado su labor, y hasta ha hecho ampliaciones y amplificaciones de ella. Ninguna información, ningún aprendizaje, ningún dato en el señor Delmonte y Tejada que ya no hubiera suministrado su precursor cronológico, el libro antes impreso de don José Gabriel. Y mucha información, mucho aprendizaje, mucho dato, mucha justificación, en las obras del señor García únicamente contenidos.

Con ellas por delante, vuelto el espíritu de su viaje de somera inspección al desierto literario del pasado, ¡cuánto de paciencia, diligencia, actividad, concentración al trabajo no le relatan sus páginas! Para que esos virreyes, esos capitanes generales, esos togados, esos mitrados, esos libertadores, esos audaces marinos, esos presidentes,



ese pueblo bullidor o apático, heroico o sufrido, desfilen por lenguas, generaciones, categorías, de frente al porvenir y en haces disciplinados, ¡qué fatigoso ordenamiento de papeles múltiples, contingentes de parroquias, municipios y gobiernos! Qué grimosa tarea la de enlazar, aunar y encadenar tanto hilo disperso! Aquí cazando un informe, más allá una especie; haciendo hablar ora a los ancianos, ya a los recuerdos, jadeando en pos de mutiladas y casi perdidas colecciones de periódicos; orillando inesperada laguna; desechando lo inútil, seleccionando lo importante, confrontando lo dudoso, pesando entre narraciones contradictorias de un mismo hecho la más arrimada a la verdad... ¡qué hazaña! Si su desempeño exige no menos que la dedicación de una vida entera, el señor don José Gabriel García no le ha regateado la abundante savia de la suya!

Y así como una caldera de vapor, ya anclado el buque, permanece vibrante toda, pareciendo que reclama nuevas actividades al movimiento que la impulsara; así nuestro historiador, rendida su tarea, pero exaltada su actividad, de la historia particular desprendió la individual, y nos hizo presente de unas cuantas biografías, trabajadas con predilección y cimentadas a conciencia. Para ellas reservó su particular manera de considerar los hechos; a ellas aplicó sus preferencias espirituales; en ellas se desquitó del silencio que como narrador se había impuesto, dejando intacta en su historia la virgen filosofía, latente hasta en el episodio menos interesante.

Porque él ha sido relator estricto; y ahora que, desembarazada de estorbo diálogo, acaba de refundir su historia, con nuevas informaciones enriquecida y nuevas investigaciones rectificadas, place ver como deja que al hecho se suceda el hecho, sin que haga de ellos granjería de sus propios principios. La relación, diáfana; el acontecimiento, mondo; la narración, escueta. Así ha desviado hasta la más remota sospecha de parcialidad. Por supuesto que se ha abocado a corolarios, y ha enlazado antecedentes; pero no más lejos que el límite en que no se violenta la



historia. Sencillo hasta la lisura; pintoresco; lleno de metáforas familiares y giros del común decir; quizás pudo ser más solemne y grave; quizás, con fin didáctico, para adecuarse a la comprensión general, hay mejor acuerdo en que sea como es.

Y justificador como pocos. ¿No ha levantado una pirámide de preciosos documentos, cuya autenticidad es indisputable, y que vienen a ser columnas y arquivadas donde se apoya toda su labor? De ese vasto arsenal, los vengadores pertrechos con que en singulares batallas combatió y venció a los Gándaras y González Tablas: de ese vasto arsenal, las pruebas plenas, rehabilitadoras de la verdad, en falsa narración torcida adrede para cohonestar merecidos desastres.

Él historiador; él biógrafo; él compilador; él nuestro paladín. He aquí a un hombre que se ha libertado del olvido, redimiendo para el recuerdo acontecimientos olvidados; que se ha ganado a la fama, prodigándola a otros; que siendo un pacífico obrero intelectual, ha reñido altas batallas. He aquí a un hombre que, habiendo puesto particular amor en el trazo de enseñadoras biografías, nos ha dado en su misma vida la más provechosa lección de modestia, decisión, paciencia, trabajo y patriotismo.

Todavía está en la gloriosa plenitud de sus años; todavía está en el pujante florecimiento de su experiencia. Nuevos toques a su monumento, nuevas hazañas a su actividad; nuevos títulos a la admiración nacional y al respeto público, son todavía esperanza en que puede complacerse la Patria.

Ahí riquísimo el ancho depósito de los valiosos materiales por él mismo acumulados; ahí elementos para que abarque nuevas empresas; que más temprano o más tarde serán fuente, lira, paleta y cantera de donde saquen asuntos nuestra prosa, armonías nuestro verso, nuestra pintura lienzos, y mármoles nuestra escultura.

El Teléfono, S. D., núm. 1019, 5 dic. 1896. (Reprod. por E. R. D. en el artículo *Gastón Deligne, prosista*, en *La Opinión*, C. T., 14 nov. 1938).







POLEMICA LITERARIA (*)

(*) En la primera parte de esta extensa polémica, sostenida con don Rafael Abreu Licairac, Gastón Deligne defiende la obra de su hermano Rafael, *La justicia y el azar*, drama en tres actos y en verso (Santo Domingo, 1894, 82 págs.) En la última parte el poeta defiende su propia obra. Los artículos de Abreu Licairac pueden verse en *Listín Diario*, ediciones del 16 de julio y 2, 3, 27 y 28 de agosto de 1894, etc.



LA JUSTICIA Y EL AZAR

PUNTOS DE VISTA DE DON R. ABREU LICAIRAC

I

Quisiéramos disponer de más tiempo o de menor modorra, nada más que para hacer un curioso artículo con las encontradas, contradictorias y hasta opuestas opiniones que han surgido acerca de cada una de las situaciones dramáticas de *La Justicia y el Azar*.

Y quizás si más tarde nos decidamos a la faena. Con eso quedará a la vista como acerca de la mayoría de los puntos abarcados por una abierta hostilidad y un hasta confesado disfavor para la obra antes de ser conocida, no han podido ponerse de acuerdo los señores opinantes; pues donde uno quiere echarla a rodar, otro la encumbra; donde éste la encuentra imposible, aquél dice que sale, y mientras para Fulano fué simplemente un fracaso, para Mengano ha sido un triunfo.

Lo que quiere decir que, como sucede siempre, y más en nuestros pueblos americanos que se están formando literariamente, y de acuerdo con el adagio de que “nadie es profeta en su tierra”; desde que se trasluce que alguien está tramando un folleto, un libro o un drama, la opinión de los literatos es su enemigo natural todavía en pañales la obra; con tal predisposición toma puntos de vista una vez concluída, y después nos devuelve sus impresiones matizadas con el color del cristal de que se ha servido. Y en



este caso de *La Justicia y el Azar*, además de lo dicho concurrió inquina; inquina de dos o tres piropos de Pepe Cándido que necesariamente había de pagar Rafael Deligne.

Vale, pues, la pena de que sin otro móvil que el de una inofensiva curiosidad, examinemos los puntos de vista desde donde los que con mayor ímpetu han atacado la obra, tuvieron la pluma suelta para despacharse con una entre nosotros inusitada ingenuidad, “gracias al que nos trajo las gallinas”, que fué el mismo Pepe Cándido. Porque antes, *ex-cathedra*, todos éramos unos lobos: a la prensa subían, es lastimosa verdad, injurias y desahogos personales; pero en achaques literarios solamente galanterías, tanto más almibaradas cuanto más crudos éramos privadamente. Autor novicio he conocido a quien un hombre, bastante capaz como para saber en el caso a qué atenerse, no tuvo empacho en poner cerca de los cuernos de la luna, por el simple motivo de que iba a ser publicada la opinión que el otro le pidiera. Fruto, pues, de las *Cosas* de Pepe Cándido, ya que ellas han acentuado lo que en estas latitudes era anteriormente *rara-avis*, es la presente franqueza literaria del periodismo; de cuyo advenimiento nos holgamos nosotros, aficionados a la literatura, porque se nos alcanza que ha de hacer entrar en calor y progreso todas sus nobles vocaciones.

Y manifestación de esta flamante franqueza periodística es el artículo que tenemos por delante; cuya mitad o menos habla de *La Justicia y el Azar*, y cuya otra mitad o más es un desdichado tejido donde hubo gozo en bordar un vocabulario de pesadeces y majaderías contra el autor del drama. Por donde el *integral* no resulta *severo y riguroso* como blandamente lo califica quien tales cosas firma. ¿A qué se aplica, pues, la palabra DIATRIBA? ¿Para qué ocasión se ha de reservar entonces la calificación VIRULENTA?

“Aburrir al público con *cosas insulsas y pedantescas*”. “Infulas de engreído ensimismamiento”. “*Perdonavidas* literario”. ¿No es bastante...? “Aires de infalibilidad”.



“Reflector de paradójicas ideas ajenas”. “Frívolo presumido”, etc., etc.

¿Eso le dice a Rafael Deligne don Rafael Abréu Licairac con ocasión de hacer un artículo sobre *La Justicia y el Azar*; y ello todo cuando se reviste de pontífice *sabio, sensato y razonador* de la crítica?

Pues está descubierto. *Ese es el punto de vista* donde se ha situado el señor Licairac para opinar del drama. ¡Valientes *inverosimilitudes* las que se deben mirar desde semejante punto de vista!

Pasaremos a contemplarlas de cerca con el deseo de que nos entretengan algunas o todas.

II

Por muy curiosa, es bastante entretenida la primera inverosimilitud que apunta en su estudio don Rafael Abréu Licairac. La primera inverosimilitud existe en el arbitrario supuesto del referido señor solamente: no se podría encontrar en el drama aun cuando la buscaran lince. A raíz del nacimiento de Félix y muerte de Beatriz, ¿cómo había de ocurrírsele al autor que el ofendido Silvestre adoptase a la criatura con el *deliberado propósito* de hacer de ella el instrumento de su venganza? Eso lo dice don Rafael Abréu Licairac y más nadie. Eso es de la mera invención del señor crítico; sin duda porque —encontrando bastante floja de inverosimilitudes su cartera— necesitó acuñar una de un plumazo para reforzar el miserable guarismo. Silvestre adoptó y crió a Félix porque las circunstancias, según se desprende del lance, casi no le dejaban otro camino. Quizás si le entraron tentaciones de ahogarle en la cuna, ¿y qué conflicto no se habría procurado a sí mismo entonces? Quizás si se le pasaron las ganas de entregarle para siempre a manos mercenarias, ¡y qué pasto para las conjeturas y qué combustible para la maledicencia en tal caso! Además, aquel niño debía servir ante sus ojos entonces para tizón de su rencor, para conciencia de su venganza. Con esa



frucción satánica había motivo de sobra para que adoptase y criase al niño. Pero no es chica distancia la que media entre eso y el *preconcebido término* de hacer de él un *instrumento vengador*. ¿De qué manera? Todavía estaba en mantillas el infante, ¿y ya era posible que Silvestre tramase el destinarle a galán de la mujer de su enemigo? ¿O ya era posible que presumiese que la casualidad le tendría preparado en él a un poderoso auxiliador de sus planes...? Don Rafael Abréu Licairac es el único que adelanta esa absurda aserción: Deligne se conformó con dejar a la hipótesis (pues estaban fuera del momento de su drama esos detalles) el verdadero móvil que tuvo Silvestre para ponerse por padre de Félix. Dado el carácter del primero, parece-nos que el verdadero móvil fué el de no perder de vista el objetivo de su vida en lo adelante, su tremenda necesidad de venganza.

Pero los días no pasan en vano; y veinte años de trato continuo, en cuyo curso Félix indispensablemente debió recibir y debió pagar algunos de aquellos tiernos cuidados y necesarios servicios inherentes a toda vida en común; veinte años durante los cuales la severidad de Silvestre debió tener muchos instantes de blandura ante el respeto y la adhesión de quien siempre le tuvo por padre; veinte años, durante los cuales en un carácter ferozmente vengativo deben no extinguirse pero sí amortiguarse los instintos fieros; veinte años de una viudez salvaje y llena sola de la compañía de aquel mancebo, no se pasan impunemente para el cariño. ¡Qué decimos entre personas, ni en sociedad con los brutos! Si lo ponemos hasta en la casta desagradecida de los felinos, nada más que porque se hayan criado bajo el propio techo, ¡cómo no se ha de desarrollar e imponer entre dos seres que habitan juntos la misma morada, uno de los cuales no tiene razón ninguna para dejar de tratar al otro con toda la inclinación de hijo! Claro que Silvestre le amaba; pero claro que Silvestre rechazaba la ola afectiva cada vez que le invadía el corazón, como rechazaba Hamlet a Ofelia; porque como Hamlet sólo vivía para vengarse. ¡Claro que Silvestre lo amaba;



pero claro que Silvestre no se daba cuenta de tal afecto, ni cayó en ello sino de golpe, cuando le entraron moribundo, víctima del exceso de su propia venganza! Entonces, todo aquel amor sentido e insospechado rompió de súbito; entonces aquella unión vital de veinte años le dejó ver en un relámpago el enorme aislamiento del porvenir; se espantó de tal perspectiva, y con la energía de su temperamento se escapó por la puerta del suicidio. ¡Cuándo ha tenido éste lógica, y para qué, pues, la invocan ahora los críticos! Tiene a lo sumo explicación, ¡y cualquiera puede tentarla!

No creemos necesario insistir más, y aun parécenos haber hablado mucho, para que se evidencie: 1o., que en el drama no está la inverosimilitud número uno apuntada por el señor Licairac; y 2o., que lo inverosímil sería que Silvestre no llegase a sentir gran amor por Félix. Y acerca de esto último, todavía para robustecer nuestra flaca expresión, recordemos el ejemplo de un drama que, *a pesar de tener la FALTA CAPITALISIMA de tratar dos acciones distintas y desligadas; a pesar de estar plagado de casos triviales y situaciones increíbles a todas luces*, gozó de gran nombradía, se lee siempre con grande agrado y le conservará perpetuamente la Historia del Teatro Español. Nos referimos al drama primerizo de Antonio García Gutiérrez. Sustraído, nada menos que para quemarle vivo, un hijo del conde de Luna por la agraviada y vengativa Azucena, y arrojado en su lugar a las llamas el hijo propio por una inexplicable alucinación de la gitana, ¿no llega ésta a sentir por *el Trovador* tan vehemente afecto como si le hubiese llevado en sus entrañas? Es un caso fuerte, mucho más dificultoso que el de Silvestre para con Félix; y jamás les ha parecido inverosímil a los buenos críticos de la Península.

Examinemos ahora la inverosimilitud *número dos*. Desde luego que no sabemos en qué se funda don Rafael Abréu Licairac para no encontrar creíble que un joven de veinte años como Félix llegue a sentir una pasión *romántica* por una mujer *ya madre* de quien tiene tanta edad como para poder batirse con él en desafío. Y cuenta que el caso bien merecía muy satisfactorias explicaciones. Porque el



romanticismo, ora esté en la propia nerviosidad de quien le padece, ora sea fruto de los defectos o remilgos de una viciada educación, no tiene edad determinada en que dejar de manifestarse. Ha habido, hay y habrá **personas** que vivan luengos años y hasta la hora de la muerte **se mueran tan románticos**. . . Esto es de todos los días y de **todas las razas**; con el solo *pero* de que en una edad inconveniente el romanticismo resulta ridículo. ¡Pero a los veinte años. . . ! ¡Si apenas puede serse otra cosa que romántico a los veinte años! Lo hemos sido todos en esa edad color de ilusión, inclusive don Rafael Abréu Licairac. Lo era, como todos, Félix; y es seguro que no se pondría a cuestionar sobre los años de Carlos; ¡y quién sabe si ni siquiera paraba mientes en que el mozo era hijo de su *adorado tormento, su esquivia sílfide, su gentil náyade!* Términos que usamos **todos nosotros** a los veinte años, cuando la atracción sexual dorada con los matices que la suministra la casi virginidad de la imaginación, nos haría capaces de perder de nuevo el Paraíso si nos le hubiesen dado condicionalmente. Términos que con aquella edad también usaría Félix, sobre todo el de *gentil náyade*. Justamente en un río, flotando sobre las ondas, fué que la vió por vez primera; y de las ondas extrajo con sus propios brazos el cuerpo de aquella mujer hermosa; a quien con bastante liberalidad podemos asignar treinta y cinco años; que no debía aparentar, sino menos; pues había sido una sola vez trabajada por las destructoras funciones de la maternidad. A haber pasado Félix de la “funesta edad de amargos desengaños”, con tales circunstancias de por medio, podría ser que solicitara a Juana en el otro sentido de que nos habla don Rafael Abréu. No habiendo rebasado de la edad equivalente a “ternura, amores, cielos, celajes, pájaros y flores”; ese otro sentido debía latir tan disfrazado que no sería posible conocerle debajo de su sonrosada exaltación imaginativa, y a ella subordinado. Quedamos, pues, según creemos haberlo demostrado, en que enamorándose Félix de un *modo romántico* a la edad de veinte años, se enamoró del modo *más verosímil* para semejante edad. Respecto a la reciprocidad de Juana, mucho



aventura el señor crítico; pues apenas está ello esbozado en la obra, no debiendo tampoco haber sido de otro modo. La honrada de cuerpo y espíritu hasta el momento del drama, habla y obra no con exaltación romántica sino con marcada confusión de ánimo que ignora y quiere darse cuenta de las alteraciones que le invaden. Ciertamente su perturbación espiritual, la que lógicamente decide de sus turbaciones dramáticas, da a entender que aquella decidida fiebre amorosa de Félix la ha contagiado un poco. Pero ella no habla ni obra como una abierta enamorada; pues ella misma no se da cuenta de si realmente lo está. Quizás si esas vacilaciones dependen precisamente de que Félix no la importunara en el otro sentido de que nos habla don Rafael Abréu Licairac. Quedamos, pues, en que se ha calumniado a Juana haciéndola aparecer, no como espíritu conturbado por indeciso e irresoluto nacimiento de espurios afectos, sino como mujer *romántica*. Y conste que solamente en el sentido de ese adjetivo es que hemos considerado el punto; pues en cuanto a sentir pasiones, y pasiones violentísimas, los doctores en ciencias médicas nos han enseñado que las mujeres las sienten por regla general hasta los cuarenta y cinco o cincuenta años, según las zonas geográficas y los temperamentos personales.

Sin contar con excepciones formidables, cual la de Ninón de Lenclós, que llegó a sentir e inspirar afectos vivísimos hasta edad muy avanzada, como ingenuamente nos lo cuenta ella misma a los pósteros.

Y pasemos a hacernos cargo de la inverosimilitud *número tres*.

¡Gracias sean dadas a la pesquisa, porque nos ha traído a estar de acuerdo con don Rafael Abréu Licairac en materia tan concerniente a la buena moral como ésta: “Carlos en un principio debió excusar las veleidades de su madre”. Si el crítico y yo hubiéramos vivido en la época en que aquellos acontecimientos ocuparon un instante de vida social, de muy buena voluntad le habríamos ayudado a enderezar al doncel unas cuantas *caritativas reflexiones* al tenor ya dicho. ¡Psh!, pero Juana *tenía veleidades*, como



lo ha visto nuestro estimado don Rafael; el chico era receloso de suyo (con sobrada razón como veremos luego), ¡y ayúdeme usted a sentir! Sospecho que hubiéramos *tirado nuestra pólvora a los gorriones*. Una verdadera lástima cuando tan de acuerdo estábamos. ¡Y malhaya sea la pesquisa! que vuelve a dividirnos de don Rafael Abréu Licairac, con la *dolorosa impresión* de encontrarle tan *inverosímil* como para escribir esto: “la duda de la fidelidad de una mujer, es natural que la experimente más pronto el cónyuge”. ¡No hay tal! En materia de astas, el vulgo mismo sabe que el último que llega a enterarse del asunto *es el otro*. Y todavía se da frecuentemente la monstruosidad de que mientras el *manso* está sumido en una inocencia paradisiaca, la prole conoce profundamente toda la desvergüenza del hogar. Así, pues, más pronto o más tarde, entre Julián y su hijo Carlos, el último —aún suponiéndole un pacientísimo Job— por fuerza había de ser el primero en sentirse asaltado por la sospecha, legítima o no. Dudamos que para opinar en sentido contrario al categórico que acabamos de expresar brutalmente, don Rafael Abréu Licairac invoque en serio “la índole de los afectos”. Y lo dudamos, porque precisamente los afectos de aquel matrimonio de más o menos diecinueve años, debían ser los más a propósito para allanarle el camino a Félix y abrir vía expedita a la venganza de Silvestre. Los que podemos invocar la índole de los afectos para probar que Carlos había de sentir recelo antes que Julián y que todo el mundo, somos nosotros; y en seguida procedemos a hacerlo.

Ya está visto cómo la edad de Juana, y las circunstancias fisiológicas que en provecho de ella habían concurrido para no ajarla, dieron a Carlos una madre que racional y fácilmente concibe la imaginación, tan joven como para tener mejor aspecto de su hermana mayor que de otra cosa. Ahora bien, mientras sobre aquel matrimonio está claro que iría cayendo la tibieza de los años, entre aquella madre y aquel hijo es igualmente claro que iría haciéndose de la consistencia de un cordaje de buque el amor filial. Mientras Julián, en la satisfacción de vanida-



des poco o mucho legítimas, ocupaba la mente y la vida; el corazón de la madre se empapaba evidentemente y rebo-saba en el *único amor* y solo orgullo de contemplarse en su único vástago. Y ello mediante, Carlos debía sentirse rodeado, asediado, seguido por aquel afecto que le envolvería como una nube invisible; como una de aquellas nubes con que los dioses arrojaban en la *Iliada* a sus muy amados durante los graves conflictos. Lógicamente, pues, la primera vacilación de Juana, entiéndase bien, desde la primera, a la par con ella, sin duda que la sintió su hijo Carlos; la menor perturbación de la vacilante, racionalmente que rebotó sobre Carlos; la división del afecto, indispensablemente que desde luego cayó como un asombro sobre Carlos. Carlos no hubiera sido receloso, y recelara; Carlos hubiera sido muy crédulo, y dudara; Carlos hubiera sido muy sufrido, y estallara.

Dura cosa nos está conceder a don Rafael Abréu Licairac que nadie que vea a una mujer hermosa besando el retrato de un hermoso mancebo, aun cuando la haya salvado la vida, piense en acumularlo a gratitud. Pero se lo concedemos; porque en aquel acto de Juana, si es verdad que vemos una inconsciente manifestación de los impuros sentimientos, que como una mala yerba empezaban a brotar en su espíritu, deferimos al posible engaño con que ella creía estar procediendo como agradecida. Pero Carlos no podía conceder otro tanto, porque ya Carlos habría sentido en la consiguiente desviación de su madre que el cariño se le cercenaba; porque Carlos vió allí de súbito quién era el intruso que había osado franquear las puertas del santuario, donde hasta entonces imperara como un ídolo. Y como la juventud de su madre estaba de merecer, el agradecimiento jamás determina perturbaciones, todavía Carlos hubiera querido ahogar su recelo, y la voluntad de hacerlo se le habría completamente paralizado.

Es bastante lo dicho, aunque todavía se nos antoja refrescar la memoria con el recuerdo de lo que en el mismo sentido se pasa en la estupenda tragedia del primer dramaturgo inglés. Hace envenenar Claudio a su hermano para



subirse al trono, casándose con la viuda Gertrudis, ignorante del crimen que se ha cometido. A ella no se le aparece la sombra del difunto rey; ella no sabe sobre qué tálamo de sangre reposan sus segundas nupcias; ella desconoce que pueda haber motivo para que la sierpe de la venganza se desenrosque y se deslice en la sombra. Y cuando Hamlet se finge loco para aislarse en sus propósitos, ¿quién es el primero que sospecha que Hamlet oculta algo? No es el criminal Claudio; no es el infame tío; es la inocente Gertrudis, es la dulce madre. Eso es racional, y así lo vemos constantemente en la vida: el recelo está en razón directa del cariño.

Pasemos a la inverosimilitud *numero cuatro*... Pero no apunta otras, ni vuelve a inventar ninguna más, como lo hizo con la primera, el señor crítico. Lo de Julián ha sido sencillamente un mal entendido. Sus *sensiblerías* (angustias las llamamos nosotros) no eran por el moribundo sino por el sobreviviente; por la mancha oscurísima que aquel homicidio esparciría en su propio hogar.

Acerca de eso y de lo demás concerniente al drama en el artículo que estamos refutando, es posible que lleguemos a ser más explícitos como hagamos lugar para añadir una III parrafada a *los puntos de vista* de don Rafael Abréu Licairac. El mismo no ha dado mayor importancia al resto, y de nuestra parte también creemos que no culmina mayor cosa. Culminantes creyó don Rafael Abréu Licairac las inverosimilitudes, pues en el particular ha sido minucioso; y por supuesto que el drama puede tenerlas, debe tenerlas; pero desgraciadamente para el crítico, parécenos haber puntualizado que no son las que él ha reputado por tales. El simple y espontáneo raciocinio las ha reducido al caso de los molinos de viento.

No debemos concluir sin calificar de ligereza la condenación que implícitamente hace don Rafael Abréu Licairac de cualquier drama, poniendo como circunstancias de mayor entidad las pocas o muchas inverosimilitudes de que pueda adolecer. Don Rafael Abréu Licairac sabe que en la refinada Francia, el teatro entero de Víctor Hugo es una



viva inverosimilitud; el de Alejandro Dumas padre parece que ha hecho apuestas a que nadie le gane a increíble; el de Alejandro Dumas hijo y el de Victorien Sardou las tienen tan gruesas como el puño. Don Rafael Abréu Licairac sabe que desde *El Trovador* hasta *Simón Bocanegra*, desde *Traidor, inconfeso y mártir*, hasta *Don Juan Tenorio*, desde *El Nudo Gordiano* hasta *El Gran Galeoto*, el teatro moderno español se desarrolla en pleno campo de inverosimilitudes. Y el justamente celebrado drama de Echegaray que acabamos de mencionar, adolece de la inverosimilitud más grave, en el punto más delicado: Teodora, que sabe, teme y aborrece lo que el mundo supone de ella; Teodora, que podía escribir lo que se le ocurriese resolver o pensar, va sin embargo por sus pasos contados hasta la calle y cuarto donde vive solo Ernesto, y donde les sorprende Garagarza para precipitar el desenlace. Don Rafael Abréu Licairac sabe que, lejos de haber entrado en la noche del olvido, esas producciones durarán largos años, para solaz de los amantes del arte; porque esas producciones son en sustancia y esencia lo que don Rafael Abréu Licairac dice que es *La Justicia y el Azar*: “realmente un drama en que se representa una acción interesante”.

Aquí suspendemos la tarea, confiando en que descartadas las que creyó el crítico inverosimilitudes, y que han resultado ser llana y altamente verosímiles, don Rafael Abréu Licairac irá cambiando su punto de vista respecto de *La Justicia y el Azar*. Nos permitimos manifestar esa nuestra confianza, sin pretensiones y sin presunciones.

III

Como quiera que no se deja sin pena una agradable compañía, henos aquí con don Rafael Abréu Licairac, peregrinando arriba y abajo a través de *La Justicia y el Azar*.

Un poco hubimos de dilatarnos tal satisfacción, debido a que nos habíamos quedado en suspenso, con tamaño boca abierta y alelados hasta los tuétanos, contemplando cómo



la tierra pujaba críticos. Los había intelectualmente chicos, medianos y larguiruchos; personajes, casi todos, que la víspera no habían sentido la crítica en ninguna parte de su cuerpo, y que amanecieron hechos unos paladines, después de la noche del espectáculo. Si no tuviera nada más de bueno, esa capacidad de hacer peritos en asuntos dramáticos con la sola virtud de subir al tablado, bastaría para que fuera largamente recordada *La Justicia y el Azar*. ¡Ira de Dios, y qué cuerpazo de doctrinas el que han sacado algunos campeones, entre ellos, v. g., nuestro estimado amigo Arturo B. Pellerano! “La nobleza del pensamiento”, “la emoción estética”, “la reconditez psicológica de la frase”, “el lenguaje sentencioso de Shakespeare”, “la media nota lírica convencional y académica”, “el drama de sangre y epidermis”, “el de más campo para el *fiat lux*”, etc. Es maravilloso que con el cerebro repleto de tanta y tan hondísima sabiduría, Arturo no nos diera un monumento cuando nos dió *Fuerzas Contrarias*. ¡Lo que va de charlar a componer!

Bien puede acercarse Arturo para que tengamos la presente conversación en común; supuesto que si don Rafael Abréu no las levanta, nada más tenemos que hacer con las inverosimilitudes que hemos dejado yacentes; ni tampoco exige un artículo especial lo que después de Licairac escribe Pellerano tocante al fondo del drama. No parece sino que las impresiones cruzadas en los pasillos de opinador a opinador, tomando cuerpo, determinaron compenetración y llegaron a reunirse en conciliábulo. Tal es la igualdad con que se repiten, se copian y se plagian en lo sustancial, aunque en lo derivado no hayan podido concertarse, los jadeantes gladiadores. ¿Para qué, pues, ocuparnos separadamente de la crítica de Pellerano? ¿Para decirle que cuando grabó en su divisa este mote: *¡Desquite!*, en el momento de cumplirlo lo ha hecho con notoria deslealtad? Rafael Deligne habló en su oportunidad largo y tendido de *Fuerzas Contrarias*: nadie afirmará sin mentir que preambulaba con el avieso fin de desfigurar el carácter de su criticado; nadie puede justificarle, como se le jus-



tifica a Arturo, que ha hecho uso de la calumnia colgando a su contrario una mentecatería que éste no tiene ni por naturaleza ni por adopción. Ya el calumniado, desde *El Cable* denuncia la existencia y prueba la falsedad del ruin recurso de su adversario; y con decir nosotros que Deligne sabe que no es ningún *enjambre de cabezas blancas* el que en Madrid suele juzgar a Echegaray, siendo éste tal vez el único cano de la partida; y con decir Pellerano que Rafael pedía para jueces de su drama a aquellos canosos, ya está dicho de cuál cabeza ha salido la arrogante petición. ¿Sería deseo de quien la expone cuando estuvo en trance de desearlo? O desde que la vió en *El Gran Galeoto*, y la copió en *Fuerzas Contrarias*, la calumnia ¿se le habrá quedado como una aberración de la retina? Milagro entonces, si la ha dejado sin papel en el otro drama que tiene puesto en telar, cuyo fracaso debe ya haber presentado don Rafael Abréu Licairac.

Un desagravio le debemos a éste nuestro muy agradable compañero por haberle desatendido, para echar aquel parrafillo de confianza con Pellerano. Hasta aquí le hemos tratado a cuerpo de rey, y sólo siendo ingrato no guardará por ello las más tiernas memorias de nosotros. Pero acabamos de faltarle, ¿y cómo le desagraviaremos? ¿Si nos querrá decir Chicho García qué cosa es la que puede agradarle especialmente?... ¡Vaya! le haremos un regalito de su silueta de escritor, trazada por nosotros, y contamos con su gratitud desde ahora para luego. Es don Rafael Abréu Licairac, mejor dicho, ha sido don Rafael Abréu Licairac oráculo en algún tiempo, puede ser que de círculo, tertulia o café. ¿Cuál? No somos muy jóvenes, pero harto mozos para decidirlo. Ser oráculo, lo ha sido. Su aire sibilino; su lluvia torrencial de palabras, como de quien está trepado en un púlpito confiando en que no se le ha de interrumpir, y el mismo irsele el santo al cielo, como se le va con frecuencia, dan buen testimonio de ello; amén de su natural de pedagogo regañón y de sus violencias de nervios cuando se le redarguye. Es don Rafael Abréu Licairac uno de los entes más confiados en el testimonio de sus senti-



dos, y más dudosos del buen sentido y hasta del sentido común de los demás; pues simples ocurrencias de su entendimiento y caprichos de su fantasía, los traslada al papel y quiere imponerlos como verdades axiomáticas, aunque griten hasta desgañitarse pidiendo demostración y pruebas. Es don Rafael Abréu Licairac un notable ensartador de palabras, palabras y palabras de abigarrado abalorio, que no tiene reparo después en pregonar y cacarear como joyas riquísimas de genuina razón y altos principios. Es nuestro agradable compañero un licitador impertérrito de polémicas y una bizarra nulidad como polemista. La emprende contra el ser intelectual a quien pone proa, con una que parece pujanza, merced a los improprios literarios que previamente desalmacena y dispara, y no resiste la primera caricia gatuna que se le devuelva, por amor de su quebradiza susceptibilidad, agravada por su delgadísima sindéresis. Se derrota al primer choque, como si para él fuera trabajo de Hércules producir un segundo razonamiento; y su fuga, que podía parodiar la de los partos si la hiciera arrojando la reserva de la argumentación, es de las más lastimosas; pues lo que arroja son las barrederas y verdulerías que recoge en los puestos donde también las tiene la literatura seria. Es, en resumen, nuestro agradable compañero un sujeto que batallando por labrar su propio prestigio literario, ha convertido imprudentemente en otros tantos descalabros cuantas escaramuzas y encuentros le conocemos. ¡Tipo de literato fofa más chcante y original!...

Y ahora, cumplido con Pellerano y Licairac lo que mandaba la cortesía, pasemos a ocuparnos en el drama.

Hagamos primeramente a un lado la hojarasca de los dos enconados artículos, para simplificar la tarea y llegar con mayor desembarazo al fin.

Tiene Chicho García un sofá en que habría de caer Juana al desmayarse, que es un portento de observación al menudeo. Este sofá es lo único que necesitamos del artículo de Chicho; acerca de cuyos fundamentos, si bien pudiéramos departir un buen rato, no hemos de decir una



sola palabra, como no sea ésta: tal escrito nos ha estado muy simpático. Las impresiones de su autor, contorneadas con formas de opinión crítica, merecen nuestra atención y respeto, siendo, como son, hijas de la más desapasionada buena fe. No hay manera de que hubiéramos gastado la más insignificante gota de tinta en la controversia, como todas las críticas hubieran exhibido intrínsecamente las calidades de la de Chicho. Pues no a favor del drama, sino contra la mala fe, llevando de un brazo la insuficiencia y del otro la mentecatería; no por la obra, sino en oposición al tácito alarde que ha hecho la ojeriza de llenar ella sola el campo; no en pro del autor, sino en contra de los que le han atacado como buitres, es que hemos venido a ocupar este rincón del palenque.

Tiene Chicho García, como estábamos diciéndolo, un sofá que es al drama lo que la mosca de la fábula era en proporción al buey, en uno de cuyos cuernos estaba posada. Y tiene don Rafael Abréu una carta *que permanece fuertemente adherida a la mano de la desmayada*, y tiene Arturo Pellerano *un espectro blanco* (donde aprendamos de paso que hay aparecidos de todos colores) *cautivo en la tal mano hasta que le liberta Silvestre*, que son, en resumen, el sofá de Chicho; prodigiosas honduras de observación al detal, y crítica tominera. Puede la actriz dejarla caer donde le plazca, y no por eso comprometerá menos a Juana. Y en lo sustancial de esta carta, hemos de decir a don Rafael Abréu Licairac que Juana estaba puesta entre dos elecciones: hablar o escribir. Eligió lo segundo, ¡y san se acabó! Y ello bien visto, ¿no fué lo más acertado? ¿Con qué autor, o en nombre de qué experiencia, avanza él, el que las mujeres no suelen escribir en casos análogos? ¿Ha visto él alguna esposa, o ha leído de alguna, que amorosa y ardientemente importunada por un galán, ya con ello sobresaltada, y temerosa de la significación de su sobresalto, aborde explicaciones orales en que el mismo discurso puede traerla a resbalar y caer? Una instintiva prudencia debía aconsejar a la azorada Juana a que escribiera; porque en una carta se dice estrecha-



mente lo que hay que decir, y se cierra a la réplica verbal la brecha por donde, una vez establecida, puede asaltar el corazón u ocupar la fortaleza de la honestidad, ya de por sí medio quebrantada. Escribir es la suprema defensa que tiene la que siente sus sentidos opresos entre los poderosos tentáculos del vértigo, y contra él se revuelve desesperadamente! Escribir es la última trinchera tras la cual se refugia la que atraída por el abismo lucha hostigada por su decoro para permanecer materialmente honrada! Y como en casa de Juana no había confidentes de cartón, ruines apostillas —pasadas de moda— de tragedias y melodramas, sino a lo sumo una simple criada de manos o cocinera, cuya lealtad no sería necesaria más allá de la sisa; es correctísimo y natural que Juana misma entregara a Félix la carta con que se acompañaba la devolución del retrato. “A nadie se ha de deber lo que uno mismo puede hacer”; ¿está usted, Arturo B. Pellerano?

Carta que, según lo que dan a entender ambos aprendices de críticos, forma ella el nudo dramático. Muy distraída tendrían la atención contando los versos del monólogo y los cuartetos de la misiva, para darse el placer luego de parodiar la sutileza de Bartrina, preguntando cosa de tanta trastienda, como la de que “si cae la piedra cuando pasa el hombre, o pasa el hombre cuando cae la piedra”; muy entregada a análogas menudencias tendrían la observación pseudocrítica, cuando tan desatinados andan en fijar punto tan simple de fijar como el nudo. ¿De dónde arranca todo el final del drama? ¿Qué decide de lo que está en primer término en el desenlace? ¿No es el desafío de Carlos y Félix? La carta solamente añade complicaciones y golpes de efecto a la última escena. Para casi nada entró en la determinación de aquel duelo. La sorprendida devolución del retrato en la entrevista a solas de Juana y Félix; las dudas anteriores de Carlos (suficientemente fundadas como en el núm. II lo hemos visto); su recelo puesto ya en tirantísima tensión, a más de las insinuaciones malévolas de Silvestre; eso, eso es lo que produjo el conflicto del desafío. Todo naturalmente derivado de la



misma naturaleza de la acción; todo desprendido como fruto maduro del argumento mismo, sin cogerlo prestado a nada remoto, por impedir que se le tachara de incidente vulgar. Carta que puede haber servido de recurso a numerosos dramaturgos, y carta que todavía les servirá de lo mismo a otros tantos; con tal de que sea racional, oportuna y justificada como lo es en *La Justicia y el Azar*.

IV

Tiene don Rafael Abréu Licairac una *Audiencia abierta a discreción*, y tiene Arturo Pellerano una *Audiencia situada al lado del lugar de los sucesos*, que son ni más ni menos que el sofá de Chicho. La ilustración histórica respecto a la misma, que alguna investigación ha costado a Pellerano (como no le soplaran consuetas), y las dos únicas ocasiones en que actúa durante los tres actos, ni prueban respectivamente que no pudiese estar pared por medio ni que pueda calificarse como una *obsesión jurídica*.

Tiene Arturo Pellerano un descubrimiento de que *La Justicia y el Azar* "pertenece a la escuela antigua", que —como alegato crítico— es compañero del sofá de Chicho. Algo se trasluce, sin embargo, de que él lo apunta en son despectivo del drama; y por tanto hemos de decirle que no conocemos en las tablas otra escuela como no sea la dramática, de quien son grupos o divisiones el drama tendencioso (y como tal aquí se afilia también la comedia), y el netamente pasional (a que también pertenece la tragedia clásica, fuera ya de uso). Puede ser que después se añada, únicamente como subdivisión del primer grupo, el drama ásperamente analítico que está ensayando Zola, si es que llega a arraigarse. En ambas ramas de un mismo árbol, cosecharon gloriosos laureles en siglos de esplendor para la literatura castellana, Calderón de la Barca y Juan Ruiz de Alarcón, principalmente; sin que digamos con ello que no trataran igualmente las dos maneras muchos ilustres autores de aquella brillantísima pié-



yade. En nuestros días, el famoso Echegaray ha cultivado todo el campo: y de él tenemos *El Gran Galeoto* y *Dos Fanatismos*, y de él tenemos *La Peste de Otranto*, *La Esposa del Vengador* y *En el Puño de la Espada*. . . Con la filiación de estos últimos entronca *La Justicia y el Azar*: ¿qué ha querido, pues, Pellerano significar con la escuela antigua? Y, por Dios, que Pellerano debería leer con más atención los textos de retórica que ahora trae entre manos; pues los gazapos que hasta aquí le hemos cazado, y los que luego vamos a perdigonarle, dejan maltrechos sus pujos de crítico y su crédito de autor. Lo menos que podemos esperar de cualquier oficial de un arte cualquiera, es que sepa algo del oficio.

También equivalente al sofá de Chicho es la observación —profundísima por cierto— de que el drama sucede en ocho horas, cuando al parecer de quien lo observa sería necesario mayor tiempo. Rafael Deligne, creo que muy bien contados, le cuenta dos días. Nosotros lo hubiéramos dejado en sus trece, queremos decir, en sus ocho. La enranciada unidad de tiempo, ¡qué enranciada!, la rancia *ab initio*, es el más risible de los convencionalismos proclamados como leyes por los preceptistas. Moratín, y alguno que otro como él docilísimo a la pauta, son los únicos que han temblado cuando se han visto en el extremo de quebrantarle. Los demás autores modernos de todas las naciones, le han respetado, es verdad, cuando no han tenido por qué pasarle por encima. Ello se explica: ¿a qué bueno dislocarse un autor forcejando para hacer entender al auditorio que la acción pasa en tantas y cuantas horas o días, si para la masa del auditorio nunca dura más que el tiempo en que la echen los actores? Los gigantes del teatro inglés en los grandes siglos literarios y los titanes del teatro español en los mismos tiempos, maldito si se preocuparon poco ni mucho de tan fútil materia. Y entre los insignes autores germanos, pásese Pellerano por *La Novia de Mesina*, de Schiller, y maravílese del cúmulo de acontecimientos febriles que se atropellan en unas cuantas horas, según lo que recordamos, hasta concluir en una espantabilísima catástrofe. O dese



una vuelta por *Don Carlos, Príncipe de España*, del mismo autor, a ver si éste ha dejado un solo resquicio por donde pueda matemáticamente inducirse cuanto tiempo ocupa la complicada acción. ¡Lo dicho!, que tras un momento de lectura, Pellerano sale a hacer pinitos retóricos en que había de lucir la venerable antigualla de la unidad de tiempo. ¿No sabe Pellerano que para estudiar retórica con fruto hay que enterarse del caso que han hecho de ciertos preceptos los grandes inspirados, los maestros-artistas, de la composición?

Y tiene, finalmente, Pellerano, unas “notas al vuelo”, hermanas carnales del consabido sofá. ¿Que el autor de *La Justicia y el Azar* ha despreciado los ricos tesoros del contraste? Supongamos que sí: pues estaba en su perfecto derecho. ¿Quién, o qué principio, le obligaba a lucrarse de aquellos *ricos tesoros*? Señal de que ha sido poco ambicioso o soberanamente desprendido. Aunque sírvase Pellerano esclarecernos esta duda: el amor de Félix, tan escasamente carnal como hasta la última hora se manifiesta, ¿no es contraste ninguno? Y siéndolo, ¿será insuficiente si se le compara con las otras pasiones de los no muchos personajes del drama?

De cierto que después de quitar del camino esas pedrezuelas que con honores de peñasco, y hasta de *montaña* (¡!) apartaron los justadores, casi podríamos dar por terminada esta conversación. Tan menguado de verdadera importancia anda lo demás; máxime cuando anteriormente nos hemos ocupado de las buenas razones que campean en la explicación del suicidio de Silvestre; y de la explicación que dan del carácter de Juana sus propios discursos, sus turbadas obras, su asombrada enajenación espiritual. Ella —después de diecinueve años de incuestionada honradez— estaba atónita sintiendo cómo el estímulo hacia el adulterio se levantaba en su alma, y empezaba a morderle las entrañas como una víbora; ella instintivamente comprendía, con la mortificación consiguiente, que es menor adúltera la que se entrega inocentemente con candor irresponsable (como la primera víctima de Octa-



vio en *Pot-Bouille*), o con imperioso reclamo orgánico de casi nula responsabilidad moral (como *Madame Bovary*), que la que no llega a entregarse, pero se encuentra irresistiblemente seducida por la tentación e inclinada a entrar en su núcleo de llamas, con todas las solicitudes de los sentidos. Juana es en sí misma un altísimo conflicto, no llamada por lo mismo a hacer por contrarrestar los demás que surgieran, sino —batallando contra el propio, como lo hace con poca ventura— llamada a salir victoriosa o a caer aplastada por la potencia de los otros que del suyo mismo brotan y se desprenden en el drama. Ante el recelo, ¿qué otra cosa sino espanto podía oponer su espíritu ya mancillado? Ante la duda, ¿qué otra cosa sino azoramiento había de traer a sus labios la adúltera solicitud de los sentidos? Ante la acusación, ¿qué defensa sino la del llanto podía producir su falta de convicción absoluta en su absoluta honradez como esposa y mujer? Sobre que recelo, duda y acusación eran leña resinosa que echaba a la hoguera recién encendida aquel tercero sin sospecharlo, a quien llama Echegaray *El Gran Galeoto*.

V

Resta en Abréu Licairac, como asunto de relativa importancia, una cuestión cuyo calificativo más blando es el de ociosa. ¿*No debió prever Silvestre que su venganza llegaría demasiado lejos?* Nosotros, a nuestra vez, preguntamos: ¿no dice el mismo Silvestre que se excedió en su venganza? Pues está dicho que no lo previó, y que, por consiguiente, él había supuesto un límite para la misma o había conjeturado que llegaría hasta donde plenamente le satisficiera, y no hasta donde la venganza pudiera convertirse en su contra. Delante de cualquier declaración como aquella, un buen crítico no se pone a hacer preguntas; pues él mismo está abocado a esta cuestión: ¿hasta dónde quiso Silvestre llegar con sus rencores? El sentido común le responderá entonces: Silvestre, que, como lo dice en el



drama, sorprende el amor de Félix y nota la fatal inclinación de Juana, *se utiliza* de ello para lo que ha de aprovechar a sus odios, reavivados con la inicua y cercana esperanza de verlos al fin satisfechos. Y aquí encaja hacer notar cuánto han desbarrado los que han dicho que Silvestre *escoge* a Félix para instrumento de sus planes: no hace sino *utilizarle*; y la diferencia esencial entre ambos términos es enorme. Silvestre ni siquiera atiza a Félix en su amoroso devaneo; sencillamente confía y espera en el progresivo desenvolvimiento del mismo y en la caída plena —moral o corporal— de Juana, con el fin de aplastar a su enemigo, diciéndole: “Te he castigado con la ley del talión, para lo cual la casualidad me deparó camino: en ti con esa ley se ha cumplido la más alta justicia, preparada por un azar cuyo desarrollo he vigilado y perseguido para contártelo; y aquí te contemplo al cabo cruzado de brazos ante el desastre que te pulveriza, pues nada puedes contra el culpable, porque es tu hijo; y nada harás contra la culpable, porque serías injusto si procedieras contra uno solo, a más de que tú mismo harías pública tu deshonra. En cuanto a nosotros dos, ¿estamos en paz!” Venganza tremendisima; modo de justicia soberbio que ha merecido los elogios del imposible Bentham, como castigo por *analogía*, en su *Tratado de las Penas*; límite extremo para un odio mortal como el de Silvestre, habiendo de usar un medio inconscientemente querido como el de Félix; y racional argumento que, a haberse desmadejado así, habría estado más propio para el libro novelador que para el teatro. Pero la impaciencia de Silvestre; su robusto odio, para el cual la llegada de las víctimas propiciatorias parecía dilatada; su *ver claro*, es decir, su ver nada más que el concreto punto oscuro —ya agrandado— de su venganza; su ansioso anhelo de comenzar a gozarse en las torturas del principal delincuente; todo ello le trae a insinuaciones subversivas que dan curso distinto y diverso, inesperado e imprevisto por él, a los acontecimientos; determinando así un asunto mucho más propio del tablado que del libro novelador.



Y resta en Pellerano un semillero de preguntas nacidas alrededor de esta otra: *siendo Silvestre el único que en veinte años evoca ante Julián el recuerdo de Beatriz* (admitamos el supuesto), *¿Julián no debería haberle tenido desde luego como calumniador?*... ¿Con semejante fresca nos sale ahora quien, habiendo debido estudiar detenidamente los efectos de la calumnia (pues ha fundado sobre ella a *Fuerzas Contrarias*), debe no ignorar que “la calumnia es segura, y va derecha al corazón”, sobre todo en el espinosísimo terreno de las infidelidades conyugales? Y si esa es la calumnia en sí, ¿qué será la aseveración convenientemente basada, como la de Silvestre respecto de Juana? Falto en absoluto de talento habría sido Julián, o idiotamente insensible, si no hubiese en seguida abierto el ojo hacia donde se le solicitaba y compelia que lo hiciera; máxime cuando tenía tiempo sobrado para castigar de un modo severo la difamación del otro, si resultaba tal. En el drama, lo que coincide con la insinuación de Silvestre es la escena en que la conciencia de Julián principia a entenebrecerse con el desarrollo de sus celos; y a partir de ese instante, interroga, busca, inquiere, se permite imponer una arbitraria pero vigorosa investigación que le redime del apodo de... *papanatas* con que le obsequia Abréu L., y del de *juez de sainete* con que le moteja Pellerano. ¿Pudo hacer más como hombre y menos como marido? ¿Acaso —¡gracias tal vez a su correcta actitud!— llegó a ser realmente *aquello*? ¡Válganos quien tenga poder de hacerlo, y qué dobles lentes los que suele usar la pasión! Abréu Licairac y Pellerano Castro, aplaudidores (según la medida de sus personales entusiasmos respectivos) de un grandísimo cabrón, como lo es —hasta el último instante en que, colmada la medida de la paciente tolerancia, corta el *nudo gordiano*— el inofensivo y aguantador protagonista; ambos señores, que no habrán tenido seguramente sino frases de encomio para la escena en que el tercio monologa declamatoriamente contra el vaho de los salones que se le rien en las barbas; ambos *críticos a pesar suyo*, tratan de ridiculizar a Julián por haberle equivocado con un cornudo de



hecho. Aquí, del *titiritero y el lugareño*: ¡miren vuestras mercedes cuán cumplidos jueces son!

Pero en Julián, en Julián sobre todo, es donde más resalta cómo ambos adalides, Pellerano en primer término, trasudan dentro de la flamante casaca de críticos que han estrenado, con agonías análogas a las de quien —siendo de natural encogido y usando una de paño por vez primera— se ve constreñido a cruzar sin compañero ninguno el largo de una sala colmada a derecha e izquierda de damas y caballeros. Que la casaca le aturde, le desvanece, le incendia, le solivianta náuseas de habérsela puesto! Así andan los dos fieros críticos en el punto concerniente a Julián. Le miran como juez, le dan vueltas como marido; y no se acuerdan de examinarle como hombre, tal cual lo manda el método. Nos ponen, pues, en la obligación de que lo hagamos nosotros, a los que nada se nos ocurre objetar. ¿Cómo se llama el hombre que procediendo como procedió Julián con Beatriz, después de la hartura de su apetito, ni se preocupa del resultado ni siente escarabajos interiores por motivos de aquel pecado, que no creemos capital, pero sí suficiente caso de conciencia? ¿Cómo se llama el hombre, cuyo mismo discurso nos revela que en el lustre y engrandecimiento de su persona invierte un tiempo precioso, pescando honores baladíes y cazando dignidades que solamente a él han de satisfacerle grandemente? ¿Cómo se llama el hombre que en su desmedido anhelo de brillar, y solamente por razón de aquel anhelo, es que ansía que los seres con quienes le ligan nudos o lazos sociales procedan correctamente, para que no reflejen la más mínima sombra sobre el propio brillo? Se llama egoísta o ególatra, y desde ese punto de vista, Julián permanece en todo el drama consecuente con su carácter. El grito que da pidiendo un físico para Félix, no es de compasión ni de ninguna otra zandaja por el estilo: es el salvaje grito de la egolatría mancillada en su hijo Carlos por una perpetración de homicidio.

Creemos haber probado que Julián no es el marido mal estudiado o visto de reojo por los señores Pellerano y Abréu Licairac; pero si a pesar de lo dicho, siguieren creyéndolo,



hagan suyo este pedacito de *Clarín*, del artículo en que defiende la legitimidad artística de un verdadero *manso* en drama serio:

“No era el gran público el que *hacía frases* y decía mil sublimes necedades *para burlarse de la resignación de Orozco, que no mata a su mujer infiel* según las pragmáticas, antiguas y modernas. Los que hicieron chistes contra Orozco eran autorcillos silbados, empleados de consumo o cosa así, disfrazados de gacetilleros en funciones de críticos...”

Con esa cita de *Palique*, relativa a *Realidad* de Pérez Galdós, concluimos esta parrafada, provisionalmente. Nada más que valga la tinta que en ello se invierta, dejamos pendiente en los dos artículos. Ellos con su no embozado encanto; el interés de la sala en la noche del espectáculo; el calor que, no cabiendo en el teatro, se desparramó por el recinto de la capital, y la controversia que sin quererlo está haciendo de Rafael Deligne una figura literaria a la moda, demuestran que el autor de *La Justicia y el Azar* tiene notabilísimas disposiciones para cultivar el drama. Con ellas pronto o lentamente puede llegarse a la obra maestra, sobre todo cuando se estudia, como lo hace diariamente Deligne.

De nuestra parte estamos convencidos de que este primer drama suyo, es la tentativa nacional de mayor intensidad dramática entre todas las que conocemos hasta este instante en que ponemos aquí punto redondo.



RESUCITO AL TERCER DÍA...

*Exclusivamente para
D. R. Abreu Licairac.*

Resucitó al tercer día...

Y no, como era presumible, para producir una nueva argumentación en defensa de las inverosimilitudes que su inquina le hizo ver en *La Justicia y el Azar*, su inquina o su ningún acierto en usar del raciocinio; y no, como era de creerse, para sacar a flote sus antiguas y tuertas opiniones ante los imparciales que están mirando los toros desde la barrera, quienes habrán cotejado lo que en capítulo de inverosimilitudes apuntó él, y lo que rastreándolas una a una, hemos sacado en limpio nosotros, dejándolas todas al fin íntegramente destruídas; para nada de aquello, sino para discutir el parecido de su silueta de escritor con que le hemos regalado, plácenos ver nuevamente en las columnas del *Listín* el hierro, garabato o firma de don Rafael Abréu Licairac. Además de otras cosas que después diremos, esa chirle actitud es una plena escapada por la tangente. Díganlo cuantos están mirando los toros desde la barrera.

¿A qué nos obliga el único móvil que ha tenido él para ensartar un nuevo artículo? Solamente a probarle que pusimos esmero en trazar su silueta literaria; y que es de



un parecido soberbio al original. ¡Lástima que no le pudiéramos haber regalado un retrato de cuerpo entero! Tales pruebas las sacaremos de ese mismo postrer artículo suyo, que nos las suministra en abundancia; por donde se ve que el tipo en cuestión en todas partes es idéntico.

Antes de hacerle ver que “lo que decimos nosotros, él lo prueba”, imagínese el articulista que le vamos a hablar como Gastón Deligne, a pesar de que esté firmado otro sujeto; y déjenos abandonar el plural para tratarle de mí a Ud. ¿Y por qué dice el señor Abréu Licairac que Gumer-sindo es nombre grotesco? Vaya usted a averiguarlo, oreja fina, ¡pues por lo que acostumbra él decir las cosas, porque sí! ¡Desenfunda su aire sibilino, y boca abajo todo el mundo! ¿Y por qué el señor Abréu Licairac tiene una tirria tan soberana contra los pseudónimos, en tierra donde los usamos por capricho cuando menos, supuesto que guardarle es materialmente imposible? Si no es por *nerviosidad de su organismo*, esa tirria debe ser marrullería de quien con ella quiere escudarse, para hacerse frecuente la ocasión de contemplar —con la complacencia de un Adonis ante el espejo— estampada su firma al pie de cualquier producción suya, así sea un mamotreto. Una cosa u otra, y usted elija!

Dije que el señor Abréu Licairac debe haber sido oráculo en algún tiempo, pues todavía le dura lo vaticinador, y lo pruebo incontinenti. El presintió la catástrofe de *La Justicia y el Azar*: ¡Oráculo! El dijo *mil sublimes necesidades* de Julián, y ahora aventura que merced a ellas, ha de reformarle Deligne: ¡Oráculo! El pronostica que “en nuestros lares puede que todos lleguemos a medianía literaria y nada más”: ¡Oráculo! Con toda la calma de quien está ejercitando el sentido común, y con todas las citas prudentes para que se viera que me estaba apoyando en autoridades, y que por ende no tengo una arrogante confianza a lo Abréu Licairac en el testimonio de mis sentidos, destruí todas las inverosimilitudes que a él le plugo ver en el drama. ¿Qué se hizo del preconcebido *instrumento vengador*? ¿Qué ha habido respecto a que un joven sólo



inverosímilmente se enamore de un modo romántico a los veinte años? La duda de la fidelidad de una esposa, ¿sigue siendo natural que la experimente primero el cónyuge? Y como éstas, ¿en qué pararon las demás? El señor Abréu Licairac contesta ahora: “las demás permanecen en pie y muy vivas”. Gran razón, a falta de otra, y salida eminentemente ridículísima. Pero lo dice él, y a él le parece que basta, porque según él, hay que creerle. ¡Oráculo, oráculo y oráculo!

Dije que el señor Abréu Licairac era uno de los entes más confiados en el propio testimonio de sus sentidos, pues acostumbra encalabrinar especies y más especies, sin preocuparse de probarlas; y aquí tiene algunas demostraciones colaterales. *Estos Deligne en todo échanlas de maestros.* ¿En qué, y qué es todo? Pruebas, señor Abréu Licairac, pruebas, que la salida mucho que las requiere, so pena de que usted prefiera sentar plaza de calumniador. Si yo las echara de maestro, por ejemplo, en literatura no me llamaría a mí mismo aficionado ni andaría citando autores para corroborar mis opiniones. Si yo me creyera maestro, no habría ensayado su silueta sino su retrato a la pluma; y me entrometería como muchos donde no les va ni les viene, cosa que hacen sin estar bien lastrados por los estudios, que de mi parte no descuido, siempre que me lo permiten mis diarias ocupaciones. Si yo las echara de maestro, e hiciera críticas deslavazadas y sin fundamento, las llamaría yo mismo *sabias y sensatas*, cual lo hace el pedagogo de quien estamos hablando con la suya; con aquella famosa donde entre los regaños que echa a Rafael Deligne, como gran reflexión le endilga cosas viejísimas y resobadas; que desde las aulas se las cantan a los alumnos los profesores, y que por muy nuevas, vacía el señor Abréu Licairac desde el púlpito. Cosas viejísimas y resobadas, como las de sus luengos y esterilísimos escritos de propaganda; de los que no sacará provecho el pueblo que no sabe leer, por esto mismo; y de los que no sacará utilidad el pueblo que lee, porque los tiene resabidos. ¡Y adelante con la demostración! Refiérese el señor Abréu Licairac a las *nebulosidades*



de mi poema de MARRAS, el cual poema —según escribe— sólo podría juzgarse con una serie de puntos de interrogación. Esos puntos creo que los calzan los jueces que no andan muy abundantes de razones para defender inverosimilitudes ni muy apretados de sindéresis. Estudiando casos y cosas de literatura, y leyendo buenos autores, por Ramos Pascuas me ha venido tentación de escribir, y en verso o prosa me he sacado el divieso; sin que después haya tenido la producción en chico ni gran concepto, a pesar del favor imparcialísimo con que algunas han sido recibidas. ¿Cuál será ese poema de marras? ¿Y por añadidura, nebuloso?... Supongo que lo diga por *Soledad*; y como no hace sino ponerle apodo, sin justificarlo con pruebas, el oráculo está muy confiado en el testimonio de sus sentidos, y muy dudoso del buen sentido y hasta del sentido común del grandísimo sabio y literato redondo don Eugenio Ma. Hostos. Este insigne maestro, por mí muy querido, aun cuando nunca tuve el gusto y la honra de cruzar con él dos palabras siquiera, sin que mediara conocimiento personal entre ambos, y sin que se lo mendigara yo (como mendiga el señor Abréu Licairac loas introitivas para la plaga de lugares comunes y manoseados que él llama pedantescamente artículos doctrinarios); aquel maestro, cuyas obras solamente los mentecatos no pondrán en sus cabezas, espontáneamente escribió algo muy honroso para *Soledad* en las columnas de ediciones pasadas de este mismo periódico. En el artículo que se dignó consignar al poemita, narra su argumento tal como yo le concebí y le versifiqué; lo que quiere decir en buen romance que, supuesto que fué íntegramente comprendido, no lo oscurecían nieblas ningunas. Lo que quiere decir en buen romance, que habiéndole claramente comprendido el eminente maestro don Eugenio Ma. Hostos, cuyo pantuflo desechado es indigno de calzar ningún chisgaravis literario de la laya del señor Abréu Licairac, éste, que presume de letrado y se las da de crítico, no entiende lo que lee. Y como es muy posible que tampoco entienda lo que le hemos dicho y le estamos demostrando, con decirle que *es uno de los entes*



más confiados en el testimonio de sus sentidos, se lo explicaremos en lenguaje categórico, diciéndole: que es un vanidoso hasta la médula y un presumido de marca mayor. Pero, ¡ahora que caigo!, lo de *poema caótico, propio para hacer reír a los pedestres SENSATOS prosistas como él*, puede que lo diga por *Angustias*. ¡Vaya una risa *bien insensata!* ¡Vaya una risa estólida de payaso sardónico la que usa el pedestre prosista! ¿*Caótica Angustias?* Nuestro incuestionado poeta don José Joaquín Pérez, por más señas oculto tras un pseudónimo que descifré al vuelo (por lo mismo de que entre nosotros sólo se usa como capricho), dijo cosas tan bien dichas cuanto favorecedoras para el poemita, y agradecidas por mí; sin que entre su juicio y mis versos hubiera hecho presión ninguna, antecedente de amistad ni mayor conocimiento. Lo dijo sin que yo esperara que lo dijera; sin que, por consiguiente, se lo hubiera suplicado yo, como acostumbra hacerlo para sus lucubraciones mi desagradecido siluetado. Después de llover mucho tras la salida de *Angustias*, todavía la comisión de la Antología hizo de ella honorífica mención; y ninguno que sepamos la ha tenido por *caótica* ni por *nebulosa*. Llama, pues, el señor Abréu Licairac poema caótico a *Soledad* o a *Angustias*, sin que medie justificación ninguna, por parte de él, del mote; el señor Abréu Licairac se exhibe como dudoso del buen sentido y hasta del sentido común de los demás que tuvieron aquellos poemitas como clarísimamente expuestos y desarrollados. Ellos fueron: don Eugenio Ma. Hostos, del primero; y del segundo, don José Joaquín Pérez, doña Salomé Ureña de Henríquez, don Federico Henríquez y Carvajal, don César Nicolás Penson, don Francisco Gregorio Billini, don Pantaleón Castillo (en fin, cuantos solidariamente firmaron la investigación antológica). Y fuera del país, don Nicanor Bolet Peraza encontró que *Soledad* estaba claramente escrito, y con *originalidad americana* en el fondo. El número, además de la sabiduría y la competencia, deja al señor Abréu Licairac donde ha querido ponerse: ¡en berlina! ¡Maldito si soy capaz de discutirle un derecho tan desairado! Conste que solamente para hacer



que el público literario de nuestro país le contemple en la picota del ridículo en que se ha puesto, es que he entrado en historias respecto de aquellos poemitas, cuya suerte me tiene sin cuidado: si no sirven, se los llevará el olvido, y no me ha de quitar ni el sueño ni el apetito su desgraciado fin; y si tienen condiciones de vida, contra ellos los pseudo-críticos perderán infructuosamente su tiempo.

Dije que el señor Abréu Licairac era un notable ensartador de *verba et voces*, y todo su último artículo lo demuestra. Está escrito con el SOLO PROPOSITO de evadir la silueta; y sobre que nadie podrá encontrar más que una ineducada negativa a secas de la misma, cuando con tan gran cariño se la regalé, el tal artículo me está sirviendo más de lo que el oráculo podía esperarse para dar mayor vigor a las líneas del trazado. Entre muchas cosas de gran chiste, dice (y no agrega más) que "las inverosimilitudes permanecen en pie y muy vivas, a pesar de las sutilezas y sofismas de su con'dendiente y de las yacentes víctimas". Presuntas *víctimas, sofismas y sutilezas*, mencionadas a lo que saliere y sin demostración al canto, son nada más que *palabras, palabras y palabras*.

Dije que él era un licitador impertérrito de polémicas y una bizarra nulidad como polemista, y sin que vaya muy lejos, la reciente controversia de *La Justicia y el Azar* lo prueba. El se metió uno de los primeros en la danza, con gran acopio de impropiedades literarias contra Rafael Deligne, y a la primera caricia gatuna de los replicadores de *El Teléfono*, se derrotó completamente, arrojando las barreduras que se leen en "Quosque tandem". Y en cuanto a la razón que daba yo de que parecía que para él era empresa hercúlea producir un segundo razonamiento (lo que le deja perfecto como nulidad polemística), mejor que yo lo propala este último artículo suyo, donde no se encuentra una sola miserable razón en pro de sus inverosimilitudes y demás cucurbitáceas, quiero decir, sandías, ni para un chico remedio.

Barreduras y verdulerías literarias, claro que las tiene, a la buena de Dios por supuesto, esta última salida falsa



del oráculo altamente confiado en el testimonio de sus sentidos, del ensartador de palabras y polemista de mala muerte. Cualquiera puede señalar aquellos primores; y no lo hago yo, porque con recíprocarlos, añadiéndoles su correspondiente acotación *ad probandum*, le daré al fulano por el lado del gusto, que es mi mayor deseo.

Si hubiera sido necesario enmendar la silueta, lo habría hecho; pero un artículo posterior a su trazado, me ha servido nada más que para avivar sus perfiles.

Mientras tanto, espero la mía, de la que seguramente se me dará un pepino, como esté cogida medianamente falseada; viniendo sobre todo como viene del tipo que he tenido el honor de exhibir literariamente dos veces, y las dos como fofo, ante el pequeño mundo de nuestras letras. Después del ridículo en que él mismo se ha puesto últimamente ¿qué me ha de importar un retrato hecho por él? Pues “¿qué autoridad es él para exultar o deprimir, literariamente hablando, a nadie?” Lo *fantoche* jamás ha dado calidad sino para servir de entretenimiento a los párvulos.

El que le repicó al señor Abréu Licairac cierta “*campaña*”, en mi concepto sonorosísima, por ser excelente sinapismo para las *Valbuenadas* del oráculo, que se la repique de nuevo, si le place, ahora que el ensartador de palabras —que no se ha ocupado de cosa tan esencial como las inverosimilitudes y demás puntos de vista —se ocupa sin embargo de ella. Por mi parte, relativamente a Abréu Licairac declaro que no he escrito sino lo que lleva el pseudónimo que con mi plena voluntad quiero poner y pongo algunas líneas más abajo. Cuando una cuestión se propone con formalidad, no me ocupo como cierto pariente mío que anda por las columnas del *Listín* en rimar versitos para deleite del vulgo, y mucho menos si para hacer conato de chiste, hubiere de andar calumniando inconsultamente. Rafael Deligne nunca le ha dicho a su hermano *gran psicólogo*, ni psicólogo a secas, sino que ensayó un estudio psicológico. Y Gastón Deligne nunca le ha dicho a su hermano *gran dramaturgo*, sino que tiene buenas disposiciones para cultivar el drama. Otro tanto le dice *Un imparcial*. La razón



literaria Deligne hermanos, naturalmente que es de mutua salida contra la sinrazón, contra la mala fe, contra *la gaceta en funciones de crítica*; pero el carácter de los socios repugna el *bombo mutuo*.

Y además, cada uno de los socios obra de por sí, sin reunirse en conciliábulo, sin inspirarse mutuamente y sin desesperarse en comandita por echar a rodar obras de nadie.



TOCANTE A SU TAYOTE

Con el señor don R. Abréu Licairac.

Suspendí mi correspondencia con el señor Abréu Licairac la trasantevíspera de que me llegara el anunciado perfilillo mío, en cuya confección él invirtió buen espacio de tiempo; tan poco aprovechado como para salir a la postre con un *ratón ridículo*. Yo había dicho que seguramente se me daría un pepino del tal perfil, y me equivoqué al decirlo: después de leerle, ni aun llegó a dárseme la mitad de un pepino; después de leerle, pude enterarme que —como cosa de peso o sustancia— ni siquiera podría sostenerse airosamente junto a un menudísimo grano de mostaza. A fuer de atento, sin embargo, le desprendí con unas tijeras de las columnas donde holgaba; le pegué en un cartón, y le colgué de un clavo, *in memoriam* de las ineptitudes del señor Abréu Licairac.

Todo ello para mi uso particular; para recrearme con aquella tayote, riéndome de buena gana de la limitación intelectual de que era muestra; de la presunción de aguas de aquella exhausta fuente; de la forzada y exangüe reciprocidad del prójimo que —habiéndose creído mortificarme con ello— no encontró vías por donde amplificar el perfilillo. ¿Cree el señor Abréu Licairac que él tiene más silueta que la de pedestre prosista? No tiene más; y eso no ha sido óbice para que con todo buen humor, no la extendiera y amplificara yo, a fin de pagarle con la misma moneda que él suele usar en sus tratos literarios.

Y donde está dicho, y para lo que está dicho, se quedara



la tayote en autos, si el señor Abréu Licairac no hubiera salido últimamente con una calabaza; poniéndome en la circunstancia de ocuparme hoy de ambas insipideces.

Mientras llega el turno de la segunda, dejo que el señor Abréu Licairac me crea rabioso o lleno de bilis. Yo sé a que atenerme en el particular; y desde que con la más risueña disposición del mundo le tracé su perfil, hasta que tuve el gusto de demostrárselo con sus propios escritos; y desde que le vi muy paladín contra perfiles y muy escurrido para pecharse con la defensa de sus opiniones rebatidas por mí; desde que a los denuestos e improprios literarios suyos (sin razón que les justificara), opuse análogos términos (con explicaciones sobranceras de su justa aplicación); el único juez es el público imparcial para decidir de qué lado están la rabia y el despecho. Despechado estaría yo, si después de haber de haber molido al lector con un aparato de crítica insulsa, pésimamente escrita y colnada de insustancialidades, apareciera sin hacerla valer ante quien le impugnara; y bilioso estaría yo, si para dar una triste disculpa de esa incorrecta actitud, me viera compelido a cohonestarla aplazando la cuestión a dos meses fecha. ¿No sabe el señor Abréu L. que la silueta suya, que es un incidente de los artículos anteriores míos, podía abordarse ocho semanas después; pero las razones con que le he redargüido debían haber sido su ocupación esencial e inmediata, si en algo pasaba a ocuparse, so pena de que se le creyese menguado de argumentos para la defensa? El público, mi señor don Rafael, no suele aburrirse ni aquí ni en ninguna parte de las discusiones en que campee el sentido común, así se prolongaren una centuria: puede que a la larga le fastidien los alegatos personalísimos, las disputas de dimes y diretes, que ha tenido usted *la deshonra de INICIAR desde que DENOSTO EN SU PRIMERA SALIDA a Rafael Deligne*. En ella tengo el disgusto de estarle siguiendo por lo que usted dice, porque con su mal ejemplo me ha enseñado usted el camino, y porque me veo constreñido a devolverle trasquilado cuantas veces se me viene usted por lana.



Dejo también al señor Abréu Licairac haciendo comparaciones eufónicas de Gumersindos a Pancracios y Crip-tógamos: el público de buen oído y ninguna parcialidad decidirá si él no está comparando huevos con castañas, y si no ha concedido a ese punto vacuísimo un género de importancia que no le dí yo, al traerlo a mi servicio para que evidenciara sencillamente que el señor Abréu L. suele resolver muchas cuestiones con un corte al alcance de todas las fortunas: con un simplísimo ¡porque sí!

Dejo al señor Abréu L. suponiendo que he montado en cólera porque me descifró el pseudónimo, en tanto que el público resuelve si no es errada tal suposición, mediando estas buenas razones: *primera*, que no he pedido absolutamente a *El Teléfono* ninguna conservación del incógnito; *segunda*, que no he tratado de desorientar las conjeturas del señor Abréu L., y *tercera*, que a pesar de los pesares la muestra le dirá si estoy en quitarme el gabán.

Lo que no dejaré pasar es la sutileza con que él quiere de un sólo golpe sincerarse de su soberbia petulancia y darse el placer inocentísimo de llamarme inconsecuente de marca mayor. Es en los párrafos donde, con una modestia de última hora, fingida por lo tanto, llama "pobres escritos" a sus *artículos doctrinarios*. ¡Lo que va de ayer a hoy! Ayer no más soplabla la trompa épica en poema autoencomiástico, y les llamaba ejecutorias ¡Cómo pesa el desengaño! Hoy les llama "pobres y modestos escritos". Ahí se quedan, hasta que pueda hacerme de uno (pues no eran para conservados los que recuerdo haber leído), y puntualice cuanto acerca de su esencia tengo avanzado. El padre adoptivo de todos ellos, explica que desde el punto en que para ellos "mendigó loas introitivas", *puso con lo mismo de relieve su carencia de confianza en el testimonio de sus sentidos*. Bonito cuento para uso de los niños. "Loas introitivas" ha pedido él porque gusta del incienso; porque se pirra por el prologuito laudatorio; y se parece porque le carguen en hombros aun cuando sea de mentirijillas. De esta conocidísima verdad responden también las recientes revelaciones de Chicho García respecto a uno de



esos "introitos", aumentado y corregido por el interesado en el sentido de más incienso, más mirra, más oropel.

Hasta aquí, lo mismo que en mi otra réplica, he justificado con demostraciones inmediatas cuantas expresiones categóricas tuve y tengo que oponer a los terminachos *ad libitum* del señor Abréu L. Y protesto dos cosas: que entre los muchos de que he podido usar, elegí los más blandos; y que no mudaré de tono, si el señor Abréu L. que le inició, siguiere exhibiendo en sus escritos atañederos a mí, las verdulerías que son como su idiosincrasia literaria. Hasta aquí, lo mismo que en mi otra réplica, he puesto de realce los datos que contra sí mismo me há remesado candorosamente el mismísimo don Rafael en el curso de sus artículos; y no me he saído de los papeles públicos para adquirir noticias antiliterarias contra mi muy estimado señor. Lo que no he justificado aún, es lo de ineptitudes dicho arriba, tocante al perfilillo, y allá van justificaciones.

"Evidente es que Gastón Deligne ha hecho *poemas y versos* no pocos. ¿Cuál de esas tres clasificaciones correspondería mejor?"

Un pasante de crítico, señor Abréu L., lo menos que conoce es el valor de las palabras y la gramática de su lengua. Un crítico mediano, señor Abréu L., conoce por lo menos lo dicho, y tiene además su barniz de Historia, su poquillo de erudición enciclopédica y su mayor o menor familiaridad con las firmas de autores de pro. Un buen crítico, señor Abréu L., conoce todo lo enunciado a fondo, y está por lo mismo apto para inducir y deducir verdades de gran provecho. ¿Cuál de las tres precedentes calificaciones correspondería al señor Abréu L., que se ocupa de hacer críticas, y que continuará en la ocupación según lo promete? Evidentemente, ninguna. La primera, pasante de crítico, no requiere mayores aptitudes y es rudimentarísima: el eminente señor ni siquiera encuadra ahí. No conoce el valor de las palabras y anda a palos con la gramática de su idioma. Excuso derivar la consecuencia, porque ella salta a la vista.

"Evidente es que Gastón Deligne ha hecho *poemas y*



versos no pocos. ¿Cuál de esas tres clasificaciones correspondería mejor?" ¡Oh vos, don Rafael Abréu, que os habéis atrevido a hacer crítica, y os habéis atrevido a más llamándolas *sabias, razonadoras y sensatas!* ¡Oh vos, que soléis echarlas de dómine endilgando vejestorios a quienes han leído más libros que vos, teniéndoles en mayor reverencia que vos, que les llamáis libracos! ¡No sabéis con qué honda pena contemplo como os ahogáis, lo mismo que cualquier Juancho, en las mansas orillas de la Retórica y a b c de la Literatura! Desde el más corto *poema* epigramático hasta el más largo *poema* épico, todas las composiciones en verso son y se llaman *poemas*. Hacer distinciones y considerar como separadas dos cosas que son una en otra, usted me dispensará, pero le diré que seguramente lo haría *el lego del lego del Padre Soto*. ¡Y qué cachetina la que le atiza usted a la Gramática en el mismo parrafillo!

“Evidente es que ha hecho *poemas* y versos no pocos. ¿Cuál de esas tres clasificaciones correspondería mejor?’ No son tres, sino dos, ya que usted estira la única; y diciendo usted, renglón antes, que he hecho *poemas y versos no pocos*, maldito si entiendo la antigramatical preguntilla ni adivino cómo pueda calificarse a una persona ya sea de *poema*, ya de *no pocos versos*. El diablo del galimatías le ha resultado a usted de que la preguntilla está puesta fuera del sitio en que la necesitaban la buena construcción gramatical y la acertada distribución del discurso. Su plaza estaba justamente al pie de las tres clasificaciones con que ha sorprendido usted y hecho rehinchar de envidia póstuma a las sagradas sombras de Blair, Villemain y otros que tales clasificadores literarios, cuyos libracos parece que se desternillan o desencuadernan de risa frente a las ineptas novedades de usted. Las entresaco sin comentarios, porque ellas se solfean solas. En tres grupos reúne a los poetas el donoso y profundo maestro don Rafael; tres grandes grupos, hijos de largas vigiliass y penosaas meditaciones: *poetas oportunos y tendenciosos, poetas trashumantes* y *poetas versificadores*. ¡Esta es la oport-



tunidad, amado Criptógamo, y ésta la coyuntura en que el varón prudente se va a los textos para sacar a la luz cosas viejísimas; siendo como es preferible el apodo de resobado al de irrisorio! ¡Hombre, don Rafael, con que hasta *poetas versificadores!*...

¿Creen ustedes que no se puede ser más chapucero? Pues se equivocan ustedes: sepan que todo el que encaja, como un servidor de ustedes, en las dos últimas CLASIFICACIONES de *poetas trashumantes* y *poetas versificadores*, con el encaje arrastra el resultado, según el señor Abréu L., de *un eclecticismo confuso y desesperante*. Pero, don Rafael, ¿no sabe usted lo que significa *eclecticismo*, palabra tan traída y llevada entre ustedes los críticos?

¿Ignora usted que por lo mismo que supone capacidad de escoger con pleno entendimiento lo mejor de cada una de las escuelas, científicas o literarias, derivar el eclecticismo de las obras de los *trashumantes* y *versificadores*, es derivar un monumental disparate?

Más ineptitudes apuntara si el señor Abréu L. se metiera en más dibujos, que no se ha metido. Con las apuntadas indúzcase qué estafermo será en las honduras si tan sobrado lo es en las superficies.

Está en buen punto la ocasión para rematar esta réplica con el inventario de las gallardías intelectuales y cualidades críticas que un examen, restringido a determinados puntos, me ha dejado palpar y evidenciar ante el público, en los últimos artículos del estimable señor Abréu Licairac. Un crítico, tan menguado expositor como para desleírse en difusas corrientes de palabras vacías; un crítico de tan superficial noción del mundo (por mucho que frecuente la sociedad) como para afirmar que un marido es el primero en enterarse de la poca fidelidad de una esposa; un crítico de tan escaso fuste en rudimentarias inducciones de psicología como para decidir que es increíble que un joven se enamore románticamente a los veinte años; un crítico que no sabe distribuir las oraciones de su discurso ni fijar el nudo de un drama; un crítico que ignora los más elementales principios de la Retórica; un



crítico que hace clasificaciones desapoderadas y fuera de todo fundamento racional; un crítico que no conoce el significado de las palabras mayormente rutinarias del oficio; un crítico así, agravado con los demás achaques hasta ahora no perseguidos por mí, pero que fiscalizaré si se hiciere necesario, ha invadido la jurisdicción de la crítica literaria sin ningún derecho; ha invadido la jurisdicción de la crítica literaria con un simple golpe de asalto. Militarmente, el asalto reviste condición heroica; científica y literariamente, el asalto es descocado, fachendoso, imbécil y risible.

Eso no quiere decir que el señor Abréu Licairac no deba seguir profanando la crítica con pretender que es su oficiante: ¡un poco más de ridículo, y otro poco más, y otro poco más, al fin le llevarán al colmo!

Hubiera él dejado que su calabaza permaneciera tranquilamente en la planta, y habría yo dejado que su tayote se pudriera donde se estaba.

Con eso ni le daría a él disgustos con ponerle a leer mi *soporífera prosa*, ni me fastidiara yo con invertir mi tiempo sobrante en rectificaciones personalísimas.

¡Es además tan aburrido mi señor don Rafael! ¡Pone además sus discursos en tan falsas posiciones y tan peligrosos equilibrios! ¡Aventura además tanta de Dios la cosa, sin ningún examen ni consulta ninguna! ¡Vaya! Que replicarle a él, únicamente a razón por barba, llega a hacerse el bizarro *cuento de nunca acabar*.



QUANDOQUE BONUS...

I

Un estudioso amigo mío, que ha venido enterándose de la disputa establecida entre don Rafael Abréu Licairac y yo, originada en la evasiva de mi contrario respecto a lo sustancial de la discusión, que él mismo puso en pie, y que dejó abandonada a su destino para tirarse a perfiles; un juicioso amigo mío, me ha disuadido de que lanzara a la publicidad el artículo *Tocante a su calabaza*, complemento del otro que publiqué *Tocante a su tayote*, determinando mi actual cambio de frente, con el peso de observaciones tan merecedoras de ser atendidas como las que siguen:

Que la suprema habilidad argumentadora del señor Abréu L. es la de tirar furiosas dentelladas a diestro y siniestro.

Que tal habilidad, por cualquier concepto vituperable, llenaba todas las campañas de mi contrario; pues mordiendo, nada literariamente, le ha visto el público en sus artículos contra los haitianos, y mordiendo —algo más que literariamente— le ha contemplado también, desde su salida contra unos párvulos periodistas hasta su reciente quisquilla con el redactor de *El Eco de la Opinión*, quien hubo de mantearle bizarrísimamente.

Que, a pesar de que yo, al lado de cada un término duro, tenía cuidado de colocar su palmaria demostración, con lo que llevaba no despreciable ventaja al vocabulario



verdadero traído arbitrariamente a la prensa por mi interlocutor Abréu L., en los comienzos y desde la causa primordial de este alborotado cisco; mayor ventaja le llevaría con desterrar a perpetuidad en mis contestaciones cuanta expresión pudiese involucrar una injuria literaria.

Hice pedazos el artículo, ya listo para ser publicado, porque no estaba exento del pecado de que me han hecho limpiar las observaciones de mi amigo; y con esta cristiana enmienda, heme aquí atendiendo a la última embestida de mi contrario; celando yo mismo mis palabras, y no abriendo brecha sino a una que otra inofensiva chanza, del género de esas que pueden cambiarse en cualquier conversación sin provocar ni rencores ni gratitudes.

Ni unos ni otras, sino relativa indiferencia merecenme con esta disposición de ánimo los calificativos de *pedante*, *pedantón*, *hombrecico* (esto es verdad tocante a mi estatura), *desparpajado*, *magíster*, etc.; obsequios y flores de don Rafael, que bonitamente pongo a un lado, jurando sobre mi conciencia que se me da un ardite de si dejarán o no dejarán huella en la opinión de quienes no me conozcan.

Entro, pues, en materia, no teniendo otra cosa que exponer en preámbulo, y digo a don Rafael, primeramente: que no habiendo querido él presentar sino la superficie *rasa* de lo que no dudo que haya estudiado, tanto menos de dudar cuanto que se ha subido a la torre de Eiffel de la crítica, y no habiéndolo yo encontrado en la tal superficie, sino en pugna con lo que estatuyen acatados autores en libros reverenciados, ni habiéndole visto sino en desarmonía con lo que pasa común y diariamente en las sociedades, lo anoté en un inventario, algunos de cuyos precios pasaré a rectificar.

Y digo secundariamente a don Rafael: que anoté aquellas diferencias, superficiales no por mi culpa, porque son deslucidas, más que en todo ejercicio literario, en los trabajos de un crítico, cuyo "papel supone desvelos, estudios, facultades sin cuento, un carácter analítico y observador que (agrega el autor cuya es esta enumeración) no se



forma así como quiera". Habría hecho agravio a don Rafael con no tenerle por crítico como él quería que se le tuviese, y agravio subido de punto; cuenta habida de la situación analítica en que a cuantos leyeron el *Listín* del 20 de junio del presente año, les dijo él mismo que se había colocado. Ya se sabe, porque don Rafael ha publicado suficientes indicios para ello, cuán ruin concepto le merecerá como analizador el amigo García Rodríguez, si tan menguado parecer le merece como escritor. Y hasta aquella fecha, había subido a la prensa, como examen único de *La Justicia y el Azar*, la opinión amistosamente expuesta (nada de *píloris*) del dicho señor García Rodríguez. En seguida, hizo turno don Rafael; y véase lo que dijo *urbi et orbi*: "ahora que la obra de Deligne se halla en el *pílori* DE LA CRITICA SENSATA... el terno DE MI CRITICA ha sido severo".

Como crítico, pues, y de los sensatos, además, repito que hubimos todos de mirar a don Rafael, so pena de inferirle agravio; y de ahí que me permitiera señalarle los ya dichos lamentables descuidos, acordándome del *quandoque bonus...*; a lo que no estando él conforme, se me ha dejado caer con el *risum teneatis*.

Paso a reconsiderar, con refuerzo de nuevas ilustraciones, todos y cada uno de los apuntes míos en que con algún reparillo ha insistido él, siguiéndoles en el orden que tienen en su artículo. Y de los libros didácticos, copio de Gil de Zárate, por andar en muchísimas manos, siendo así muy fácil para cualquiera compulsar la fidelidad de mi copia, los siguientes párrafos:

"A toda composición en verso se le da el nombre de composición poética, o simplemente de poesía". Y más adelante: "nos limitaremos, pues, a hablar de la epopeya, de la POESIA lírica, de la bucólica o pastoril, de la didáctica, y DE ALGUNOS OTROS POEMAS CORTOS". POESIA didáctica. Estos POEMAS, como TODOS..." "La elegía es un POEMITA..." "El POEMA dramático es el más interesante..., etc."

Sobre con lo copiado para ilustrar la perogrullada (que



ciertamente lo es, y que no es a mí a quien daña el que lo sea) de que “*todas las composiciones en verso se llaman poemas (o poesías; palabras ambas que en la acepción de renglones cortos y sujetos a medida, son de absoluta sinonimia)*. Pero como la ilustración del puntito, se la debe don Rafael al diccionario, al diccionario vamos; y al mismo diccionario de que él hizo uso.

Mientras me lo buscan, amenizaré el momento con un cuentecillo que debo en original a un joven e ilustrado maestro de Puerto Rico. —Había un tipo, graduado por Asnópolis; cargado de amarillo metal como el burro de Apuleyo; gran devorador de novelitas por entregas; que a fuerza de oír hablar de diccionarios y diccionarios, se pasó por una librería, y se compró uno de la lengua. Testigo de la compra fué un chusco, que le conocía el achaque, quien dos o tres días después le preguntó con muchísima sorna:

—¿Qué tal le ha ido con el diccionario?...

—¡Demonio de libro!, respondióle el tipo; leo, releo, vuelvo a leer, y no he podido aún desentrañarle el argumento.

Libreme Dios del feo pecado de querer ni aún esbozar con ello comparaciones injustas, sino que encuentro no sé qué vaga analogía entre las respectivas maneras del otro para leer el diccionario y la de mi contrario para entenderle. Examínense, si no, estas muestrecitas:

“**POEMA.** (*Primera y principal acepción.*) Nombre **GENERICO** extensivo a **CUALQUIERA OBRA ESCRITA EN VERSO**, que puede reducirse a alguna de las varias clases de poesía.”

Ahí dice el diccionario, con una claridad solar, que todos los poemas son, a secas, composiciones en verso, y que **TODAS LAS COMPOSICIONES EN VERSO SE LLAMAN POEMAS.**

Mírese como lo ha entendido don Rafael:

“**TODAS LAS COMPOSICIONES EN VERSO SE LLAMAN VERSOS**” (es decir, *todo arroz se llama arroz*), “*pero se distinguen con las denominaciones respectivas de*



POEMAS, odas, etc." Aquí don Rafael justifica el título de su artículo: *Risum teneatis!*...

Lo de "nombre específico y propiamente característico de las grandes y extensas composiciones poéticas en metro heroico, o lírico aventajado, superior, sublime", no hace sino confirmar la acepción general de la palabra poema, y pongo un ejemplo: melón, auyama, calabaza y sandía, todas son calabazas; habiendo una que se llama así especialmente. Epigramas, oda, elegía, madrigal, epopeya, todos son poemas; diciéndose especial y excelentemente de los de las calidades del último, que ha sido la grande y extensa composición poética escrita con las circunstancias arriba dichas, pero que ya caducó, porque la índole del siglo la ha relegado a la Historia de la Literatura.

No es ocioso recordar aquí, además, que lo de "*poemas y versos* no pocos", lo dijo don Rafael contrayéndose a los míos; y ya don Rafael se sabe cuán alejado está un *trashumante* de aquella acepción *específica* que acabamos de ver en el diccionario. Yo no he escrito sino poemas o versos: unos versos o poemas que son narrativos, y otros que no lo son; y yo no estoy escribiendo sino los tales, con el fin de dar a la estampa y a la crítica *competente* un volumen, dentro de no dilatado tiempo.

Ya que dejé escapar la especie, quiero ser con el que leyere, comunicativo hasta el fin; para atender a los reparos que las almas literarias caritativas e ilustradas quieran hacerme, y para dejar hasta cierto punto satisfecha la curiosidad que he visto en no me acuerdo cuál de los artículos de don Rafael Abréu.

Estoy componiendo el volumen, y pienso continuarlo así, sin filiación patente a partido literario ninguno; viendo por mis ojos en la hirviente vida social las cosas tales como son, hasta donde puedo alcanzarlo; y exponiendo honradamente cómo opino que podrían ser —sin violencia ninguna ni irrealizables utopías— para que sean agradables y religiosas, en el alto significado de esta expresión. Quiero colmarle de cosas e ideas blandas y delicadas, que se atraigan las simpatías de las mujeres (¡venturosa mi labor



si lo alcanza!); porque pienso, hechizado por el magnífico Renán, “que los juicios que se pronuncien sobre cada uno de nosotros en el valle de Josafat, no serán otros que los juicios de las mujeres, sancionados por el Eterno”. Quiero que en mi libro campeen, convenientemente refrenadas, las ilusiones del bien y la esperanza; sobre todo cuando hace tiempo que vengo enterándome de que aquella moda del desnudo y la suciedad literarios, muy usada en tiempos del Bocaccio y del Aretino, y resucitada en el mundo parisién “bajo el influjo corruptor del segundo imperio napoleónico”, como dice nuestro gallardo escritor don Manuel de J. Galván, va de capa caída, evolucionando hacia el polo opuesto del misticismo. Ya él corifeo del partido, que —por un capricho de su gran talento entendió la moda en su patria, y la ha esparcido en el orbe de los que copian las novelorías de París—, vacila y se refugia en *Lourdes*. Ya el pontífice como que se siente agobiado bajo la tiara; y todavía se adornece y se refresca la letradísima Francia con los etéreos sueños y en los sosegados manantiales de un Catulle Mendés. Quiero que mi libro, excepción hecha de los tropos y figuras que invaden por sí mismos las composiciones en verso, esté escrito en el estilo enjuto que don Rafael dice, y no limado, porque mi pereza me ha hecho que mire siempre la lima con horror. Tal estilo es, en mi concepto, la única conquista sustancial de todo ese alboroto del naturalismo. Stendhal, leyéndose diariamente una página del Código para tomar el tono; Zola, caminando a paso de buey, pero rindiendo su larga jornada sin aparente fatiga; esa, esa es la manera de expresión que cuadra al ocupado siglo en que hemos nacido. Quien no pueda llenar sino de vana pompa y estéril declamación sus períodos, tendrá que alejarse del campo de la amena literatura; pues el imperio del estilo enjuto, exigirá que se le llene de ideas para ser interesante, y que se le colme con las palabras propias y exactas, y los adjetivos adecuados, de cuya sobria y acertada elección surgirá con sus olores, colores, sabores naturales cualquier género de imágenes. ¿No nos dice el profundo Renán que invirtió “un año en quitar brillo al



estilo de la *Vida de Jesús?*” ¿No se hace más de notar que, a medida que una civilización más avanzada opta por los tintes tiernos, los colores pálidos y oscuros, y la sencillísima joya de un solitario montado al aire; las tribus salvajes o semicivilizadas se encantan con los colorines y se disputan los collares de complicadísimas y numerosas vueltas?...

Con esa convicción estoy componiendo el libro. La expongo, para que se me saque de ella con la demostración de que es errada.

II

Salto por encima de la aserción con que, descando vindicar la embrollada construcción gramatical que le resultó de haber puesto una preguntilla fuera de su sitio natural, quiere el señor Abréu Licairac hacernos creer a todos que ello no vale la pena, desde el momento en que yo mismo entendí lo que él quiso decir. Si no lo hubiera entendido, la cuestión sería entonces de caló o de gringo, y nada habría tenido que ver con la Gramática.

Llego al “eclecticismo”, y sigo opinando que ha sido posteriormente que mi interlocutor se ha desayunado con el sentido cabal de la palabrita. El tenía fantasías de lo que debía ser; pero conocimiento, sólo ahora, que sin duda le iría a adquirir en el diccionario. Dice que la empleó irónicamente. Una de tres: o no sabía la equivalencia de *eclecticismo*, o ignora la de *ironía*, o no conocía lo que una y otra palabras están llamadas a expresar. ¡Al diccionario!, ya que le tengo a mano, y sé de don Rafael que también lo tiene. “IRONIA. Figura retórica con que se quiere dar a entender lo contrario de lo que se dice.” —Si don Rafael hubiera escrito así: “de un conjunto de versos parto de la fantasía de POETAS TRASHUMANTES Y VERSIFICADORES, resulta *eclecticismo*”, podía pasársele a todo pasar su afirmación de que estaba diciéndolo irónicamente; pero habiendo puesto: “que del dicho conjunto resultaba CIERTO *eclecticismo* CONFUSO Y DESESPERANTE”, la defini-



ción que él mismo está dando (envolvente de una afirmación categórica) excluye y rechaza la más mínima idea y hasta el más insignificante barrunto de ironía. No basta que él diga que lo ha dicho, supuesto que de lo dicho no resulta, como no le resultó a aquel embarrador que habiendo dibujado una cabeza de chorlito, púsole debajo: "este es un gallo". Figúrese el que lea lo que resultaría si, queriendo llamar necio a cualquiera de un modo irónico, en vez de decirle, por ejemplo: "¡usted es un sabio!", le dijéramos, v. g.: "tiene usted cierta sabiduría confusa". No creo, por otra parte, que don Rafael haya glosado los párrafos en que dice que quiso estar irónico, antes de salir con ese regateo de un artículo del inventario; pues de haberlo glosado, sospecho que lo de la ironía se hubiera quedado inédito. ¡A ver! "Del conjunto de las poesías de los que se dan a vagar por los campos de nebulosas fantasías, y hacen versos y más versos, y riman más o menos bien, no expresando, sin embargo, la sublimidad y magnificencia de la verdadera poesía, resulta cierto eclecticismo confuso y desesperante." Aquí se me ocurre una cuestión dilemática: ese resultado, ¿cómo es desacierto mayor: en serio, tal como suena, o en ironía, tal como no es?

Confieso francamente mi extralimitación, o sea generalización de premisa, cuando dije que don Rafael decidía que era increíble el amor romántico en un joven de veinte años; y confieso francamente que, atento a la consecuencia y citando de memoria la premisa, es como caí en aquella injusta aseveración, de la cual pido mil perdones a don Rafael en primer lugar, y luego al que la haya leído. La restrinjo, pues, al caso particular de Félix, y anoto: "inverosímil es aquella romántica pasión inspirada al joven por una mujer, madre de otro joven de más o menos la misma edad del romántico enamorado". Eso, lo romántico, es lo inverosímil, según don Rafael; pues la pasión amorosa ya sabemos todos que puede inspirarla hasta una setentona Ninón de Lenclos. Ahora bien, según mi opinión, lo romántico de ese amor nada tiene de inverosímil, porque: frecuente y generalmente, los testimonios de las pasiones amorosas



que experimentan los jóvenes de veinte años, arrojan un bonito *superávit* romántico a favor de mi tesis; la neurosis, que es lastimosa afección de innumerables organismos; la mojigatería y los repulgos de una descaminada educación, que son lastimosos achaques de mucho entendimiento; y la fe con que suelen fanatizarse ciertos lectores de enfermizas aventuras o de enclenques ideas, que son otros tantos extravíos de la imaginación, dan abundoso jugo romántico a las pasiones amorosas, no importa la edad en que se experimenten, y no importa la edad del objeto de ellas, así éste pase de los treinta y cinco años de Juana. Vea aquí don Rafael la ninguna ventaja obtenida con restringir la premisa al caso de Félix. Ella es la única que ha cambiado; pero la consecuencia, sola circunstancia de positivo valor para el inventario, queda incólume. ¡A ver! Don Rafael pone entre los casos espirituales increíbles, uno que tiene lugar numerosas veces, en todo país y en toda civilización, porque le hacen posibílísimo, determinantes o fisiológicos o espirituales de gran pujanza: no está don Rafael muy fuerte, valga el decir, en rudimentarias inducciones de psicología. *Quod erat demonstrandum.*

Yo que él, me habría dejado en el tintero el otro repasillo al justiprecio del inventario, último de los que ha hecho. Sobre que está infundado, no le quita ni una tilde (lo mismo que el antecedente) a la consecuencia sacada por mí.

Copio de don Rafael, en el *Listín* del 20 de junio: “Los celos, *la duda de la fidelidad* de una mujer” (¿no está eso en sentido general?: una mujer, ¿no es toda mujer?), “es natural que los experimente *más pronto* y con mayor intensidad el cónyuge”, (el cónyuge, ¿no es todo cónyuge o marido?), “por la índole de los afectos”. Antes, precede otro párrafo referido en sentido general a los deberes de cualquier hijo puesto en el trance de Carlos. He seguido, pues, al señor Abréu Licairac literalmente. Si no quiso decir eso, duéleme de que lo que haya querido decir deje siempre en pie la resultante apuntada en el inventario. ¿Quiso decir que Julián debió haber sentido la duda de la fidelidad de Juana antes que Carlos? Ampliamente está visto que no



en mi primer artículo concerniente a *La Justicia y el Azar*; razones a que me remito, y de acuerdo con cuya exposición apunté que mi contrario revela tener una noción harto superficial del mundo. ¿Quiso decir “que los celos, *la duda de la fidelidad de toda esposa* debe experimentarlos *más pronto* y con mayor intensidad *todo* cónyuge antes que *todo* hijo, por la índole de los afectos?” Sin detenerme en restricciones que no necesito hacer; todos hemos visto que frecuentísimamente los hijos (máxime cuando no son mayores de edad), en el caso de maldad adulterina de una madre, no sólo llegan a ser los primeros en experimentar la duda, por razón del menor recelo que la hipocresía de la culpable no se ve tan obligada a desplegar con ellos; sino que comúnmente llegan a la desmoralizadora certidumbre, un poco más avanzada que la duda, ya que la duda misma es en esencia una petición de certidumbre afirmativa o negativa.

He concluído.

¿Qué tal? ¿Ha estado uno serio o no lo ha estado? ¿Ha usado uno injurias literarias o no las ha usado? ¿Se ha sido moderado y formal, o no se ha sido?... ¿Sí?... Pues lo seré mucho más en lo sucesivo; porque durante todo este rato me ha estado retozando la risa entre el cuerpo, y ya no puedo contenerla. ¿No adivinan ustedes por qué? Claro que lo adivinan; por eso, por eso, por los versitos de don Rafael Abréu Licairac. ¡A ver!

“Marrullero, marrullero
y ridículo pedantón,
no más, no más es el huero
e *insigne* de don Gastón.”

¡Angelito!... ¿Y todo eso se tenía usted reservado...? La verdad que eso no es de usted, y es lástima, porque me priva del gusto de felicitarle. ¿De quién dice usted que es eso?... “Es de mi cocinera, que es una rural coplera, de muchísimo gracejo y de no poca intención”. ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!, ¡picarín!, le cogí a usted: acaba usted de hacer una redondaina con el mismo estilo de una de las nueve, que



se tiene usted en casa bajo el disfraz de cocinera. ¡A ver! Pongamos las dos juntas, para que se note el aire de familia:

“Marrullero, marrullero
y ridículo pedantón,
no más, no más es el huero
e *insigne* de don Gastón.”
(Eso) “es de mi cocinera,
que es una rural coplera,
de muchísimo gracejo
y de no poca intención.”

(*Din din, din dan, din din, din don*)

¡Olé, la gracia!... ¡Vivan la sal de Andalucía, las maritornes copleras o los copleros maritornes, y el *barbián* de don Rafael, para que de cuando en cuando nos proporcione *juergas* como esa!

La verdad, que si el amigo no me hubiera hecho pensar en moderaciones, ese pedacito de sainete tiene bastante virtud para hacerme bienquisto a su chiquilín, aunque gallardo autor. ¡Me ha hecho *tilín!*

P. S.: Don Rafael muy estimado: Cuando yo escribí la narracioncita de *Soledad*, no era posible que llegase a esperar... que llegase a presumir, ¿cómo se lo diré a usted?... que llegase a imaginar que a usted le merecería... el honor de... la crítica. Me alegro doblemente de que usted se haya decidido con animosa resolución a seguir el ejemplo de aquella vieja de quien nos cuenta Valbuena que andaba metiéndose en todos los charcos, teniendo razones fundadísimas para ello. Así, saldremos de disputas y entraremos en discusión, en la que, desde ahora hasta el siglo venidero, si le alcanzo, invertiré gustosamente mi tiempo sobrante. Así tendrá usted ocasión de sacar a plaza el fruto de la Literatura que haya estudiado, fruto que todavía se tiene usted oculto, y que le prometo sacarle del nicho,



como usted sostenga todos los *porque síes* y los *me parece* que a primer golpe de vista he notado en su... crítica, ocupando plazas que habían de ocupar las razones y los principios. Con principios, razones y ejemplos impugnaré un día de estos (a mí no me urge ni a usted tampoco) cuanto pifazo trae usted a propósito de *Soledad*, y cuantos *gazapos* dice usted que ha PESCADO. ¡Hombre!, ¿invierte usted el uso, y coge a los *gazapos* con anzuelo? ¿Esa es moda nueva entre los pedestres prosistas? Porque yo siempre he oído decir que los *gazapos se cazan*, y bien podía usted haberlo hecho así, teniendo tan buena *carabina, como sé que tiene la famosa carabina de Ambrosio*.

Lo cierto es que ya que usted mismo lo quiere, me ocuparé en asunto que para mí no tiene mayor importancia, primero: porque desde el punto de vista de mis convicciones literarias, lo que usted ha sacado no es crítica; y segundo, porque no siento ningún halago con probarle a usted (¿entiende usted bien?, ¡a usted!) que no lo es. La única satisfacción que podrá caberme, será acaso la de sacarle del error en que ha incurrido usted al regocijarse *a priori* del vapuleo que supone usted haberme dado literariamente, hablando de que no supe a quién fui a buscarle las cosquillas (¿cree usted que no lo supe, porque Argamasilla de Alba está muy lejos?), y otras baladronadas de ese jaez. Como creo que tendrá usted fibra sensible donde le palpite la emoción del ridículo, quedará al fin satisfecho si le hago ver cuán risible está un hombre que celebra él mismo con inconsulto ditirambo sus propias ignorancias.

Suyo, *hasta allí*, antes y después de quitarme el gabán (*).

El Teléfono, S. D., Nos. 663 y 664, 9 y 10 de agosto de 1894.

(*) Alude al cambio del pseudónimo Gumersindo Dávila, por su propio nombre, que aparece en la polémica desde la última parte de este artículo.



¡FUEGO EN LA GAZAPERA!

Como sinceramente he dicho que tengo a don Rafael Abréu Licairac por un asaltador del campamento de la crítica literaria, y nada más, voy a presentarle una magnífica ocasión de que me pruebe lo contrario.

Para mí, no valen nada sus protestas posteriores e irritantes atenuaciones de que él no se tiene por crítico. Tales declaraciones no vacilo en llamarlas pamplinas. Muy arrogante salió él contra *La Justicia y el Azar*, cegándonos con los humos de su crítica; no deteniéndose hasta dejarla calificada de razonadora, epíteto que ciertamente dejaba de ser pleonástico para pasar a ser un tanto irónico en la consideración del buen lector. No se conformó, como se conforma quien no se tiene por bien lastrado para analizador, con discutir sus impresiones en los pasillos del teatro o en los parques de la ciudad, ni como impresioness las llevó a la prensa; sino que se encaramó pomposamente en el periódico, y voceó su opinión, como alegato crítico, a la faz de toda la República. Ni en sólo eso se detuvo, sino que todavía critica a hito, zangoloteando el primer capítulo de *Soledad*.

Quien no se cree con derecho a tales empresas, no las acomete; y quien las acomete, funda en los necesarios estudios de la profesión su derecho. Ya he declarado que he creído, y permanezco más aferrado aún a mi creencia, que todo el derecho de don Rafael estriba en un mero acto de violencia. Su grito de victoria lo pone de manifiesto; pues con ocasión del ignorante trajín de *Soledad*, ha sido un



clamoreo simple y una infantil celebración, evidenciadores de que ni aun sospecha que existe un arte de la Retórica y Poética; una codificación literaria, con ligerísimos puntos discutibles, sancionada por las edades; un estudio elementalmente indispensable para cualquiera especie de letrados.

Niego, en nombre de esos principios y otros que ya se verán, la capacidad crítico-literaria de don Rafael Abréu, y lealmente le brindo buena coyuntura para que me haga mudar de parecer:

Queriendo ayudarle en esa tarea, se la metodizo, numerando los puntos del primer capítulo del poemita objeto de ella, en cada uno de los cuales se ha detenido él sencillamente con un gesto de desagrado; y le expongo con toda paciencia las bases en que los he cimentado.

Derribarlas es su obligación, so pena de que yo permanezca en mi parecer y él se quede corrido delante del público.

Usaré de los textos más conocidos y someros, para que todos puedan constatar cuán poca cosa pone mi propio arbitrio en el análisis a que procedo en seguida.

1. Pero como la vieja
en su estilo *derrama*

un *nervio* que antes manda que aconseja.

¿Qué se le ha ocurrido decir al señor Abréu Licairac con motivo de este pasaje? Ni una razón, ni un principio; sino una simple majadería.

“¡Jesús!, que derrame y que nervio tan mandante el de aquella vieja!”

Eso es todo, y así se comienza a hacer crítica. Lo más malo es que así se continúa; lo peor, es que así se va hasta el fin.

A don Rafael le ha chocado sólo *porque sí*, que yo hubiese escrito que la vieja “*derrama* en su estilo un *nervio*”. Desde luego que ello le ha parecido raro, me autoriza a apuntarle dos ignorancias: no conoce todo el significado de *derramar*; (váyase a un diccionario y verá que equivale a *csparcir*); ni sabe que en sentido figurado, *nervio* moral-



mente hablando, es igual a *fuerza, vigor y energía* (mírelo igualmente en el diccionario). Y aun podría apuntarse que está *in albis* de las diferencias que existen entre el lenguaje de la poesía y el de la prosa; vaya a informarse de esas diferencias en cualquier texto de Literatura. En una prosa llana y pedestrisima, donde no habría para qué procurar gentilezas en el decir, pondríamos la equivalencia sinonímica de *derrama* y la literal de *nervio*, poniendo así: “la vieja *esparce* en su estilo un *vigor* (o *fuerza* o *energía*) que antes manda que aconseja”. ¿No chocan con nada estas *equivalencias*, dichas en llanísima prosa? ; pues con nada chocan trasladadas al verso, la textual equivalencia de *esparcir*, y la metafórica de *fuerza, vigor o energía*, que son respectivamente *derramar* y *nervio*. Parece mentira que a don Rafael haya que traducirse al castellano, el mismísimo castellano de León y Extremadura.

2. Acabó en que *mojadas las mejillas*
con el dolor del que se ausenta y ama,
cámbiase su laguna la *mocosa*

5. Por la ciudad que cuenta en sus orillas
las tranquilas y turbias del Ozama.

Pregunta don Rafael: “¿mejillas mojadas con dolor, y en ninguna parte lágrimas que mojan mejillas? Parece una adivinanza. ¿SERA UNA LICENCIA de las que se permiten los versificadores?”

Vamos por partes. Anoto primero un *me parece*; razón ordinaria y casi único argumento conocido por don Rafael Abréu Licairac; y respondo después a su pregunta con esta otra: ¿no sabe usted lo que es licencia poética?; porque el presente caso está a mil leguas de las que señalan los preceptistas y ha permitido el uso inteligente y discreto. Vuelva don Rafael a un Manual de Literatura cualquiera, sea al de Gil de Zárate si quiere, y ya verá con cuanta ignorancia de lo que es licencia poética se pregunta si acaso lo es el decir: “mojadas las mejillas con el dolor del que se ausenta y ama”. El mismo Manual le hablará de cierto tropo llamado *metonimia*, y se lo definirá de esta manera:



“la acción de nombrar una cosa que es antes por otra que es después, sea la causa por el efecto”, o sea el dolor por las lágrimas, que son su efecto ordinario y natural.

La adivinanza, la licencia y el *me parece*, vienen así a parar, por virtud de los informes de un libraco no muy conocido del Zoilo, en un correcto y simplicísimo tropo.

Aún más: ¿quiere don Rafael tomar la proposición arriba enunciada en riguroso sentido literal? Puede hacerlo, y siempre quedará ella bien. “La partícula prepositiva *con* se aplica al medio, modo, término hábil, instrumento para hacer cualquier cosa” (dicc.); así, pues, *con el dolor*, es igual a decir *por medio del dolor*; y ya se sabe que unas mejillas mojadas por medio del dolor, no pueden estarlo sino de lágrimas.

Salta don Rafael: “una laguna mocosa por falta de una coma”.

Aparte de que en todas las circunstancias en que se sustantive el adjetivo *mocoso*, se refiere siempre y absolutamente a personas; por lo que sería un dislate en tales casos referirle a cualquier otro sustantivo común: mocosa está la crítica de don Rafael pretendiendo que se ponga una coma después de laguna. Ese pequeño signo ortográfico, sí que me habría hecho caer en anfibología. Esa diminuta señal, sí que habría dado visos de razón a don Rafael, una mala vez por todas. Veámoslo: cámbiase su *laguna*, la mocosa. Este *la* ahí, después de una coma, muy bien podría tomarse como pronominal, relacionándole a la palabra anterior *laguna*, para calificarla con el epíteto *mocosa*, que se tornaría en adjetivo, como lo es de suyo, pero como rehusa serlo en aquella oración. En ella quiere ser verdadero sustantivo, y lo es nada menos que sujeto, y todo porque no se lo estorba la virgulilla, tal cual se ve desechando el hipérbaton: “acabó en que la mocosa cambiase su laguna”. Sin la pausa, el sentido es indiscutible; con ella, la confusión sería evidente. Don Rafael, sin embargo, pondría la coma. Esto me extraña menos que si no la pusiera.

3. Por la ciudad, etc.



—Dice don Rafael: “ciudad que *cuenta* las tranquilas y turbias del Ozama”. Y añade don Rafael: “parece una adivinanza” (conque le parece, eh?; y nada más que *le parece*, ah?) Y pregunta don Rafael: “¿será *licencia* de las que manejan con tanta elasticidad los poetas?” Y ronca don Rafael: “¿averígüelo el diablo!”

¡Ay!, señor mío, don Rafael, ¿no sabe usted que el más ruín y perezoso estudiante de la Poética averigua con dos horas de clase que eso no es *licencia*, y que quien pregunta si lo es, induce a que de él se crea que está recién nacido en cuanto a conocimientos retóricos, e hipertrofiado en cuanto a sentido común? ¡Ay, mi señor don Rafael!, ¿no sabe usted que el mismo lego del Padre Soto sería capaz de decirle a usted: tampoco veo adivinanza en una cosa tan clara? Ciudad que cuenta en sus orillas las tranquilas y turbias del Ozama, no habiendo otro río de igual denominación, es la ciudad de Santo Domingo; en lo que si hubiere adivinanza, será por el estilo de ésta: “Yo soy útil ornamento —de la cabeza del hombre— y es el sombrero mi nombre”. A lo largo de su orilla o extremo oriental, la mencionada ciudad está limitada por el río ya nombrado: “la ciudad, pues, cuenta en sus orillas las (*orillas implícitas*) del Ozama”. ¿Qué no ve usted aguas ahí, en la escritura?... ¡Que va usted a ver, don miope!, si usted ni aun sospecha que hay un tropo llamado *sinécdoque*; el cual tiene ocasión numerosas veces en todos los escritos y en diversos casos, uno de ellos cuando se nombra la parte por el todo, y en cuya virtud se dice con entera corrección: las orillas del Ozama, entendiéndolas por todo el río; con todas sus crecientes si viene bravo, y hasta con todos sus *gazapos* cuando sale usted disparado en son de *pescá*.

II

4. De esto ya hace algún tiempo; pero es cosa verde aún de la abuela allá en el seso.

“Transposición *gongórica*, dice don Rafael, y *parien-*



tita muy cerca de en una de fregar...” “¿Y por qué verde, pregunta él mismo, y no colorada o azul o multicolor?” Y *by and by*, observa que *allá*, es un ripio.

¿Transposición *gongórica*...? No me da la gana de creer en malas fes ni en “cataplasmas emolientes” al hacerme cargo del apodo puesto por don Rafael a mi levísimo hipébaton, tanto más leve cuanto casi no existe. Y como no quiero echar el mote a aquella parte, véome obligado a dejarla fluir por el cauce del ningún conocimiento literario de mi adverso amigo. El ha olvidado, si algún día lo supo, que “nuestra lengua consiente bastante amplitud y libertad en el punto de las trasposiciones, dejando campo al escritor para alterar el orden que deberían tener las palabras, según su clasificación rigurosa o gramatical” (Gil de Zárate). El no ha podido inducir o deducir (¿con qué doctrina?) las circunstancias donde el hipébaton se hace vicioso o vituperable; las cuales son dos principalmente: cuando el escritor hace abuso notorio de tal figura (y entonces la crítica se pone mejor a cuenta de amañamiento que a cuenta de las trasposiciones en sí); y en el caso de que su uso errado deje ininteligible el período. ¿Ve don Rafael esa misma de “en una de fregar cayó caldera?” Pues solamente así es que no puede decirse, porque no hay quien la entienda. Pero podría haberse dicho con toda propiedad: “en una caldera de fregar cayó”, tan claramente expuesto como “cayó en una caldera de fregar”. ¿Quiere que gaste más tinta en el puntito, no obstante de que los tinteros se están poniendo a precio de oro? Le recordaré entonces, si ya antes estaba él informado, la anécdota de García de la Huerta cuando asistió a la lectura del poema de la música, lectura hecha por su autor, el afamado Iriarte. El lector empezó: “Canto las maravillas de aquel arte”; y García de la Huerta no quiso oír más, justamente porque el fabulista no le había dado, utilizando el hipébaton, “mayor elegancia y sonoridad a la frase”. Con la trasposición habría conseguido ambas cosas, sin que el verso perdiera una sola sílaba, y sin más trabajo que el de elegir entre éstas: “Las maravillas de



aquel arte canto”; “canto del arte aquel las maravillas”; “del arte aquel las maravillas canto”; “las maravillas canto de aquel arte”. Sáciese ahí de trasposiciones (todas buenas y legítimas) don Rafael, para evitarse en lo sucesivo el sonrojoso desaire de salir comparando, nada menos que como *parientes muy cercanos*, un hipérbaton gringo, como el satirizador de Lope, con uno castizo, como el muy leve mío.

Me duele, por don Rafael, el juicio que a griegos y troyanos literarios pueda merecer su pregunta: “¿Por qué verde, y no azul o colorado o multicolor?” Y no me duele *porque sí*; sino por cuanto no hay quien ignore cuáles son las criaturas que se tiran *al verde*, sugestionadas solamente por *lo verde*. Es raro, además, en don Rafael, cuyas lecturas favoritas deben ser de libros franceses, evidenciado en el abundante tecnicismo lingüístico que de aquel idioma saca, tales como pílori, polichinela, pilluelo, etc., que no haya puesto atención en el derroche de *azul* gastado por los escritores de Francia. Y aquí se me ocurre preguntar: ¿cómo habrá entendido a los desatentados autores románticos del Sena, un don Rafael que se atreve a las figuras y tropos correctos sólo porque son tropos y figuras, cuando (que es casi siempre) aquellos autores han abusado de los mismos, pero haciéndoles deformes y monstruosos? Y vuelvo al *verde* aquel, para decir que entre racionales, ciertos colores, uno de ellos *verde*, son intrínsecamente *ideas*, además de accidentes. *Verde*, es una idea opuesta a *seco*; *verde* quiere decir “*florecente* en oposición a *marchito*”. Esto de viejo lo sabemos todos, sin necesidad de aprenderlo en los diccionarios de la lengua, donde naturalmente hay esas acepciones. Idea es *verde* por sí y ante sí; pero jamás podrá entenderse como color en el verso mío, porque tal verso dice: *verde* AUN. La modificación determinada por el adverbio, involucra este más claro eufemismo: *no estaba marchito todavía*.

Pone don Rafael que en “verde aún de la abuela *allá* en el seso”, la palabra subrayada es un *ripio*. Desde que Valbuena vulgarizó el uso de la expresión “*ripios*”, no hay



crítico ramplón que no ande a caza de los tales, sin duda ninguna creyendo que así se alcanza la talla crítica del hosco y furibundo carlista. Tanto valdría usar un cuello, de los desaguados universalmente por la industria de París con el nombre de Tolstoi, y abrigar la presunción de parecerse con ello al hondo novelista del Cáucaso. Si hay término menos contingente a ocupar puesto de ripio, es el adverbio de lugar *allá*; cuyo buen uso impone su sencillísimo papel en el lenguaje. El seso de la abuela, ¿no estaba distante de mí, que a él me refería? Pues claro está que dije correctamente diciendo, *allá*. Si basta con que se escriba: verde aún de la abuela en el seso; no sobra con que se haya caracterizado la distancia del mismo respecto de quien lo puso, por medio de un signo adecuado al propósito.

5. *Exceptuando* la carta lacrimosa.

“El gerundio es prosaico”. (Don Rafael). “¿Dónde tendría el lagrimal esa carta?” (Abréu Licairac).

Al principio, se ha hecho constar como don Rafael no sabe o ha olvidado cuán sustanciales diferencias se notan entre el lenguaje poético y el de la prosa; y aquí llamo la atención hacia lo ayuno que está él respecto de las expresiones peculiares al tono de cada uno de los diversos estilos literarios. Cualquiera que haya leído el primer capítulo de *Soledad*, habrá visto que traté de escribirle festivamente, con aquel festivo calificado por el sabio maestro señor Hostos, donde dice: “El cuento está narrado con mucha *gracia poética* al principio”. Ahora, bien; “las voces”, (extracto de Gil de Zárate), “deben ser oportunas: elevadas, si el escrito es *grave*; *humildes* si es *jocoso*”, (o *festivo*; pues son hermanos gemelos). El humilde gerundio exceptuando está, por consiguiente, en riguroso carácter donde está; y ahí se queda como bueno.

“¿Dónde tendrá el lagrimal esa carta?”... Saberlo, no lo sé. Cuanto informe puedo aducir a propósito de lagrimales, es que están muy cercanos del lugar en que muchísimos no tienen la sindéresis. Carta *lacrimosa*, o lo que es exactamente igual, *llena de lágrimas*, es un género de expresión de los tan comunes que han pasado a ser de uso.



Los señores retóricos les han acogido llamándoles prosopeyas, figura en cuya representación “se dan epítetos propios de los seres animados y corpóreos a los objetos inanimados, y se les introduce obrando como si tuvieran vida” Por obvio, huelga si añado acerca de cualquiera *carta*, la distintiva observación de que procediendo, como todas las cartas proceden, de las más completas criaturas gene-siácas, el inanimado papel circula henchido con impresiones de pareceres y sentimiento personalísimos.

III

6. que *su nativo campo* le enviaba,
larga, muy larga, pero no importuna;
de *su nativo campo* recordaba.

“¿Otra vez *nativo campo*, tan cerquita? Aridez en los *raizales* del poeta”.

No quiero perder tiempo en hacer comprender al señor Abréu Licairac cuán impropios están ahí (donde estaría mejor *el follaje*) los *raizales*; sino que procedo a abrir por donde se abran, dos libracos de igual número de sujetos, reputados como lozanísimos en el mundo, expuesto al sol, perpetuamente, de los que hablan castellano.

Y copio de *La vida es sueño*:

—porque llevarle
al rey, es llevarle (¡ay triste!)
a morir, pues ocultarle
al rey, no puedo, conforme
a la ley del homenaje.
De una parte el amor propio,
y la lealtad de otra parte,
me rinden. Pero ¿qué dudo?
la lealtad *al rey*, ¿no es antes?

¡Tres reyes!... Los magos, ¿no, don Rafael?



—*Reprimamos*

*esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos;
y si haremos, pues estamos
en mundo tan singular,
que el vivir sólo es soñar;
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive, sueña
lo que es, hasta despertar.
Sueña el rey, etc.*

Más sueño de la cuenta, ¿verdad, don Rafael?... Con todo, nadie se duerme leyendo tan conceptuosas espinelas. Con ese estilo, hay en el drama, más de un pasaje próximamente por folio.

Copio ahora de Campoamor:

*¡Al fuego!, signos que sin fe trazaron
¡falsas mujeres que adoraba ciego!
Victoria, Octavia, Inés... ¡al fuego!, ¡al fuego!
... ¡Ay!, quien tal gloria al poseer, diría
¡que humo las glorias de la vida son!
... ¡Me caso! Yo, que odio eterno
siempre profesé a este paso,
como a un paso del infierno,
yo cándidamente tierno...
¿podréis creerlo?... ¡Me caso!*

Casados con esas *arideces* están todos los *raizales* de Campoamor. ¿No diría usted así, don Rafael?

Porque una bizarra lozanía del siglo XVII se da la mano con otra del XIX, en lo de repetir de un modo terco, y con una frecuencia diabólica cuanto a ambas les viene en voluntad; por eso, para que usted haga *justicia* de *sai-netesco juez* literario, condenando como áridos, no ya poetas sino siglos que tales repeticiones han consentido, le he copiado al azar los pasajitos aquellos. Para mi caso, huelgan.



Pues si no me encontraría en ánimo de escudar mis faltas de discípulo con el ejemplo de los defectos de los autorizados maestros, ¿a qué buscar más sombra que la de los principios en las circunstancias donde yo procediere acertadamente? Acomode en el capítulo de *Elegancias* que traen los retóricos el caso de mi repetición-*golondrina*, el señor don Rafael, y pásmese viendo que no una, ni cien repeticiones *hacen verano*. El uso, árbitro de la lengua, precisamente porque en lo general es resultado de un manejo nada arbitrario de ella, ha confirmado esas repeticiones como otros tantos primores; y a mí se me asemejan a los floreos o *grupetti* musicales cuando se emplean para comunicar elegante soltura, garboso movimiento y ondulada concatenación a los períodos. Casi todos los rimadores, los usamos ex-profeso.

7. No hay que hablar de los pájaros cantores,
ni del paterno rancho,
ni del can a que tuvo más cariño;
pues cuando no se sabe, se adivina
que ello es todo muy ancho,
para caber *bajo el menudo aliño*
de un estrecho corpiño
de pana, etc.

Mucha majadería aglomera don Zoilo Aristarco Landeche con motivo de ese pasaje; y tanta, que no me es posible quintaesenciarla como deseara. Su punto de partida es el *corpiño*; y todo el que leyere, notará que *corpiño* es un simple complemento del *menudo aliño*. Este, pues, en todo caso, debió servir de base a tantísima majadería. Y como la empezó errando, no ha podido dar pie con bola en cuanto ha dicho. El *miriñaque*, como don Rafael puede saberlo, me han asegurado que salió de moda en época anteriorísima, según prudente inducción, a la que se presupone en *Soledad*; cuando quizás si el mismo don Rafael era todavía niño. Traigo una de las majaderías a cuento, porque se me ocurre decir que pasar, el miriñaque pasó antes de



que la campesinita naciera; pero don Rafael se está aún niño, completamente niño en los conocimientos obligatorios para un mero aficionado a las letras, cuanto más para un pretense crítico. Si no lo estuviera, sabría lo que es perífrasis y para qué sirve; y sabiéndolo se habría enterado de que en todo el pasaje he usado de una *circunlocución*, “para dar a conocer suficientemente el pensamiento que en él deseo comunicar”, cuya simple enunciación es ésta: “la naciente pasión del lujo hacía que Soledad se estuviera olvidando de su campo”. Es, pues, una legítima perífrasis y nada más; la que don Rafael llama adivinanza. Bien hecho en llamarla así, ya que para él estaba oculto su verdadero nombre. En cuanto a su corrección en general, díganlo quienes sean competentes, y noten desde luego que está desarrollada en tono festivo; tono de completa holgura para el humor, literariamente hablando, del que escribe; y en el cual se admiten hasta evidéntísimas falsedades, con tal que las apadrinen la gracia o la agudeza del ingenio.

¿Quiere don Rafael que partamos *del corpiño*? En buen hora. Es prenda de vestir, propia de las mujeres, que sirve para cubrir las todo el pecho, puede nombrarse como el pecho mismo, máxime festivamente, y merced a la sinécdoque. Es caso análogo al ya tratado en el No. 3, pues que se denomina una parte visible y especial del pecho por todo él. ¿Necesito descender a la trivialidad de apuntar que la palabra pecho se usa hasta vulgarmente como sinónima de corazón, y éste de sentimiento?

Abordo el riesgo de repetirme, con la mayor voluntad del mundo, para indicar otra vez cómo está don Rafael de ajeno a lo que distingue el lenguaje del verso del de la prosa; cómo está don Rafael de extraño a la existencia de tropos y figuras; cómo está, en resumen, don Rafael de desconocedor de que en el mundo hay Retóricas. Retórica, arte viejísimo a través de los siglos, y para él tan nuevo como la última invención de Turpín!

8. En cambio se *eslabona*
a la *férrea* amistad de una muchacha.



“¿Por qué *férrea*?” Pues, por la figura llamada prosopeya, mi señor don Rafael. Es “epíteto de un objeto corpóreo dado a una cualidad en abstracto”. ¡Y vive Dios! que a este propósito traen los textos un ejemplo, que por sentencioso ¡voto a tal! que me place: *la ignorancia es atrevida*.

“¿Por qué *férrea*?... ¿Por lo de eslabonarse? ¿No ve usted que donde HAY ESLABONES debe haber algo METALICO?” Pues por lo mismo es férrea, ilógico don Rafael. Podían haber sido los eslabones, eslabones de quebradiza cadenilla de oro; eslabones de falso cobre; eslabones de dúctil alambre: porque todo hierro es metal, pero todo metal no es hierro.

IV

9. Jeremió, *puso hocico, puso ceño*

“¿Dónde *lo* puso ese hocico y ese ceño?” (¡Fuera ese *lo*!: concordancia vizcaína, primero; y de sobra, también primero). Entre las numerosas acepciones de *poner*, cuéntase la de *presentar*; y puede cualquiera irlo a ver en el diccionario, donde largamente se trata acerca de esa expresión, y aun se ponen ejemplitos como éste: *poner mientes*. “¿Dónde lo pondrán esas mientes?”, preguntaría don Rafael. A lo que yo contestaría: en donde lo hace el vulgo, con las expresiones, *poner cara de pascuas*; *poner cara de pocos amigos*. Tocante a la adivinanza (que esa sí viene en tal forma) de: *¿dónde pondría Soledad ese hocico?*, la he *matado a planazos*; púsole donde no le tenía por naturaleza (y donde comunmente se pone), en la boquita suya. Y el ceño, donde le ponemos todos cuando hay motivo para que arruguemos la frente: entre ceja y ceja.

Es absurdo suponer, aun haciéndolo satírica o jocosamente, que ambos podría haberlos puesto la muchacha *en las entendederas mías*. Y como *Soledad*, si bien está algo vieja, aún no ha muerto, y es persona conocida mía; me he molestado haciendo un viajecito a su campo, con el fin



de exponerle mi cuita, y de presentarle mi querella, pintándole el caso con el mismo absurdo con que lo pinta don Rafael. Soledad me ha desagraviado, contestándome: no crea usted sino esto: el hocico le puse y le pongo burlescamente por las críticas de don Rafael, y el ceño por su petulancia.

10. *¡Muchacha más muchacha!* Los engaños
que otras mujeres saben
para apagar u oscurecer los años,
 en su pequeño corazón no caben.
Si por algo se apura,
 si alguna desazón la cosa interna,
es la de ser, como la fruta, tierna,
 a solo y puro sol, *agria y madura.*

¡Muchacha más muchacha! Es una simplicísima exclamación, que por lo mismo de serlo, nada concluye. Antes bien, ella, para que algo signifique en el discurso, tiene que derivarse de circunstanciadas demostraciones; y si no es resultado de ellas, sino que abre un párrafo, viene a ser una petición de principio, y en esa virtud tiene que precederlas. Eso he cumplido yo, para basarla convenientemente, o si he de decirlo mejor, para no dejarla en el aire. Con tal fin, me he valido de símiles y antítesis adecuados, queriendo dar mayor relieve al asunto de mi obligado propósito. He dicho, comparando el proceder de *Soledad* con el de otras mujeres e inmiscuyéndoles contrapuesta y festivamente, para que resaltara mejor el de la muchacha, lo que he querido decir: “que lejos de parecerse a tantísimas cuantas ocultan sus años, se afanaba por ostentar mayor edad de la que realmente tenía”.

Más condensado aún: que para entrar con toda naturalidad en descripciones muy necesarias al cabal retrato de la chicuela, tomé pie en una sencilla exclamación.

Doy esos detalles como abundancia de pruebas; pues de ningún modo me compelen a ello las paupérrimas aseveraciones de don Rafael en ese punto. El apenas si dice



que “los años se disimulan o cuando más se ocultan, pero no se *apagan* ni se *oscurecen*”. Cuando se disimulan o se ocultan estrechamente en prosa, pueden *apagarse* en verso; o en virtud de una inocentísima hipóbole, o de una implícita metáfora, cual es la ya trivialísima y alegórica de considerar traslaticiamente los años o sea la vida, como una llama. Y cuando se *ocultan* en prosa, se *oscurecen* textualmente en verso y en prosa; porque *oscurecer*, como don Rafael lo ignora, tiene acepción de *ocultar* en el idioma.

11. Yo que amo a Soledad, yo que la adoro como *al recuerdo de mi madre muerta*, mientras camino más con paso inquieto, *más me huye el cielo su lejana puerta*.

“Amar a una niña como a tan funestísimo recuerdo. ¿No pudo hallar otra comparación?” Y ciento, si me hubiera venido en voluntad; pero ninguna tan comprensiva de imborrable ternura, de tierno respeto, de respetuosa adhesión como la que puse. Este particular, de mera Estética, no es para que yo le considere, aunque lo puedo con amplísima base, por medio de la Retórica. Imitando a María Antonieta, me conformo con una invocación, y me limito a ella: apelo al sentir de todos los buenos hijos, huérfanos de madre.

“Necesitó que la madre del galán estuviese “muerta” para formar consonante con “puerta”. ¡Qué desatino tan mayúsculo por plagiar la manera de don Antonio el carlista! ¡Cómo es posible que necesitara yo a “muerta” que está antes, para hacer consonante con “puerta”, que viene después! Caso de estrecha necesidad, la última palabra habría sido la obligada; pues ya la primera estaba escrita. Y entienda don Rafael que, pululando nuestro idioma en consonantes de palabras, por lo mismo que los rimadores poseemos a discreción un vastísimo surtido, ninguna nos hace especialmente falta. Poner, quitar, amoldar, cambiar términos de iguales letras desde su sílaba acentuada, es tarea que la práctica hace baladí para los que versificamos.

“En las nebulosas concepciones de ciertos poetas, “los cielos huyen puertas”. *¿Y los prosistas? . . . ¡Huimos de los disparates!*” ¡Pues se lo creo a usted, hombre! Y si llegare



usted a necesitar un testigo, caso de que alguien le demandare por disparatero ante el tribunal del sentido común, cuente conmigo incondicionalmente. Juraré por el viento y por la espada, que en materia de escurrir el bulto a los disparates, usted se ha hecho un huidor original. Y diré que para esquivarlos, no hace mucho que le ví a usted embutiendo chorizos, es decir, poniendo lo definido como la definición (*todas las composiciones en verso se llaman versos*); y que más luego, se convirtió usted en alquimista, y le vi dándole a la fragua, un tanto empeñado por convertir *todo metal en hierro*; y en este mismo instante le veo entregado a la absurda pero entretenida ocupación de *pescazapos*.

¡Y vea usted a lo que exponen la falta de estudios, o el método perruno de hacerlos mal! Por allá, por el principio, andaba usted hipando tras de las licencias poéticas; y ahora que ellas le vendrían de molde para que se guardara de arremeter contra molinos de viento, ¡averigüe el diablo dónde se las ha dejado usted! Sí, mi caro estudiante; nosotros los versificadores somos licenciados en hacer activos los verbos neutros, sin contar con otras licencias más morrocotudas y exclusivamente nuestras. La dicha, también se concede a los prosistas, exceptuando, sin embargo, a los pedestres. Dígaselo por mí esta transcripción de un pasaje cervantesco: “Los compañeros de los heridos comenzaron desde lejos a *llover piedras* sobre don Quijote”.

Porque me voy hartando del Cursito de Retórica que me ha puesto usted en la precisión de darle *gratis et amore*, no entro en menudencias para explicar, por medio de una hipérbole correctísima en boca de *Amador*, que es quien la dice, lo de *huir*, o sea, *alejar más que de prisa*; además de que tampoco lo exige formalmente la vaga y futilísima insinuación de usted.

12. Todo le vino *junto y detallado* con el *filo sutil de unas razones que brotaban* malicia a borbotones.

Don Rafael empieza exclamando: “junto y detallado”, “antítesis de poeta”. Con muy aventajado derecho, y con derecho de represalia, exclamo yo, refiriéndome a él: ¡con-



firmación de ignorancia! En el número 5 le bauticé como ignorante en la materia concerniente a la oportunidad de las voces; y aquí le confirmo, dejándole profano perfecto. Y aprovecho la coyuntura para declarar a mis correligionarios los republicanos-democráticos de las letras, que hago frente a esa cuestión, Hermosilla en mano, porque don Rafael sería capaz de negar hasta la misma evidencia, si conforme a mis propias opiniones me lanzara yo a hablarle. Así, pues, colegas de pareceres literarios, os acompaño siempre en negar epítetos de nobles o plebeyas a las voces del idioma, y continúo fiel a la bandera opositorista de don Ramón de Campoamor, tan incapaz de engañarnos, cuanto que fuera de la Literatura es monárquico y conservador.

¡A un lado toda la bazofia que acumula don Rafael sobre los otros dos versos! ¡A un lado toda la sutileza puerilísima con que la emprende contra el *filo sutil!*

En el pasaje él no sabe ponerlo todo sino en sentido literal, y de ahí parte para alquitarar y alquitarar los conceptos hasta volatilizarlos. Consiguientemente, enmaraña el hilo y está en su derecho, pero no lo está cuando se atreve a aventurar que otros se lo enmarañaron.

Por adelantado, mire este pedacito acerca de la silepsis: “Tiene lugar cuando una palabra se emplea en una expresión con tales adjuntos, que es necesario *entenderla en sentido figurado respecto de uno de ellos, y en sentido literal respecto del otro*”.

Recréese después en este pasaje que saco del *Quijote*: “Aunque su retrato nos muestra que es tuerta de un ojo, y que del otro *le mana bermellón y piedra azufre*”.

Y entremos ahora en materia.

“Todo *le vino junto y detallado en el filo sutil* de unas razones, *que brotaban malicia* a borbotones”. Está a la vista que éste no es un caso de silepsis, siendo ella mucho más fuerte caso; y solamente la he traído a este número, para que por comparación se decida si, desde luego que varios adjuntos pueden entenderse unos en sentido literal y otros



en sentido figurado, respecto de una sola palabra; con cuanta mayor razón en dos distintas oraciones, como son las dos mías, no podrán entenderse con el mismo enunciado principio. De que sí se puede, responde a satisfacción el ejemplo que he traído del Quijote; donde en esta oración: “Que es tuerta de un ojo”, se ve cómo el sentido es rigurosamente literal; y en la subsiguiente: “Y que del otro le mana bermellón y piedra azufre”, se palpa cómo el sentido es traslaticio. Así en mis versos: *todo le vino en el filo sutil de unas razones*: en esta oración el sentido es figurado, porque en *filo sutil* de unas razones, hay una simple metáfora, equivalente a la *agudeza* de las mismas; estando la segunda oración en sentido literal, subordinada por el verbo en plural *brotaban a su sujeto razones*, con quien le relaciona el pronombre *que*. En tal virtud, la malicia se deriva textualmente de *las razones*, y no del *filo agudo*.

Tengo la enunciada por la más cabal demostración que puedo hacer en el particular; pero no tanta es necesaria para ilustrarle en la más que mediana consideración con que le ha exhibido don Rafael. Dice “que si las razones brotaban malicia a borbotones, no debían tener filo sutil, sino bocas”, y demás sandeces. Basta con que se le replique, que elimine la metáfora de la primera oración, y lea literalmente: “Todo le vino junto y detallado en *la agudeza* de unas razones”. ¿Todavía no verá que cualquiera consecuencia que le plazca derivar del pasaje, resultará legítima? ¿O deberé creer al pie de la letra que “sutil” le parece “muy volátil”, y que no le parece nada “agudo”?

13. Sintió rabia, estupor y desvarío; toda la hirviente sangre en la cabeza, y todo el corazón *yerto y vacío*.

Esto sintió *Amador*; y tengo para mí que esa sucesión de emociones deben atropellarse en lo intenso de todo leal y apasionado amante cuando le asestan golpe tan recio de inesperadas calabazas. El corazón yerto (esto es, *transido de frío*), no es *demasiado*, sino *convenientemente* figurado por una oportuna hipérbole, que llama la atención hacia el principal de los afectos padecidos, hacia el punto verdade-



ramente sensible de la herida. Eso, aparte de que *la sangre se le agolpó* momentánea y rápidamente *en la cabeza*; cuestión cuyas consecuencias son del dominio de la Fisiología.

14. Entre el ropaje de la sombra espesa oculto Satanás, se sonreía.

“La sombra produce oscuridad, tinieblas”. No produce, don Rafael. La falta o carencia de la luz, o la intercepción de ella por un cuerpo opaco es lo que produce *sombra*; y esta misma, según su mayor grado de densidad, *pasa a llamarse* oscuridad o tinieblas. Quitada la pretensa producción, origen de la majadería a que la aplica usted, la última no tiene razón de ser. Pero voy a considerar todo el pasaje retóricamente, en gracia de lo que presupongo pensado por usted, si bien usted no lo explica, como los pujos críticos mandan que se haga. El pasajito desarrolla una *imagen*, y la desarrolla en un *cuadro diminuto*, fácil de ser abarcado por la más limitada comprensión. Esa imagen entraña una *alegoría*, desde el punto en que todas las expresiones son *metafóricas*. Metafórico es *el ropaje de la sombra espesa*, el cual lo conforman literalmente *las tinieblas* (que es cuanto quiere decir), no pudiendo entenderse *la oscuridad*, por lo que sugiere el epíteto *espesa*. Metafórica es la sonrisa de Satanás (correctamente puesto en la alegoría, ya que por antonomasia le nombran el ángel de las tinieblas, sonrisa traducible por *el gozoso triunfo del mal*, de quien es Satanás símbolo. Desmenuzada la imagen, que es lo que habría hecho un crítico, no para negar la Retórica, pues negarla es absurdo, sino para averiguar lo atañadero a la corrección, nada resta por hacer, ni aún enterarnos de que el cuadrito se hizo para esquivar, realizándola, la común expresión de este pensamiento: “La caída de Soledad fué un triunfo más para el mal”.

También, agotados los catorce puntos que indica don Rafael, sólo me resta decirle que recuerde su advertencia tocante a que tiene *algún tiempecillo disponible*, y dispóngale para demostrar sus aptitudes analíticas, y el derecho que le asiste para funcionar de crítico; ello negado por mí más de veinte veces en catorce puntos.

No
al; aun
teresa,
ue rima
JES EN
repado :
n juez a
esa sabe
arle cor

Me :
ormular
orrillo,
on Rafa
n salirn
as, facu

¿ Pod
n estar
corzos,
e apunt
Diverso
e apunt

Para
ero puest
se repar
lo dije
lo dijo
e lo tras
del pos
ecido en
hecho c
ientos d
observaci
e cedien
día en c

Veán
die me h
pio de a
ero en la



é si la discusión esta, interesará al público gene-
ue don Rafael implícitamente ha supuesto que le
on proceder a *aquilatar valores literarios* de gente
para el teatro y de gente que escribe NARRACIO-
VERSO. Y como quiera que *ipso facto*, él se ha
la más alta cima de la Literatura, y se ha erigido
e *letras* por sí y ante sí; a la moral literaria inte-
r si lo es, para acatarle, o si no lo es, para man-
la música a otra parte.

delanto a contestar cierta cuestión que podrían
algunos: *Soledad*, ¿no tiene, pues, defectos? A
señores. a porrillo; y de todas especies. Sólo que
hombre para señalarlos; si bien conozca,
apital, no pocos caballeros, y algunas da-
ara cumplirlo satisfactoriamente.

or ejemplo, meterme a crítico de pintura,
medianamente informado de lo que son
e luz y sombra, etc? Podría, si de catorce
e me diera un pito de errar casi el doble.
o del que estudia, y estudia con atención,
z, si yerra, puede que no yerre sino dos!

, declaro que reconozco la justicia del
obrita por el sabio maestro señor Hostos.
o desde su primer golpe de vista aquilino:

a un buen amigo mío, ahora ausente; y éste
a un buen amigo mío, ahora ausente; y éste
smitió exclusivamente a mí. A saber: que en el
emita debí ser consecuente con el principio esta-
el prelude; y que por haberlo dejado de ser, si
ontraía la narración a la catástrofe de los senti-
e Soledad, la narración resultaba embrionaria.
ón ciertamente crítica y tanto más justa cuanto
do yo a las corrientes de la estética usual, pro-
ontra mis propias teorías literarias.

los pobres de espíritu en esa declaración a que
ta obligado, cuánta reverencia me inspira el prin-
autoridad, cuando emana de un bien adquirido
Literatura. En tan alto grado, como la vivísima



indignación que me origina toda presuntuosa intrusión crítico-literaria. ¡Medradas estarían las letras si quienes se pusieren por jueces de ellas ni aun conocieran el Código con que se las regula!



El Teléfono, S. D., núms. 670-674, 18, 20-23 de agosto de 1894. Además de los artículos de Abreu Licairac publicados en el **Listin Diario**, citados anteriormente, pueden verse las ediciones 1543 y 1561 del mismo periódico, año 1894.

ACERCA DE VIRGINEA (*)

Parece que es necesario demostrar cómo *Virginea*, de Valentín Giró, premiada con medalla de oro en el certamen literario del Casino de la Juventud, es simplemente un mal ejercicio retórico de un estudiante poco aprovechado. Ya que en ello no hay que malgastar mucho tiempo, voy a hacerlo en un comprimido análisis:

¡Se murió Natalia! Virgen que tenía
en los ojos muchos sueños y delirios,
y en sus tristes labios todos los martirios
de la cruel anemia que la consumía.

En su blanco lecho su cara fulgía
como nivea estrella sobre un mar de lirios,
mientras que en la alcoba los trémulos cirios
llovían miradas de melancolía.

Al Vésper, en andas, en hombros de amigos
iba lentamente para el campo santo.
Después, cuando todos a casa volvían
mudos, pensativos... como rubios trigos,
vieron que en el cielo, radiosas de encanto
todas las estrellas reían... reían...

(*) Este es el primero de los artículos de Deligne en su interesante polémica con el excelente poeta Valentín Giró, en la cual intervinieron otros escritores. Véase, al respecto, los siguientes artículos publicados en el *Listín Diario*, de Santo Domingo, en 1907: *El voto de un maestro* (Unamuno), edición núm. 5509, 12 noviembre; *Gastón F. Deligne y Noviembre*, carta de Raul Abréu a M. A. Garrido, núm. 5515, 19 noviembre; Valentín Giró, *Unamuno, Garrido y Deligne*, núm. 5533, 10 diciembre; *Carta abierta a Gastón F. Deligne*, de G. A. Morales, M. A. Saviñón, M. A. Garrido, Apolinar Perdomo, Raul Abréu y A. R. Nanita, núm. 5540, 18 diciembre; Valentín Giró, *A Gastón F. Deligne*, núms. 5541 y 5543, 19 y 21 diciembre de 1907.



Dícese ahí que una tal Natalia, anémica por solas señas, se murió y la enterraron. Es toda la sustancia; es todo el asunto; y no se sabe acerca de él más nada que importe. ¿Delante de qué nos encontramos? Delante de una escueta gacetilla, muy sosa y muy vulgar; de aquellas que sirven para llenar huecos, y de interés tan nulo como alguna en que se nos contase que una sultana de la Indochina está con dolores de parto.

¿Cómo redacta Giró tan banal gacetilla? Con lujo de términos ripiosos e impropios. Por ejemplo: en los ojos se pueden tener sueños, ¿pero delirios? No son ellos ciertamente su asiento. No se comprende por qué Natalia había de tener especialmente en *los labios* TODOS los martirios de la anemia, sino a título de ripio y de apuro de consonantes. No es muy feliz tampoco el epíteto de *tristes* que les cuelga a los labios. Si murió *anémica*, la muchacha, su cara no debía despedir ningunos fulgores en vida y mucho menos después de muerta. Podían fulgurar las sábanas con el reflejo de los cirios, pero no la cara archidescolorida de la muchacha; y por tanto la comparación de la “nivea estrella” resulta ripiosa por totalmente desplazada.

¿Qué utilidad *literaria* saca Giró de su insulsa gacetilla? Únicamente la de tomar en ella asidero para elaborar una antítesis derrengada. A saber: la contraposición provocada de las miradas melancólicas de los cirios con la risa de las estrellas. Cuando se personifican las cosas, atribuyéndoles cualidades propias o circunstancias que de un todo les convengan y las hagan más plásticas, se practica buena retórica, y se ejerce un incontestable derecho de la imaginación. Cuando se personifica para atribuirles circunstancias arbitrarias, especiosas y apropiadas a solo intencionales propósitos, se revela simple y lisamente un vituperable y antiartístico prurito de *retoriquear*. Con el fin, pues, de fabricar su paupérrima antítesis, el señor Giró supone, primero, que los “cirios llovían miradas melancólicas”, y después, que “las estrellas reían... reían...” (exactamente como la *Princesa Eulalia*). Pudo haber supuesto que los cirios se estaban rígidos, o lanzaban mira-



das de conmiseración o de curiosidad, y atribuir después a las estrellas las circunstancias contrapuestas, y también le habría salido la antítesis; con lo que se demuestra que es elaborada adrede; de las malas, pues, e ilegítimas. ¿Cómo la contornea Giró? Con impropiedades más gordas que las que le ayudaron en la redacción de la gacetilla. Ese *llover miradas* es bastante impropio; y en este caso, vende aún más el flujo de *retoriquear* ya denunciado por la antítesis. Como no hay ninguna razón, ni Giró expone ninguna, para que el entierro de Natalia les resulte chistoso a las estrellas, la risa de éstas es bastante loca, intempestiva y extemporánea; y acuña si más se puede la desgraciada debilidad de la antítesis. La comparación de los *rubios trigos*, por no realzar ni esclarecer nada, está atarugada donde está como un ripio. Los efectos de alegría y tristeza son de aquellos que proyectan más fuertemente en las cosas su propia esencia: y así, si estamos alegres, nos parece que todo participa de nuestra alegría; y de nuestra tristeza, si estamos tristes. Si los amigos de Natalia venían apenados del entierro, no debió parecerles que las estrellas reían, sino que reflejaban su pena. Si indiferentes, tampoco debió parecerles que reían sino que ~~tr~~idaban, como de costumbre. Y cualquiera que fuese el estado de su ánimo, es grande impropiedad y falsedad manifiesta que ellos *vieran reír* las estrellas; pues lo propio es que les *pareciera* verlo.

¡Y qué cúmulo de cosas pueriles es íntegramente el soneto!

De todo lo dicho se desprende que *Virgínea* es una insulsa gacetilla, que ha servido para hacer un ejercicio de retórica de mala muerte, pleno de impropiedades, ripios y puerilidades y falsedades y contrasentidos. ¡En catorce versos!

Añadiré algo más. El talento creador es el *distintivo supremo* del artista, y se revela desde luego en la concepción. El talento creador es *la señal de raza* del artista, el único que hace buena y legítima su profesión. El rimador que revele no tenerlo no merece el nombre de poeta, sino



de *versificador*, con los adjetivos que se deriven naturalmente de su manera de versificar. Si fuéramos a juzgar a Valentín Giró por *Virgínea*, habríamos de convenir en que carece de talento creador; y si hubiéramos de calificarle, basados en la misma *Virgínea*, no le correspondería menos justa calificación que la de *versificador pueril*. Porque esa insulsa gacetilla, como todo, absolutamente todo en la naturaleza, encierra germen y es embrión de más de un poema; pero hácerlo germinar es el don de quien no sea un mero versificador. De la muerte de Natalia, en la flor de su juventud, puede partirse para hacer resaltar las partes eurítmicas que hayan concurrido en la misma Natalia, y hacer lamentable su prematuro fin. De la muerte de Natalia, puede tomarse impulso para llorar la desaparición de todas las jóvenes amigas que se han ido a des-tiempo. El caso particular de Natalia puede elevarse a caso general, y endechar en ella a toda la juventud prematuramente fenecida. El caso de Natalia puede abordarse artísticamente con mira filosófica, y deplorar que, no obstante los adelantos de los tiempos, pueda aún morir-se joven, de tan conocida enfermedad y no tan difícil de combatir como la anemia. El caso de Natalia es un semillero de poemas para el talento creador: Valentín Giró lo abordó y lo dejó en el embrión de una miserable gacetilla.

El tiene el derecho de rimar tan *vacuas quisicosas*: un Jurado de Letras tiene el deber de no premiárselas.

Envío:

Dedico este artículo al corresponsal anónimo de Valentín Giró, que si no fuere él mismo, merece serlo, por lo archipueril y architonto! Conque los ENDECASILABOS de Montbars, eh?



A PROPOSITO DE ¡OH, MADRE!

El versificador pueril de *Virgínea*, no contento con haber disparatado en catorce versos, quiso disparatar en mayor escala, y perpetró una larga silva contra la belleza. Merece indudablemente mención honorífica como desafortunada sucesión de palabras, escritas a salga lo que saliere, sin eje, sin trabazón, sin relieves, de un deshilván horroroso; montón de puerilidades, memadas, ineptias, circunstancias contradictorias, etc., muy acomodadas para poner en fuga a la belleza. ¡Las chapucerías de *Virgínea* elevadas al cubo!

Empieza:

¡Oh casta y virgen madre!, de las cosas,
del ser y de las almas vaporosas
fluye un suspiro indefinible y vago,
como la voz del céfiro en el lago,
¡tierno y espiritual como las rosas!
¿Es tu virgen fragancia, es la frescura
de tu infinito sér que en esta hora
con todo se armoniza y se conjura
para reirse de la rubia aurora?

¡Este Valentín Giró, sin duda, cree que versificar es reunir disparates y tonterías! ¡Y que aconsonantar es poner los primeros consonantes que salgan, aunque padezca el buen sentido! Pregunta que si cierto suspiro que fluye de las cosas, del sér y de las almas es la fragancia o frescura de la belleza que se armoniza con todo, para reirse de la aurora. ¿Puede hacerse una pregunta más



infantil ni más imbécil que esa? Hablando de la belleza, y al querer dar previamente una idea de ella, ¿puede ocurrir una más supina tontería que la de si se conjura con todo únicamente para reirse de la aurora? Y como la aurora es belleza también, ¿puede ocurrirle a una persona de sentido común que ella haga necias conjuraciones para reirse de sí misma? Giró no dice otra cosa. Y para decirlo ¡Dios santo! cuánto ripio, cuántas repeticiones y cuánta incongruencia! El suspiro sale precisamente de las *almas vaporosas* sin otro fin que el de aconsonantar con *cosas*; y la voz del céfiro ha de ser en el *lago*, para aconsonantar con *vago*; y *ésta* ha de ser la *hora* para aconsonantar con *aurora*. ¡Y adiós verdadera propiedad y sentido común! Porque el suspiro fluirá de la pluralidad de las almas y no solamente de las vaporosas. ¿Ni qué especie particular de almas son esas? Porque el suspiro del céfiro es más distinto entre la fronda que en el lago, o mejor dicho, en el iago no suena de ninguna manera, sino que apenas le riza. Porque si la belleza sólo se armoniza en *esta hora* (¿cuál?) no se había armonizado en ninguna otra anterior. Después de haber dicho que de las *cosas* fluye un suspiro, comparar este suspiro con el céfiro y las rosas, es comparar infelizmente, pues céfiro y rosas también son *cosas*, y equivaldría a decir que un sombrero es semejante a otro sombrero. La propiedad, pues, no pedía ahí una comparación, sin una especificación.

Esos son los *ocho primeros versos de ¡Oh!, madre*; y todo lo demás hasta el fin, como que rivaliza en sobrepujar esos disparates. No voy a perder mi tiempo en examinar analíticamente todo el mamotreto: avisado con lo dicho el que lo quiera, puede por sí mismo leerlo con vista crítica, y reírse de tanta ineptia, y aún asombrarse de que pueda hallarse una procesión de tantos dislates reunidos. Pero acabaré de examinar los Nos. I y II; y con eso se verá que no hablo por hablar, como versifica Giró por disparatar.

Acabamos de dejarle cuestionando si la belleza se armoniza con todo para reirse de la aurora. Y a seguidas dice Valentín:



ES QUE, ¡oh reina del amor profundo
de tus fecundaciones eternas,
de tus diáfanos senos maternos
brotó el hechizo espiritual del mundo!

¡Hombre!, ¡valiente ilación! ¡Después de preguntar
si la belleza se ríe de la aurora; salir con eso! Al empezar
diciendo ES QUE, era de suponer que iba a decir que la
belleza debía ser chusca o loca para reirse de sí misma.
¡Pero venir con tan despampanante salida!... Es indu-
dable que el muchacho ignora lo que sea congruencia. To-
cante a *esos senos maternos, serán diáfanos*... cuando
les apliquen los rayos X.

Y sigue Valentín:

Y todo: seres y dormidas cosas,
despertando al clarín de tu llegada
en una misma nota delicada
te envían sus promesas amorosas.

¡Prolongación de ineptias y de amplificaciones con-
tradictorias! El *suspiro* que se acaba de conjurar allá arri-
ba, ya es aquí ni más ni menos que clarín. ¡Ah, Valentín!
Los seres (racionales se entiende) pueden enviar pro-
mesas de amor a la belleza, es decir, pueden amarla; pero
las cosas y la pluralidad de los irracionales, no. No obs-
tante, Valentín dice que le envían promesas *todos ellos*,
con la agravante de *en una misma nota delicada*. Por ejem-
plo: pongamos un asno y una roca.

Y sigue:

¿Yo te conozco, madre? Tu armonía,
¿qué rico pentagrama la modula?
¿duerme sobre el misterio, o todavía
trémula y vaga en el espacio ondula?
¿En qué mármóreo vaso te contienen?
¿qué esencia núbil en tu sér se anima?
¿cómo los astros jóvenes tú vienes
o eres acaso la infinita cima?



Puro furor de amplificaciones contradictorias, no graduadas, sin ton ni son, y ensarte de preguntas ripiosas y ociosas. ¿No acaba de decir que despertaban los seres al *clarín* de la llegada de la belleza? Pues ya en ese clarín oyó Valentín la tal armonía. ¿Para qué machacar con nuevas preguntas? Pero ese muchacho (de *treinta años de edad*) es irrefrenable en disparatar, y pregunta para seguir despotricando. E inquiera si la armonía duerme *sobre* el misterio, como si el misterio fuera alguna cama; y habla de esencia *núbil*, como si hubiera esencias casadas; y de unos *astros* jóvenes, como si se catalogaran en niños y viejos también, y como si la belleza de ellos estuviera esencialmente en ser jóvenes. Habla de *la* infinita cima, que debe ser cosa de su invención; pues para darla por tan determinada, debería estar en alguna geografía.

Han concluído los Nos. I y II; ¡24 versos desastrosos, en todo! Todo lo que sigue es tan torpe y malo como eso, y peor a trechos.

Lo único digno de consideración en esa serie de lugares comunes e imbéciles amplificaciones, es esta pregunta de Valentín a la belleza: —¿Yo te conozco, madre?— Y lo es, para contestársele, así; ¡No, Valentín, no la conoces! Has escrito tú mismo unos párrafos, achacándolos a un corresponsal anónimo, y en ellos desfachatadamente llamas *rosa de jardín* a *Virgínea*, que en punto a vegetal, es un *lycoperdum coronatum*; y dices que en *¡Oh, madre!* hay *aleteo de águilas*, y ya ves que no hay sino arrastramiento de tortuga. La belleza no es, pues, tu madre, ni tú la conoces: ella no tiene por hijo a versificadores pueriles sino a poetas, ni a chapuceros sino a artistas!

Envío:

¡Valentín! ¡Valentín! ¡Como has volado en *¡Oh, madre!*, así vuelan las tortugas!



CARTA ABIERTA

A los señores G. A. Morales, M. A. Saviñón, Miguel A. Garrido, Apolinar Perdomo, Raúl Abréu y A. R. Nanita:

En contestación a su atenta, publicada en el LISTIN DIARIO del 18 actual, pláceme manifestarles que yo mismo había pensado abstenerme de contestar nada en que se redarguyeran los dos breves análisis que he hecho de *Virgínea* y *¡Oh!, madre*. Mi principal propósito al hacerlos y publicarlos, ha sido el de apretar y exprimir las pretensiones y vanidades infundadas; si no para alivio del presumido, para meditación de los jóvenes que empiezan a cultivar las letras, y apelación a las fuerzas sanas de su entendimiento; a fin de que amen tanto el arte como detesten la presunción, y que ésta no les lleve a lamentables despeñaderos. Cumplido mi propósito; de cualquier alegato que se hiciera contra lo aducido por mí, tenía ya determinado que fuera sólo juez y único el público ilustrado. No sea cosa, por otra parte, de que gastase en insistir sobre ese par de adefesios, unos instantes que no se merecen y una tinta que no valen. Y menos si el que redarguyera fuese Valentín Giró mismo; porque en veinticuatro horas no podía él adquirir el buen sentido que no tuvo cuando rimó las dos quisicosas, y que no tuvo hasta ayer, en que se dió bombo a sí mismo, ponderándolas.



Pero si ya yo mismo no hubiera tomado esa dicha determinación, el aprecio en que les tengo a ustedes, me habría compelido a adoptarla.

GASTON F. DELIGNE





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

DE BUEN HUMOR



PRO MULIERE

MI estimado Quintín: Alegrándome de que estés bueno y doliéndome de que persistas en ser testarudo, ¡se acabó la correspondencia privada! Ven a este palenque, donde para esperarte me he coladó; descuélgate con toda la marcialidad de tu nombre de pila, y ¡a ver si me sostienes en público la contraria! Tú afirmas que no se encuentra varón especialmente humorado para tomar campo contra el bello sexo, y eres *velis nolis* la animada negación de lo que afirmas; porque, siento decírtelo, chico: del referido campo contrario te tienes tomadas sobre doce leguas.

Es verdad que tus teorías jamás se han opuesto a que, por ejemplo, la mujer cante; a que baile; a que toque su poco o mucho de guitarra o piano; a que de medio día atienda a la casa, y del otro medio a sí misma; o que más bien le sobren que le falten sus cinco dedos de *bien-criada*, etc., etc. Pero conviniendo no más que en estas generalidades, queda tu oración hecha solamente *pro faeminis*. Lo que es muy diverso a batallar por la mujer.

Así, hay que verte, o más exacto, que oírte en el delicado punto que a la instrucción completa del bello sexo se refiere; instrucción a la que eres adverso, 1o. porque sí, 2o. por lo mismo, y 3o. por ídem. Porque tus argumentos en el particular, cuando no son dolientemente ruborosos, son egoístas por sus cuatro costados; y si el rubor doliente no es razón, el egoísmo nunca se ha contado por argumento. Al menos, que yo sepa.

Dices que eres opuesto a que la mujer se instruya a



par del hombre; porque la mujer por tradición y naturaleza, nace destinada, como las tortugas, a la casa. Dando de barato que así fuera, no veo en qué disienta lo casera de lo instruída.

Dásme a comprender que sí disiente, por cuanto abandonarán la concha; y no para tomar el sol, sino para hacer sombra a los hombres. ¡Mal año, según tu cuenta, para las industrias y las profesiones masculinas! ¡Ay Quintín!...

En primer lugar, ¿cuándo se le ha ocurrido a ningún bárbaro ingerirse en lo que *a natura pertenece* a las hembras? Y por pasiva, ¿cuándo pensará una mujer?, ¡e instruída!, ¿en abocarse con lo que de hecho pertenece a las barbas? Es, pues, inútil que se instruyan, dirás. No, chico; siempre queda la viuda que ha de labrar la hacienda de los huérfanos; la huérfana que ha de fabricar su propia hacienda, o en general, la *mujer* que, mueble en su casa, necesita cumplir su destino, pasando a ser la primera columna de la sociedad.

Y suponiendo que quisieran todas alternar con nosotros en los trabajos y las carreras, ¿cuándo, verbigracia, ha apagado una costurera un sastre, o viceversa...?

Con esto, queda contestada la tuya; bien que paso por alto las argucias que el rubor te ha sugerido. ¿Avergonzarnos con la sola sospecha de que la mujer se nos adelante? ¿Nosotros los hijos de nuestras madres?... ¿Es que por ventura nos hemos avergonzado en algún tiempo de que el rol del bello sexo fuese uno de los más miserables?...

Bienaventurados los que nacieren cuando la instrucción de la mujer esté convenientemente difundida. Porque derivarán del seno materno toda la fuerza de alimentación de que es capaz. ¡La savia de la vida, la miel de los afectos sociales, y el resistente granito de la conciencia!

Como siempre, tu amigo

G. F. D.

P. D. — Se me olvidaba participarte que un buen número de niñas, que citan a Eloísa para decir que la ins-



trucción depura y no mata las afectividades, se han pro-
puesto alejar lo peligroso de su primavera concurriendo
en las aulas a estudios hondísimos. Quiere decir, que mien-
tras tú te entretienes en demostrar que no son de nuestra
misma pasta, ellas han cortado por lo sano. ¡Conque figú-
rate!...



ANTONIO RUIZ

(PSEUDO-BIOGRAFIA BURLESCA)

Al Infierno e! tracio Orfeo...
Quevedo.

Usaba en la capital, hace varias tormentas, el tipo del epígrafe, una levita negra de cuerpo entero, la cual se puso verde por lo que cualquiera puede imaginarse o suponerse, y no fué nunca teñida por circunstancias idénticas. Vivía, puede afirmarse, del aire como los camaleones; y estaba campante, porque a D. G., nunca faltan guayabas en Galindo, cangrejos en todos los puntos cardinales, y gallinas criadas en obsequio del pro-común.

El Antonio tenía dos circunstancias que le caracterizaban: la física, gangoso a prueba de bomba; la moral, manso como un gato ñoño.

Los muchachos le tiraban de la levita pre-histórica:

—“De... ense de... uejo... e... e lo voy a ... entrar a su madre”, era cuanto respondía u objetaba aquella pieza de carne andante.

—¡Que se la comen los burros!

—¡Que se la ... oman!...

Y reía como un santo.

La verdad sea dicha, no estaba en él la posibilidad de cambiar de levita; y estaba fuera de él la capacidad de incomodarse.

A todo esto, tendría sus veintitantos años. Y como, fuera de los muchachos, nadie se ocupaba de él, al extremo



de que no le hicieron autoridad de ninguna batuta ni ministro de ningún árbol, digo, ramo; parece que el pájaro se decidió a emigrar.

Quien lo llevó, y hasta gratis, se sabe, pero no se dice, para que quede el encanto de que ello se investigue. Porque ésta es historia, y aún viven muchos que conocieron a Antonio Ruiz.

¿No es verdad que le llevaron a Venezuela?... Tan verdad, que hay quienes sepan en tiempos de qué presidentes y de qué aspirantes o designados.

¡Oh, numen!: ¡aquí narrarías la instalación de aquel manso tipo! Aquí dirías las mil y una peripecias que le trajeron a popular en tierra donde hay tantos doctores y populares; aquí dirías lo que le falta de cangrejos a la mano y de gallinas a la uña, hicieron de aquel manso! Pero no tienes, ¡oh, musa!, completas, depuradas y auténticas tradiciones históricas, para explayarte en las playas (porción o porciones de arena límite de las olas), para explayarte o sea entrar tierra adentro o carne adentro, de aquella alma, céfiro en su tierra y huracán en la ajena.

Porque el Antonio se hizo terror de Venezuela. Vale la pena de que los doctores de París, o de cualquier procedencia, que hacen tan gran caso de una benéfica corriente de aire; vale la pena de que conferencien si fué el cambio de clima u otro accidente el que convirtió a aquel gato en tigre. En Darwin, la evolución es naturalísima. Pero en Antonio es un caso patológico, independiente del temperamento, en el que puede echar mucho humo la Facultad, si le da la gana.

Hay que callar por pudor las hazañas (mejor fechorías) del Antonio en Venezuela. Tras de muchas, fúnebres, sólo hay que contar la siguiente semiheroica, acae-cida después de aquel nocturno y aventurado asalto a Puerto Cabello, en que el tranquilo se había tornado tigre y medio, y cuya primordial consecuencia fué la prisión de todos los dominicanos residentes en aquel punto.

Estaban Antonio y el General Zamora en el monte.



Desconfiando uno de otro y jefes superiores ambos, le pasó una mala idea al hijo de esta tierra.

—“...¡ójanme a ese hombre! ...¡Usílenlo!”, dijo después que ataron a Zamora.

—¡General! ¡General Antonio! Aquí va a haber un degüello si no dejan en libertad al General Zamora, dijeron, visto el curso de la cuestión, los milicianos al último adictos.

Antonio Ruiz los miró torvamente, y, cosa que no había sido nunca en su tierra, oportunista, mandó a soltarle.

Entonces, el General Zamora, volviéndose a sus adictos, y señalando a Antonio:

—Préndanme a ese vagabundo, dijo.

Lo cual se hizo.

—¡Fusílenlo!

Lo cual no se hizo, porque los devotos de Antonio hicieron la misma oposición que antes habían hecho los contrarios.

Suelto Antonio, se abrazó con el General Zamora, y gangoso (cosa que no perdió nunca), le dijo:

—“...ierro con... ierro no... orta”.

Un tiempo después, le asesinó su misma tropa. Su vida no fué larga: su oración fúnebre es corta.

Ha sido uno de los que nos han desacreditado en el extranjero.

QUINTIN NUBARRON ()*

El Lápiz, S. D., Año I, núm. 9, junio 4, 1891.

(*) Seudónimo de Gastón F. Deligne.



INMIGRANTE UTIL

(PSEUDO-BIOGRAFIA BURLESCA)

*Cantó, y al mayor tormento
puso suspensión y espanto...*

Quevedo.

I

No fué de los que vinieron a explotarnos ni de los que retornaron explotados.

Sin venir al país ni salir fuera de él, siendo de él, emigró e inmigró.

Con esas *prima* y *segunda*, saquen el total los *charadistas*.

Randolfo José Tranquilo o José Randolfo Tranquilo. ¡Qué hombre...!

Los que le engendraron, perdidos por los nombres difíciles y resonantes, no consta dónde tropezaron con Randolfo. El José fué vanidad de reproducción nominativa del padre. El Tranquilo, todos saben que es patronímico.

Pero el cura, no encontrando en el Añalejo (que se sabía a la uña) ningún Randolfo, le bautizó por José; de suerte que “el último llegó a ser primero”, como dice el Evangelio.

¿Parece nimio?

¡Así se cuentan las cosas! “Grande no está en serlo; sino en batallar bravamente en lo menudo”.

Contarle desde que era niño, sería lo acertado por



ser lo usual. Encarecer las prodigiosas aventuras de su adolescencia, lo conducente a no perder unidad en relación; pero hemos de tomarle donde dice este capítulo: cuando emigró.

Lo que sigue es tan apacible que necesita pluma de pavo real, con pico de seda, para que fluyendo se deslice. Hagamos porque rebaje el estilo a relativo menor de guitarra, para que salga quieta la historia de Tranquilo.

Siendo mozo de la cabeza de la Isla, cayó como llovido del cielo sobre un villorrio de la costa. Por asunto en que terció su Galeno, y tan oscuro, que era sólo comparable con la tierra; y eso en que era bola llena de asperezas. Si lo cogían por alguna de las grandes, los nervios; si por otra, quien sabe qué de la médula; siendo las menudas un arenal de celdillas pulmonares que le aparejaron la perentoria necesidad de cambiar de aires.

Debió haber sido agitado, porque su médico le hablaba de reposo. De cabeza muy revuelta, ya que le aconsejaban que la asentase, como si fuera agua turbia. Debió haber sido muy hombre, pues malas lenguas cuchicheaban que Randolpho se iba reduciendo a fragmento de varón.

Y hablaban de consunción unos, y otros de vicios.

Por la una, por los otros, o por todo junto; ello es que dió consigo en el consabido villorrio, punto en la costa, aunque no en el mapa; brutalidad de sol, monte virgen, y treintena de habitaciones mortales enemigas, por mal unidas o bien separadas.

Es el caso, que el pronunciado olor a arrayán de monte no se hizo para sus narices; el ladrido de los perros y la falta de campana de iglesia, no eran para sus orejas; el acostarse a las ocho le escaldaba los ojos.

Eso, el estruendo del mar sobre la playa y un torcido hilo de agua que en la mar entraba, eran aburrimientos poderosos que le compelián a entroncarse en su lugar originario.

Pero su angel bueno velaba: tocóle como sonda invisible el fondo de la conciencia, y le decidió a hacer algo por aquellos muy sencillos y honrados paisanos suyos.



La aldehuela gozaba de un sol diabólico. Abundaban las palmas, y, hecha calor y electricidad, reverberaba la luz furiosamente. Cada hijo de vecino se iba en camiseta al monte, a buscar aire, amén de trabajo. Randolph casi nunca salió del pueblo. Empezó, pues, a aburrirse; pero dijo, apoyado por su angel bueno:

—Yo cambiaré la faz de las naciones (o del villorrio).

Y se interrumpe aquí, para que concluya esta edificante historia.

II

¡Randolfo!...

El lujo masculino de aquel caserío estribaba en echar siete leguas a la villa más próxima, para comprar, regateando, una *chamarra* pintoresca, una silla nueva con sus aperos para un jaco antiguo; y salir a bofear, más exacto o misericordioso, a caracolear por aquellos separados bohíos de aquellas descalzas, cariampollares y muy fornidas mozas de la aldea.

Grande bostezo de Randolph, que estaba harto de correr a caballo ante más desasnado público.

Aquella gente se metía en acordeón y zapateo sábado en la noche hasta que alboreaba domingo.

Aburrimiento de Randolph, habituado a otra cosa.

No pudo al fin, contenerse, y, hostigado por su angel bueno, se lanzo!...

Quiso determinar progreso. Exoteando entre los encamisallados, reunió dinero bastante para mandar por música de viento a la más cercana villa. Y la trajeron. Y amanecieron todos bailando. Y como carece de epílogo esta historia, semejante en eso a todos los verbos del Lacio, que no tienen supino; conste aquí que aquellas repolludas mozas del pueblo, poco tiempo después de muchos bailes, hubieron de encargarse "Aceite de hígado de bacalao", para recobrar las perdidas carnes. Y otras muchas sustancias boticarias, cuya exigencia estuvo en el roce, las luces, la semioscuridad y otros tintes que dejamos a la buena comprensión.



¡Misericordia de Dios!... pero ¡qué progreso!... El angel bueno de Randolpho seguía velando. Para abolir la costumbre de que se acostasen temprano, le sugirió el proyecto de una partidita de dados, donde dando todos, amanezcan, rabiosos los demás. Pero la situación social del villorrio iba adelante. *Improving*, como decían algunos ingleses que en él se domiciliaron.

¡Si hasta le cogieron amor a Randolpho!

Nada más que los domingos eran tristes. El angel bueno de nuestro héroe le enseñó a hacerlos alegres. Pidió un toro. Le trajeron un buey. Se corrió. ¡Todos estuvieron de acuerdo en que la corrida de bueyes era buena!

¡Oh, protagonista de esta blanda historia y hombre de progreso...! Cogiste el almanaque y determinaste un patrón.

¿Fué San Nonato?... No hacemos memoria; pero hubo picadillo de banderas, artificio de fuego, cena de lechones, gallinas, pavos, terneras y "otros volátiles".

¡Que Dios nos baje! ¡Qué progreso en la aldehuela! Acercáronse las casas: se juntaron y dióse el estallido del espléndido triunfo de todos los adelantos randolfinos.

¡Había allí de todo!

Y unos por la industria, otros por lo industriado, sacaron de madre a aquel no hacía mucho risueño e insolado caserío.

Y tanto, que en recientísima época el ex villorrio mandó comisión al Congreso para que le subiesen no sabemos si a común o a qué.

Randolfo había llegado tísico: siguió en su vida vieja, y se murió.

Decíase que uno de los puntos solicitados por la comisión era el de que bautizasen a la flamboyante entidad geográfica con el nombre de su gran bienhechor. ¡Es un decir!

¿Quién no sabe que por lo común los pueblos suelen ser ingratos?...

QUINTIN NUBARRON



CIENCIA Y ARTE

Y en premio de lo cantado...

Quevedo.

El infrascrito, señor Director de *El Lápiz*, mayor de edad por obra de sus progenitores; más íntimamente socarrón de lo que le conviniera; menos joven de lo que aparenta, fué a verse con su íntimo Gastón F. Deligne, a raíz de la publicación de *Ciencia y Arte*, para hacerle las siguientes preguntas:

¿Te crees que, porque el perro tiene cuatro patas, anda cuatro caminos a la vez?

¿No sabes que la palma real es bien alta y los puerccs comen de ella? ¿Cuánto más de los guanos?

¿O te imaginas que uno traga todo lo que masca?

Cuestiones todas a propósito de la misma composición. Pero el autor me las ahorró, y conversando, conversando hizo la crítica que haría un padre sin pasión de un su hijo jorobado.

Topando con él, le dije:

—¿Qué tal?

—Arrancado: ¿y tú?

—¡Con igual moneda! Vi tu composición.

—¿Cuál?

—La de *El Lápiz*.

Eran preliminares, y añadí:

—¡Te felicito!

—Pasa contigo de la media docena de majaderos que



han hecho otro tanto. No ha dejado de ser útil; pues he podido notar que entre nosotros abunda hasta lo superfluo. ¡Sólo el sentido crítico anda por las nubes!

—¿Cómo así?

—¡Verás! A tratarse de los *tiquis-miquis* hermosillos-cos, o de la antimetafórica construcción con que está metiendo bulla Valbuena; a tratarse de la pura estrechez gramatical, casi francesa, que está dando patente de gramáticos a sus adeptos; estaría bien que se dejase pasar de largo a los infractores, y que se ocupasen quienes pudieran de algo menos insólito y más vital, dejando a los zánganos de las letras la infructuosa tarea de poner los puntitos a las *ies*. Pero, cuando los que se dicen son disparates, obra de misericordia es no dejar que cundan, epilogándoles misericordiosamente su “fe de erratas”.

—¿Y en tu composición...?

—¡Ahí, ahí está lo sensible! Mira tú, si quieres, por otro lado. En lo sustancial, me he hecho cargo de que ni yo mismo tenía conciencia de como salió. Por ejemplo: hablando de la “Divina Comedia”, puse:

a través de un medio humano
el asunto más divino;

siendo lo contrario. De ambientes sobrenaturales prevaleció el Dante para pintar la humanidad de su tiempo. ¿Qué trabajo era para mí el de que dijese, diciendo verdad:

el asunto más humano
con el medio más divino...?

—¿Y por qué no lo pusiste?

—¡Diablo de consonantes fáciles! Porque se vinieron, sin yo buscarlos, a los picos de la pluma.

—¿Y por qué no los cambiaste?

—¡Ni los habría cambiado nunca! La oficiosidad de mis amigos hizo que se me patentizara el dislate. Si la copla no les hubiera gustado, no habría caído yo en que



lo cierto andaba como antípoda de ella. Y así de lo demás. Pero, ¡versos a un lado!...

—¡No, no!, ¿y lo otro?...

—¡Vaya!... Lo otro... ¡Amigable y amistosa conjunción de griegos y troyanos!... ¡Casamiento arbitrario de los tiempos antiguos con los modernos!... Amalgamando fechas distintas, ¿no hice coincidir a todos los viejos artistas batalladores (de Homero a Ercilla), con modernísimos científicos norteamericanos?... Y con tan singular confusión, ¿casi no quebranté la base de los argumentos que quise deslizar entre el ambiente lírico? Haciendo homogéneas épocas que batallaban de encontrarse juntas, no me detuve en decir:

¡Ah! Eran tiempos de la unión,
cuando en impulso fecundo,
ambas salieron al mundo
con una misma misión.

repetiendo después:

Era tiempo en que Arte y Ciencia
descendieron a las gentes,
si con rumbos diferentes
con una misma conciencia!

cuando tan liviano era el haber dicho:

Coincidencias de la unión,
encuentros del fin fecundo
con que salieron al mundo
en benéfica misión;

y

Ocasión en que Arte y Ciencia
descendieron a las gentes,
si en épocas diferentes
a impulsos de igual conciencia.



—Pero, ¿acaso estabas haciendo burla?

—Yo... ¿De qué?

—Lo ignoro. Pero si tú mismo te haces cargo de tales inconveniencias, y tan simplemente las allanas, ¿por qué no diste la cosa corregida en tercia y quinta?...

No se me antojó espigar en mi campo hasta que no lo quiso la benevolencia de mis amigos. Y aún adelante hay una “épica cruzada” que se canta sola. Los versos dicen:

en la épica cruzada,
del progreso en la jornada;

pudiendo decir:

en la épica jornada
del progreso en la cruzada;

toda vez que *épica cruzada* y *Machuca de machuca*, se tocan por los bordes.

—Eso no; pues la cruzada de aquellos santones de quienes hizo pirámide de huesos el Saladino, tuvo más de ridícula que de heroica.

—¡Perfectamente! Es una excepción que por lo mismo no puede entrar en ninguna generalidad poética. ¿Acaso se traga todo lo que se masca?...

—No me niegues que, publicando esa composición así, tenías en mira algún fin burlesco.

—¡Dios me libre! Fueron irreflexiones de caligrafía. Y cuando no, “muy altas son las palmas reales y los puercos comen de ellas. Cuanto más de los guanos”.

—Déjate de chanzas, y di francamente que no quisiste decir las cosas en una vía regular.

—Distingo. ¡Te crees que, porque el perro tiene cuatro patas anda cuatro caminos a la vez!

—Aquí dejé a Gastón. Tenía yo muchas ganas de hacerle algunos reparos, sobre todo, con respecto al género; ¡pero ya me iba amoscando, y le dije adiós!



Tras de lo cual, llené estas cuartillas mal tituladas; pues deberían tener un epígrafe italiano, que dijese:

“Il crítico di se stesso”.

Tal vez ese toscano sea malo. La traducción literal quiere decir:

“El crítico de sí mismo”.

Significará esa rareza, señor Director de *El Lápiz*, que la crítica, o el sentido crítico, anda aquí por las nubes!
¡Vaya como remate un ambicioso quien sabe!

QUINTIN NUBARRON



TINGLADO MARTIR

(PSEUDO-BIOGRAFIA BURLESCA)

... ofendido de tan extraño rigor.

Quevedo.

I

Tinglado. Nombre imposible, ¿verdad? Pues así se llamaba. Mártir: apellido tan abundante como la miseria, y predestinado en el sujeto que nos va a ocupar.

El, con refistolería enteramente montuna, se apellidaba a sí mismo Martes, estando con ello a tres días de lo cierto. Con decir Viernes Santo, habría igualmente determinado el martirio de su nombre y de su vida. ¡Ah, loca y refalsada Fortuna, que repartes barbas a tanto falto de quijada, y que tan perramente se la hiciste a nuestro Tinglado!...

Está dicho que nació en el campo. Pero no en los de aquella población interior donde, ya debido a los fundadores, o a la uni-anual aglomeración de las gentes, o a feliz y proto-natural selección, además de muy hermosas, son tan despiertas y complacientes las mujeres, que hay numerosos ejemplos de Ulises encantados a sus anchas por aquellas Circes.

A que negar que, materialmente, nuestro progreso o se arrastra bajo pesada concha de carey, o tanto cuanto avanza, ¡retrocede con patas de cangrejos de los peludos!

Moralmente no ocultemos que, desde mucho antes de que liquide la centuria, estamos a *¡fin de siglo!*



Quien duda lo último mire en el cuadro de la educación que dieron a Tinglado sus padres. Ellos se habían pasado la vida sin sospechar de signos alfabéticos ni caligráficos; y como el viejo llegó hasta a empañar, es decir, desempeñar una inspección de sección, decidieron (sin que lo meditaran) que no podía hacerle falta a Tinglado lo que no se la había hecho a la familia. Y al pobre muchacho, que había nacido, además, con una conformación hercúlea, le agobiaron con ocupaciones tan penosas como las que apuntamos: montarle en un burro cargado de leña, para que la vendiese en el pueblo. Una miseria de níckels, que le absorbían toda la mañana, buena parte del p. m., y que le hacían regresar al campo con el estropeo consiguiente, *ainda mais* de un medio o real entero menos, perdidos —él decía que en el camino—, pero se sabe que al *juego del caballito*. ¡Buen camino!

Mandarle con cuatro bayas de cañafistola, a que saliese de ellas por real y medio.

Colgarle del pescuezo un macuto lleno de yucas, para que las trocara por especias.

Ex-lagunar a través de él dos patriarcales hicoteas. *Et sic de coeteris*.

Añádase que, por su parte, el muchacho no se dormía; y ni, aún en el mismo día séptimo, descansaba. Provisto de cordeles, pescaba en los charcos, si no daba vueltas a las nazas en que habían de dormirse los camarones, cuando no movía guerra a los nidos de las gallinas domésticas o de los pájaros comuneros.

Después de tan rudas faenas campestres y acuáticas; ocupada en edad infantil una constitución robustísima, ¿es dudoso que al romper con toda su hinchazón de brotes la adolescencia, se encontrase Tinglado Mártir inútil para el trabajo?... No es dudoso: ¡el quebrantamiento había sido en toda la línea!

Ya mocetón; emancipado; fuerte al parecer como un quiebra-hachas, pero débil en realidad (según lo expuesto), "miraba el trabajo con horror", aunque no se dió, como John Lounger, a hacer castillos en el aire. Al contrario.



Aniquilado físicamente, se propuso aniquilar también lo que únicamente le quedaba virgen y silvestre, a saber, el entendimiento. Al cual le dió infinitas vueltas para sacar en claro aquello que en otras tierras se llama caballería de industria.

El magín suyo no estaba bien tumbado y talado hasta producirle la magna cosecha de aquellos limpios golpes y finas combinaciones que “son las que dan fama”, tal cual está escrito y se declama en el gallinresco *Don Juan Tenorio*.

Siento, pues, carecer en los presentes renglones de datos precisos acerca de cuanto ideó para, sin concurrencia de trabajo, llevar una vida holgada. Y lo siento más, porque haría yo el servicio cristiano de trazarles la senda a cuantos quisieren vivir de holgazanes, como vivió Tinglado, en el planeta.

Vaya en minuta lo que, aun cuando no aproveche, se ha podido averiguar. Para vivir, entendido que sin doblar el lomo, dispuso de los medios que se van a decir, amén de los que se ignoran: dárselas de valiente para ser sombra parásita de los reconocidos gallinas; estar siempre agregado en *eracras* (chozas) de conocidos, a quienes cegaba con conucos imaginarios donde se proponía explotar la *fertidubranca* de aquellos terrenos; aparecerse cometaria, o sea periódicamente, al momento de algún sancocho; ser pesquisidor fiscal de cuantas *relaciones* tuviesen lugar cinco leguas a la redonda; desempeñar mandados de todo el mundo, aun cuando sin pregón en los periódicos, y ser socio capitalista de muchísimos *libres* en loterías, barajas y otras comanditas.

Tantos oficios habían de darle buena venta: y nótese en obsequio de su atávica honradez, que jamás contó para nada con el crimen o los delitos. Se asevera que en ciertos bailoteos armaba algunas zalagardas; pero eso era cuando estaba supinamente arrancado, y quería que le prendieran para que la Patria corriese directamente con su manutención.

El gran negocio de Tinglado estaba en las elecciones.



¿Cuántas veces vendía su voto? ¿Cuántas hallaba compradores para el suyo y el de sus arrebiatados, que no eran pocos. Así, que se desperecía por ellas (las elecciones).

Y nunca le faltó la especulación, sino en la oportunidad que se va a ver; nudo de su interesante vida, el cual consigo trajo desenlace consiguiente y amarga catástrofe.

II

Y aconteció que, estando próximas unas elecciones, Tinglado abandonó los suburbios para apersonarse en el corazón del pueblo. Y le salieron el demonio y la tentación. Y fué así: a las nueve de una mañana clarísima, yendo Tinglado directamente hacia un callejón, tropezó de manos a boca con un tipo entrado en años, que le alcanzó con este escopetazo:

—¡Tú, Tinglado...! Quien como yo ha conocido al inspector de tu padre, ¡hallarte en camiseta, que parece nube de trueno; con ese sombrero de cana hecho una calamidad, y esos pantalones sucios, donde han dado tanto diente los ratones! ¿Es que no trabajas?...

—Pero, seño Atanasio, yo busco trabajo y no aparece.

—¡Cómo va a aparecer, hombre, si todavía no se ha muerto! Casualmente, ahora va a abrirse una labranza, y yo soy contratista para dejar a punto de siembra una barbaridad de tareas. ¡A ver si te pegas! Porque la verdad es que a cualquiera enamoran tus músculos.

—¿Músculos?...

—¡Rejos, hombre de Dios! Tendrás trabajo para más de tres meses, y te pagaré muy cerca, muy cerquita, cerquita de un peso diario. ¡Suponte, seis reales fuertes!...

—¡Como no! ¡Pero uste sabe, seño Atanasio, que esos trabajos son mú recios!...

—¡Que van a ser, cristiano! Aquí hachas un palo; allí despiltrafas un bejuco; allá quemas un tocón, ¡y en tres y pico de meses, tin, tin!, habrás contado más de cien pesos redondos.



Abrió Tinglado los ojos cuán grandes pudieron ser, y bufó:

—¡Cien pesos!...

—¡Por ahí, por ahí! Y sin trabajo casi.

—¡Como no! Pero, ¿y si me enfermo?

—En ese caso, se te cura y se te tiene a medio jornal.

—¡Como no, como no!

Le pasó a Tinglado la idea de enfermarse de todos modos desde el segundo día.

—¿Y quién me responde de eso? —dijo.

—¡Pues si vamos a hacerlo por escrito!

—¡Como no! ¡Pero yo no sé escribí!

—¡Ni hace falta! Otro lo hará por ti, y no tendrás más trabajo que el de dibujar una cruz de tu puño y letra.

—¡Como no, como no!

El Atanasio, pájaro, y Tinglado, viendo flotar como animitas los cien pesos, clueco además con aquello de la cruz de su puño y letra; el asunto quedó despachado en un santiamén.

Llegáronse donde un dependiente en comercio, a quien el contratista dictó por lo fino tales condiciones que en punto a enfermedad, le negaban casi al contratado el derecho de un simple dolor de cabeza. ¡Oh, máximo avasallamiento de la ciencia sobre la ignorancia! A Tinglado le sonó todo ello como si estuviese en arábigo, y al ser requerido por la cruz, se limitó a preguntar a don Atanasio:

—¿Cómo la pongo?

—Como la que suelen formar por las calles dos cáscaras de caña dulce.

¡Ira de Dios! Tinglado, todo tembloroso con aquel aumento de categoría civil, rasgó un crucejón para el que vino escaso el papel.

—¡Bien firmado!, dijo don Atanasio, mientras se mordía los labios para no reventar de risa, y el dependiente se escapaba a hacerlo en el patio.

—Ahora, añadió, voy a que lo registren en la Alcaldía.

—¿Pero, si usted lo registró, y yo también, pa qué tiene que verlo el Alcalde?...



—¡Pues! Yo no soy sino un contratista; y por vida o muerte, ¿comprendes?... Tendrán que cumplirte, sobre todo, en el medio jornal; y para eso, déjote ahí al Alcalde, que es soldado de la Ley *sine qua non*.

Bajó Tinglado la cabeza, y se quedó confuso. ¡Ni volvió a levantarla en siete días más el desdichado!...

Trabajar él... Y obligado con aquella cruz, registrada por un soldado de la ley, ¡*sanaguinion!*

Daba vueltas en la barbacoa a la una de la noche, primera hora del día en que había de comenzar su cautiverio; y según su falta de sosiego, no parecía sino que cada carilla de las pencas de coco se había tornado en punzantísimo alfiler. Su huésped roncaba como un bendito.

Las revueltas ideas y cavilaciones de Tinglado, rompieron de súbito.

—¡Ciprián! —gritó.

—Hombé... ¿qué fué?, saltó desperezándose el otro.

—¿Tú sabes lo que quiere decir *soldado de la ley*... ¿cómo era lo otro?... ¡Ah, bueno! tú sabes lo que quiere decir *soldado de la ley, sanaguinion?*...

—¡Hombe!... Soldado es un melitar; lo otro parece francés.

—¡Lo que yo digo, francés! ¿Quieres acompañarme en un salto al conuco del Vale Brito, que es de Samaná?

—¡Hombe!... ¿A esta hora?... En ese camino salen muertos. Déjalo para mañana.

—¡Pero si mañana viene a buscarme el contratita que me dijo esas palabras cuando se fué a registrar el papel que le firmé!...

—¿Y tú le firmaste algún papel?...

—¡Con una cruz!

—¡Hombe! Te diré como amigo: yo no hubiera firmado nada, y con cruz menos, porque de todos modos pueden crucificarlo a uno.

Tinglado se revolcó en la barbacoa, y resolló como un mulo, dejando suspensa su historia durante una octava parte de día. Vencida la cual:

—¡Ciprián!



—¡Hombre!... ¿qué fué?

—¡Ya asoman los claros del día, y te dejo de regalo la barbacoa y me voy! ¡A mí nadie me crucificará ni ahora ni nunca por cien pesos!

Dicho y hecho. Fió a la ligereza de sus pies la redención de su compromiso.

Pocas noticias venían de él; que andaba a veinte leguas de la población y a veinte mil del trabajo; que no podía ver ni vivo ni pintado a contratista ninguno, y otras de tan poca sustancia como las dichas. Hasta que llegó la gorda:

Tinglado mismo, de cuerpo presente, traído a la población para fines judiciales y enterramiento cristiano.

Atraído como un cometa al sol de unas elecciones, había llegado hasta el conuco del vale Brito, de quien fué huésped obligado y gravamen, pero allí le atrapó fuerte tanda de calenturas, cuya convalecencia llegó a representar para el vale un escandaloso auriendo en víveres.

Haragán, como es sabido; después de una grande harrura de convaleciente, se tendió debajo de un árbol de guayaba cuajado de frutas, donde le encontraron panza arriba, boquiabierto, cachimbo en mano, cadáver en toda su humanidad.

Dos versiones corrieron acerca de su muerte. La facultativa, referente a un ataque apoplético. La vulgar, que afirmaba seriamente una cosa inaudita. A saber: que agravadas hambre y haraganería de Tinglado con las pasadas fiebres, se acostó debajo del guayabo y abrió la boca para esperar que en ella le cayese el fruto. Ocasión en que le alcanzó su última hora.

No hay que decir que esa última versión, toda vez que era la de menos misericordia, fué la que se tuvo por cierta. Así que su muerte fué generalmente reída.

Salvando tres serios: un estadístico, de los papanatas; quien muy formalmente calculó que Tinglado (sin producir nada), había consumido entre pan, plátanos, carne, etc., la cifra de doce mil pesos. ¡Que exactitud!



Un cultivador de la gaya ciencia, romántico chirle y pasado por alquitara, que le pujó este epitafio:

“Aquí descansa de no haber hecho nada”.

Y finalmente, un rabioso realista, que añadió un papel manuscrito en que, si las lluvias primaverales o el deber (no la inclemencia) del tiempo, no la han borrado, aún puede leerse la siguiente inscripción:

“Para su descargo, no ha sido el primer haragán de la Isla: para su tranquilidad póstuma, no es sino un difunto de larga, numerosa serie de haraganes”.

QUINTIN NUBARRON.







Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

V A R I A



EVOLUCION RELIGIOSA

No es ya contra la hidra del fanatismo, ávida de sombras y harta de maldades, que se extrema la propaganda de estos últimos tiempos; no es tampoco en contra de los errores sustanciales que más de una vez han descaminado a la humanidad, y que el lecho de los años muertos ha dejado en evidencia: se trata de algo más trascendental, pero menos humanitario, y este siglo, en su curso tan celoso del destino de las muchedumbres, olvida sus propósitos ahora que agoniza; recuerda que su alborada fué una ancha hoguera revolucionaria, y levanta un pedestal en cuya cúspide no se asienta más divinidad que la espuma de las vanidades científicas.

Quiérese que la tierra sea religiosa; pero sobre bases netamente humanas. Y los que están en el secreto de la formación de los mundos, y los iniciados en el oscuro y misterioso origen de las especies, y cuantos llevan su odio a las pasadas organizaciones políticas hasta la ferocidad; todos, con una inquietud que pasma, se apresuran a ser apóstoles de la nueva enseñanza.

Unos acusan la poca ciencia de los profetas: otros denuncian las contradicciones de los evangelios: otros ridiculizan las fórmulas del culto: otros se ensañan contra cosas olvidadas, como la Inquisición y el prestigio de la Santa Sede; y ello todo para desterrar del alma humana los dos poderosos espoleadores del deber: el temor y la esperanza.

Cuando de su trono caía la vaga Venus, a él subía la



arrepentida Magdalena; cuando del desierto Olimpo apenas se recordaban la ferocidad de Marte, la concupiscencia de Júpiter, los celos de Juno, la susceptibilidad de Minerva y las infinitas pequeñeces humanas de los numerosos dioses de Grecia y Roma; Roma y Grecia estaban ya poscídas de la idea del Dios único, y sobre ellas se había derramado la balsámica doctrina del Cristo. Sustitución de unos símbolos por símbolos más racionales; pero siempre la medicina, dulce. El deber en parábolas, avivado por el futuro temor al castigo y por el amor a la recompensa futura.

Cuando el Papado no tuvo inconveniente en legar a la posteridad una reputación enferma, y prefirió gobernar y escandalizar el mundo a edificarlo, de la misma corrupción de la Silla hacinó Lutero materiales para la evolución, y la evolución se hizo, quedando, sin embargo, en el cielo premio y castigo para las acciones humanas.

Y aún para esas dos transiciones, ni hay quien olvide el sangriento choque de la Europa católica y la protestante, ni hay quien recuerde sin espanto los famosos tiempos de Plinio el Joven, cuando fueron señoras las pasiones más bajas y estuvo elevado a dogma el suicidio.

Hoy, el libre-pensamiento se abre camino con procedimientos muy distintos. En el horno caldeado de la propaganda arden los símbolos, y lejos de pensar en una sustitución, el ensayo científico se propone edificar sobre la base insegura del corazón humano, y predica el cumplimiento del deber pura y lisamente por el deber mismo. Para este fin, la elocuencia y la razón, la sátira y el epigrama, han desleído sobre las muchedumbres multitud de elucubraciones, cuyos frutos, semejantes a los frutos de la palabra de Mirabeau, puede que asombren ya a los mismos predicadores. En vano, con un fragmento de caridad que les hace honor, los propagandistas han tratado de tener en alto las ideas de la primera causa: la primera causa tiende a escaparse por donde van saliendo creencias y esperanzas, y por donde van entrando indiferencia y egoísmo, ambición y pusilanidad. Abrése una válvula, y no es la muchedumbre quien piense en cerrarla. Por el contrario: prué-



baseles que es mentira el derecho divino de los reyes, y aprenden que es obra útil degollar a los nobles; predicaseles la igualdad, y aprenden el comunismo.

Esta precocidad de las masas cuando se les halaga, este desbordamiento de las pasiones cuando se les sirve, auguran innumerables prosélitos al nuevo credo. Pero no como los quisieran sus apóstoles.

Debilitada por los ataques de los filósofos franceses del pasado siglo, socavada para un noble propósito por los hombres del noventitrés, sueltas las riendas del poder temporal, no es la Iglesia la que puede oponerse a las corrientes de la nueva evolución; de suerte que puede ella hacerse, y se está haciendo, de una manera pacífica y rápida, secundada por los mil medios de publicidad de que estos tiempos disponen.

Si no hay, pues, que esperar con el cambio una tempestad de las olas populares, hay que temer, y mucho, por el futuro del hogar, de la sociedad y del Estado.

Una muchedumbre infantil aún; una cátedra desde la que bajan chorros de luz para esclarecer la puerilidad de los basamentos que han venido sosteniendo los dogmas morales; unas cuantas ideas científicas diseminadas entre quienes ninguna otra cosa conocen, evidencian la premadurez e inhumanidad de los fines a que se dirigen. Así como la república marca la mayor edad política de los pueblos, así el cumplimiento del deber sin alicientes marcaría su mayor edad religiosa; pero lo mismo que hasta hoy mantiene la democracia en un estado embrionario, se opone vigorosamente a la consecución del máximo ideal religioso. Aún en los países más civilizados, no se cuenta por excepción la ignorancia; y la ignorancia, que en las democracias, o se deja avasallar, por los videntes que encumbra, o entorpece calamitosamente la acción de los encumbrados que sean benéficos, aprovecha de la nueva doctrina lo que le acomoda.

Y como quiera que la propaganda quita y no pone; no construye y derriba; la multitud, que si tiene noción carece de la conciencia del deber, no puede menos que batir pal-



mas cuando llega a convencerse de que la miel con que se le embobaba y los castigos con que se le amenazaba, eran pura invención para obligarles a ser buenos. Y solos, con un alma únicamente sabia de esta sabiduría, no es extraño que los ojos que se cierran a la esperanza y al temor, se abran a las satisfacciones todas de la vida y la carne; y que para el logro del propio placer o de la pasión propia, naufragando los intereses de la colectividad, no se desechen medios.

De esta suerte, libres de las sólidas riendas con que les enfrenaban las leyes divinas, entregados a su no formada conciencia, bajo la única acción de las leyes humanas; habrá que encomendar el mejoramiento de las sociedades a las oscuras sombras de las cárceles, a la más oscura vida de los presidios, y a la funesta eficacia de los cadalsos.

Estas finalidades, que se están palpando en la vida y que diariamente suben en alas del arte, hecho reflejo de la vida, no pueden ser ni son el propósito de los predicadores. Pero siendo sus resultados más inmediatos, son la más inmediata condenación de los medios que los consiguen.

Siendo, pues, contraproducente la propaganda, conforme se está haciendo; sirviendo para disolver y no para mejorar, deber es de humanidad dejársela únicamente encomendada al laboratorio de donde todo sale, a quien es capaz de hacerla sin predicarla siquiera, a la que puede desgarrar sin daños ulteriores el velo de todas las Isis.

La Escuela, multiplicada hasta donde sea posible, es la sola llamada a hacer completa y provechosa la evolución del libre pensamiento



27 DE FEBRERO

Ya extinguidas las odiosas rivalidades próximas; ya lograda la presuntuosa ambición filial de recoger prematuramente la herencia de los padres; llegada ya, como siempre tardía, la ocasión de las reparaciones justicieras, continúa hoy lo iniciado ayer; y el ilustre muerto en el destierro y el grandioso mártir en el suelo de su patria, resucitan al fin y para siempre en el agradecido corazón de sus conciudadanos.

Orgullosos de ellos, a ellos se consagra esta fiesta: satisfechos de su levantado pensamiento, por ellos son estas satisfacciones: regocijados con lo que sólo sus valientes esfuerzos alcanzaron, a ellos se deben estos públicos regocijos. No a los dos solamente; que la justicia, si ha llegado a deshora, llega completa, y la conciencia nacional no consiente anónimos ni en la obra varonil de la independencia ni en el robusto trabajo de la restauración. Con laudable y amoroso empeño se inquietan sus nombres. Del seno del pasado van saliendo, y por la calidad de sus hechos ocupando el cielo de la Patria. Son tan pocos, que en un pequeño catálogo se contienen; pero por eso mismo, son monumentales. Su historia, siendo nueva, corre en todos los labios como narración tradicional, y su amor fluye en todos los corazones. Es por eso que no se comprende por qué en el progreso y perfección de la obra no ha de estar vinculada la gratitud de los libres por la eficacia de la voluntad de aquellos magnos patriotas: es por eso que no se explica cómo después de cuarenta y dos años de vida independien-



te, que son en la vida individual edad madura, nos encontremos aún en el punto de partida.

Tal como recibimos la Patria, así la tenemos. Y quién sabe si en las arterias de su organización no han echado más bien raíces algunas semillas funestas!

Después de aquella lujosa alborada, cuyo aniversario es hoy; en vista de la tierra exuberante que es regocijo de la agricultura; con conocimiento de la sencillez de las costumbres, que es garantía de las virtudes domésticas y sociales; examinadas las direcciones del carácter nacional, propias a la hospitalidad hasta la distinción, lo que equivale a ventajas y facilidades para el negocio de los intereses y el comercio de las ideas; nuestros mayores, como Dios cuando hizo la luz, debieron pensar que, habiendo sido precisa, era además buena la hechura de la Patria. Y sin embargo, los frutos que de ello eran de esperarse, aún no han madurado.

No es ésta la oportunidad de remover toda la vergüenza que existe a nuestras espaldas: el pasado, bien que abundantísimo en dolores, al cabo pasó. Delante nos espera el porvenir, y está con nosotros el presente que ha de hacerlo. Muy pocos que vigilan, mientras se duerme la multitud en sueño torpe: muy escaso número que se desvela por los diversos intereses de la nación, contra una muy crecida y vergonzante cifra, helada para cualquier género de intereses, o ardorosa en sus intereses egoístas; unos cuantos voceros de la enseñanza, e innumerables dificultades y desencauzamientos para las escuelas establecidas. Con tales guarismos en la cuenta del futuro, es muy natural que en el alma que siente, en el espíritu donde esté despierto el pensamiento, los festejos de los días de la Patria produzcan algo muy semejante a una infinita desolación.

Y eso, que en el centro de esa amalgama, en que el quietismo triunfa, las ruidosas manifestaciones y el calor del entusiasmo están muy en su lugar. Son saludables. Como perfume de virtud que se esparce a los cuatro vientos. Son como río, que encenagado en su curso, se vuelve a las puras linfas de sus fuentes. Como libertad y adelantamiento e impulsos generosos que, extraviados y oscurecidos



durante se desarrollan, se entroncan en sus naturales raíces, y vuelven a los inmortales genitores de la propia nacionalidad para purificar lo que se hizo impuro y avivar lo que se tornó lánguido.

Aunque es indudable que más fecundos que el entusiasmo son los dolores y las punzantes angustias de la conciencia solitaria.



CARTA A C. N. PENSON (*)

Santo Domingo, 29 de mayo de 1883.

Señor César Nicolás Penson,
Presente.

Muy señor mío:

He leído la muy benévola de usted fecha 27, y con estar convencido de que son hijas de una buena voluntad, que agradezco mucho, las frases lisonjeras que en ella me dice; me redimo de escribir cuatro conceptos modestos.

He leído después con mayor atención sus ideas acerca del punto sentado por el ilustre latinoamericano Baralt, en

(*) Es contestación a la siguiente carta:

Santo Domingo, mayo 27 de 1888.—Sr. Gastón F. Deligne. Ciudad.—
Muy señor mío: Aunque no tengo el gusto de conocer bastante a quien por su precoz talento admiro siempre, merced al aislamiento a que en nuestro país están condenados los buenos, y también los amantes de las letras: eso no obsta para que invite a Ud. a compartir conmigo la opinión que tengo formada sobre un punto literario de no poca importancia.

Estoy convencido de lo que afirmo; pero como se trata de aquel eximio maestro del habla castellana, Rafael M.^a Baralt, deseo que en la discusión de un punto que él sentó en su estimable *Diccionario de Galicismos*, tomen alguna parte quienes, como Ud., han sido cultivadores inteligentes de nuestra lengua y conocedores de sus secretos.

Ruego a Ud., pues, que examine los presentes apuntes, y me comunique sus ideas sobre ello; que todo puede redundar en provecho de los aficionados a estudios filológicos y literarios.—De Ud. atento servidor, César N. Penson.



su *Diccionario de Galicismos*, y estoy perfectamente de acuerdo con las conclusiones de usted.

Y por complacerle, y necesariamente a la corta medida de mis alcances, habría compartido con usted la discusión de las mismas, a no haber mediado estas objeciones: la importancia del punto; la falta material de tiempo, así para considerarlo como para desarrollarlo, a que se añade, el estar un poco enfermo.

Pero, ¡usted lo ha dicho todo! con excelente método y poderosas razones; y me queda el placer de felicitarle por ellas, y de aplaudirle por el sano propósito. Atajar la corriente de galicismos que se precipita sobre la construcción castellana, en todo tiempo será bueno; supuesto que casi el único medio de barbarizar un idioma es el de viciarle su sintaxis.

Aunque por ocupaciones de todo género me falta espacio para cultivar algunas buenas relaciones, crea, bajo mi afirmación honrada, que siempre he admirado y aplaudido las muestras de sus aficiones virtuosas; le he agradecido callando, los empujones generosísimos con que en más de una ocasión me ha estimulado, y he venido consagrándole una muy delicada deferencia.

Deje, pues, que me suscriba quien de veras le aprecia,

GASTON F. DELIGNE



CARTA A EUGENIO Ma. DE HOSTOS

Santo Domingo, diciembre 18 de 1888.

Señor don Eugenio Ma. de Hostos,
San Carlos.

Estimado Maestro:

Si pertenezco al inmenso número de los que sentimos su partida, ¿por qué no he de decírselo?... Yo, individualmente, la deploro por motivos muy diversos: por el deslustre de la escuela, porque es necesario andar muchas leguas mundo adentro para encontrar quien débilmente pueda sustituir la alta dirección que en usted tenía; por egoísmo de orgullo, porque estábamos orgullosos de tener entre nosotros a la más alta personalidad intelectual de la América y al mejor hombre del mundo; por egoísmo personal, puesto que en usted cuantos queríamos andar derechos, teníamos un modelo y una guía; puesto que la tácita aprobación de usted era la mitad de la energía nuestra, y ahora nos quedamos sin apoyo, obligados a hacer esfuerzos extraordinarios para desplegar una energía entera. Los consejos y el ejemplo de usted nos ayuden en ellos!

Comprendo que en nuestro desbarajuste social y por nuestras anomalías nacionales, usted estaba siendo mártir en las veinte y cuatro horas del día; y si atiendo al cariño que de modo tan fácil sabe usted inspirar, casi me alegro de que se vaya usted adonde encuentre aire para sus pul-



mones y base de justicia y amor de derecho entre los hombres.

Yo tengo sus artículos; yo tengo sus libros; en Chile se imprimen periódicos y se estampan obras; para mí, pues, usted no se habrá ido. No le tendré tan próximo, pero sí muy presente.

Mis exigencias egoístas quedarían así satisfechas, si no comprendiese dolorosamente que para nuestro desarrollo interior, para nuestro porvenir, para esta patria, usted real y verdaderamente se ausenta.

Es, sin duda, por esa reflexión que ahora me acude, que cuando he sabido la mala noticia de su partida, he sentido y siento que me falta algo. . .

Que tenga usted un mar sereno y un viaje tranquilo. Su discípulo de ahora y de siempre, *Gaston F. Deligne*.



UNA FIESTA ESCOLAR EN VILLA DUARTE

Sobranceros provisionalmente de tiempo, y aprovechando la tarde clara del domingo pasado, nos encontramos por accidente en la primera distribución de premios que ha visto la reciente Villa Duarte, y que no vió el extinto Cantón Pajariteño.

A haber sabido de los exámenes previos, hubiéramos concurrido también; no a disfrutar únicamente del placer tan inapreciable como puro de palpar el brote de las ideas definidas, en los cerebros infantiles; sino además a ver de cerca cómo acciona, para hacer juicio de cómo reaccionará la mañana del porvenir, la fuerza de la instrucción fuera de los muros de esta capital. Tomando lenguas, hemos sabido que relativamente a las materias que se cursan, y que son las rudimentarias de toda educación, los exámenes han sido satisfactorios, y que el modesto profesor señor J. B. Montolio y Germán está complacido de que sus esfuerzos y su dedicación no cayeran en terreno estéril; porque aquellos muchachos discípulos suyos, aquel embrión de humanidad, está lleno de elementos de vida. Circunstancia nada nueva, cuando se sabe que en esta republiquita, patria nuestra, la vegetación y el talento son espontáneos.

Para que el maestro, dignísimo principalmente por ser tal; para que el minero silencioso de la mina del bien; para que el factor de porvenir, sin alardes de serlo y quien sabe sin sospechas de que está siéndolo, sepa que tiene testigos de su obra; no para que se estimule, que el estímulo lo lleva toda conciencia en sí, es que le hacemos sonar aquí donde



todo resuena, por desautorizado que sea quien lleve la palabra.

Para que el apreciable caballero Presidente del Ayuntamiento villaduarateño se complazca en ver que ha habido quien tome nota de sus francas, calurosas y nobles promesas, recordamos aquí que ofreció apoyar, atender y facilitar facilidades de progreso a la instrucción comunal.

Nunca podrá decirse más merecidamente que en este caso: ¡bien por ellos!

La fiesta escolar, el remate, refrigerante como el aura, placentero como sombra de voluminoso y compacto árbol de mango en calores estivales; la corona de aquellos santos trabajos, fué lo que vimos, y lo que necesita para estar bien contado, mejor narrador y más pintoresca pluma. ¡Vayan datos!

A través de las goteras de un bohío, muy limpio, eso sí, se colaba el sol y alumbraba un escritorio de pino blanco, más tarde; cómo trabaja, para presentir cómo obrará en un mapita de las dos Américas, que por dibujado aquí nos pareció risueño, y un recinto estrecho, angostado más por la concurrencia numerosa, relativamente, que acudió a la novedad del suceso. Allí estaba pasando algo muy semejante a una alborada; pero curioseado por un sol más intruso de lo que aprovechaba. Vendría de molde, si no fuera cursi, decir que no parecía sino que tenía fruición de espaciarse en horizontes para él nuevos; gusto en mezclar su luz a los reflejos de aquel oculto chisporroteo de frentes infantiles donde empezaba a quemarse la sangre, encendida por la curiosidad de conocer.

Cuadernos de caligrafía, historias y cartillas científicas, como premios de la escuela; y otras obritas de sustancia, como dedicación de algunos de los concurrentes a los exámenes a determinados alumnos, llenaron el momento de la distribución, tan serio como lleno de palabras sólidas, tan original cuanto improvisado. Después dijo el maestro lo que le competía decir, de *impromptu* y bien dicho, mejor y más sanamente pensado que si se hubiera detenido a hacerlo.



Después, con Gramática, o sin ella, habló todo el que no era mudo; y se dijeron cosas muy buenas, aunque en toda ocasión no fueran bien dichas.

Después hicieron los muchachos sus primeras armas. Y baste para decir cómo lo hicieron la añadidura de que no esperábamos tanto de ellos.

Y como que ya el sol se ocultaba entre nubes muy occidentales, quizás pesaroso de no haberlo visto todo; como que después de tarde tan virtuosísimamente aprovechada nos sorprendía la noche fuera de nuestros respectivos hogares; apresuramos el instante de las expansiones íntimas, de las risas sin trabas, de las conversaciones sin parlamento, y salimos por grupos de aquella humilde, modesta, pero eclesiástica construcción (en lo sano del objetivo).

¡Vaya Dios a saber lo que cada uno pensaba!..

Nosotros teníamos entre ambas cejas un pensamiento, una bendición que nos ponía la gran entraña tan extensa como el trazo de panorama crepuscular desarrollado entonces ante nuestros ojos, el pedazo de playa, interrumpido por la ceiba, cargada de algodones, del *otro lado*; limitado por las ondas orientales, sonantes a lluvia del Ozama, y acabado en un fondo lleno de mástiles y banderas en la orilla occidental.

Sin obligación de dejarlo en el fondo del tintero, he aquí lo que decíamos:

Bendita, bendita sea la escuela, no importa si rudimentaria o diminuta; porque ella tal vez no forme guerreros Aníbales, mentecatos Césares, ambiciosos Napoleones; pero ha formado portentosos Wáshingtons, magos Edisons y santos Padres Billinis!



12 DE OCTUBRE DE 1892(*)

En la historia del mundo, el continente americano es muy joven. En la historia de su propia autonomía es muy niño. Origen, tradiciones y carácter le han hecho una formidable y portentosa potencia en la región septentrional. Desgracias, anhelo y esfuerzo le están haciendo una dulce esperanza en el resto del continente. Para el V centenario puede asegurarse que la buena obra estará completa. Para el V centenario, pues, podrá decirse de la obra de Colón lo mismo que al principio del mundo dijo Dios de la suya; esto es: "Vió Colón su obra, y juzgó que era buena". Todos los estruendos, todas las vanidades, las pompas todas de la tierra no llegan ni con mucho a satisfacción tan cumplida como ésa.

(*) Sociedad Literaria Amantes del Estudio, San Pedro de Macorís. *Colección de los trabajos leídos o recitados en la velada Hicoliteraria celebrada en esta ciudad; y de los pensamientos producidos con motivo del Cuarto Centenario Colombino Americano*, por Joaquín María Bobea. Santo Domingo, 1892, pág. 71.



12 DE OCTUBRE DE 1892

Cuando estallan en estas explosiones centenarias de amor, reconocimiento, asombro y bendición ante la obra de hombres propia de númenes, creen los pueblos que están enalteciendo y honrando al que haya sido su benefactor. Candorosamente incierto. En el hecho del beneficio, quedó ya enaltecido y honrado el bienhechor: en la virtual celebración del hecho, los que se honran y enaltecen a sí mismos, son los pueblos!



12 DE OCTUBRE DE 1892

Después de la sorpresa, henchida del legítimo orgullo, con que la realidad excedió a sus esperanzas; después del pasmo universal y fastuoso recibimiento en Barcelona, ¿qué faltaba al Virrey de las tierras descubiertas y Primer Almirante del Océano para la consagración de tanta gloria humana? ¿Ingratitudes y olvidos? Los tuvo. ¿Calumnias y persecuciones? No le faltaron.

Y puédesse afirmar, sin embargo, que durante más de tres siglos, aquella gloria reverberaba esplendorosamente, pero en un glacial vacío.

Faltábale el nimbo de una América administradora de sus propios destinos: que en el Norte batallase con éxito no interrumpido en un desarrollo material lleno de maravillas; que en el Centro y Sur dejase claramente sentir su aspiración a un noble desenvolvimiento moral; que se influenciase mutuamente con ambos ejemplos, y que, a la faz de antiguas naciones que viven armadas y desunidas, lanzara el grito del porvenir, el de su anhelo por la confraternidad del continente.

En el ancho cielo de tan gallarda América está hoy magnificada con gloria humana y divina la interesante figura del paciente y perseverante genoves. ¡Que se cumpla lo que aún espera para llegar a la cima de su luminosa ascensión!



ESQUELA A E. DE MARCHENA

San Pedro de Macorís, 1892 (*)

A don Eugenio de Marchena,
Santo Domingo.

Don Eugenio:

En estos mismos días recibí *La Revista Ilustrada*. He estado y estoy bastante ocupado; pero en un lugarcito cualquiera, tendré placer de ocuparme y gusto de transmitir a usted mis impresiones sobre el buen servicio que ha prestado usted al país, haciéndome sonar afuera.

Affmo. S. y respetuoso amigo, *Gastón F. Deligne*.

(P. S.) — Este folleto se lo dedica la Sociedad, y no va puesta la dedicatoria que ella hace por no poder yo salir ahora. Pero me fué traído con ese propósito por uno de los socios activos, a quien requeri sobre la falta de memoria de no haberlo remitido antes.

(*) Esta esquela figura en una de las primeras páginas del folleto *Colección de los trabajos leídos o recitados en la velada líricoliteraria celebrada en esta ciudad; y de los pensamientos producidos con motivo del Cuarto Centenario Colombino Americano*, por Joaquín María Bobca (Ejemplar de la Biblioteca de E. R. D.)



UNA DISPUTA

Mucha punta se saca en los lugares cortos y de pelechadora vida municipal a cualquiera eventualidad común, llámese boda, bautizo o defunción. Por eso, como por las circunstancias no comunes que antecedieron al matrimonio de Lucila y le siguieron, hubo acaloradas disputas entre un sujeto nombrado Julio, práctico y enemigo jurado de fantasmagorías, y un su conterráneo de nombre Lorenzo, rimador, y apegado al instinto de la poesía y de la fábula.

Las apreciaciones remontaron hasta el nacimiento de Lucila y descendieron hasta el mismo día de la disputa, que era uno después de la boda. El Lorenzo, queriendo demostrar que la vida de aquella joven había estado amparada nada menos que por las hadas, pretendía probar que estamos rodeados de un mundo invisible, ocioso, lleno de caprichos y con intervención directa en nuestros asuntos. Cosa que negaba el Julio, pretendiendo que, fuera de los resabios de la herencia, sólo estamos sujetos exteriormente a las influencias de la atmósfera y al curso del tiempo.

Para sostener su opinión, el Lorenzo reconstruyó la historia de la joven, poniendo puentes donde se hacía necesario, y enlazando sus conjeturas con entruques de relativa certidumbre.

Recordaba lo altamente chatilla y bastante antipática que era la madre de Lucila, y lo cabruno, vulgar y estólido del padre que la engendró, oponiéndolo a la escandalosa corrección fisionómica y corporal con que la niña vino al



mundo y a la notable discreción que había revelado más tarde.

Y partiendo del hecho que narraba quien la había hospedado en el vientre, hecho de todo el pueblo conocido y comentado, ligaba la relación entre lo oculto y lo que se había palpado, con una precisión muy acreditadora de su propio convencimiento.

La madre de Lucila afirmaba que, inmediatamente después de los trabajos del alumbramiento, hallándose cansada y molida, y estando con los ojos abiertos, había visto atónita a tres bellísimas mujeres que se desprendieron del techo de la alcoba entre igual número de burbujas de luz. La una, semejante a una paloma en los graciosos movimientos, había tocado a la recién nacida en todo el cuerpo. La otra, parecida a una gata en los pasos medidos, había pellizcado a la niña en determinados lugares de la epidermis. Y la tercera, vaporosa como una nube, había abrazado con marcado cariño a la hija de sus entrañas. Y decía, además, que mucho después de eso, y sin que ella supiera por donde entrara (como no sabía por donde se habían desvanecido aquellas visiones), entró una señora muy bella y grave que tocó a la criatura en la frente y el pecho, hacia el lado del corazón.

Aquellas apariciones, según Lorenzo, debían ser las hadas. Las tres primeras, las Gracias: la que tiene por atribución los contornos lineales, o sea, las formas; la que preside a los colores y sus matices, y la que moldea las voluptuosas suavidades. Que ellas eran, no había que dudarlo; siendo lo sólo importante saber a qué se había debido aquella visita. Ahora bien, como Lucila empezó a crecer maravillándolos a todos con su deslumbrante hermosura, de la cual cada un detalle era una insolación; ya fuera lo abundante y sedoso de la cabellera castaña, ya la indescriptible expresión de los rasgados ojos, ya el toque olímpico de la bien dibujada nariz, o la graciosa curvatura de los rosados labios, o las carmineas mejillas, o la incomparable garganta, o la más insignificante coyuntura; como Lucila empezó a subir, despertando en donceles y hombres ya he-



chos prematuras pasiones; y siendo ella a su vez pasmoso ejemplo de premadurez intelectual, era muy probable que las señoras hadas o quisieron aburar a los del sexo feo, muy consecuentes en poner defectos a todas las mujeres, o tuvieron disputa entre sí a saber quién triunfaba en el mundo; si la forma o el fondo. Porque la cuarta aparecida era, sin ningún género de duda, el hada de la Discreción.

Al principio, todo se enderezó a lo mejor hacia el lado de las tres que habían sido indispensables para modelar a una criatura avasalladora de los cinco sentidos corporales; y aun lo extemporáneamente discreto de Lucila llegó a servir de estorbo en el concepto de los hombres, si no alcanzó a valer de rechifla en la opinión de las mujeres. Las hadas de la Hermosura pudieron gloriarse de su triunfo; triunfo redondo, a no mediar una funesta enfermedad que abrazó a la niña precisamente en el punto donde la naturaleza la iba a hacer que rompiera en la esplendísimas y generalmente ansiada adolescencia que de ella se esperaba. Lucila llegó a verse al borde de la tumba, y ¡ojalá se hubiera muerto!, porque se ganó nuevamente a la vida para perecer a la admiración. ¡Qué delgada y cuán mustia! ¡Qué descolorida y cuán fea! Los estragos de la peste, el furor de la guerra, las iras de la tempestad no dejan en pos de sí miseria más lastimosa! Caída del efímero pedestal de su belleza, quedó con asombro público no ya una sombra de sí misma, sino una mala copia de sus dos mal formados e inmediatos antecesores

¡De ella se apartó con horror la expectación pública, que había estado halagada por esperanzas mejores; y aquella cuyo nombre se citaba con el respeto correspondiente a los ángeles, se vió olvidada como si ya no existiera!

¡Qué gozo para el Hada de la Discreción, a no ser muy poco parecido a un triunfo!

Con la instintiva emoción de todo cuanto viene a menos, Lucila se recluyó. Y pasaron por delante de su forzoso aislamiento millares de curiosos, presuntos firmantes del acta donde había de constar aquel extraño prodigio:



el cambio repentino de una bellísima mujer en una casi repugnante criatura.

Nada más que un caballerete, uno sólo, había estado a verla por la primera vez, e insistió la segunda, y volvió la tercera, y se quedó a la cuarta. Con asombro de todo el pueblo, la había pedido en matrimonio, y se casó con ella.

Se había prendado de su conversación, en la que deslumbraba su juicio, a más de los esplendores con que la fama envolvía la pasada belleza de Lucila.

¡Y extraordinario acontecimiento!: el marido, la misma noche de la boda, cuando a juicio público, el frú frú del vestido de seda de la desposada hacía uno como acompañamiento de cencerro a sus pasos vacilantes, el rostro del esposo se transfiguró: sus manos se juntaron como en éxtasis, y se le oyó decir que no había debajo del sol mujer más bella, elegante y hermosa que la suya.

¿Qué había pasado?, proseguía Lorenzo. Que el hada de la Discreción robó y retuvo la belleza de la joven, hasta que se presentara uno que se pagara nada más que de lo que en Lucila era imperecedero, en cuyo punto y sazón, y careciendo del poder de sus tres antagonistas, había devuelto la belleza de la joven, nada más que para los ojos de quien la había elegido.

¡Bastante ingenioso!, redargüía Julio, pero mucha pena para explicar un acontecimiento tan simple.

¿Qué era la afirmación de la madre de Lucila respecto a las apariciones? Una patraña de enfermo alucinado, indigna de crédito. ¿Por qué la niña, contrariando a simple vista el procedimiento común de la naturaleza, no había salido tan poco interesante como sus padres?... Por lo mismo que de Pepino el Breve había salido Carlo Magno: cuestión de simple atavismo, y nada más. La invadieron las emanaciones palúdicas, la acalenturaron, y con una miserable distensión de un cartilago de la nariz, las fiebres la afearon y palidieron el rostro, además de los otros desperfectos que la trabajaron en el organismo. Si quien se casó con ella llegó a encontrarla bellísima, se debía a que el tal hombre consideraría hermosa la tempestad, sin



duda por el descanso eléctrico de que era conocedor que se seguía; y debajo de lo rudo de cualquier corteza sólo le llamaría la atención el útil maderaje que podía encerrar.

Como pasa en todas las disputas, Lorenzo y Julio concluyeron por tirarse los trastos a la cabeza.

—Haga usted caso de estos imaginativos, decía Julio. No bastante con la artificiosa esclavitud social que todos mal acatamos, quieren pesar sobre el fuero interno, encima del libre albedrío; y plagar de supersticiosos errores a la muchedumbre! Deberían ser echados al monte como perjudiciales a la República.

—¡Qué ganga de positivistas!, objetaba Lorenzo. Si no niegan, cuando no se encogen de hombros, se salen de cualquier atolladero con una vulgaridad. De suerte que si algo no común se desarrolla en ellos, es una extraordinaria pereza del entendimiento.



CONFLICTO EN CUARESMA

Pero, ¿qué pasaba...?

La mitra no se había ocupado absolutamente de aquello. Su carta pastoral había salido llena de exhortaciones benévolas, habituales, rutinarias, sirviendo de envoltura a una pluralidad de latines; ganosa de llegar cuanto antes a impartir la bendición apostólica. Era, y no más, un gallardo pretexto para no bendecir a secas.

¿De dónde habían, pues, sacado los predicadores de aquella cuaresma el texto obligado de sus sermones? Si no era por expresa recomendación prelacial, ¿cómo pudo establecerse acuerdo tan unánime, no mediante asambleas ni disputas? Revelaciones de confesionario, quizás, confirmadas luego por sorpresas palmarias del delito.

¡Ya en Santo Domingo no se respetaba la santa cuaresma! Siempre, y en todos los años uno que otro díscolo campaba en tales días con el mayor desenfado carnavalesco. ¡Pero siempre y en todos los años uno que otro díscolo! En esa cuaresma, la grey católica masculina había hecho añicos los frenos. Como si no les quedase tiempo para vivir, o como si les hubieran infiltrado duplicación de vida, los hombres en cifra cuantiosa, a partir del miércoles de ceniza, llevaban quince noches de corretear; quince largas noches de andar ceñidos con feroces tizonas, calados con enormes sombreros, envueltos en coruscantes capas; embullando los velorios, diezmando las aves de corral, dirimiendo a estocada limpia las mutuas diferencias, y poniendo a pruebas inquisitoriales la cristiana devoción de las mu-



jeros. Si tal hacían, ¿quién sería osado a presumir que guardaran el sagrado ayuno ni que pensarán en acercarse al tribunal de la penitencia? Era indudable que quebrantaban los viernes, tragando irreverentemente magras y pescados...! Con eso estaban los púlpitos que rechinaban.

“Las llamas de Sodoma y Gomorra”; “la higuera estéril arrojada al fuego”, “el tremendo juicio final”, y otras circunstanciales alarmas como ellas erizaban todas las predicaciones, llevando al espíritu prevaricador de aquellos descarriados —¡vaya uno a figurarse por cuál sutil interpretación!— con el convencimiento de lo corto de la vida y lo efímero de la juventud, la suspicacia de que había que gozarlas en grande.

De modo que aquella situación alcanzó la altura de un conflicto. Los padres habían empezado por amonestar y concluyeron por amostazarse. Los impenitentes mundanos empezaron por hacerse los sordos, y concluyeron por alardear de una rebelde contumacia.

Desde la peana del altar mayor en las misas dominigueras; sobre el púlpito en las novenas y oficios nocturnos, todos los templos habían conminado, satirizado, anatematizado, interdicto la novelería de aquellas malas costumbres. Los clérigos dieron con una palabra, de la que abusaron para calificarlas: —¡eran la peste!— Palabra con que herían el entendimiento, pero que estiraban a veces para sugestionar el olfato: ¡eran una gangrenosa pestilencia!

En cuanto a los aludidos, asistían con visible hosquedad a los sermones, soportaban algo nerviosos el graneado tiroteo, y se volvían a las andadas con la más procaz frescura.

—¿No sabían ellos que lo propio que los curas les querían prohibir con amenazas póstumas hacía tiempo que estaba pasando en París *de Francia*? ¿Y que allá nadie se ponía a hacer distinciones entre Pascuas y Cuaresmas...?

Como se ve, aquellos disidentes estaban en vías de un cambio radical y, por lo mismo que los cambios radicales se llaman progreso, en flor de progreso; pero no había de



cuajárseles ni tan fácil ni tan blandamente, vigilantes como estaban los eclesiásticos.

Por eso, el domingo, en la Iglesia Metropolitana, después del Evangelio, el Padre Antúnez, no obstante su mansedumbre y conocida moderación, llegó hasta a llamarles tráfugas y herejes. Por eso, el lunes, en la misma Catedral, fray Lorenzo, predicador elocuentísimo, se indignó al extremo de enturbiar el manantial de su elocuencia, y de lo menos que dijo de ellos era que estaban condenados en vida. Por eso, el martes en Santa Bárbara, el P. Gonzalvo salió a hacer sus primeras armas, con el único propósito de decirles cuatro frescas, y de dar como cierto de toda certidumbre que ellos pertenecían a la miserable catterva a quienes diría el Hijo en el Valle de Josafat: "Alejaos de mí, malditos de mi Padre". Y el miércoles, en la iglesia del Carmen, el Padre Pinto, exaltado y vehemente, declamó una oración, enteramente consagrada a la facción precita, que escocía como ampolla acabada de reventar.

Allí estaban aglomerados, quizás si con el instinto de la fuerza que representa la unión, Marcos Piñones, diestro en trasponer aves domésticas sin que casi lo sintieran ellas mismas; Antonio Porras, duro y bregón, como su apellido, y esgrimidor como pocos; Manuel Perestrello, aventurero afortunado de amor; Herminio Almansa, inventor, corrector y director de muy atrevidos juegos de prendas, y otros, y otros no menos ilustres y famosos.

El Padre, después de traducir el texto —"y les barreré de la haz de la tierra"—, texto que les arrojó de frente, y con ímpetu, y como si fuera una escoba, con el solo discreto embozo de no nombrarles individualmente, les habló largo y con brío sobre la incorregible obcecación de sus entendimientos; sobre la incalificable tontería de que regalaran sus carnes para haber de entregarlas más o menos pronto a sus dueños naturales los gusanos, descuidando así el fin de sus almas inmortales y haciéndolas mercedoras del infierno, "donde sería el llanto y el crujiir de dientes".

Y apretándolos él mismo, casi crujiéndolos, añadió que



el cielo toleraba hasta cierta medida; que ya los pecados en que se encenagaban la habían llenado, y que no era difícil que se llegaran a ver señales evidentes de la cólera divina.

Los incontaminados miraban a hurtadillas y con malignidad hacia los del grupo pecador; las damas les echaban unos ojazos de reproche y espanto por los castigos que sin duda acarrearían; y los del grupo estaban deshechos porque el Padre llegase a aquella parte del sermón que siempre dice: "Y es lo que deseo a todos. Amén".

Fué lo único suave en la oración del Padre Pinto: la gracia, que con frase final y por mera fórmula, deseó para los allí congregados. Lo demás, sin quitar tilde, no había tenido desperdicio. Así es que unos cabizbajos, otros mohinos, preocupadas y contritas las mujeres, sombríos los empecatados, todos salieron de la iglesia con gran silencio, y se desparramaron como fantasmas, por los cuatro puntos cardinales.

Ni una palabra, ni una protesta, ni una murmuración; nada! Para ayudar a la cavilación y fortalecer el ensimismamiento individual, la noche como que se había confabulado con el Padre. Además de que iba avanzada (la oración había durado hasta muy cerca de las nueve), estaba lóbrega. Un viento que con intervalos irregulares zumbaba como colmena en las cuerdas de los campanarios, empujaba cúmulos de negrísimas nubes hacia el punto en que minutos antes se había puesto la luna nueva.

El eco de los tacones sobre las calzadas; el seco estruendo de las puertas que tras sí cerraban los que iban ganando sus respectivas moradas; el toque de ánimas que a poco se dejó oír pausado y bostezante; el recogimiento cuaresmal; todo esparcía una como atmósfera de expectación y zozobra, dentro de la cual, semejantes a culebras que se refugian en sus agujeros, se retiraban hacia adentro los látigos de luz que hasta la calle arrojaban salas y zaguanes.

El mismo áspero chillido de los estridentes langostáceos había quedado en suspenso, entre una y otra avenida



del viento; mientras las tinieblas se espesaban y la ciudad adquiría una apariencia borrosa, esfumada, fantástica.

Debajo del montón de nubes que ocultaban las estrellas, sólo dos luces, dos luces medrosísimas parpadeaban en el callado recinto de la Primada.

Del retablo de Jesús Nazareno en las almenas de la Iglesia Mayor salía la una, encendida tras los cristales del nicho por las esperanzas, las penas, los anhelos y la superstición de los fieles. Sendas luminarias propiciatorias solían traer allí aquellos estados de espíritu, y sus reflejos se confundían en uno, como en una se confundía la aspiración final de todos, en hambre y sed de felicidad.

Desde una incisión cuadrilátera en el exterior de las paredes del patio, en el Convento Dominico, partía la otra luz. Menguada mariposilla de aceite, que lagrimeaba frente a una pelada calavera, puesta allí en noviembre para espollear la meditación sobre la vanidad y vuelta a poner en Cuaresma con análogos fines. Por cierto que la calavera de esa noche mostraba una resistente dentadura.

¿Quién sería el guapo, no habiendo a más, como no había, enfermo de gravedad ni muerto ninguno, que en tal sazón, semejante coyuntura y con tan pavorosos auspicios se atrevería a lanzarse a la calle?

Por fuerza que Satanás andaba en la danza, pues frente al nicho de Jesús Nazareno acababa de pasar y descubrirse un embozado melancólico. Con pies nada ligeros caminaba como si anduviera al azar. Horizontal la espada, a fuerza de llevar apoyada la mano en su empuñadura, se le liaba posteriormente en la capa, y ahí le hacía una hueca prolongación que de vez en cuando bamboleaba el viento.

—¡Tendría que ver! —se oyó que él dijo— tendría que ver que este rayo de tiempo reventara en ciclón, para que la gente nos echara a nosotros la culpa... ¡El diablo del Padre Pinto...!

Siguió adelante, calle abajo, con dirección al mar. En la esquina de la plazuela de San Juan de Dios, le hirió la retina al soslayo el punto luminoso que escupía la cortadura parietal del Convento Dominico; y bien que huyera



de la espantosa lobretez que al frente le esperaba, bien que instintivamente tendiera hacia la luz, a ella se encaminó sin prisa, quizás para hacer poco a poco la digestión de las amargas crudezas que oyera en el Carmen.

Ya el foco indeciso y tristón de la mariposilla le había lamido desde el pie hasta el sombrero; ya estaba al trasponerlo, cuando se quedó parado de súbito, y de súbito se le irguieron los cabellos, y le corrió por las venas frío de cuartana, y se le abrieron desmesuradamente los ojos.

La calavera tableteaba en su hoyo con sonido semejante al de un tablero de chocolate sacudido sobre un barril por el chocolatero; la calavera trepidaba como un títere, y saltaba, y bullía, y como que crujía ferozmente los dientes. Los del embozado castañeteaban; y lo mismo que si la capa le estorbara, la dejó caer de golpe, y se dió a correr con impulso huracanado.

Hasta lanzó un gran grito, y fué porque no lejos de sí columbró un negro bulto que se inclinaba en ademán de echarle la zarpa, y que él tuvo por el demonio en persona.

Otro disipado era, quien atónito ante aquella fuga descomunal, ojeó a derecha e izquierda, echó de ver la capa que allá herida por la luz yacía, y con pasos menudos como gato desconfiado, fué acercándose a examinar la rara situación.

No bien estuvo a dos pasos de la capa y a cuatro de la mariposilla, la calavera reanudó su danza macabra; y el hombre se quedó con el brazo izquierdo extendido y la mano izquierda abierta como si quisiera apartar algo, mientras la derecha, corrida a lo largo del cuerpo ladeado, junto con éste temblaba convulsamente. Y a medida que aumentaba su temblor, apretaba el tableteo de la calavera, y faltó poco para que se le tirara encima, pues avanzó cosa de dos dedos. El susto del hombre se hizo sardónico y, sin poderlo impedir, se rió: ¡jé!, ¡jé!, ¡jé!; logrando al cabo poner pies en polvorosa.

—¿Qué hay...?, le dijo uno con quien chocó en su desordenada carrera.

—¡Allá...! ¡La plaza del Convento...!



—¡Bueno...!, ¡párate...!, ¿qué hay...?

—¡La plaza del Convento...!, repitió el que huía, desapareciendo como un torbellino.

—¿Qué será...?, se dijo el nuevo campeón. ¿Si tendrá miedo ése...? Pero yo... ¿para qué te quiero, espada...?

Y echando afuera las cinco cuartas, con tan bizarro preámbulo se encaminó gallardamente al escenario de la aventura. Allí tendida estaba la capa, que le atrajo como imán, para que le dejara la tizona, la cual, ¡ay!, se le desprendió de las manos, mediante los primeros brincos de la calavera. No se sabe si también dijo ¿para qué os quiero, piernas?; pero se sabe que corrió maravillosamente, y fué cundiendo la noticia, y la alarma, y atrayendo parranderos, que no bien se asomaban a las cuatro esquinas del Convento, huían como cangrejos en todas direcciones, asegurando entre sí que habían visto llamas, legión de difuntos, dragones y ángeles que tocaban en la trompeta del juicio final.

Con eso, las calles quedaron barridas de mundanos.

Y cuando, después de una lloviznosa madrugada, amaneció un día espléndido; todos ellos esquivaban tocar los accidentes de la noche aquella y procedían como si la misma no hubiera existido. Es verdad que se sentían tocados de la gracia y el arrepentimiento y la contrición; pero es verdad que se avergonzaban de haber tenido miedo.

Sobre todo, cuando había amanecido expuesta a los comentarios públicos, una capa abandonada, cuyo dueño era imposible que se llegara a precisar. Por ese lado estaban tranquilos. Pero también había amanecido abandonada y expuesta a la fiscalización vulgar, una espada como todas ellas: hoja de Toledo, con gavilanes torcidos por herrero nacional. Sólo que en los gavilanes mostraba esta cifra, en resalte férreo: M. P.

¡Lo que se caviló sobre semejante tizona...! Algo se había transparentado de la aventura; y se susurraba que aquel cuya era la había desenvainado probablemente con la intención heroica de fajar con el misterio; y que proba-



blemente el misterio se le había hecho duro de pelear, y mas bien se la arrancó como glorioso trofeo. Avanzaban que M. P. se había de descifrar Marcos Piñones (gran ladrón de gallinas), o Manuel Perestrello (impertérrito Cupido). Pero ellos dos, cada uno por su lado, cundieron que la tizona debía pertenecer a Magdaleno Pulinario, parrandero del interior que había sido huésped de Santo Domingo; criador, y por ende, aficionado a cifras. Quedó valedero que, como si se tratara de un novillo o de un caballo, el Magdaleno había hecho herrar su propio hierro.

Por lo demás, mucho más tarde se dijo que el secreto de las convulsiones de la calavera estuvo en un ratón mediano que dentro de ella se había introducido a través del enorme vacío de las cuencas de los ojos; y que espantado a la aproximación de la gente, no encontraba salida, queriendo hacerla por el hueco de la boca, cerrado de sanos dientes.

Y también se dijo que había sido tramoya compuesta y gobernada por sus reverencias y paternidades los curas, muy sabedores de que se había de doblegar a su disciplina, uno cualquiera de los fondos de la superstición general.



UNA CORTA EXCURSION

I

Aprovechando un par de días festivos, y una de las treguas radiantes que suele conceder el lluvioso mes de junio, mi compañero y yo nos pusimos en camino. A pesar del atareo de la víspera, invertida en aceitar los formidables revólvers, y adquirir las imprescindibles municiones de boca, cuya pieza culminante estaba constituida por una pierna de cerdo asada al horno; no obstante el trabajo habido en procurarnos prestadas las espuelas que no teníamos, las sillas de montar que nos hacían falta; nos levantamos con oportunidad de sorprender el alba, cuando asomaba medrosamente por el levante, del mismo invariable modo que viene haciéndolo inmemorialmente y con aquel antiguo aire candoroso con que parece preguntar: ¿ya hay quién esté despierto?...

—Sí, doncellita de mi alma; mi compañero y yo os estábamos aguardando. Antes, según manda la urbanidad, se os saluda cordialmente; y después se espera de vos que no os nubléis, y nos hagáis merced mientras sale vuestro padre de aclararnos el trecho que conduce a la aldea, llamada común en nuestro dialecto administrativo, donde reside un amigo nuestro, profesor de instrucción primaria; chico que ha tenido la atención de invitarnos para unos exámenes, y exámenes que presentará probablemente mañana.

Qué pretexto, ¿verdad?, ¡qué magnífico pretexto para



escapar a la pila de guarismos del escritorio, dejando siquiera por dos días lo fastidioso a fuerza de conocido, y echando durante ese lapso una raya de dieciocho leguas entre el asfixiante brete social y la tranquilidad vegetativa de la aldea a que nos encaminábamos!...

Remolinos de polvo, preferibles a corrupciones de baches, levantaban nuestras cabalgaduras. A entrambos lados del camino sinuoso, la uniformidad de repetidas especies vegetales, arropada por la monótona exuberancia de bejuco y enredaderas, llegaba a cansar la vista. Si no era una vía láctea de esas blancas campanillas denominadas aguinaldos, era una constelación de cundeamores en flor y fruto; si no eran unas cuantas cuerdas de guayabos, eran unas tantas tareas de jabillas, o arrayanes, o yagrumos; todo ligado y compenetrado, al extremo de que parecían pender de una misma rama amarillentas flores de patos semejantes a frutos, y rojos ramilletes de ojinegras peronías semejantes a flores. Tanto brolo, tal confusión, tan feroz enlazamiento no refluían, no podían refluir sino en detrimento de las ideas poéticas que todos nos formamos a priori acerca del verde.

Y luego, que la vía repechaba de trecho en trecho. Era un continuo dejar una cuesta para arribar a otra, teniendo que ganar una tercera mientras nos esperaba una cuarta... Era un subir, subir fatigosísimo, menos para el cuerpo que para la impresionable imaginación. Si un poeta podría sacar partido de este sistema geológico, característico de nuestra isla, y decir de ella —sutilizando alrededor de esas ascensiones— que es el camino del cielo; su aserción no contaría, por desdicha, con el beneplácito de los viandantes. Al fin llegamos al remate común de esos escalones: a la llanura, extensa como un mar, como un mar ondulante: tapizada de espartoso pajón, que abatía sus espigas con inesperado flujo o las alzaba en reflujos gallardo, como si hiciera burla del sonoro viento. Unos cuantos tipos de la raza caballar, diseminados por aquí y por allá, y algún ganado vacuno, pastando a discreción, eran como los cetáceos de ese mar terrestre. A lo lejos



cortaba el horizonte, limitando la vista, la azulada silueta de las montañas; y a través de una niebla luminosa se destacaban sus estribaciones, contornos y cúspides con toda la genuina pureza de sus líneas, con las valentísimas combas de sus perfiles.

Un ser humano se deslizaba como un gusano dentro del grandioso panorama. Caballero sobre un jamelgo, el hombre se dejaba apáticamente balancear por todos y cada uno de los penosos pasos del caballo. Venía del quinto infierno, trayendo en las árganas una res acecinada, y la llevaba allá abajo, hacia los declives que acabábamos de trasponer, en busca de mejor partido, ganoso de unos cuantos centavos más. La vegetación que dejábamos a nuestras espaldas, traidoramente asaltada por bejucales y malezas; los pájaros que habíamos visto con mayor abundancia, carpinteros perchados por enjambres en árboles secos, negros judíos que doblaban perezosamente el cuello para vernos pasar con ojo estúpido, y aquel hombre que no parecía conducir su montura, sino que su montura le conducía a él, habían ido influyendo en nosotros a la chita callando. Perdimos el animoso impulso inicial y echamos pie a tierra para comer y sestar en una choza de buen ver que allí mismo se encontraba; absolutamente contagiados por la apatía que brotaba de las cosas, de los irracionales y de los hombres.

II

El quimérico buque fantasma, la isla encantada de San Borendón, eso desde muy cerca de una hora venía siendo para nosotros la buscada y perseguida aldea. Primero nos salió de frente, en proximidad engañosa, exhibiéndose toda con sus largos sauces y gallardas palmeras, con su iglesia monísima y sus desiguales bohíos, cuyas cuatro agrupaciones permitían adivinar sus tres calles únicas. Los trillos de la sabana se desviaban aquí con doblez serpentina y hubimos de abandonarnos a ellos hasta alcan-



zar una brusca fila de caobos pequeños, alineados como en un parque e interruptores inesperados de la llanura. Ya, detrás de sus árboles, la aldea nos salió a la izquierda, pero en lejana, en mucho más lejana perspectiva. Y se nos cambió a la derecha, a mayor distancia aún, cuando hubimos bordeado una doble hilera de mangles, centinelas de un exiguo cruce fluvial, cuyo curso acompañaban a que también nos había conducido el trillado. No parecía sino que algunos duendes jugaban con nosotros al esconder, y nos mudaban la aldea caprichosa y traviesamente de un punto a otro de la planicie. Estas chistosas jugarretas del espejismo, que nos hacían reír a carcajadas; estas frecuentes fantasmagorías de la llanura nos indemnizaban en parte de las molestias con que nos fustigaba el ardoroso sol, levantándonos películas de la epidermis, como si estuviera curioso de ver lo que había debajo. A la sazón orillábamos un compacto núcleo de matorrales, creyendo seriamente que, una vez que saliésemos al uniforme pajonal, el pueblecito se nos apareciere guindado en las nubes. ¡Cuán grata sorpresa!, casi se adelantó a nuestro encuentro; pues le divisamos inmóvil y coquetón no más de dos o tres centenares de yardas. Es él, me dijo con la vista mi compañero; ¡él es!, respondió de la misma manera. Efectivamente era él, sin recurso a esconderse de nuevo, circundado como se hallaba por una limpia y amplísima superficie sabanera; sumergido, como estaba, en una apoteosis solar. El astro que amanecía, flechándole, se pasaba el día calcinándole, y todavía después de puesto le arrojaba los últimos despuntados dardos. Ahora sacaba argentadas, deslumbradoras reverberaciones de los escasos techos de zinc, parecidas a las que cincela en las rías y mares; y levantaba emanaciones de calidísimo vaho, como las que levantaba en las playas arenosas. Por eso, con estar la aldea a unas seis leguas del litoral por la línea más corta, el más inmediato recuerdo que evocaba aquella tarde era el de la mar.

Sin que fuera posible investigar quién cundió la noticia, estando las calles al parecer desiertas, nuestra llegada



puso en movimiento a un grupo respetable. Conocimientos debidos a relaciones comerciales, antiguos conocidos capitaleños allí domiciliados, a cuyo frente estaba nuestro amigo el maestro, y gentes a quienes veíamos por primera vez, nos rodearon en un santiamén; abrazándonos, apretándonos las manos, dándonos la bienvenida, acribillándonos a preguntas; risueños, complacidos, obsequiosos. Entre las cuestiones que nos proponían, las había náuticas: ¿qué vientos los han traído por acá...?, y urbanas: ¿a qué debemos tanto honor...?, y curiosas: ¿hay algo de nuevo por la capital...?, y rústicas: ¿no han tenido ningún tropiezo en el camino...?

Esta última, por venir de un mozo enteramente desconocido para nosotros y por el aire insinuante con que fué hecha, abrió camino al diálogo:

—¿Tropiezo...? ¿Por qué? ¿Cómo?

—¿A qué hora salieron ustedes de la capital...?

—En la madrugada de hoy.

—¿Y todavía allá no se sabe nada...?

—¿De qué...?

—¿Ni una palabra?

—¿Pero de qué?

—¿No se ha recibido el parte oficial?

—¿Qué parte?

—Es extraño... ¿No se sabe allá que el viejo Sinencio cosió a puñaladas a Juan Pantera, y después cogió el monte?

—¡Hombre!, para esas novedades...

—... y que se fueron con él sus hijos... (aquí tres nombres) y sus entenados, "¡tal y cual!"

—¡Pero usted nos está refiriendo maravillas!

—¡Y que se han metido a ladrones!

—¿No diga...?

—¡Como ustedes lo oyen, a bandidos!

—¡Demonio!

—¡A salteadores de caminos!...

—¿Salteadores?... ¡salteadores!... ¡Usted se chantea! ¡Usted exagera!



—¡No sabe que esa profesión está fuera de nuestras costumbres y los que la abrazaran serían en seguida cazados sin misericordia!

—¡A que no han visto ustedes al Comandante de Armas!

—Cierto que no: aún no hemos ido a visitarle.

—Y aunque fueran... El anda detrás de la cuadrilla; porque ahora precisamente se han corrido a esta jurisdicción, hacia la parte por donde ustedes han venido. ¡Son unos hombres tremendos! En el monte Tabila le hendieron el rostro a una mujer de una cuchillada, y a un hombre; y a un niño vendedor de leche a quien quisieron desvalijar, porque se rajó en gritos, ¡chas!, le volaron la cabeza de un machetazo... Andan armados como un arsenal; pero como son tan bragados, pechan al cristiano cuerpo a cuerpo...

Y por ahí seguía el mozo, desarrollando detalle y enhebrando anécdotas, mientras caminábamos hacia el local de la escuela, y en tanto que yo, con la vista clavada en él, le aplanaba mentalmente con esta invectiva. ¡Ah, la *belle chose*! ¿Usted se cree que está dentro del orden que apenas acabe uno de desmontar, ya se le salga con historietas?... ¡Imprudentísimo aldeano! ¡Desde que os dimos un real para yerba y otro para jamón, bien podriais haberos largado a coger cangrejos! Noticiero de profesión, azorador de oficio, gacetilla ambulante, tipo que no deja para luego, ¿no se os ocurrió nada más agradable que contarlos?... ¡Así los ladrones os desfiguren, os desjarreten y os descalabren!...

Nuestro amigo despidió a los muchachos, a quienes había estado administrando la mano postrera de barniz para los exámenes del día siguiente, a fin de quedar expedito y acompañarnos a trotar por el pueblo. Con eso veíamos cuanto había que ver: hogares modestos y muchachas bonitas. Yo, por mi cuenta, veía algo más, la teoría de la adaptación corroborada en una evidentísima práctica. A empezar por mi amigo el joven maestro, provisto de un enorme cachimbo y metido en una chamarra de rayadillo,



y acabando en los demás capitaleños, calzados con pantuflos, cubiertos con gorras decrepitas o paseando en seno de camisa; la aldea se había engullido a aquellos conspicuos ciudadanos. Además, y como lo supe, se recogían con las gallinas, madrugaban a buena hora, frecuentaban el santo sacrificio, tenían conucos, hatos, potreros, y eran furibundos jugadores de gallos.

Por todas partes se nos recibía con amabilidad sencillísima; todos de sana y buena voluntad nos decían: “Quedan convidados a comer con nosotros”. “Ustedes no se van sin tomar una tacita de café”. “Vamos a quedar muy sentidos si no vienen a desayunarse a esta casa, que es suya...” Hospitalidad nativa, cordialidad amable que nos expandía el ánimo, sin otra mortificación que la imposibilidad material de complacerles a todos, ¡volviéndonos todo estómagos!

Se notaba, no obstante, por súbitos alelamientos y distracciones extemporáneas, que la aldea jadeaba obsesionada por la zozobra de los salteadores. El matrimonio de un campesino, viudo él, aturdió durante la prima noche la pública preocupación con una cencerrada tremenda. De ahí, sin duda, arrancó mi imaginación para sumirme más tarde en extravagantes ensueños. Pues soñé que me estaba casando en plena sabana con una mujer desfigurada por un chirlo sanguinolento; mientras unos hombres desarraigados, que tenían trabucos, machetes y rifles colgados en sendas bandoleras, con agudos pitos, roncadores fututos, ventrudas botijuelas y latas desapacibles, me daban una serenata apocalíptica...

III

Con el amanecer, amaneció agravada la novedad alarmante. El Jefe civil y militar había regresado trayendo detalles oídos de nuevas y audaces depredaciones, que circularon telegráficamente por toda la aldea; corregidos y aumentados siniestramente, a disgusto de nuestros nervios,



y para preocupaciones concernientes a nuestro próximo regreso. Se decía que el señor comandante estaba contentísimo, así por haberse ahorrado la desagradable coyuntura de tropezar con aquellos membrudos jayanes, como porque ya se hallaban fuera de su jurisdicción, habiendo invadido otra limitrofe. ¡Jé!... y como eran tan bragados... ¡que la buena suerte ayudara a las autoridades de allá!...

Lo malo para nosotros estaba en que con ello, los temibles foragidos continuaban interceptándonos la vuelta, en sección más débil, militarmente, que la que pasábamos. ¡Como hay Dios que el viajecito nos estaba resultando bastante divertido!

Nuestro amigo el maestro nos daba en voz baja detalles muy cómicos, relativos a la manera de fabricar unos exámenes que produjeran ilusiones ópticas en la pupila del Ayuntamiento; la cual pupila decía él que era el tesorero del mismo, allí presente... Nosotros (créome autorizado a envolver en esto a mi compañero), nosotros pensábamos en que si al menos la aldea estuviera en la costa... y fuera ancladero de buques... así fuesen balandros... Los niños retintinaban agudísimamente unos discursitos en que sonaban mucho los términos honorable... gratitud... progreso... ¿Progreso?... Sin duda que le había allá, del otro lado de los salteadores, en nuestra residencia, donde Dios mediante estaríamos muy descansados treinta y seis horas después... La pupila del Ayuntamiento torrenteaba con frases en que la satisfacción chocaba con lo satisfactorio y rebotaba en lo satisfecho... De todo, de todo eso gozaríamos largamente cuando nos viéramos lejos, lejísimo, en la zona de las cuestas y de los declives...

Concluídos los exámenes y despedida la concurrencia, fuímosnos con mi amigo a comer donde unas conocidas; a lo menos, así nos lo dijo él, ahogándonos discretamente las ganas de investigar si una de ellas, melosa como anón, blanca como azucena, sonrosada como un caracol y carnosa como un mamey no le escarabajaba de algún modo, más íntimo y adecuado a las incendiarias miradas en que mutuamente se envolvían.



Ilimitados montones de plátanos maduros, fritos en lonjas rojioscuras; espirales de inflados y bien olientes embutidos; pirámides de huevos, lagunas de blanquísima leche y empedrado de tiernísimo pan se apiñaban sobre los limpios manteles; cubriéndolos, ahogándolos, en proporción muy próxima a la vitualla de todo un regimiento. ¡Cómo se estimulaba el apetito con el penetrante tufillo del condimento! Sentía que el estómago se me ahondaba, preparándose a corresponder hasta la hartura a los honores que se merecían tal mesa y la buena voluntad que nos la puso. Pero mi compañero de viaje tuvo una ocurrencia malhadada. Por pedir el salero pidió el salteador; y he aquí que la negra preocupación volvió a alojarse, definitivamente esta vez, encima de los ojos, pero adentro, adentro en el cráneo. Con una sonrisita ambigua trató mi compañero de hacer creer que lo había dicho adrede; siendo así que ese escopetazo lo rastrilló la silueta de los condenados bandoleros que se le paseaban por el ánimo. Comprendiéndolo o no de tal modo los comensales, ello es que, como si hubieran estado suspirando para encontrar un resquicio por donde hablar de malhechores, se despacharon a su gusto, haciendo espeluznantes relatos, narraciones intranquilizadoras. ¡Y qué ideas del bandidaje en general y de los salteadores en particular! ¿Pues no creía aquella gente que los tales no eran ciertamente ladrones, sino cuadrillas de maniáticos, cuyo mayor gusto consistía en manipular entrañas y confeccionar el picadillo humano?... Lo erróneo de sus apreciaciones no impidió que primero se me atragantara la comida, y después se me amargara el café.

¡Había que determinar algo! ¡Había que idear algo! ¡Había que preparar algo! ¿Para qué se estudia Lógica, si no es para hacer silogismos, dilemas y sorites en las grandes ocasiones? Los señores bandoleros aprovecharían, por supuesto, todo el santo día para saltear al por menor; y era probable que se renovaran por guardias con iguales ideas hasta la medianoche, hora en que está dormido el tránsito, y en que pondrían algún centinela perdido, quien —podía conjeturarse— no habría hecho votos de estar des-



pierto. Luego, a la madrugada, reanudarían sus honradas faenas, con esperanza de que cayera algo al por mayor. Por consiguiente, mi compañero y yo saldríamos a las once de la noche. Con eso, nos ahorrariamos, de un lado, la indiscreta solicitud aldeana, muy capaz de hablarnos de lo que no queríamos, en tan delicado momento, con pretexto de desear que no tuviéramos malos encuentros; y para poner, por otro lado, antes de que rayaran los claros del día, toda la tierra posible entre los salteadores y nosotros.

Concertados así; como íbamos a descabezar un sueño-cito desde las oraciones, y el pueblo se acostaba a las ocho, para precaver todo contrat tiempo, combinamos una cadena. A nosotros nos despertaría nuestro amigo el maestro, y al maestro el juez civil, y al juez civil un bondadoso joven que era en una pieza sacristán de la parroquia, recaudador de alcabalas, secretario del Ayuntamiento y adjunto a la Comandancia de Armas.

IV

¡Los héroes! Nada ni nadie como ellos han dado calidad de madres a las circunstancias. Ellos les conciben improvisadamente y les dan a luz sin gestación ninguna. Ejemplo, mi compañero de viaje y yo. Desde que avanzamos trecho adentro en la oscura planicie; bajo la escasa luz de las estrellas y entre los puntos fosforecentes de los cocuyos, nos fuimos animando y reanimando hasta dominar la altura del inminente peligro que perambulaba en las tinieblas. Todavía más: deseábamos de todo corazón hallarnos a tiro de fusil frente a los facinerosos. Todavía más: seis salteadores nos parecía muy despreciable guarismo. Todavía más: marchábamos al paso, para caminar lo menos posible y aumentar las probabilidades del antes tenebroso encuentro. Llegada tal contingencia, desarrollaríamos en todos sus pormenores un plan moltkiano que habíamos concebido. El éxito nadaba en el plan como el pez en el agua. Por tanto:



—¿No podía presumirse que nuestro viaje a la aldea había sido providencial?...

—¡Desde luego!... La hidra del bandolerismo sería ahogada en su cuna por nosotros, muchachos pacíficos, pero hercúleos representantes del querer municipal. Vengadores, diputados por nuestras honradas costumbres, daríamos un altísimo ejemplo de civismo, enlazado con el derecho público y entroncado con nuestras relaciones internas...

Y las mujeres nos mirarían con cariñosa admiración, y los hombres con respeto, y la gloria con amor y el país con deferencia...

Ladeados sobre las sillas cambiábamos a media voz tales impresiones, cuando una súbita iluminación nos hizo alzar rápidamente la cabeza. Era Venus, la estrella de la mañana, que como una pequeña luna nos salía al sesgo; fognazo del infinito que se adelantaba a la celebración de nuestro triunfo, y ojo del cielo que venía a ser testigo de la generosa aventura.

Su luz vino a servirnos de inesperada ayuda para sondear con la vista las fajas de árboles, y los musgosos peñascos traídos quien sabe por que titanes a la llanura. Una tranquilidad inerte lo arropaba todo; apenas si en el pesado silencio de la sabana, los pasos de nuestros caballos despertaban algún eco mortecino. Así adelantamos leguas y leguas sin ningún tropiezo, sin novedad ninguna, con desconcertante monotonía y monótono fastidio. ¿El corazón había avisado a los foragidos que por allí andaba su próxima destrucción? ¿El espíritu del mal les había evaporado para protegerles?...

De repente, mi compañero me tocó suavemente en el hombro; y como me volviera, y siguiera con los ojos la longitud de la línea que me señalaba su índice, vi a no mucha distancia, por entre los intersticios de una arboleda que habíamos de trasponer, una hilera de hombres cuya suma fui haciendo a medida que pasaban de uno en fondo. Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis... ¡Seis...! ¿Qué repentino descenso había ocurrido en la temperatu-



ra?... ¿De dónde salió a invadirme aquel escalofrío?... ¿No eran trabucos los que traían al hombro aquellos condenados?... ¡Parecían trabucos! ¿O eran rifles y remingtons cortos?... Traerían, no hay duda, los machetes pegados al cuerpo como sanguijuelas, pero no lo podíamos distinguir, como no distinguíamos el surtido de puñales y cuchillos y bayonetas del cinturón... ¡Bien comprendíamos su juego!... Se nos mostraban de perfil, con traidor disimulo, para inspirarnos confianza y asaltarnos a mansalva; como si no tuviéramos un plan, un estupendo plan, un plan infalible y demoníaco.

Ellos, aparentando no vernos, ¿querían llegar a la mata última del arbolado?... Nosotros, sin perderles de vista, descábamos otro tanto... Ellos en cuanto se removiera ese estorbo, ¿se nos vendrían encima como una horda de salvajes?... Ahí les esperábamos. ¡Ya sabrían lo que era degollina y juicio final!... Desmontaríamos, desmontamos; nos pondríamos en línea horizontal frente a los bandidos: lo hicimos, mi caballo primero, después yo en cuclillas, luego mi compañero en igual posición, y al extremo su cuadrúpedo. En seguida, ¡afuera revólvers Smith & Wesson, calibre 44!, ¡y dejarles venir! Ya a boca de jarro, ¡pin!, ¡pan!, dos muertos o heridos; los brutos, espantados con las detonaciones, se dispararían como el viento en carrera desahogada, y aprovechando la confusión que con ello produciría en el campo foragido, nosotros, ¡pin!, ¡pan!, daríamos cuenta de otros dos, siéndonos fácil acabar con los restantes, si no se rendían a discreción o tomaban las de Villadiego... A mí, tan pronto se me enfriaban los pies, como las manos, como el estómago, y sospecho que también a mi compañero; aunque no por miedo, ¡vive Dios!, porque de tenerlo, no estaríamos a pie firme aguardando el terrible blanco con decisión tan resuelta y con resolución tan heroica. Eran impaciencias del valor, trepidaciones de lo inesperado, olfateo de lo desconocido.

¡Si ellos también tendrían su plan!... Podía ser, pues asaltar no asaltaban. ¡Qué contrariedad para nuestras combinaciones, basadas cabalmente en la posibilidad de



asalto! ¿No nos habían dicho en la aldea que aquellos bárbaros pechaban a sus prójimos cuerpo a cuerpo?... ¿Habrán cambiado de táctica?...

Con las precauciones necesarias y el sobresalto consiguiente, nos dejamos correr a pie hasta el aislado matorral: ¡no había nada! Con mayor decisión registramos en todas direcciones: ¡silencio y soledad! Los jayanes se habían vuelto humo!...

Era, pues, evidente que no habían reparado en nosotros. ¡Mejor!, ¡mejor así! Después de todo, las muertes que habríamos hecho adoptarían calificativos atenuados por la vindicta pública, pero no dejarían de ser asesinatos ante nuestra conciencia. El Código, dejándonos en paz; la Teología, redimiéndonos como homicidas obligados a ello por la propia defensa, no tenían tanto poder como para justificarnos ante nosotros mismos, ni impedirían que se llenare de sombrías sugerencias nuestro fuero interno. Quizás si la cariñosa admiración de las mujeres, en que soñábamos como premio primordial de nuestra hazaña, no se convertiría más bien en involuntario sentimiento de horror y repulsión instintiva por la hecatombe. Quizás si, muy lejos de ponerse a nuestro lado, la opinión no haría lo que suele: compadecer ciegamente a las víctimas y exacerar a los victimarios... ¡Mejor era lo que había pasado como había pasado! ¡Mediante la inexorable crucifixión, no tentaba mayor cosa el oficio de redentores!

De estas incoherencias hablábamos, mientras hacíamos jornadas, melancólicamente, lánguidamente, displicentemente. De esto hablábamos mi compañero y yo, con mutuo engaño, porque en el fondo nos palpitaba el pesar de haber malogrado la bella ocasión de hacernos héroes a la poca costa de nuestro magnífico plan.

Coyuntura malograda sin remedio; pues llegábamos ya a los lindes en que los sucesivos trozos de selva son segura señal del término de la llanura. Ya a nuestra izquierda blanqueaba el horizonte; y del ramaje salían ruidosos aleteos y largos desperezamientos...

Ya doblábamos una angosta curva montaraz que lle-



vaba abiertamente al campo real, cuando de pronto, desde una vereda confluyente, se adelantaron uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis tambores mayores, seis Nemrods, seis gigantes Goliats. Arrendamos nerviosamente y paramos en seco nuestras cabalgaduras, quedándonos yertos, inmóviles, estupefactos. Allí estaban ellos, encima de nosotros; y allí estábamos nosotros, inermes, con los inútiles revólvers abotonados dentro de sus fundas... Yo sentía que en el cerebro me saltaba una idea, pero sin expresión, sin palabras: la nebulosa de una idea; algo muy enérgico y protestativo... ,contra qué?, ¿contra quién?; no sé... no sé... Era un montón ideológico, una pelota en que estaba ovillada esta equivalencia: han sido muy hábiles, mucho... ¡bien preparado su golpe, muy bueno!... ¡mejor combinado su plan!... ¡su plan!...

—¡Buenos días!, nos dijo el primero de ellos.

—¡Buenos días! ¡Buenos días!

Y así fueron diciendo uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis... ¡los seis!

¡Que estupor!... ¿No eran ellos, los salteadores hien de mujeres, descabeza-niños, desjarreta-hombres? ¡Ah, no, los pobres!, bien lo estábamos mirando, con dilatación cariñosa del ánimo sensibilizado, eran honrados jornaleros, que no traían sino macutos en una mano y machetes de trabajo al hombro. No era el audaz latrocinio ambulante (ni llegó a evidenciarse que le hubiera en parte ninguna): era el vigoroso trabajo que venía a ofrecerse a las fincas.

Mi compañero volvióse a mirarme, con una sonrisa que habría pasado a mayores si no se la dejó aplastada en el rostro, cortada en un rimero de angelitos agudos... Yo había puesto cara de palo. Y la puse, porque parecióme que de la leyenda se desprendía para reventar en mi oído, la fresca, la sonora carcajada de Sancho Panza tras la famosa aventura de los batanes.



MARTÍ

¿Para qué venimos al mundo?

Es una pregunta anhelosa de todo ser de conciencia, delante de las miserias sociales y del fastidio interno. ¿Para qué venimos al mundo?

Voces supremas, como la de José Martí, responden con el ejemplo de su vida:

—¡Para la abnegación; para el apostolado; para el sacrificio!...

En **Album de un héroe**. A la augusta memoria de José Martí. Santo Domingo, 1896.



CARTA A ENRIQUE DESCHAMPS

San Pedro de Macorís,
16 de septiembre de 1903.

Señor don Enrique Deschamps,
Santo Domingo.

Mi muy estimado amigo:

Cuando hace más o menos cuatro semanas, leí en este mismo periódico el *Índice* de la obra que va usted a editar, tuve intención de dirigirle una cartita que le sirviera tanto de aplauso aislado como de empuje animador. Los trabajos que se me interpusieron, me dejaron respecto a mi intención (como dicen los ingleses) *dissappointed*; y ahora que tengo un vagarcito subsano lo pasado, haciendo de una carta privada, una carta pública (*).

Amigo mío: no es de ahora que extendiendo la vista por mi país y por el mundo, llegué a una conclusión por todo extremo pesimista acerca del patriotismo. He llegado a dudar de que fuera una idea, porque las ideas, que son lo inmanente, se abren camino a través de todas las brumas, ¡y triunfan, sobrenadan, brillan! ¡Llegué a considerarle como un matiz de una idea! Pero para satisfacción interior, la conciencia protestó, y me dijo: estos conciudadanos tuyos que pasan una mar de privaciones, dirigiendo con-

(*) Refiérese a la obra de Deschamps, *La República Dominicana*, Barcelona, 1907.



ciencias infantiles desde una mal pagada cátedra en las aulas, ¿no son patriotas?... Estos hombres que gastan su fibra nerviosa completamente alejados del agio del presupuesto, ¿no son patriotas?... Esos que mueren en la miseria, sin claudicar jamás, esclavos de sus íntimas convicciones, ¿no son patriotas?... Enrique Deschamps, que pasa malas noches y peores días, viajando por un país negado a la comodidad de los viajeros; hundido hasta el pecho en los baches allí; sorprendiendo un espléndido amanecer del sol allá; detenido por los ríos salidos de madre; obligado al *dolce farniente* por la negación del camino empantanado; regresando de sus excursiones al través de la isla, más quebrantado de lo que él mismo se imagina; y todo para decirle triunfalmente y con la convicción de la evidencia, al mundo: "La República Dominicana es un gran país: es una Arcadia: es un resumen y compendio de las Islas Afortunadas; la India (o el Indostán) la Persia, la Arabia, abundantes en especiería, diamantes, oro y perlas, frutas nutritivas y regalos del paladar, no tienen sino que tenerle envidia". Usted, amigo mío, es un patriota y su obra es altamente merecedora del apoyo y sostén sociales como de la decidida protección del Gobierno. Yo, que nunca jamás he elevado mi firma a las alturas del Palacio Nacional para emergencia ninguna, ahora con gusto la elevo para impetrar de los Poderes del Estado la protección pecuniaria que exige, necesita su patriotísima labor.

Su libro, don Enrique, es como la pomada mágica que puso el derviche de *Las Mil y una Noches* en los ojos de Abdala, merced a la cual podía ver todas las riquezas de la tierra. Así desarrolla usted el panorama de nuestra opulencia territorial, por lo que yo espero que un emprendedor *Juan Gabriel Borkmann*, venga a libertar los *tesoros cautivos*.

Su afectísimo

GASTON F. DELIGNE.



CARTA A A. R. NANITA

S. P. de Macorís, 22 de marzo, 1907.

Señor don Abelardo R. Nanita,
Redactor de *La Opinión*,
Santo Domingo.

Distinguido señor:

Me ha favorecido su atenta del 20 actual, indagando qué opinión tengo acerca de los tratados que ha firmado con el Gabinete de Wáshington, por una parte, y con Kunh Loeb & Co., por otra, el Ejecutivo Nacional.

Para responder cortesmente a su pregunta, y por más nada, le contesto que mi propia opinión es de un todo favorable a ambos instrumentos; y trataré de motivarla, así sea muy someramente.

Al principio se dijo, con más que aparente fundamento, que la Convención había sido casi impuesta por el Gabinete norteamericano, a fuerza de incontrarrestables presiones diplomáticas. En tales circunstancias suscribirla después de algunas modificaciones a latitudes peligrosas de uno que otro artículo, era obra de la ley de necesidad; muy dura; y contra la cual nada pueden ni han podido los pueblos que la han traído sobre sí y se han enredado en sus mallas.

Ahora se dice que la iniciativa partió de nosotros; y



en el supuesto de que así sea de a verdad, reputo que nos resulta absolutamente prudente y relativamente honrador. Nos hemos en tal caso anticipado a lo que había forzosamente de venir, quizás con qué empuje; y hemos reconocido sinceramente con perfecta clarividencia que nuestros acreedores tendrían en menosprecio nuestras promesas, tantas y tantas veces burladas, si no se las autorizaba un serio curador. Nuestra informalidad era proverbial y sistemática: como dolencia nativa, está en la idiosincracia del individuo social; y el menos lince puede percatarse de que se ha venido agravando de generación en generación.

Saliendo de nuestro propio impulso; apáticos e indolentes para atender a nuestros compromisos tanto como activos para discurrir nuevos embrollos, no habríamos pagado jamás; la deuda de unos cuantos millones de dólares nos habría precipitado quien sabe a que clase de suicidio colectivo o de hundimiento nacional.

De imponérsenos la tutela económica de Wáshington, o al solicitarla nosotros y aceptarla ellos (con su cuenta y razón para afianzamiento de sus doctrinas políticas, pero sin compensación material de nuestra parte), redujimos y achicamos en parte la humillación de que habíamos padecido, y estábamos abocados a padecer nuevamente. Un solo contralor, con oficina especial, en vez de la nube de contralores que habíamos tenido en sendas aduanas, era parte a hacer menos cálido el bochorno de la sensibilidad nacionalista. Las rentas nacionales quedaban menos secuestradas por los Estados Unidos, que contra la rapiña de las uñas revolucionarias. Se sabía de fijo que parte de ellas pagaría con toda seguridad nuestras acreencias, y no corrían contingencia de filtrarse bajo las disposiciones de cualquier improvisado caudillo. Se hicieron sagradas; y para toda suerte de codicias quedaron selladas con un *noli me tangere*. La confianza comenzó a revivir; nuestro crédito volvió a ser valor cotizabile en las grandes lonjas; nació la fundada esperanza de que con una diáfana honradez administrativa, se curara de raíz con el eficaz remedio del buen hábito la dolencia nacional aludida; y se han llegado



ya a depositar más de dos millones para servir a las deudas. Era algo. Y aun bastante. Pero, dentro de nuestro estado de miseria económica, dado el monto de lo que debíamos y dada la crecida suma de intereses que devengaba esa deuda; ¡cuántos no llegamos a temer desalentados que las cantidades anuales remesadas a Nueva York, apenas alcanzarían a la larga para cubrir los réditos!... Era una sugestión clarísima de una situación siniestramente oscura; y hé aquí que el empréstito viene a hacer fructuosa la primera operación; y vienen a complementarse ambas. Porque sin el antecedente de la Convención, el empréstito nos habría sido imposible, y sólo concebible como cosa de sueño. ¿Quién hubiera prestado al país una miserable peseta siquiera?

El empréstito en sí mismo, nada habría remediado; pero mucho, desde que reduce la deuda a casi la mitad. Los intereses no se tragarán las penosas economías que depositamos en los Estados Unidos; podrán pagarse puntual y honradamente; y habrá positivamente un sobrante para fondo de amortización. La situación financiera queda, pues, mucho más despejada.

¿Pudo ser contratado sobre bases más favorables? Puede ser; aunque lo dudo. El tipo de interés en los bancos fluctuó durante el año pasado de 4 1/2 y 7 %; y esas mismas fluctuaciones son de ordinario frecuentes. Conseguir el tipo de 5 %, común en muchos empréstitos conocidos, contratados por países mejor reputados que el nuestro, indica que los banqueros tuvieron muy en cuenta la garantía de los Estados Unidos.

En resumen, con ambos instrumentos podemos definir la fecha aproximada en que readquiriremos nuestra autonomía económica; perdida y enajenada por nuestras propias culpas, "por nuestras grandísimas culpas", hace ya luengos años.

Está fuera de la pregunta de usted y de mi propósito insinuar alguna ampliación, o poda, o modificación (que quizás no se obtendrían) en los detalles del empréstito. No obstante, para desagravio de la equidad, es de desear que



la reducción en las deudas interiores fuera tan voluntaria
como lo ha sido en la de los acreedores extranjeros
Soy, apreciable señor, su affmo. s. s.

GASTON F. DELIGNE



CARTA A JUAN M. MARTINEZ

S. P. de Macorís, 11 de octubre, 1907.

Señor don Juan M. Martínez,
Director de *;Trabaja...!*

Presente.

Estimado señor:

Con gran sorpresa he leído en la edición de *;Trabaja...!* circulada hoy, las resoluciones que se dicen tomadas por el Club 2 de Julio respecto a mi humilde persona y corta labor literaria. Hubiéraseme dado oportuno conocimiento de ello, y se me habría ahorrado el tener que negar mi consentimiento por la prensa, como irrevocablemente lo niego: suplicando a usted publique estos renglones. No es modestia; ni de la falsa ni de la genuina, sino cuestión de apreciación propia y asunto de principio, a que me propongo atenerme siempre.

La idea ha debido ocurrir sin duda a alguien más amigo de mis versos que mío, de lo contrario sabría lo opuesto y negado que soy a todo género de apoteosis. Las más legítimas no contarán jamás con mi apoyo; ¡cuanto menos las discutibles! La consideración de que es así que quien puso a rodar la idea, no me conoce a fondo, hace que le quede agradecido; sin duda ha creído proporcionarme un placer: pero la declaración que acabo de hacerle



espero que le decida a retirarla; pues no hay alquimia que transmute en honor un disgusto.

No necesito decir que he carecido de tiempo para servir a las letras con la dedicación y paciencia requeridas: pero sí que las he cultivado cuando he podido, con la firme convicción de que "tienen por sí solas bastantes atractivos para no necesitar recompensas". Y de que los honores sólo deben ser para la labor definitiva, por muerte o retiro, y con tal que resulte notable. No estoy en ninguno de esos dos casos; y si mi obra a la postre granjeare el aplauso de los entendidos, será para mí el honor de los honores, sin que me tienten ni me halaguen otros. En esto, me sirve de modelo el grandísimo artista Campoamor, quien con un bagaje nutrido y exuberante, rehusó toda corona en vida. Nunca la quiso: y como decíamos en el Colegio: "Contra no quiero, no hay argumento".

Mi no consentimiento en lo principal, abarca mi no consentimiento en lo accesorio. Si las obritas que he dado a la publicidad, merecieren la atención de los doctos, no deseo que el juicio de ellas se deba a la solicitud antes que a la espontaneidad. Y la publicación de un volumen (obsequio cuya delicadeza es positivamente tentadora) necesitaría una revisión previa de mi parte; así para corregir erratas con que han sido impresas y reproducidas, como para hacer algunas enmiendas y algunos *autos de fe*. Eso requiere un vagar y una disposición de ánimo que no suelo tener.

Soy de usted muy affmo. s.,

GASTON F. DELIGNE



CARTA A F. X. CASTILLO MARQUEZ

San Pedro de Macorís,
23 de septiembre de 1908.

Señor don F. X. Castillo Márquez,
La Romana.

Señor y amigo:

Doy a usted las gracias por el envío de su libro *Bajo otros cielos*, que he leído de un tirón y muy complacidamente. Aunque no ha tropezado su empeño con ningún otro inmediatamente análogo, no creo que pueda narrarse con mayor amenidad ni más interesantes divagaciones, su tan corto y cercano viaje. Reciba, por ello, mis más sinceros parabienes; con mi esperanza de que algunas de esas páginas —de estilo sobrio y seguro— le han de abrir merecido puesto de distinción en las letras castellanas.

Con el más ferviente deseo de que sigan a esa obra hermanas más desarrolladas y fuertes, me repito,
Suyo afmo. s. y amigo,

GASTON F. DELIGNE



CARTA A FEDERICO HENRIQUEZ Y CARVAJAL

San Pedro de Macorís,
septiembre de 1912.

A don Federico Henríquez y Carvajal,
Santo Domingo.

Siempre distinguido y respetado amigo:

Aun cuando combinaciones de otra índole se llevan mi tiempo y atención, para no perder el compás he escrito el poemita que incluyo para *Ateneo*. No siendo traducción, sino primicia del huerto propio hace rato no cultivado, creo mostrar mi predilección con enviarlo para su excelente revista; y espero, *Deo volente*, poder poco a poco desbrozar el tabacón y plantar algunas otras yemas. No encarezco la corrección conforme con el original; porque dè eso tiene bien ganada patente *Ateneo*. Le saludo con toda cordialidad y me repito suyo muy afectísimo servidor y amigo.

GASTON F. DELIGNE



CARTA A FEDERICO HENRIQUEZ Y CARVAJAL

San Pedro de Macorís,
octubre de 1912.

A Federico Henríquez y Carvajal,
Santo Domingo.

Muy distinguido y antiguo amigo:

Recibí su grata y antes la obra de don Antonio Zambrana. Muchas gracias por su recuerdo y por lo valioso de él. Me ha complacido mucho que el poemita le haya gustado; seguro indicio de que no disgustará a los entendidos y de buen gusto.

Eslabono más coincidencias: junto con la obra de don Antonio, obsequio de usted, y mientras le iba un recuerdo mío, recibí *El Estudio*, y en él vi una composición de Arturo (Pellerano Castro); otro haragán que hace tiempo estaba amodorrado. Sacudimos, por lo visto, la modorra a un compás.

Usted tiene razón sobrada: voluntad de producir tengo poca; pero es que cosas prosaicas, amén de la terribleza enervante del clima y el disgusto de esos desbarajustes revolucionarios, luego abruman demasiado. Pero me propongo, naturalmente no con frecuencias, cumplir con reaccionar contra esos estorbos, y llenar por lo menos el libro



de *Romances*, que tal vez no serán estrictamente romances. Cambiaré el título para acomodarlo a mayor variedad de rimas. Con el respeto, cariño y devoción de siempre, me repito muy afectísimo suyo,

GASTON F. DELIGNE





POESIAS (*)

(*) Como se indica en la *Advertencia* preliminar, aquí sólo se incluyen las poesías de Deligne, dispersas, que no figuran en *Galarippos* ni en nuestro libro *Del Romancero dominicano*. Han sido recogidas, salvo el poema *Soledad*, en los siguientes periódicos: *Soldado, pulpera y comentador*, en *El Teléfono*, S. D., No. 282, 19 ag. 1888 y *La Cuna de América*, S. D., No. 20, ag. 1903; *A Colón*, en *El Boletín del Comercio*, S. D., No. 183, 10 sept. 1888; *A Teté*, en *El Teléfono*, S. D., No. 377, 29 junio 1890; *Latinos*, en *El Eco de la Opinión*, S. D., 12 oct. 1892; *Josefa A. Perdomo*, en *Listín Diario*, S. D., 15 junio 1896; *Esbozo típico*, en *El Eco de la Opinión*, S. D., 28 ag. 1897; *Montbars el Exterminador*, en *La C. de A.*, S. D., No. 62, sept. 1904; *Del Trapiche*, en *La C. de A.*, S. D., No. 64, sept. 1904; *Las Sanjuaneras*, en *La C. de A.*, S. D., No. 25, 23 junio 1907; *Dolorosa*, en *La C. de A.*, S. D., No. 58, 9 feb. 1908; *Cineraria*, en *La C. de A.*, S. D., No. 66, 5 abril 1908; *A la Reina del Carnaval*, en *La C. de A.*, S. D., No. 69, 26 abril 1908; *Esquela*, en *La C. de A.*, S. D., No. 83, 1908; *Homenaje*, en *Blanco y Negro*, S. D., No. 75, feb. 1910; *Himno de los doce*, en *Ateneo*, S. D., dic. 1910; *En los canales*, en *La C. de A.*, S. D., No. 10, 16 junio 1912; *Del Humo*, en *La C. de A.*, S. D., No. 12, 30 junio 1912; *Relato del Bohemio*, en *La C. de A.*, S. D., No. 14, 14 julio 1912; y *Sor María de las Nieves*, en *Ateneo*, S. D., 10 feb. 1912. En el breve folleto *Romances de la Hispaniola*, de Deligne, Prólogo de Domingo Moreno Jimenes y Notas del Centro Literario Hermanos Deligne (Imprenta Cervantes, San Pedro de Macorís, 1931, 31 páginas), se insertan las siguientes poesías de Deligne: *Visita a la Isabela*, *La Intervención*, *Montbars el Exterminador* y *Del Trapiche*.

La poesía *Incendio*, que figura en primer término en esta colección, la hemos transcrito del original de Deligne. El valioso manuscrito nos ha sido confiado, para su custodia, por el Lic. Virgilio Díaz Ordóñez. Esta poesía, probablemente inédita, es, quizás, la más antigua composición poética de Deligne, conocida.



INCENDIO

Dormida está la ciudad,
bajo los limpios reflejos
de una luna sin mancha
en un nacarado cielo.

Allá lejos zumba el mar;
acá suspira el misterio
y en las hebras de la luz
flota en su hamaca el silencio.

¡Qué de fantasmas de rosas,
en blando revoloteo
invaden calladamente
los cortinajes del lecho!

¡Qué tropel de diminutos
y ágiles duendes aéreos
se deslizan impalpables,
paz y calma repartiendo!

Todo, hasta el aire, es marasmo,
todo, hasta la luz, es sueño;
todo, hasta el duelo, es quimera:
¡sólo el mal está despierto!

De cuya presencia adusta,
de cuyo empuje soberbio,
hablan, gritan las campanas
con vibrante clamoreo.



Y allá al lado del poniente,
entre oleadas de humo denso,
asoma el robusto monstruo
su roja cresta de fuego.

“Venid” parece que dice;
parece que clama: “os reto”,
con su ruido de agua grande,
con sus crujidos siniestros.

¿Quién no lo vió...? Era uno solo,
y revistió en sus efectos,
los mil tonos, las mil formas,
de un espantable Proteo.

Como niño que en petardos
entretiene el raudo tiempo,
así niño en unas partes,
todo lo estallable uniendo,
estallaba en un volcán,
del raro volcán contento.

Enamorado, otras veces,
del uno al contrario extremo
iba hablando con su amada
a puras lenguas de fuego,
hasta perecer con ella
en blancas cenizas vuelto.

Ora bajando intranquilo,
ya presuroso subiendo,
ya contra el viento accionando
ya corriendo contra el viento;
escudriñando unas veces,
otras veces destruyendo;
dormido como un león,
en súbito apagamiento;
para surgir más robusto,
más voraz y más tremendo;



Incendio

Dormida está la ciudad,
bajo los limpios reflejos
de una luna sin manchas
en un macarado cielo.

Allí lejos querrá el mar,
sea suspira el misterio
y en las hebras de la luz
flota en su hamaca el silencio.

¡Qué de Santaservas de penas,
en dando revoloteo
invaden calladamente
los cortinajes del lecho!

¡Qué tropel de diminutos
y ágiles duendes aéreos
se deslizan impalpables,
paz y calma repartiendo!

Todo, hasta el aire, es maraca,
todo, hasta la luz, es duende,
todo, hasta el suelo, es quimera,
¡solo el jornal está suspiro!



De cuya presencia, adusta
de cuyo siempre subterfugeo,
hablan, gritan, las campanas
con vibrante clamoreo

Y allá, al lado, del horizonte,
vibra oleadas de humo, densas,
adorna el robusto mastro
su roja cresta de fuego

"Tenid" parece que dice,
parece que clama: "¡os reto!"
con su ruido de agua grande,
con sus crujeos sinvestidos.

¿Quién no lo vio? Era, uno, sólo,
y resistió en sus efectos,
los mil bonos, los mil gremios,
de un espantable Doble

Como vino, que es, potencias
entubiere, el paudo buefio,
así vino, es, unas frías,
Podo lo estallaba unuendo,
estallaba en un volcán,
Del raro volcán, contento



3
Enamorado, tras veces,
del amor: al continuar estremo
iba hablando con su amada
a pocas lenguas de fuego,
hasta que con ella
en blancas cenizas vuelta.

Sea profundo, intranquilo,
ya pascurioso sabiendo,
ya concha el viento accionando
ya sonriendo contra el viento,
escudriñando unas veces,
otras veces, destruyendo,
dormido como un león,
en súbitos apagamientos,
para surgir más robusto,
más voraz y más temerario,
con profundidades de abismo,
con escalofrío de vértigo,
era tristemente grande,
era noblemente Petrarca
y hermoso terriblemente
aquel conflicto de incendios!



Pero, más hermoso, aún,
el palanque del esfuerzo
que supe el camino a tierra,
e junto a las primas, de la vida.

Y más hermoso el que, cuando
sus Jesucristos no ha, muerto;
que el mal sólo es transitorio,
que el bien es el sólo eterno.

Porque, sabe acaso el ave,
después que el vuelo va lejos,
lo que la rama quecía
y el árbol cuando se hincó en el suelo?

Yo sólo he conocido,
al ir y al volver, de la vida,
que el mal, en un momento, en las tormentas,
está pronto a volar del cielo!

José F. Delgado

1983



con profundidad de abismo,
con escalofrío de vértigo
era tristemente grande,
era noblemente tétrico
y hermoso terriblemente
¡aquel conflicto de incendio!

Pero más hermoso aún
el alcance del esfuerzo
que trajo el coloso a tierra,
junto a las ruinas deshecho.

Y más hermoso el que prueba
que Jesucristo no ha muerto;
que el mal sólo es transitorio,
que el bien es el solo eterno.

Porque ¿sabe acaso el ave,
después que el ciclón va lejos,
lo que la rama querida
y el dulce nido se hicieron?...

Lo sabe la caridad,
y es solamente por eso
que abre, mirando a las víctimas,
¡su manto color de cielo!

1883.



SOLEDAD(*)

PRELUDIO

Así como es natural
que un limpio y sereno río,
se arrastre turbio y bravío
en un recio temporal;

y que en sus aguas revuelva
—de entre lo mucho que arranca—
el limo de la barranca
con pedazos de la selva;

cuando rueda el egoísmo
de la sociedad en pos,
¡no es nuevo que falte Dios
y esté presente el abismo!

Ni que esos tiempos de espanto
arrastran entre sus giros,
¡historias que son suspiros,
narraciones que son llanto!

Hay una, en sustancia igual
a la antigua del Edén,
donde es holocausto el bien
y gran sacerdote el mal.

(*) Publicado en folleto: *Soledad*. Narración en verso, por Gastón F. Deligne. Editor, Epifanio Martínez. Santo Domingo. Imprenta de "El Quisqueyano", 1887 (25 páginas).



Cuando fué, bajo el mirar
estaba del mundo entero,
cual Job en su estercolero,
¡la Patria en el muladar!

Desnudas las ambiciones;
hazañeros los delitos;
dentro de cuerpos marchitos,
pestilentes corazones;

y arriba, el mandante-rey;
luego, la real camarilla;
después, la turba sencilla,
y más abajo... ¡LA LEY!

SOLEDAZ

La carta de la abuela
en sustancia decía:
que con urgencia y con afán pedía
la remesa veloz de la chicuela,
con su elocuente persuasión, la escuela,
la ciudad con su espacio y su cultura,
¡y ella con no saciada y gran ternura!

Decía: que hasta su oído
trajo el viento en que todo se despacha,
noticias de su gracia y gentileza;
y —según su opinión— no había nacido
para bordar el campo esa muchacha,
para idilio ramplón tanta belleza.

Que si acaso pensaba
la madre (que era su hija) en el cuidado
que la niña gentil la mereciese,
pensaba punto más que en lo excusado;
y que era bueno y santo que supiese
que, siendo ella su abuela,
era su madre doble... ¡y que bastaba!



Y bastó, para alzar entre la choza
de aquellos retirados labradores,
un aura que protesta y que solloza:
—¡ella!... ¡la única hija!... ¡sus amores!...
la traviesa que todo lo alborozaba...
¡a tantas leguas!... ¡con tan mal camino!...
¡Es locura!, ¡es crueldad!, ¡es desatino!...

Pero como la vieja
en su estilo derrama
un nervio que antes manda que aconseja,
acabó en que mojadas las mejillas
con el dolor del que se ausenta y ama,
cambiase su laguna la mocosa
por la ciudad que cuenta en sus orillas
las tranquilas y turbias del Ozama.

De esto ya hace algún tiempo; pero es cosa
verde aun de la abuela allá en el seso,
la humedad de aquel beso,
el apretón —que casi la sofoca—
con que al llegar, la saludó esa loca,
que debiendo llamarse Candelaria,
nombre en que entra por mucho la candela,
se llamó Soledad, como su abuela.

De esto ya hace algún tiempo: pues sabía
la moza, a la sazón, cuanto le enseña
el aula de una vieja honrada y pía:
su dedo de lectura,
su adarme de escritura,
y dos puntos o tres de *guariqueña*.

Lo que con ser tan poco no impedía
que de sí despidiese la doncella,
un perfume y color como de rosa,
y unos rayos también como de estrella.

Exceptuando la carta lacrimosa
que su nativo campo le enviaba,
larga, muy larga, pero no importuna;
de su nativo campo recordaba



la laguna no más y su embeleso,
y recordaba eso
sobre cualquier celaje de la cuna,
porque allá cuando en ella se miraba,
¡reflejaba dos soles su laguna!

No hay que hablar de los pájaros cantores,
ni del paterno rancho,
ni del can a que tuvo más cariño;
pues cuando no se sabe, se adivina
que ello es todo muy ancho,
para caber bajo el menudo aliño
de un estrecho corpiño
de pana, de satén o popelina.
No cultivaba flores:
este caribe sol, esta agria zona,
y un su anhelo escondido —que es su encanto—
de acabar de ser niña y ser persona,
¡no le dejaban tiempo para tanto!...

En cambio, se eslabona
a la férrea amistad de una muchacha,
de más edad y menos vivaracha,
de menor estatura, y no tan mona.
Y tanto se eslabona,
que, según el sentir de los vecinos,
eran Cástor y Pólux femeninos.

Se llamaba Consuelo.
Y viendo Soledad que ya arrastraba
su pedazo de traje por el suelo,
se fué a hablar con la abuela del asunto;
y habiendo controversia sobre el punto,
armó una batahola
muy digna del motivo y del empeño:
jeremió; puso hocico, puso ceño;
cedió la abuela, y le pusieron cola.

Lo que, en resumen, era
trasladar a su antojo y albedrío,
los maduros racimos del estío
¡al mismo corazón de primavera!



¡Muchacha más muchacha! Los engaños
que otras mujeres saben
para apagar u oscurecer los años,
en su pequeño corazón no caben.

Si por algo se apura,
si alguna desazón la acosa interna,
es la de ser, como la fruta tierna,
a solo y puro sol, agria y madura.
Y como ya la cola
y el gusto y el afán y la estatura,
con su potencia sola,
la hacían mujer desde la cola al cuello,
echó de ver que le faltaba *aquello*.

Y lo tuvo en un hombre
que nació con amor hasta en el nombre.

Aún estaba en botón su joven alma,
para tomar eso de amor en serio;
pero como la madre de Eleuterio
(siendo Eleuterio un botarate a ciegas)
delante de cualquiera le decía:
“tú pareces mujer en que no niegas”;
se fraguó Soledad un silogismo,
que no se lo fraguara el diablo mismo,
del que salió como forzoso *ergo*,
lógico, terminante y peregrino,
¡que no decir que no, es muy femenino!

De esto, además, los pechos femeniles
no son ni deben ser ningunos bronces.

De esto, además, Consuelo ¡tan pequeña!
y que sólo le gana en tres abriles,
¿no era de otra alma dueña?
¿no se estaba casando?... ¡Pues entonces!...
Eso sí, con un gesto,
cuyo igual fué pretexto
para poblar el cielo azul de huríes,
y con las mieles de la dulce boca
—hecha de pomarosa y caimonies—;



formó unas condiciones,
que el bueno de Amador nunca traspasa,
y que encierra un renglón de estos renglones:
Amador, en la esquina; y yo, en mi casa.

Y pasó de este par de corazones,
sobre la amante y desigual porfía:
al decir de Amador un solo día;
¡y según Soledad, dos estaciones!

Al cabo de las cuales,
dichoso tú, dichoso tú, Jacinto
(Amador a Jacinto le decía),
que no sabes de angustias ni de males,
porque mora la paz en tu recinto.
Dichoso, porque en breve tu Consuelo
¡te ha de llevar hasta el dintel del cielo!...

Yo que amo a Soledad, yo que la adoro
como al recuerdo de mi madre muerta,
mientras camino más con paso inquieto,
más me huye el cielo su lejana puerta!...

¿Por qué en esta contienda de la dicha,
nuestro esfuerzo y vigor han de ser vanos,
y ha de ayudarnos la mezquina ayuda
de los mezquinos soles mejicanos?...

¡Y quién le hubiera dicho al buen casuista,
cuando alzaba este grito atribulado,
que andaba de su amor sobre la pista
quien, por andar en máquinas de Estado,
¡era probablemente maquinista!

Todo le vino junto y detallado
en el filo sutil de unas razones
que brotaban malicia a borbotones.

¡Ah, de esa herida en la glacial viveza,
sintió rabia, estupor y desvarío;
toda la hirviente sangre en la cabeza,
y todo el corazón yerto y vacío!



“Si le he amado o si no, nunca lo supe;
de lo cual imagino y hasta infiero
que hemos hecho de amor un mutuo ensayo:
otro me ha pretendido, y yo le quiero;
pues por más señas, me desposo en mayo.
Su amiga, Soledad”. Esto era todo.
Y haciéndolo el infierno de otro modo,
no estuvo de ese amor gran tiempo ufana.
En momento fatídico y aciago,
vió el huerto mustio, tenebroso el lago
y oscuro el sol de su primer mañana.

Y en lágrimas rompiendo, se enajena
a aquel dolor que ruge y que devora,
cuando es grande el motivo de la pena,
¡y es la primera vez en que se llora!...

Y en tanto que en la red de su agonía,
agitada y sombría,
en sus ardientes lágrimas no cesa;
¡entre el ropaje de la sombra espesa
culto Satanás, se sonreía!

AMADOR

De una mesa delante;
en cuarto que se apaga o se ilumina,
ya a la luz mortecina,
ya a los bruscos y vivos resplandores
de una lámpara mustia y expirante,
se encuentran Amador y sus dolores.

De aquella Soledad de sus amores,
le dejaba el pesar un blando eco
y una santa memoria postrimera;
como suele posarse en campo seco
una tribu de pájaros, viajera.



Soledad le escribía:
 pero, ¡qué tono aquel tan reposado!
 ¡qué miedo del futuro y qué cuidado!...

¡Ah, de la vida en los revueltos mares,
 es cosa tan terrible como cierta,
 que siempre que el carácter se despierta,
 el carácter despierta en los pesares!

Era de Soledad —¡quién lo diría!—
 este apacible y tembloroso acento,
 esta mansa elegía,
 tan llena de ansiedad como tormento:
 “¡Amador! ¡Amador! De mi pasado,
 todo el recuerdo en lágrimas inundo:
 que pudiese caber, no había pensado,
 ¡un amor como el vuestro en este mundo!

La voz que de los hechos se interesa,
 me ha dicho consternada y conmovida,
 que porque el viaje de la vida os pesa,
 queréis violento acelerar la vida.
 ¿No lo sabéis?, ¿no lo sabéis?... Mi sino
 salió de llanto y aflicción cubierto;
 ya que ha sido el desierto mi camino,
 ¡no reguéis vuestra sangre en mi desierto!

¡Vivid!... ¡vivid!... Os guarda en sus fulgores
 el ancho porvenir, nueva alborada;
 ¡ah, y perdonad, viviendo, los dolores
 de esta niña inocente y desdichada!”...
 ¿Desdichada?, ¡la infiel!... ¿Por eso acaso,
 cediendo a lo brutal de su condena,
 he de volver hacia la vida el paso,
 y hacerme esclavo eterno de la pena?...

Más grande que el sopor de su desierto,
 hay una inmensa y tenebrosa calma:
 velando a un corazón que ya está muerto
 ¡la sepulcral tranquilidad del alma!
 Yo seré la visión que la persiga;
 yo el miedo que la espante hora tras hora;



yo la voz que en las sombras la maldiga...
pero ¿por qué está triste?... ¿por qué llora?...

¡Viviré, viviré! ¡Ni que me apura
que gima el alma a la aflicción sujeta,
cuando son la tristeza y la amargura
un poco de lo eterno, en el planeta!
Porque vendrá aquel tiempo en cuyo manto,
nada en el cielo o el abismo asombre;
en que sin dudas ni ilusión ni espanto
lo saque el hombre todo, desde el hombre:
pero, ¡jamás!, ¡jamás!, mientras palpite
la entraña de la sangre en su corteza,
jamás evitaremos que se agite
¡y nos cerque y acose la tristeza!

Y al soplo de estas auras más tranquila
la funesta inquietud de su cabeza,
ante la luz que agonizante oscila
y el silencio letal de la alta noche,
por la vez postrimera
le escribe a Soledad de esta manera:

“Huérfano casi nací;
no supe de albas serenas:
de mis males, de mis penas,
¿por qué he de culparte a tí?...

Lo que tu carta dispone,
lo concede mi lealtad:
¡mucho te amé, Soledad,
para que no te perdone!

Si del mal entre los lazos,
te hallares sin paz ni abrigo;
siempre tendrás un amigo
que te reciba en sus brazos.

Si abandonada de Dios,
el mundo te fuere estrecho;



llorarás sobre mi pecho,
y ¡lloraremos los dos!"

Puso, y bajando luego del abismo
de hondas filosofías
hasta el lecho letárgico y profundo,
en que desde el gran triste Jeremías,
se sumergen los tristes de este mundo;
en la región entró, y en el tormento
de aquel brumoso y gran sonambulismo,
en que, consigo a solas, a sí mismo
¡se escucha y se conversa el pensamiento!

De aquel letargo le volvió a la vida
en rápida y violenta sacudida,
una bullente y retozona queja,
un céfiro amoroso que le espanta:
el timbre de una voz que alegre canta,
¡el son de una guitarra que se aleja!

LEVADURA DE UNA GUERRA CIVIL

Uno de esos curiosos ambulantes,
rebuscón de las causas y sentido
de lo que vió su independiente vista,
de lo que oyó su independiente oído;
con mucho más de cazador que artista,
del un barrio pasando a los distantes,
ya esta huella siguiendo, ya esa pista;
en el recinto de papel encierra,
de una cartera chica y minuciosa,
las palabras que entonces produjeron
lo común, lo vulgar, que es una guerra;
y una guerra civil, que no es gran cosa.



Las atrapó, cuando en tropel subían
a oscurecer del éter los fulgores;
(porque el limo social, como la tierra,
suele mandar al éter sus vapores).

Raudo las atrapó, cuando ascendían
con sordos estallidos,
envueltas de las auras en el manto,
para volver en nieves de gemidos
¡y en rayo y tempestad de muerte y llanto!

Y aunque de esos tejidos
fuese más de una mano la hilandera,
siendo el fin y el propósito uno solo,
con sus puntos y guiones
se transcriben en estas relaciones
tales como los guarda la cartera.

—¡Fulano!, ¡el gran fulano!
Hasta ayer un petate;
hoy el más hueco y orgulloso y vano.
¡Qué insigne y qué valiente botarate
el tacaño de ayer, mísero y blando;
ya no hay chico ni grande que le afronte!
¿Cómo subió?... ¡Adulando y adulando!
Como no sé adular, me boto al monte,
¡y subiré como subió Zutano!

—Yo conozco un camino
del que puede escribir quien de esto escriba,
que es seguro y fatal como el destino:
¡audacia, mucha audacia!, y ¡hasta arriba!

Todo el toque está en esto:
cuando se encuentra un escalón, se sube;
si fuere zanja y no escalón, ¡se brinca!
—Conque es guerra ese apresto,
conque es guerra ese ruido y esa nube;
¡pues se ha abierto la zafra de mi finca!
—¡Hay sus facilidades!...
más que de barbilindos mequetrefes,
son las gangas y logros, de los jefes.



Verdad de estas verdades,
 en el caso se explica
 de aquella Soledad... de aquella chica...
 Hay sus facilidades
 en siendo jefe... en siendo...
 ¡Vamos!, ¡que yo me entiendo!
 A esta guerra me llevan... ¡Soledades!
 —Ya a aquél se le olvidó cómo se abusa;
 ya ni siquiera usa
 su cínico y hediondo desparpajo:
 alguno se lo dijo de corrida.
 Sí, le vamos a dar una cogida,
 ¡una cogida!, ¡cuando esté debajo!
 —Pueden contar conmigo de seguro
 si aseguran el pago de esos reales:
 estoy en grande apuro;
 y muy dispuesto a remediar mis males,
 si en más peligro, con menor trabajo.
 —La vice... o bien, las vices;
 la Aduana o las Aduanas,
 y cuando no, ¡algún fértil ministerio!
 Algo de eso me guarda este misterio,
 algo de eso me aguarda en las jaranas
 donde estoy sumergido
 de la punta del pie hasta las narices.
 —Por ver a ése, caído;
 no digo yo a una guerra,
 ¡a veinte guerras, a dos mil, iría!
 —Para purgar la nunca sana tierra,
 no hay *Leroy* ni sal de *Epson* —¡es probable!—
 como aplicar a tiempo su sangría
 al enfermizo cuerpo del Estado.
 ¡La cita es de Dantón, que lo entendía!
 Que en un bostezo largo,
 me trago todo el viento de la calle;
 porque se encuentre el pan de yuca, amargo,
 y la moneda cabalgando se halle:
 ello vendrá de suyo; ¡y sazonado!



¡si se le aplica a tiempo su sangría
al enfermizo cuerpo del Estado!

Que estoy en candelero, y soy empleado;
pero ¿me ata las manos la curiosa,
la extensa vista de una inmundicia harpía?...
¡No se hable más!, ¡volando!, ¡su sangría
al enfermizo cuerpo del Estado!

Y es en mí la tal cosa,
de un modo tan extraño y hasta chusco,
que yendo yo a esta guerra milagrosa,
¡no sé qué se ha perdido ni qué busco!
—Como hay quien la lengua no se muere,
como soy enemigo del que pierde,
y como está en agraz esta faena,
no digo por lo pronto sí ni no.

—Yo voy, porque me falta un buen reloj .
—¡Y yo, porque me falta... una cadena!

Gran lástima, por cierto, grande pena,
que conjure sus tenues luminarias
tanta pasión pequeña y mal nacida,
¡para encender la lumbre entristecida
de las blancas antorchas funerarias!

Gran lástima, que a humanos corazones
les hostigue tan burdo y vil anhelo,
y les falten tan ruines eslabones:
porque hablando después el desconsuelo,
suelen hacer más falta los crespones.

Y como es viejo, que en algún nublado
rompa solo y aislado
un resquicio de azul, las hondas nieblas;
y es viejo, que dormite rezagado
un rayo de la luz en las tinieblas;
en esa, que fué junta del abismo,
de aquel oscuro horror entre la esencia,
¡estuvo —aunque ignorado— el patriotismo:
estuvo —aunque sin voto— la conciencia!



Mucho villano empeño,
 mucho convulso y amarillo ensueño,
 vió pasar el curioso a su presencia
 y los dejó el papel en el mutismo;
 para asentar, cuando veloz brotaba
 del labio y corazón de Amador mismo,
 este ardiente pedazo de lirismo,
 salpicado, no obstante, de experiencia:
 —¡Combinación siniestra de la suerte!—
 ¡Quién ayer me diría,
 que adversario Jacinto me sería
 en este grande afán de vida o muerte!

¡Y yo voy!, ¡y yo voy! Porque se embriaga
 en la carne social, ya corrompida,
 la fétida legión de los gusanos.
 Ya, si en alguna sien poso las manos,
 siento que la razón gime o naufraga,
 bajo el sangriento cauce de una herida,
 bajo el profundo foso de una llaga.

¡Y yo voy! Porque noto
 que allá en la cima, esa infección mantienen;
 ¡que desde allá nos bajan y nos vienen
 la peste y el ciclón y el terremoto!

Yo voy porque se acaba la conciencia;
 porque no busca el mal, causa o pretexto,
 porque es santa la sorda indiferencia;
 ¡porque es recurso de una infamia, un puesto!
 —De esta guerra en embrión —dijo el curioso—
 ese discurso juvenil y brioso,
 pudiera ser reclamo y estandarte;
 pero es sólo monólogo y aparte.

Consecuencias precisas:
 todo ello acabará —siguió el curioso—
 ¡en muchas cruces, y bastantes misas!

Todo ello ha de acabar (y si es que miente
 lo que yo afirmo, que me nazca suegra)
 en largá venta de la indiana negra,
 la Irlanda, el *duck* oscuro y el velillo.



Y acabada la glosa maldiciente,
se guardó la cartera en el bolsillo.

Pero, ¿de dónde, quién así se alegra?
¿De dónde ese curioso que dispara
—con crueldad tan extraña como inmensa—
los dardos de la burla y la ironía,
delante del dolor que se prepara,
delante del dolor que se condensa?

Para hacer tanto, si se juzga y piensa,
ese curioso y burlador sería
lo que en este dilema cabe entero:
o *rancio nacional* o forastero.

DE TRISTIBUS

Era en el novilunio; insuficiente
el ámbito a aclarar del bajo suelo;
pero en su angosta pequeñez bastante
para nublar los astros en el cielo.

Al término distante
y oscuro y nebuloso de Occidente,
el apacible paso dirigía;
cuando abatida la gallarda frente,
ya roto de su vida el hondo anhelo,
de la triste Consuelo,
la triste Soledad se despedía.

Allá fuera bullía
algo que, como el céfiro, susurra;
allá fuera corría
algo como el rumor de un hervidero.
¡Era la vida, el implacable hurra
de la alegre barriada y su hormiguero!



Unas grandes y bélicas acciones,
 y unos arcos de triunfo y unas palmas
 movían, de aquella noche en el misterio:
 ramas y pechos, manos y azadones.
 Cuyos diversos y mezclados sonos,
 en esas mustias y llorosas almas,
 en esos dos hermanos corazones,
 sonaban como a nota de amargura,
 sonaban como a son de cementerio,
 ¡sonaban como a son de sepultura!
 —¡Adiós, Consuelo, adiós!... Así exclamaba
 con el acento que el pesar reviste,
 la voz de Soledad, su inmenso duelo;
 y estaba, húmeda en lágrimas Consuelo,
 y Soledad, con la mirada triste.

—¿Y así te vas?... Cuando benigno el cielo
 me concede la dicha de llorarle,
 ¿me dejas con mi pena y mi agonía?...

Me acuerdo bien, me acuerdo bien: llovía;
 una menuda lluvia, a veces rota;
 hacía una luna entre el nublado, mustia;
 estaba el ancho azul como de angustia,
 ¡y muy callada la ciudad, muy fría!...
 Yo fui...; ¡le habían traído!...
 En las calles me azota
 el hielo que en los céfiros se exhala
 de la región polar yerta y remota.

Bajo el golpe de amiga y roja bala,
 ¡bajo el hermano plomo, había caído!,
 el cuerpo, lacio; ¡el corazón, partido!

Yo no había visto a un muerto en sangre tinto
 y lo estaba Jacinto... ¡mi Jacinto!...

Yo le vi... yo le vi... Mientras se alzaba
 en mi aterido espíritu el espanto,
 quise llorar... pero sentí que estaba
 en las fuentes del lloro, ¡helado el llanto!



Y tú mi pena y mi dolor no mides,
y tú mi pena y mi dolor no abonas,
¡y cuando estoy llorando te despides!
¡y cuando estoy más triste me abandonas!...

Si en otro tiempo tan unidas fuimos
bajo la luz y los floridos ramos,
¿por qué en el huracán nos dividimos?
¿por qué en la adversidad nos separamos?
—Nos separa la guerra. En sus horrores
quedó a cenizas leves reducida
la esperanza más bella de mi vida,
¡el infinito amor de mis amores!
Yo, que nublé tu fúlgida alborada;
yo, que en tu senda fuí, como sombría
emanación de lóbrego desierto;
¡Amador! ¡Amador!, yo no sabía
que te llegase a idolatrar, ¡ya muerto!...

¿No lo sabes, Consuelo?... Yo le amaba
como quieren los tiernos corazones,
¡porque siempre le vi en mis aflicciones,
porque siempre le vi, cuando lloraba!...

Llegué a pensar; ¡y por qué no!, que a veces
el cielo recordaba a los que lloran,
a las almas que tímidas imploran,
más con voz de amargura que de preces.

Yo aguardaba una fúlgida sorpresa;
porque con luz divina y sosegada,
¡más que su fuego, Amor, en su mirada
puso la Redención una promesa!

¿Por qué si de esta lucha le extrajeron
—la noble vida ilesa—,
por qué con él hicieron
lo que los tigres hacen de su presa?

De esta guerra llorando los deshechos,
de esta guerra llorando los destrozos,
¡se deshacen en lágrimas los pechos!
¡se deshacen las almas en sollozos!...



—¡Soledad, no te vayas!, ¡no te vayas!
 Ya que a tan tristes y desiertas playas
 nos arroja el dolor, rudo y sombrío;
 relátame el afán que te consume,
 y yo te contaré cuál es el mío.

Tal vez así nos baje de lo inmenso,
 algún santo rocío,
 alguna dulce y apacible calma,
 que mitigue esta angustia, en que nos sume
 la orfandad más doliente, ¡la del alma!

Háblame de Amador y de tu historia,
 yo te diré de mi cariño intenso;
 y verás como tierna reverdece,
 y de los dos como a la par florece
 cual una primavera, ¡la memoria!

—Tú lo ignoras, Consuelo. Allá en mi campo
 desciende con el día,
 el blanquecino lampo
 de una grande y glacial melancolía.

¡Ese es mi porvenir, ese es mi centro!...

Necesito acá dentro,
 un dolor mudo, ¡que jamás acabe!
 ¡Y quién sabe!... ¡y quién sabe!...

Tal vez mientras yo pueble en su memoria
 mi bosque melancólico y callado,
 su espíritu errabundo,
 de aquella soledad enamorado
 tal vez detenga el vuelo,
 y me escuche del bosque en lo profundo.

¡Adiós, Consuelo, adiós! Muerto mi amado,
 ya el abismo agotó su ardiente saña,
 ya el cielo no me guarda dicha alguna.
 ¡Yo me vuelvo a mi campo y mi laguna!
 ¡Yo me voy a mi pueblo y mi cabaña!...

(1887)



SOLDADO, PULPERA Y COMENTADOR

(UN PASO COMICO CUANDO LA RESTAURACION)

—Patrona, eche usted una copa
que el cuerpo abatido entone;
y si usted gusta, esa silla,
antes que aquí me desplome.

—¡Hoo—la paisaa—no! ¿es usted
o estoy mirando visiones?
¿U olvidó que de Guanuma
por regalo, prometióme
un par de orejas mambies
en dos varas de esos montes?
¿En dónde están esas varas?
y esas orejas, ¿en dónde?...

—Mire, patrona, estos pies
que en vida se me corrompen;
repare usted estas heridas,
de las zarzas desgarrones;
dígame si aquí entró plomo
o qué entró, si lo conoce;
averígueme si son
de la fiebre estos colores,
y juzgue si está de broma
quien tiene el cuerpo en girones.

Vió la patrona la ruina
y mirándola, afligióse.
Y piadosa, aunque mambí,



¿puede ella impedir que broten
y le tibien las mejillas
dos espesos lagrimones?

—Paisano, cuando usted quiera
naranjada que le aplome;
caldo abundante y jugoso
que le reanime y conforte,
o una taza de café
servida de mil amores,
lléguese aquí, que es su casa;
donde pienso a más, que sobre
quien le cure sus heridas
y respete sus dolores.

—Bendiga Dios esa boca,
patrona, y esas razones:
cosas así me decía
mi madre, que de Dios goce.

—¿Sabe usted lo que es venir,
creyendo llegar señores,
y hallarse con que es la tierra
una mar de rebeliones?...
¿Sabe usted lo que es topar
con unos tipos feroces,
que —porque os odian— se mudan
como a su casa, a los montes?...

—Pues, ¡y marchar a Guanuma!
Bajo un solazo que os sorbe,
unos pantanos podridos
que os estancan y os corrompen:
para cuestras que os abruman,
espinazas que os destrocen.
¿Y sosiego...? ¿Lo hubo acaso,
patrona, ni en día ni en noche?

¿Es la del rancho?, pues ¡firme!,
que andan duendes por el bosque;
¡armados, que es un contento!,



¡disparando, que es un goce!
Y a batallar con la selva,
porque el corro, disolvióse.

¡Y ahí es nada! Bueno es ver
que tras de tales primores
abriéndose, la manigua
un bronco mambí os arroje:
con ropas, cintura abajo;
con patriotismo, ¡hasta el tope!
Un pañuelo en la cabeza,
en la boca dos canciones,
y arriba del brazo izquierdo
de un rojo trabuco el cobre.
Santa Teresa, y ¡candela!
moño con ganchos y ¡sople!;
y échele después un galgo,
que diera lo mismo un gozque.

Y en seguida y a diez pasos,
cuando no el dicho, otros hombres
con armas por el estilo,
y con las mismas canciones.
Que les derribamos uno,
¡si ya nos tumbaron doce!
¡Es esto costal de paja,
pues digo!, ¿sino de bronce?...

Yo —ya cumplido— me largo;
e hicieran los batallones
con largarse retebién;
que ancha es Castilla, a la postre.
Muy bien dicho; ¡de eso a poco,
se fueron los españoles!

(1888)



A COLON

Te vi en el bronce de la estatua muda,
y me dije al mirarte: allí reposa;
cual tumba memorable, cuya losa
la indiferente multitud saluda.

Y sólo, junto a escombros y ceniza,
hallándote en el templo de la Historia,
pues que —pensé— le anonadó la gloria
y el bien le hizo traición, aquí agoniza.

Luego en las notas con que el alma hiere,
alzó el arpa en tu honor un noble canto;
y oyéndolo exclamé: durará tanto
como el perfume de una flor que muere.

Te he hallado, así buscándote, tan yerto
como el aire glacial que el polo espira;
fugaz en los arpegios de la lira,
triste en la Historia, y en el bronce, muerto.

¡ Mas, te busqué en tu mundo, en el que hiciste
de voluntad a fuerza no vencida,
y con sangre y calor y ardiente vida,
como un gigante, inmenso apareciste.

Quando encender a nuestro sol le plugo
los dos astros del Norte y Mediodía,



en cuya lumbre, del colono ardía
 como un hilo de seda, el férreo yugo;
 cuando a nueva invasión de extrañas gentes,
 y al soplo del Derecho concitada,
 brilló de Eponamon la dura espada,
 del dios de Arauco, el dios de los valientes;

Al sentir el vigor de las esclavas,
 al presenciar sus grandes bizzarrías,
 tú con la dulce Libertad reías
 y en tu obra palpitante, ¡palpitabas!

Quando en mayor velocidad que el viento,
 cundimos a través del oceano,
 la idea, la voz, el sentimiento hermano,
 ¿quién gozó como tú con el portento?

Y cuando al riel hiriendo los ijares,
 hecho rayo el vapor surcó los montes,
 o desdeñando nubes y horizontes
 cabalgó sobre el lomo de los mares;

Abierto el pecho a maravilla tanta,
 ¿no es verdad que orgulloso te gozaste?
 ¿no es cierto que gozándote, exclamaste:
 —son de mi tierra, de mi tierra santa?...

Sí, ¡de ella son esos prodigios graves,
 y ese de selvas incansable flujo,
 y ese lujo de flores, y ese lujo
 de frutas y de bestias y de aves!

En ella, haciendo con potencia unida
 que la suerte contraria el fallo tuerza,
 ¡brotan, en raudó ímpetu, la fuerza,
 y en tumultuoso manantial, la vida!

Aquí te encuentro siempre, a toda hora
 en que de ella sintiendo el alma llena,



¡tu América robusta me enajena
tu América gallarda me enamora!

Aquí te elevas grande y soberano,
cuando, oyendo a la fe que le avasalla,
en mis nobles Repúblicas batalla
y alcanza un triunfo el porvenir humano.

(1888)



A TETE

MI AMABLE AMIGA POR SU CORONA

¡Muy bien venida! En la fe
del más ambicioso sueño,
con triunfo tan halagüeño
ni contaba ni soñé.

Es más de lo que esperé
—si alguna esperanza tuve—;
flotar en gloriosa nube,
merced a quien sabe ser
como potencia, mujer,
y como mujer, ¡querube!

No en el laurel —que se muere—
no en la flor —que se deshoja—
está el que el alma la acoja
como mi pecho la quiere.

De ti viniendo, se infiere
que es lo sumo para mí;
porque si antes la luz vi
de las chispeantes estrellas,
tales chispas —después de ellas—
sólo las he visto en ti.

Y pues tal lumbre derramas,
y toda espíritu eres,



¡oh, perla de las mujeres!,
¡oh, diamante de las damas!
Pues a tu capricho inflamas
con fuego de simpatía,
diré, si llegase el día
en que alguno me lo inquiera:
—¡mi corona lisonjera
me la tejió la Poesía!

(1890)



¡LATINOS!

¡Oh, Lacio!, con tu cetro soberano
¡cómo la historia cambias y dispones!
Roma, la tierra inunda en sus legiones,
y las almas sujeta el Vaticano.

Rompe Florencia en un cantar lozano,
que es ley al corazón y las naciones;
mientras del arte el dulce yugo impones,
con el pintor de Urbino y el Toscano.

Pero tan alta gloria palidece
ante la estrella que brilló en la cuna
del marino de Génova dichoso;

mundo encontró, donde en igual fortuna,
la libre acción del pueblo resplandece
¡y el pensamiento libre es un coloso!

(1892)



JOSEFA A. PERDOMO

Ya se integró al espíritu fecundo
que un tiempo hiciera palpar su lira,
ya es átomo y celaje y blando efluvio
del perfume, la luz y la armonía.

Nos deja en sus melódicos cantares
inmaculado resplandor celeste,
como el halo divino de una estrella
cuando traspone trémula el Poniente.

Enamorada del ameno valle
y del florido soto fué calandria
que alguna vez al éter ascendiera
con la serena majestad del águila.

Gloria y honor del sexo en que el futuro
vincula honor y gloria y alegría,
fué de aquellas que irradian las virtudes
prez del hogar, que los hogares nimban.

Y es de aquellas criaturas venturosas
cuya vida fué salmo, hermoso y noble;
y ante cuyo sepulcro esparce adelfas
y ciñese la patria de crespones.

(1896)



ESBOZO TIPICO

(MEDIO A LO QUEVEDO)

Velando están a las doce
a quien velaba al de *a prima*,
y andan bebiendo en la muerte
de quien los vientos bebía.

Corre el velorio, rumboso:
marcha la fiesta, rompida;
de aquel para quien fué fiesta
cada sol que amanecía.
A la testa, la Altagracia;
el cirio sobre una silla;
sobre la cama, el jayán
y encima de él, cuatro heridas.
Por aquí salió, hecha sangre
y mosto, su brava vida;
no el alma, que no la tuvo
quien desalmado vivía.
Por excusar tal olvido,
y también porque no diga
la gente, prestó un vecino
a más de zapato, almilla:
quién busca unos pantalones;
quién regala una camisa,
quién allega al burdo catre
sábana al fin, si no limpia.
Y de esta guisa vestido,
casi decente en tal guisa,



estése en la cama el muerto,
y alrededor la pandilla:
¿Le lloran?... claro que sí;
pero son las obras pías
llamadas casas de juego
por el vulgo y la justicia:
los malos bailes le llaman
a las pasadas vigalias;
le gritan los alambiques,
del palo por las palizas.
De él se duele el contrabando
por las cápsulas que cría,
que más de éstas le vendió
que otras venden las boticas.
Está de gala el silencio;
y el escándalo de grima
se calla, porque acabó
quien del brazo le traía.
—¡Pues se llenó el medio almud!
dice, en voz enternecida,
de aguardiente y del velorio
(ya de pestañas caídas).
—¡Pues se llenó el medio almud!
dice *el Bobo* (y es malicia
que así le llamen), ni Dios
puede volverle a la vida!
Soñaba con ser Ministro;
¡logrado tal vez lo habría!
¡Y hasta más!... que de buen taco
fué entre los natas, natilla.
Pero no alcanzando a tal,
mas ni a cosa de hacer sisa,
¡véndase lo que tuviere,
para su entierro y su misa!
Y vienen al inventario
que al instante se improvisa,
amén de otros varios chismes
de menos prez y valía:



los dos revólvers, que son
 dos trozos de Historia antigua;
 páginas de cien combates,
 testigos de mil heridas;
 el machete, sempiterno
 aprendiz de Geometría;
 pero en trozos de tangentes,
 de consumada pericia;
 el cuchillo, que es de Collins,
 y de ello por ser, sería
 que fué en vida del difunto
 de puñaladas colina;
 luego el garrote, de un dicho
 parodia, mas negativa;
 pues se sacó sin razón
 y se guardó con falsía;
 y el estoque, que por arma
 como aleve conocida,
 hizo de aleve asador
 de las hurtadas gallinas.
 ¡Válgame Dios! Lo que pudo
 el uso en tales reliquias,
 ¡que al entierro de su dueño
 no ayudan, mas ni a su misa!
 Desechadas por no buenas,
 y de los autos en vista,
 y resumiendo el debate,
 así habló el *Bobo* y se explica:
 —Pues no se halla el hospital
 a ningunas doce millas,
 ¡quien a tantos puso en cama
 vaya señor en camilla!
 Y mientras los unos roncan,
 y los despiertos desfilan,
 allá se acaba el velorio;
 y el romance aquí termina.

(1897)



MONTBARS EL EXTERMINADOR

BALADA

A Don Federico Henríquez y Carvajal

En la noble, suave, feraz *Occitania*,
refugio de bardos y *Cortes de Amor*;
donde, a los embates del *mistral* poniente,
perfumando el aire "florece el limón";
Montbars, de una ilustre progenie, leía
crueldades de España y abuso y horror
que en la virgen tierra, recién descubierta,
rubricaba a sangre el duro español.

Montbars, de una ilustre progenie de bravos,
de fuertes, de grandes en el Languedoc,
de justicia hambriento, para hacerla firme,
partió de su pueblo... ¿Beziars o Narbonne?...

Cuando, rumbo a América, del Abra de Gracia
su frágil esquife las ondas surcó;
antes que alcanzara la elegante urca,
a prora se puso un tierno candor.

Era una avecilla, blanca como un cisne,
¿garza?, no parece, ¿o paloma?, no;
¡pero cuán serenos sus ojos azules!
su níveo plumaje, ¡qué triunfante albor!

¿Es el clima...? ¿el medio...? ¡Montbars piratea!
Su sed de justicia, ¿a dónde quedó?...
contra España armado, ensangrienta el ponto,
más cruel y más duro que el duro español.



Bajo una neblina, cauteloso asalta,
llevando la muerte, la devastación,
en México rico a Veracruz rica,
que expolió, robó, aterró, incendió.

Cartagena de Indias, con doloso engaño,
la negra flotilla mira con horror;
y se abren las arcas al pirata osado,
para que despeje la tierra y el sol.

Sobre la escuadrilla, temporal tremendo
en la capitana, potente abatió
un pájaro extraño, muy grande, muy tétrico;
un escalofrío, un miedo, un temblor...
Gris como las nubes; gris como los mares;
de las mobles jarcias, violento saltó,
quedando perchado, terrible y tranquilo,
perchado en el tope del palo mayor.

¡Se murió el pirata!... Mas anda en la nave,
en la misma nave con que pirateó.

Cuando del Atlántico viene hacia el Caribe,
su buque levanta el teucro ciclón

Un capote de aguas le envuelve; pasea,
solo, melancólico, babor y estribor;
de la proa a la popa, a la luz muriente
de un triste, indeciso, verdense farol.

El viento que pasa; las olas que chocan;
la noche, las nubes, la moble extensión,
parece que dicen, que gritan, que aúllan:

“¡Cruel!... ¡Asesino!... ¡Exterminador!...”

¡Y él mira y tremula!...; se encuentra allá arriba,
melancolizando la moble extensión.
un enorme pájaro, cual blasón siniestro,
perchado en el tope del palo mayor.

Es su pico, garra de dragón rampante;
sus plumas de endrina, coccíteo negror;
sus garras son garfios de acerada punta;
sus enormes ojos, prendido carbón.

(1904)



DEL TRAPICHE

*Para mi reciente y estimado
amigo Raúl Ábréu*

¡Asoma un sol discreto!... Ha rato, el campesino,
primero que empezaran los cielos a clarear,
sujeto a la coyunda ha puesto un par de bueyes,
sufridos, obedientes, serviles como un can.
Y salen del trapiche (burlando las ranuras),
del guayacán las muelas, como un enorme par
de labios leporinos, cuya risa sardónica,
para atristar la vista, sobre la vista cae.

El campo es una gloria... A mitad derribado,
¡cuánta caña de azúcar bajo la luz solar!...
¡Todo bejuco, a tierra!... Tienen cuartel tan sólo
aguinaldos... campánulas... y otras tales que tal...

Ya en el palo, los bueyes tiran, ansían, jadean;
su corazón enorme principia a palpitar;
el hombre canta un canto de un dejo melancólico,
pastoso y desigual:

—“¡Ah!... ¡Ah!...

¡Ah, de los bueyes, que el palo se va!”

La caña triturada, como una lluvia de oro,
en chorros continuados, baja, descendiendo y va
allí donde la espera la cuba, para hacerla
miel, dulce miel, panal.



El sol que la atraviesa con rayo matutino,
de través, como un puro y muy terso cristal,
sugestiona, persuade, que se ha liquefacto
la misma luz solar.

—“¡Ah!... ¡Ah!...

¡Ah, de los bueyes, que el palo se va!”

—Esa miel, que corre como una alborada;
él que la destila, él la cambiará
por un gran machete de esos que letrean:
los dominicanos, valientes sin par.

¿No tiene espejito?... ¡No le hace!... Prudente,
cosa que es de gusto él la adquirirá.
No hay como él un tipo; no hay como él un hombre...
¿Quién le ganará?...

—“¡Ah!... ¡Ah!...

¡Ah, de los bueyes, que el palo se va!”

¿Cómo es ella?... ¡vaya!... pero, ¿cómo es ella?...
Una colorcita lo mismo que el pan;
y sus ojos... ¡hombre!... pero su presencia
vale por sus ojos, que son un imán.

¡Qué talluda y firme!... ¡cuán fuerte y fornida!
¡Qué rabia de carnes!... Recia, dura, asaz
joven y simpática, es una mulata
¡para marear!

—“¡Ah!... ¡Ah!...

¡Ah, de los bueyes, que el palo se va!”

—De leer, no sabe; ni escribir, tampoco:
entonces él mismo se apersonará
y dirá a la moza lo que adentro tiene,
¡escarabajos... disturbios... y mal...!

Recuerda que el Cura lo dijo muy claro,
sobre el escribir, sobre el deletrear,
¿por qué en las cortezas estampar palabras,
que puede el sañudo leñador tumbar?...



¿A qué casar nombres en leños expuestos
al rudo huracán?...

—“¡Ah!... ¡Ah!...

¡Ah, de los bueyes, que el palo se va!”

—Si es que la enamora, a gusto de ella
aquel negro indio, terrible galán...

si ve que en la sala, que la habla al oído;
orgullosa... pavo... mentecato... cual...

y provocativo... pues con el machete
por mitad del cuerpo le ha de sajar.

El cráneo, partido por su mano fuerte,
echará a los lados, mitad y mitad.

¿Hay como él un tipo?... ¿Hay como él un hombre?...

¿Quién le ganará?...

—“¡Ah!... ¡Ah!...

¡Ah, de los bueyes, que el palo se va!”

Ya sube al meridiano el sol; y se amodorrán
cuantos en ese campo viven, pasan, están;
canta la abeja un himno muy ajeno al pentágono;
las locas mariposas, locamente se van.

Aquel que está en la hamaca, dormitando y estólido,
cuando la tarde avance, se ha de despertar;
y el canto melancólico y tierno y arbitrario
lo recomenzará.

—“¡Ah!... ¡Ah!...

¡Ah, de los bueyes, que el palo se va!...”

(1904)



LAS SANJUANERAS

A Federico García Godoy

A occidente las palomas
en bandadas pasan ya,
como heraldos veraniegos
de la aurora tropical.

Remontadas, en la calma
de la etérea soledad,
sus menudas manchas negras
tonifican la vivaz
explosión de azul de leche
que decora cielo y mar.

Y en la urbe consagrada
a Domingo de Guzmán,
las cofrades del Bautista
—bellas magas de hora tal—
a cumplir tradicionales
ceremonias, leves van.

Sol oblicuo, del naciente
se complace en alfombrar
con tapices de oro mate
su sendero matinal.

Y dejando atrás los muros
de la histórica ciudad,
y atrechando buen espacio
de un camino vecinal;
aunque consta que en su día



muy dormido está San Juan,
evocarle es necesario
con la copla de ritual:

—Desde el higüerito
hasta el naranjal,
buscando venimos
al señor San Juan.

Ni él parece, ni responde;
y sin él, se traen de allá
varas húmedas de higüero
y puchitas de azahar.

Y ora empieza la femínea
inocente bacanal;
las maracas, como tirsos,
como foro, la amistad;
un instante volandero
como puente del cantar,
y una danza, como aéreo
don a la hospitalidad.

Son las mozas más garridas;
el encanto y calidad
de la urbe melancólica
y del sueño colonial.

De refajo todas ellas,
sirve en grande a denunciar
la pureza de unas curvas
tentadoras por demás.
Que descienden ondulando,
pero que solivia audaz
de la breve zapatilla
el muy corto valladar.

Entre el seno erecto y combo
y el ambiente, sólo hay
el encaje y la blancura
perfumada del holán.
Y anudado a la garganta
el finísimo *foulard*;



con tal garbo, que del nudo
forma un pétalo floral.

En el par de trenzas luengas,
una rosa a cada par,
rosas blancas, rosas rojas,
vivas, más que en el rosal.

Hechas a las asperezas
del librito de rezar,
o a la cuenta de las cuentas
del rosario vespéral;
son sus manos —afiladas
y carnosas además—
como flores de molicie,
de afelpada suavidad.

Cuando no en la luz serena
y silente del hogar,
a la lumbre tamizada
de la amplia catedral,
son los rayos de sus ojos
la reversibilidad
de los lampos que se sorbe
el policromo vitral.

No turbada por pasiones
de rabioso tumultuar,
es su risa la sonrisa
de la Inefabilidad.

Y aunque junte lo devoto,
su tibieza a lo sexual;
tiene formas opulentas
su virgínea castidad.

De ellas no hablará la Historia;
pues no son ni lo serán,
ambulante articulado
de algún código penal.
Son perfume: ¡y ya se sabe!
después de aromatizar,
el perfume se disuelve
como un bólido fugaz.



Y las dulces sanjuaneras,
peregrinas de un ritual,
bravamente peregrinan
con su danza y su cantar;
y tan sólo tocan treguas
cuando sube el astro a la
coruscante apoteosis
de la pompa cenital.

(1907)



DOLOROSA

La madre entre los sitiados;
el padre, entre los que cercan;
y el infante primogénito
como un lazo entre él y ella.

El aura que los encajes
de la cunita menea,
quizás es beso ideal
que allí manda el que está afuera.

Por abreviar los instantes
de ver a sus dulces prendas,
tal vez su bravura es lábaro
en la enconada pelea.

La antigua ciudad resiste
con una loca firmeza;
con el insano tesón
de los bandos en demencia
que se exterminan, bajo una
no diferente bandera.

Para rendirla, un cañón
los sitiadores allegan,
cuyo roncador rugido
a las mujeres consterna;
y de rayas taciturnas,
frentes pacíficas pliega.

En una medrosa noche,
en que el Ozama se incendia
con el fuego de las balas



y el claror de las estrellas;
y en sus grutas, azoradas
las dulces náyades tiemblan;
y en que a solos de cañón,
coros de rifles alternan;
inflamado meteoro
pasó la carga siniestra
del bronce; destrozó setos,
abrió espantosas troneras,
cayó, saltando alocada,
en la alcoba placentera
donde duerme el dulce niño,
el dulce niño que cuenta
a la madre en los sitiados,
y al padre entre los que cercan.

Y hasta la cuna subiendo,
¡Ahrimán debió impelerla!,
apagó en un negro punto
aquella luz de inocencia...

Por abreviar los instantes
de ver a sus dulces prendas,
el padre batallador,
el padre que está allá afuera,
quizás si aprontó la carga;
tal vez si arrimó la mecha;
quién sabe si por sus manos,
en criminal inocencia,
¡arrempujó el fatalismo
de la espantable tragedia!...

Naricita, antes chatilla,
y ahora perfilada y seria,
muy grave carita hacéis;
¡Como si ya la experiencia
hubiéraos filtrado el zumo
de sus amargas adelfas!

Risa, que en salve a la vida,
errabas silente y leda



por los ojuelos curiosos,
¡cómo en ellos te congelas!

Cuán pálidas y qué mustias,
¡oh, manecitas inquietas—,
¡y cuál os molió la bala,
piernecitas circunflejas!...

Está la madre... no está...
Está el cuerpo. De sí fuera,
la sustrajo a la locura
la horripilante sorpresa,
sumergiéndola en las criptas
de una aplanada inconsciencia.

Como herida en el cerebro,
de un golpe se desmadeja;
el rostro sobre la cuna,
y ambas rodillas en tierra.

Y el arcángel Asrael
invisiblemente vela
a un muerto casi dormido,
y a una viva casi muerta.

Ya recordará; en pasando
el aguacero que olea
de balines silbadores;
cuando las vecinas vengán
y el cuerpecito embalsamen
con haces de flores frescas.

Ya despertará; en saliendo
la caja nívea y pequeña
con rumbo al patio severo
de alguna vetusta iglesia.

Entonces, desesperada,
puntualizarán su pena



y egoísmo doloroso,
añoranzas lastimeras.

¡No le besaré ya más
en la boquita bermeja,
babosilla y desdentada!

¡No le comeré a ternezas!...
No le cantará ya más,
al asomar las estrellas:

¡Zumbador! ¡Zumbador!
¡en tu piquitín
trae una estrellita
para el chiquitín...!

(1908)



CINERARIA

Durmióse el noble amigo muy temprano
a la atristada sombra de los sauces;
como un astro que en pleno meridiano
cayese de la noche entre las fauces.

Ya su valiente voz no clamorea
contra lo injusto, con clamor acerbo;
cual relámpago ardiente de la idea,
como trueno del verbo.

Se han cerrado sus ojos; esos ojos
de acerada firmeza centellante,
en que vibraban un fulgor de enojos
y una blanda expresión acariciante.

Fidelísimo espejo
donde, impregnando el alma su reflejo,
estampa la viva semejanza
de los que fueron sus más altos dones:
¡Fortaleza y Templanza!

Modelo de inflamados corazones,
un solo amor, una pasión bravía,
con ingentes señales
de plena posesión, marcó su pecho:
y aún rayana del sueño y la utopía,



sus actos impulsó por los canales
que fluyen de estas fuentes de armonía:
¡Libertad y Derecho!

¡Ni otra capilla, ni otro altar, ni otra ara!...
Como en rígido templo de vestales,
¡la apoteosis del fuego allí se ampara!
Fuego vivaz de un exaltado altruísmo;
sublime lumbre de un amor ingrato;
flama espiritual que le sorbía;
y en cuyo crepitar —como aerostato
que arroja un lastre inútil al abismo—
holgadas conveniencias, egoísmo,
sórdidos intereses... ¡todo ardía!

¿Le consumió ese fuego?... ¿Moriría
antes de su pasión que de otros males?...
¡No puede ser! ¡Entre su rebeldía,
suelen guardar las almas pasionales
unas grandes reservas de energía!

—Murió —justificando el hado antiguo—
de una fatalidad intercurrente;
y dejó las penumbras de lo ambiguo
para ser un ejemplo transparente.
Dejó de ser un verbo —siempre exiguo—
para ser un pendón resplandeciente;
como es para las almas que le amaron
y en su honrosa amistad se apacentaron,
¡un caro amigo ausente!

Temprano, varón digno, te dormiste
del saucedal bajo la sombra triste.
Y una compensación por lo que amabas,
—palma o laurel, apoyo o simpatía—
antes de tu partida, no la hubiste.
Tal vez, ¡oh, luchador!, no la anhelabas;
pero la sociedad te la debía.



Hágalo, ya a destiempo, si expiatoria,
ahogando toda indecisión mezquina;
y una a la exaltación de tu memoria,
el noble amparo de tu hogar en ruina.

(1908)



A LA REINA DEL CARNAVAL

Si a tu corto reinado,
pero largo de estruendo,
aquel hijo taimado
de la Noche y el Sol,
—Momo alegre—, señala
cascabeles por cetro;
y por trompa, regala
un gentil caracol.

Nada triste tampoco,
la serena Poesía,
con un don si tan loco
mucho más ideal;
de tu efímera corte
hiperbolizaría
el travieso deporte
y la risa triunfal.

Pues, ¡oh, reina!, pusiera
a tus plantas reales
—tal como una bandera—
una bufa invención.

Te aportara carroza
de una concha marina,
y una sílfide moza
cual su alado bridón.

Y tu heraldo sería
cierto gnomo barbudo,
que además se sabría
cómo es un general.



Y una liliputiense,
tu menina; y tu paje,
algún silfo trapense
de un convento floral.

Y un sumiso geniazo,
como aquel de Aladino,
fuera así como el brazo
de tu regio poder.

¿Para hacer homicidios?...
Para hacer hecatombes
de los duelos ofidios,
ante el dios de la Risa,
propiciando al Placer.

(1908)



ESQUELA

José Santos Chocano:

Bienvenido a esta tierra,
desde donde la homérica Aventura partió
a la grupa fogosa del valor temerario
o en las alas sutiles del astuto valor.

Hacia un cuerno del río, vigilando su curso,
la ciudad oprimiendo y atisbando la mar,
ya habrás visto el gran símbolo que en su mole recata
del Virrey-almirante la mansión señorial.

Tiene rectas entrantes, como una celada;
como un énfasis pétreo, traga al frente la luz;
y le dan sus almenas, puntiagudas y enanas,
de un felino en acecho la graciosa actitud.

Eso fué la Aventura: un palacio inconcluso;
de una gracia terrible; de un hipnótico horror;
de unas piedras trabadas tal y tan firmemente,
que defraudan y burlan terremoto o ciclón.

¿Para quién es moldearle arquitrabes y plintos,
y columnas esbeltas y cornisa gentil,
y aliviar duras líneas?... Para ti Musagetes;
para ti, José Santos; ¡para ti!, ¡para ti!



Fácil es que en su polvo, don Alonso de Ojeda,
al saber tu llegada, haya alzado una voz
por la roña de siglos displicente y agriada:
—ya llegó con sus artes el Gran Evocador...

Y en el mismo convento de los padres franciscos,
es posible y probable y aún seguro que con
el medroso pretexto de esquivar tus conjuros,
te susciten los manes un exorcizador.

¡No haya miedo! En sus celdas huésped fué Guarocuya,
con quien Carlos el Quinto humillóse a pactar;
y aquietando a las sombras: es, dirá, de los nuestros;
¿lo ignoráis?... ¡tan Gran Inca como gran Capitán!

—Saber héis que anda tierras; y ha llegado a nosotros,
como Anfión el tebano, porque es muy capaz
de concluir idealmente con su lira robusta
del Virrey-almirante la mansión señorial.

(1908)



HOMENAJE

Para mi Señora Reina GRECIA I

Puso a germinación naturaleza
sobre el hondo infinito en que se espacia,
con pródigo derroche la Belleza,
con parsimonia y sordidez la Gracia.

En el cerco lunar, dorado limbo;
esencia grata entre la mirra infusa;
irradiación astral, sidéreo nimbo
que a las níveas Panaghias angelusa.

Halago de fontana susurrante,
zig-zás de notas; esbeltez de vuelos,
sinuosidad de línea murmurante,
como la vuestra, gárrulos riachuelos.

Y esa Gracia, la Gracia Omnipotente,
que, oculta, brilla; y sin quemar, inflama;
surtidor generoso de torrente,
en mi Señora Reina se derrama.

Tiene para filtrar pura y sedante
imagen en los ojos y las almas,
elegancia armoniosa y arrogante,
como vosotras, palmas.



Tiene, a manera de segura clave
para aventar los pensamientos crueles,
una afabilidad dulce y suave
como vosotras, mieles.

Tiene —suerte de brújula que inclina
al Norte, aún en brumosos derroteros—
una atracción magnética y divina,
cual vosotros, luceros.

Tiene, a modo de dádivas felices
brindadas por caprichos y primores,
algo más que contornos y matices,
como vosotras, flores.

ENVIO:

¡Oh, Reina suave de la Gracia ! En breve
tu blandísimo imperio penumbrando,
se esfumará como celaje leve...
Y tú, inefable, seguirás reinando.

(1910)



HIMNO DE LOS DOCE (*)

*Para la Asociación excursionista
de jóvenes estudiantes.*

I

Por tu sol, dulce Patria, inflamados,
inseguimos tu dicha y honor;
¡y cuán suaves te fueran los hados
como fuesen los hados, amor!

Nuestro afán tesonero se aplica
a explorar tu hermosura sin par;
¡bella y rica a la vez, bella y rica
en un punto con gemas y mar!

Nos aguija vehemente deseo
de aspirarte más cerca y mejor,
y, a tal soplo, ganar como Anteo
nuevo arranque de fuerza y vigor.

¡Patria hermosa!, ¡de prados en fiesta!
¡Patria amable!, ¡de asiento ideal!
¡Patria noble!, ¡que has dado a la gesta
más de un alto motivo triunfal!

II

En las varias campiñas que abarcas
—amorosas delicias de Ormuz—

(*) **Música del Maestro José de J. Ravelo.**



hay comarcas de ensueño, hay comarcas
de misterio, hay comarcas de luz.

¡Todo un mundo en tu suelo retoña!
¡Todo el mundo, hecho Edén terrenal!
Sin resabios de garra y ponzoña;
¡muelle, ardiente, nuboso y glacial!

Peregrinos a tierra sagrada,
y piadosos romeros también,
está en ti nuestra Meca anhelada,
eres tú nuestra santa Salén.

¡Patria hermosa!, ¡de prados en fiesta!
¡Patria amable!, ¡de asiento ideal!
¡Patria noble!, ¡que has dado a la gesta
más de un alto motivo triunfal!

(1910)



EN LOS CANALES

(DE JORGE RODENBACH)

Los cisnes blancos en los canales inertes
donde vetustas villas reflejan viejos muros
con marchitados negros de estampas y aguas-fuertes,
rizan las ondas pálidas como ensueños muy puros.

Y de noche, en las aguas suavemente onduladas,
tales cisnes, surgidos como lo advenedizo,
por un camino lácteo de estrellas anubladas,
sorben flores de luna en largo bebedizo.

Y ellos son, tales cisnes, ánimas primitivas
que reencarnarán luego, pues su ser fué precario;
almas-liras, del Arte al silencio cautivas,
que están purificándose como en níveo santuario.

Son almas de poetas que murieron infantes,
sin cuajar con sus lágrimas apoteosis o nimbos;
que anudarán la Obra interrumpida antes,
y que en esos canales esperan, como en limbos...

(1912)



DEL HUMO

(DE JORGE RODENBACH)

Del punto vespertino por donde el sol desciende,
efímera ondulando, la humareda se prende
a manera de gasa que ocultara pupilas.
Y se siente a la vista de esas brumas tranquilas,
añoranza doliente de partida y de cielo;
porque el humo y la nube, camaradas de vuelo,
van hacia lo lejano, do entremezclados giran
perfumes agotados y músicas que expiran.

Y aún el humo conduce en muelles espirales
el alma extenuada de las campanas vesperales,
y ambos se extinguen con una lenta agonía.
Y de lo que se acaba la honda melancolía,
y de lo que se marcha la dulcedumbre triste,
tras esa exhalación vaporosa persiste;
cual si en sí mismo el humo llevase en su jornada
un sudario impalpable a una estrella apagada.

(1912)



RELATO DEL BOHEMIO

(DE JUAN RICHEPIN)

Cuando en mi carromato llegué la vez primera,
andando, andando mundo, a aquellas vecindades,
una ciudad erguía su sólida barrera
de leyes, muros, fábricas, palacios y deidades.
Y como yo, curioso viajero, preguntara
desde cuándo alentaba la soberbia ciudad,
un varón respondiome, el orgullo en la cara:
—¡Es mi patria! Ha existido desde la eternidad.

Pasados cinco mil años
volví a aquellos aledaños.

Muros, palacios, templos, dioses... ¡desparecidos!
¡Nada!, ¡más nada!... El sol inflamaba rubíes
en los brotes mojados de céspedes tupidos;
y un pastor viejo y solo y en ralos velloríes,
comiendo su pan agrío, la llanura colmaba.
Y como le inquiriese desde qué tiempo atrás,
por tal pradera virgen el ganado pastaba,
me respondió con sorna: ¡Desde siempre jamás!

Pasados cinco mil años
volví a aquellos aledaños.

Hé aquí cambiado el llano en lóbrega espesura.
Lianas que se colgaban de porches cavernosos,



anudadas cual sierpes en estrecha apretura;
 y a manera de mástiles, en mares tenebrosos
 de follaje, se erguían gruesos troncos gigantes.
 Y al cazador perdido en ese oleaje verde,
 —¿desde cuándo esta selva?, le pregunté. —Desde antes
 —contestóme— que hubiera recuerdo y quien recuerde.

Pasados cinco mil años
 volví a aquellos aledaños.

La mar, la vasta mar, en su glauco sudario
 lo había arropado todo, las lianas y los montes.
 Un bajel piscatorio, menudo y solitario,
 se balanceaba grácil ante los horizontes.
 Y al pescador le dije: ¿podrás saber, acaso,
 cuándo invadió esta tierra la mar; y cómo así...?
 —¡Ah, bromista! —me dijo— ¡ah, bromista!... Es el caso
 que desde que hubo mar, la mar ha estado aquí...

Pasados cinco mil años
 volví a aquellos aledaños.

En lugar de las olas con penachos de plata,
 se espaciaban sin término olas de cresta aurífica.
 ¡El desierto! Ni un árbol en la extensión ingrata:
 arena y más arena y arena aún, prolífica.
 Y cuando al mercadante, cargando sus camellos
 arrodillados, por tal mudanza inquirí:
 —desde el origen —dijo— del ser, con sus destellos
 de eternidad, ha sido este desierto así.

Pasados cinco mil años
 volví a aquellos aledaños.

Y ved una ciudad alzada nuevamente,
 con sus leyes, sus muros, palacios y deidades;
 como agua que desborda, con su afanada gente
 plena de recio orgullo y espesas vanidades.



—¿Qué de las olas verdes? —les grité— ¿y las de oro?;
¿y las olas azules...? ¿Y en dónde alentaré
la ciudad primitiva con su antiguo decoro?
Y uno clamó: ¡aquí ha estado y aquí está y estará!

Pasen años... Pasen años...
Volveré a esos aledaños.

(1912)



A SOR MARIA DE LAS NIEVES

¿Profesa?... ¿Y es verdad?... ¡Verdad! ¡Profesa!...
¿A qué bueno el asombro?... Si ignorada,
de tu vago idealismo era esperada,
¡oh, bella sorprendente!, una sorpresa.
Mas, ¿cómo fué?... Purificada esencia
como tú eres; levedad extraña
como eres tú, del mundo la violencia
aun cuando las penetre, no las daña.

Casos de amor sin duda. Frente a frente
debió oponer el inflexible hado
la brutal liviandad de lo presente
a tu romanticismo rezagado.

Se te esfumaron en penumbra oscura,
con su noble y leal delicadeza,
don Alonso Quijano, ¡qué amargura!
y Amadís el discreto, ¡qué tristeza!...

Y del ensueño hundida en lo profundo,
a tu alma le dijiste: “sueña... sueña...”;
y entre su nívea soñación y el mundo
interpusiste un traje de estameña.

Para que al par de tu ansia de ternura,
tus ansias de aislamiento satisfagas,



que halles piadosa a restañar —¡oh, pura!—
—¡oh, suave!— muchas úlceras y llagas.

Con la compleja sencillez de todo,
y en siglo de antiséptica destreza,
ese ingrato mester puede ser modo
de conservar tu ensueño y tu pureza.

De la hoguera social la brasa viva
rozarás como amianto inmune al cuerno;
e irradiarás con flama inofensiva:
la inofensiva flama del santelmo

En tu visión interna refugiada,
a media luz de acariciante gnosis,
tendrá tu aspiración no confesada,
una Fata-Morgana de apoteosis.

Sin hieles, sin fatigas, sin agravios;
en paz contigo y todo, la inefable
serenidad dibujará en tus labios
una sonrisa plácida y estable.

Y en tu visión interna refugiada,
con tu visión interna sonreída,
cruzarás por la vida, inmaculada,
e inmaculada dejarás la vida.

Tal tú, la tuberosa que resides
sobre las tumbas al morir en ellas,
¡con tu blancor incólume, despides
tu aroma no violado a las estrellas!

(1912)





INDICE

	<u>Págs.</u>
ADVERTENCIA	5

I.— CRÍTICA LITERARIA

Prólogo	11
Carta a F. G. Billini	17
Proemio	21
Párrafos de una carta	26
Carta a Federico García Godoy	28
Carta a J. B. Peynado	30
Proemio	35
Carta a Primitivo Herrera	39

II.— SEMBLANZAS

Por el Padre Billini	45
Glosa de Glosas (El P. Billini)	47
El Padre Billini	50
Juan de Dios Mueses (Necrología)	52
Ramón María Pichardo	54
El Coronel Alfonseca (Apuntes pseudo-biográficos)	57
José Gabriel García	64

III.— POLÉMICA LITERARIA

La Justicia y el Azar (Puntos de vista de Don R. Abréu Licairac)	73
Resucitó al tercer día	97



	<u>Págs.</u>
Tocante a su Tayote	105
Quandoque Bonus.....	112
Fuego en la Gazapera.....	124
Acerca de Virgínea.....	145
A propósito de ¡Oh, Madre!	149
Carta abierta	153

IV.—DE BUEN HUMOR

Pro Muliere.....	157
Antonio Ruiz (Pseudo-biografía burlesca).....	160
Inmigrante útil (Pseudo-biografía burlesca).....	163
Ciencia y Arte.....	167
Tinglado Mártir (Pseudo-biografía burlesca).....	172

V.—VARIA

Evolución religiosa.....	183
27 de Febrero	187
Carta a C. N. Penson.....	190
Carta a Eugenio M ^a de Hostos	192
Una fiesta escolar en Villa Duarte.....	194
12 de Octubre de 1892	197
12 de Octubre de 1892	198
12 de Octubre de 1892	199
Esquela a E. de Marchena.....	200
Una disputa	201
Conflicto en Cuaresma.....	206
Una corta excursión	214
Martí	228
Carta a Enrique Deschamps.....	229
Carta a A. R. Nanita.....	231
Carta a Juan M. Martínez.....	235
Carta a F. X. Castiilo Márquez.....	537
Carta a Federico Henríquez y Carvajal.....	238
Carta a Federico Henríquez y Carvajal.....	239



VI.—POESÍAS

	<u>Págs.</u>
Incendio.....	243
Soledad	246
Soldado, pulpera y comentador (Un paso cómico cuando la Restauración).....	264
A Colón.....	267
A Teté, mi amable amiga, por su corona.....	270
¡Latinos!	272
Josefa A. Perdomo.....	273
Esbozo típico (Medio a lo Quevedo).....	274
Montbars el exterminador. Balada.....	277
Del trapiche.....	279
Las sanjuaneras.....	282
Dolorosa	286
Cineraria	290
A la Reina del Carnaval	293
Esquela.....	295
Homenaje.....	297
Himno de los doce.....	299
En los canales (De Jorge Rodenbach).....	301
Del humo (De Jorge Rodenbach).....	302
Relato del Bohemio (De Juan Richepin).....	303
A Sor María de las Nieves.....	306





